Libros del Asteroide



Elizabeth Forsythe Hailey

Una mujer de recursos

Traducción de Concha Cardeñoso





Elizabeth Forsythe Hailey

Una mujer de recursos

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera



Título original: *A Woman of Independent Means*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía y
el tratamiento informático, y la distribución de
ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Elizabeth Forsythe Hailey, 1978

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2015
© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-29-0
Depósito legal: B. 4.180-2015
Diseño de cubierta: Jordi Duró
Diseño colección: Enric Jardí

A mi abuela,
cuya vida ha inspirado estas cartas,
y a mi marido,
que me ha inspirado a mí.

Prólogo

Hollins College (Virginia), mayo de 1998

Querido lector:

Nací en 1938 y parece que cada veinte años se produce una experiencia decisiva que cierra un capítulo de mi vida y me propulsa hasta el siguiente.

El año 1958 lo pasé en París, en un curso de un año en el extranjero que ofrecía mi alma máter, el Hollins College de Virginia. Era la primera vez que salía del país y la experiencia de vivir en una cultura diferente —entre personas que, además de hablar en otro idioma, lo hablaban con mucha más precisión y placer que yo mi lengua materna, el inglés— cambió para siempre la idea que tenía de cómo deseaba vivir. No sabía lo que me depararía el futuro ni con quién lo viviría, pero resolví que sería en un mundo más ancho que el de los convencionalismos en el que me había criado. Y tenía la sensación de que escribir me proporcionaría el pasaporte.

El año siguiente, cuando trabajaba en el periódico de mi ciudad natal, *The Dallas Morning News*, conocí a un aspirante a dramaturgo, Oliver Hailey. Nos casamos y nos trasladamos a Nueva York y después a California, donde nacieron nuestras dos hijas, Kendall y Brooke. Como muchas mujeres casadas de mi generación, me debatía con lo que Betty Friedan llamó «el conflicto que no tiene nombre». Me había casado con un hombre cuyas necesidades y ambiciones parecían a menudo tan superiores a las mías que a veces perdía de vista lo que era yo y lo que todavía aspiraba a ser. Tenía que buscarme un trabajo propio... a ser posible, algo que pudiera hacer en la mesa de la cocina o en un dormitorio vacío, y que me dejara tiempo para ayudar a las niñas con los deberes y hacer la cena por la noche.

La idea de escribir una novela parecía muy audaz pero sumamente apropiada. Mi marido trabajaba en casa y le gustaba tenerme a mano para hacer de conejillo de Indias con sus obras de teatro y de colaboradora ocasional en proyectos de televisión. Sin embargo, yo tenía poca fe en mi pericia para escribir ficción, después de que casi

me suspendieran el único curso de escritura creativa al que había asistido en mi vida (el profesor me dijo que me aprobaba por los pelos solo porque era nuevo en la facultad y no le apetecía suspender a nadie en el primer semestre de ejercicio).

Para superar el temor que me inspiraba la ficción, se me ocurrió la idea de una novela en forma epistolar. Iba a titularse *Cartas de una casada fugitiva*. A mi marido no le gustó la idea. Me dijo que la moda de las casadas que se fugan de casa habría pasado antes de que terminara de escribir el primer borrador.

—¿Por qué no escribes sobre una mujer que se libera sin tener que irse de casa? —me aconsejó—. Una mujer como tu abuela.

Lo consulté con la almohada y me pareció que tenía razón. Aunque mi abuela no había sido una heroína al uso, se había enfrentado a los convencionalismos de su época; su historia era un retrato en miniatura de los grandes cambios que se produjeron en el siglo XX en la vida estadounidense.

Por otra parte, conoció más tragedias que las que podría inventarme para una heroína de ficción. Comparada con ella, la vida apenas me había rozado. Supuse que si me ponía en su lugar y pasaba por lo mismo que ella, aunque solo fuera en la imaginación, descubriría el origen de su fortaleza y su alegría de vivir, que conservó intactas hasta la vejez.

Pero la idea de una novela en forma epistolar seguía fascinándome. Las cartas son un excelente recurso dramático, abarcan el tiempo, hacen innecesaria la descripción narrativa y, lo más importante, incitan al lector a que se imagine la acción omitida. Además, deseaba escribir una novela que quisiera leer mi marido, que perdía la paciencia con la prosa, porque, como todos los dramaturgos, tenía que adaptarse a la estricta economía de la escena.

Y así, tomando como referencia los grandes acontecimientos de la vida de mi abuela, intenté imaginarme las cartas que podía haber escrito desde la infancia hasta la vejez y, de paso, dejar constancia de lo dramática y novelesca que puede ser una vida aparentemente normal. Y de lo rápido que pasa. Mientras escribía el libro me di cuenta de que el único malo de la película era el tiempo.

En 1978 —cuando se acercaba mi cuadragésimo cumpleaños— se publicó *Una mujer de recursos*, que me lanzó en mi nueva carrera de novelista. La mejor crítica fue la de una amiga de mi abuela: «¡Muy propio de Bess —dijo— hacer copia de todas sus cartas en papel carbón!».

El consejo que suele darse a los escritores es: «escribe sobre lo que conoces», pero siempre lo enmiendo así: «escribe sobre lo que puedas imaginarte que conoces». La experiencia de amar a un marido o a un hijo proporciona conocimiento suficiente para imaginarse el sufrimiento de perderlos.

Mientras trabajaba en *Una mujer de recursos* creía que estaba escribiendo ficción. Ahora sé que, en realidad, al recrear la vida de mi abuela, trazaba el mapa de mi propio futuro.

Cuatro años después de la publicación del libro, cuando me preparaba para una gira de presentación de mi segunda novela, *Life Sentences*, a mi marido, que me había animado y ayudado en todas las dificultades, le diagnosticaron párkinson, una enfermedad degenerativa que ataca el sistema nervioso y para la que todavía no hay cura. Cuando llevaba diez años luchando contra ella, le dijeron que padecía un cáncer inoperable. Murió en casa al cabo de una semana, rodeado de amigos y familiares. Nunca había visto morir a nadie, pero había estado con Bess cuando se acostó al lado de su marido moribundo y se despidió de él. Entonces comprendí que yo haría lo mismo, pero no me imaginaba que sucedería tan pronto.

Ese mismo año, mi madre sufrió repentinamente un derrame cerebral muy grave al que los médicos no creían que sobreviviera. Nos dejó asombrados a todos al recuperar la conciencia y el habla. Nos dimos cuenta de que empezaba a recuperarse cuando, en el centro de rehabilitación, corrigió a un terapeuta joven, que le preguntó si estaba cansada y si quería «echarse». Con un vozarrón que le salió de lo más hondo del alma, le dijo: «¡Acostarse! ¡Se echan los desperdicios a la basura! ¡Las personas se acuestan!».

Entonces me di cuenta de que la saga que había empezado con mi abuela seguía su curso, y por fin he empezado a trabajar en la continuación que no sabía cómo escribir. Es la historia de la generación de mi madre: una generación de mujeres en conflicto

con sus hijas, que parecían pedir a la vida mucho más que ellas y, por eso mismo, era como si juzgaran la de sus madres y la encontraran insuficiente.

Ahora, veinte años después de la publicación de *Una mujer de recursos*, me acerco a otro momento decisivo coincidiendo con mi sexagésimo cumpleaños.

He vuelto a Hollins College para el semestre de primavera: esta vez, en calidad de escritor residente de la Biblioteca Wyndham Robertson (a pesar del aprobado por los pelos en escritura creativa, aquella primera vez). Mis hijas ya son mayores e independientes. Mi marido, con quien tantas aventuras viví, se ha embarcado en la última sin mí y ahora estoy preparándome otra vez para salir de este confinamiento en busca de mi vida de mujer sola. Escribo un diario todas las mañanas, pero en el fondo sé que son notas para la tercera novela de la saga generacional que empezó con mi abuela, en la que contaré mi historia.

Continuará...

ELIZABETH FORSYTHE HAILEY

Una mujer de recursos

Honey Grove (Texas), a 10 de diciembre de 1899

Querido Rob:

Le he pedido a la señorita Appleton que nos ponga en el mismo equipo para el concurso de ortografía. Como somos los únicos de cuarto que sabemos deletrear «perspicaz», seguro que gana nuestro equipo.

¿Puedes venir después de clase? El jardinero está despejando el arriate de malvarrosa y hay más sitio para jugar a pillar. Fue idea mía.

Bess

Honey Grove, a 2 de enero de 1900

Querido Rob:

¡Feliz siglo nuevo! Ojalá viva hasta que empiece el siguiente milenio (si no sabes lo que significa te lo digo después de clase).

¿Puedes venir hoy? Quiero enseñarte lo que me han regalado por Navidad. Me han regalado todo lo que pedí, como siempre.

Bess

Honey Grove, a 30 de mayo de 1902

Querido Rob:

¡Buenas noticias! Mi padre ha alquilado el terreno del centro para que pongan un tiovivo en verano. Lo he convencido para que cobre la mitad del alquiler en pases. Te daré la mitad de los que me toquen y nos montaremos todas las veces que queramos, hasta que empiecen las clases otra vez.

Bess

Honey Grove, a 8 de febrero de 1906

Querido Rob:

Este ha sido el invierno más largo de mi vida. Ojalá mis padres te dejaran subir a mi cuarto cuando me traes los deberes, pero, como sabe todo el mundo, la tuberculosis es contagiosa.

Me da pena que en septiembre vayas a ir un curso por delante de mí. ¡Y pensar que con solo quince años ya he perdido uno de mi vida...! Pero lo recuperaré y no volveré a perder ni un solo día.

Tu Bess

Mary Baldwin College, Staunton (Virginia), a 1 de mayo de 1909

Querido Rob:

Ya he visto suficiente mundo o, al menos, del mundo sin ti. El internado está bien, pero es solo el principio de todo lo que quiero conocer. Puedo seguir sola perfectamente. El mes que viene vuelvo a casa para quedarme.

El día de tu graduación estaré en primera fila. Por favor, no aceptes ninguna oferta de trabajo hasta que llegue yo.

Siempre tuya,

Bess

Staunton, a 5 de mayo de 1909

Queridísima mamá:

Dentro de un mes vuelvo a casa y Rob y yo nos casaremos este verano. No le cuentes nada, por favor, quiero ser la primera en decírselo.

Me gustaría celebrar la boda en el salón principal de casa. Es magnífico, mucho más que cualquiera de las iglesias de Honey Grove, y en él he sido más feliz. Supongo que pasarán muchos años hasta que Rob y yo podamos tener una casa tan bonita, pero quiero que se dé cuenta de lo que espero de él.

Tu hija, que te quiere,

Bess

Staunton, a 20 de mayo de 1909

Queridísimo papá:

Te aseguro que los estudios significan para mí más incluso que para ti. Tengo la firme intención de seguir educándome, pero, como no creo que eso se acabe nunca, ¿para qué voy a quedarme más tiempo en el internado?

Quiero a Rob y deseo vivir siempre con él. Sé que su familia no tiene dinero y que él no puede permitirse una boda ahora, pero la

mía sí y yo puedo. En los próximos años tendrá que tomar decisiones que van a determinar toda su vida. Si lo que quiero es compartir esa vida, y quiero, tengo que tomar parte en esas decisiones.

Tu obediente hija,

Bess

Dallas (Texas), a 10 de noviembre de 1909

Queridísimos mamá y papá:

Os echo mucho de menos, pero ahora hasta Rob reconoce que tenía razón al insistir en trasladarnos aquí para que trabajara en el sector inmobiliario, en vez de seguir los pasos de su padre y dedicarse a la enseñanza en Honey Grove.

La semana pasada vendió una gran manzana de terrenos en el centro y me regaló un caballo y un birlocho para celebrarlo. El domingo vamos a entrar en la congregación de la catedral episcopal de St. Matthew. Esta decisión no tiene nada que ver con vosotros, por favor, no os lo toméis como algo personal. Me gustaba la congregación metodista de la iglesia de Honey Grove, pero en Dallas hay más de todo donde elegir, incluso iglesias.

Vuestra hija, que os adora,

Bess

Dallas, a 2 de abril de 1910

Queridísima mamá:

Perdóname por estos garabatos, pero todavía me tiembla la mano por culpa de un sueño que me parece más real que la luz del día que se lo ha llevado.

Llevaba tres días muerta, pero Rob seguía sentándose frente a mí para cenar, durmiendo a mi lado por la noche y dándome un beso de despedida por la mañana sin ver que había dejado de respirar.

Esa indiferencia suya en el sueño me afectó tanto que esta mañana, cuando se fue a la oficina, me hice la dormida. Últimamente me dice que me quede en la cama hasta más tarde, sospecho que prefiere desayunar solo con el periódico. Y el sueño me hace pensar que en el fondo sospecho muchas cosas más.

Queridísima mamá, la víspera de la boda me preguntaste si tenía alguna duda que consultarte. En aquel momento no tenía ninguna, pero ahora me abruman. No son dudas sobre lo físico, no te preocupes. En ese aspecto, Rob me ha dado respuestas a preguntas que ni siquiera sabía que existieran. La verdad es que nada de lo que había leído o imaginado me había preparado para la pasión física que los votos matrimoniales pueden desatar en unos castos novios de la niñez. Solos en la oscuridad, Rob y yo somos una unidad perfecta, completa e inseparable, las dos mitades iguales de un todo.

Es durante el día cuando se rompe el equilibrio. Mi pesadilla comienza al amanecer, cuando se levanta para ir a trabajar y me deja dormir todo el día, si quiero. Lo único que me pide es que le esté esperando cuando vuelve por la noche. Y a veces sospecho que tampoco protestaría si me encontrara todavía en la cama. Él es mi vida entera de día y de noche, pero yo de día solo soy una parte muy pequeña de la suya.

¿Soy la única mujer casada que tiene esta sensación de ser tan inútil, de estar tan desaprovechada y tan sola? No preguntaría estas cosas a nadie más que a ti, queridísima mamá. E incluso me parecería que el mero hecho de pensarlas es una traición a Rob, si no fuera porque mis sueños delatan tan claramente mis dudas.

No me contestes por escrito, por favor. Pienso ir a veros la semana que viene, así que ya hablaremos largo y tendido en privado. No quiero arriesgarme a que Bob descubra que el príncipe encantador, lejos de despertar a la bella durmiente con un beso, la ha vuelto a dormir.

Te quiere y te necesita,

Bess

Honey Grove, a 8 de abril de 1910

Corazón mío:

Duermo en mi antigua habitación y todas las noches sueño que estás conmigo, me despierto sola por la mañana y me duele tu ausencia. Pero, aunque estamos separados, siento un nuevo latido por debajo del mío que me une a ti para siempre.

Rezo para que mi madre viva lo suficiente para ver a su primer nieto, aunque cada día está más débil. No ha vuelto en sí desde que llegué. Ahora tengo que estar con ella. ¡Si al menos pudiera hacerle comprender cuánto la necesito todavía...!

Siempre tuya,

Bess

Dallas, a 15 de noviembre de 1910

Queridísimo papá:

Acabo de recibir la carta en la que me explicas las condiciones del testamento de mamá. No tenía la menor idea de que fuera una mujer de recursos propios. Siempre creí que el origen de su sentido de la dignidad y la autoestima era de cariz espiritual.

Te ruego que no pienses más en cómo me las voy a arreglar para administrar una cantidad de dinero tan grande. El interés que me va en ello seguro que compensará la falta de experiencia.

Por favor, no olvides que comparto tu soledad y tu dolor todas las horas del día, aunque esté ocupada con mi propia familia. Tenemos muchas ganas de que vengas a casa la próxima semana a celebrar con nosotros la primera fiesta de Acción de Gracias de tu primer nieto.

Tu hija, que te adora,

Bess

A 10 de enero de 1911

A QUIEN PUEDA INTERESAR:

Con fecha de hoy, Elizabeth Alcott Steed ha hecho un préstamo de $ 20.000 (veinte mil dólares) a Robert Randolph Steed, su marido, que será reembolsado a razón de $ 1.000 (mil dólares) al año durante veinte años.

Elizabeth Alcott Steed

TESTIGOS: Annie Hoffmeyer, ama de llaves
Hans Hoffmeyer, jardinero

INVERSIONES INMOBILIARIAS FLORENCE AND FIELD
tiene el placer de comunicar la incorporación de

Robert Randolph Steed a la empresa.
Se celebrará una recepción en su honor
el domingo, día 2 de abril,
de tres a cinco de la tarde,
en el Club de Campo de Dallas.

R.S.V.P.

Dallas, a 1 de mayo de 1911

Junta Directiva
Club de Campo de Dallas
Dallas (Texas)

Muy señores míos:

Gracias por la pronta respuesta a nuestra solicitud de ingreso. Acompaño cheque para cubrir tarifa de inscripción y primera mensualidad.

Cordialmente,
Señora de Robert Randolph Steed

A 10 de junio de 1911

Recibí de Robert Randolph Steed la suma de $ 1.000 (mil dólares). Saldo pendiente de amortización: $ 19.000 (diecinueve mil dólares).

Elizabeth Alcott Steed

TESTIGOS: Annie Hoffmeyer
Hans Hoffmeyer

Dallas, a 8 de agosto de 1911

Querido padre Steed:

Siento mucho la noticia de su enfermedad y espero que se recupere enseguida para volver a su puesto en el equipo directivo de su centro docente.

Por favor, permítanos ayudarlos a madre Steed y a usted en todo lo que podamos. Dedicar la vida al servicio público tiene sus compensaciones, no lo dudo, pero entre ellas no está el desahogo económico.

En los dos años que llevamos casados, Rob se ha labrado una buena posición en el sector inmobiliario. Sé que le decepcionó que

no siguiera sus pasos, pero si hubiera elegido dedicarse a la docencia, habría vivido siempre a la sombra del éxito de su padre y predecesor; en cambio, ahora brilla con luz propia.

Espero que esté tan orgulloso de él como yo y se lo haga saber cuando lo vea.

Le mando con Rob todo mi cariño y mis más sinceros deseos de pronta recuperación.

Bess

Dallas, a 10 de septiembre de 1911

Corazón mío:

Qué tristes son las noches en esta casa sin ti. La soledad me abruma. No obstante, comprendo que el estado de tu padre requiere atenciones mucho más urgentes que las mías.

Ahora que el embarazo es tan evidente, procuro cumplir las normas y limitar el paseo diario a los confines de nuestra propiedad. Sin embargo, hoy hacía una mañana tan espléndida que no he podido resistirlo y me he ido con Robin en el birlocho a dar una vuelta por Rawlins Street. Me he llevado una gratísima sorpresa al ver un cartel que anunciaba la venta del solar de la esquina que tantas veces hemos admirado. En tu ausencia, me pareció que no tenía más remedio que hacer una oferta sin pérdida de tiempo. Por fortuna, el decoro no impide que las mujeres en mi estado gasten dinero.

Ven pronto a casa, corazón mío... a tomar posesión del legado de mi amor.

Siempre tuya,

Bess

Dallas, a 20 de diciembre de 1911

Queridísimo papá:

Estamos encantados de que vengas a pasar la Navidad con nosotros y traigas a la señorita Bromley. Parece una mujer de cualidades admirables. En mis tiempos de estudiante, fui varias veces de visita a Mineola, pero las únicas Bromley que recuerdo eran

chicas de mi edad. Seguro que tu señorita Bromley será una familiar de más edad.

Tu tocayo está muy bien. Con solo seis semanas, ya hace gala del natural distinguido de su abuelo materno. Nunca llora, pero reclama toda nuestra atención con su sola presencia. Su hermano mayor no está nada celoso, sino que trata al pequeño como una curiosidad más en un mundo que, de repente, ahora que empieza a andar, tiene al alcance de la mano.

Me reúno casi a diario con el arquitecto que está haciendo los planos de la casa nueva. Empezarán a construirla tan pronto como nos pongamos de acuerdo en todo... A principios del año que viene, espero.

Un beso hasta que nos veamos.

Tu hija, que te adora,

Bess

Dallas, a 2 de enero de 1912

Querida Mavis:

¿Te imaginas la sorpresa que me llevé al descubrir que la señorita Bromley que venía con mi padre era mi compañera de croquet de tantos veranos, cuando éramos niñas?

Al ver a mi padre contigo, empecé a considerarlo de la misma generación que yo, una sensación que al principio me desasosegaba un poco, pero que después me gustó. Nunca lo había visto de tan buen humor y estoy convencida de que el mérito es tuyo.

Me imagino las habladurías que provocará vuestra amistad en ciudades del tamaño de Honey Grove o Mineola. Para ser sincera, ni siquiera en una ciudad tan grande como Dallas se pueden evitar los comentarios sobre la diferencia de edad, aunque quizá la culpa ha sido mía, por proponer la velada en el club de campo. La próxima vez que vengáis cenaremos en casa para estar más cómodos.

Me he alegrado mucho de volver a verte... y de ver a mi padre tan feliz en tu compañía.

Con afecto,

Bess

A 10 de enero de 1912

Recibí de Robert Randolph Steed la cantidad de $ 5.000 (cinco mil dólares). Saldo pendiente de amortización: $ 14.000 (catorce mil dólares).

Elizabeth Alcott Steed

TESTIGOS Annie Hoffmeyer

Hans Hoffmeyer

Dallas, a 18 de julio de 1912

Querida madre Steed:

La casa nueva está casi acabada y esperamos que venga a vivir con nosotros. Es más grande que la de mi niñez, pero es que Dallas es más grande que Honey Grove y, por lo tanto, se espera más de nosotros.

La boda de mi padre con la señorita Mavis Bromley me ha dejado cierta sensación de orfandad. Cuando mi madre murió, todavía estaba muy apegada a ella y ahora tengo la impresión de haber perdido también a mi padre. No le reprocho nada a Mavis. Me encanta el ingenio tan agudo que tiene y su inagotable sentido del humor, pero a veces echo de menos el consejo y la orientación de una generación mayor.

Queremos amueblar la habitación de invitados a su gusto, si accede a ocuparla con regularidad. Ahora es usted la única madre que me queda en este mundo.

Su nuera, que la quiere,

Bess

Dallas, a 19 de agosto de 1912

Querida Lydia:

Tu madre es ahora un miembro muy valioso de nuestra familia y esperamos que se instale aquí definitivamente. Has sido una hija abnegada, pero la responsabilidad de cuidar de los familiares de más edad le corresponde al hijo, y no podemos cargar a tu Manning con esa responsabilidad solo porque sea tu marido.

¿Qué tal le van las cosas en la tienda? Es un hombre muy culto e inteligente, pero no creo que una persona con su visión literaria de

la vida esté hecha para la contabilidad. Por suerte para mí, siempre he sentido una especie de fascinación poética por los números.

Espero que Manning y tú vengáis pronto a vernos a la espléndida casa nueva.

Con cariño,

Bess

San Luis (Misuri), a 2 de octubre de 1912

Queridos papá y Mavis:

Solo hemos venido a San Luis, pero es como si viera el mundo por primera vez. A partir de ahora, ya no podré quedarme en casita tan tranquila, al menos mucho tiempo seguido. Tengo veintiún años. Ha pasado un tercio de mi vida (puede que solo un cuarto... porque deseo vivir muchísimos años) y estoy descubriendo que Texas es una parte muy pequeñita del mundo, aunque, viviendo allí, uno no se da cuenta.

Espero que este sea el primer viaje de los muchos que hagamos juntos Rob y yo. Voy a ir con él a todas partes, por negocios o por placer, aunque los negocios ya son un placer para él, sentimiento que empiezo a compartir.

Os quiere,

Bess

San Luis, a 3 de octubre de 1912

Queridos Robin y Drew:

Papá y yo os echamos muchísimo de menos. Hemos estado toda la tarde paseando por un parque muy bonito, lleno de plantas exóticas y animales. Las plantas están en un edificio llamado El Joyero y los animales están en el mejor zoo que he visto en mi vida. Si fuera un león o un tigre, preferiría vivir en el zoo de San Luis que en las tierras salvajes de África. Papá está haciendo muchos negocios aquí, así que volveremos pronto a buscaros y vendréis con nosotros. Recuerda, Robin, que mientras papá no esté, tú eres el hombre de la casa, así que cuida muy bien a tu abuela y a tu hermanito hasta que volvamos.

Besos y abrazos,

Mami

San Luis, a 10 de octubre de 1912

Querida madre Steed:

Estaría orgullosísima de ver la gran impresión que causa su hijo entre la gente importante de esta ciudad. Es la clase de hombre que iría al fin del mundo si sus negocios se lo exigieran, y lo único que pido en la vida es ir con él.

He pensado que vamos a celebrar el regreso con una cena de gala en casa. ¿Me haría el favor de llevar a la imprenta la muestra que acompaño y encargar cincuenta invitaciones? He dejado la fecha en blanco hasta que el proveedor del comedor le confirme si está disponible el 28 o el 29 de octubre.

Diga a Annie que no se ponga nerviosa por la cena de gala. Contrataré personal de servicio. Y dígale también que le doy mi palabra de honor de que no tendrá que salir de la cocina, así que no necesitará un uniforme nuevo.

Tenemos muchas ganas de ver a los niños... Seguro que tantas como usted de perderlos de vista una temporada.

Con cariño,

Bess

Dallas (Texas), a 20 de octubre de 1912

Querida Lydia:

Al volver de tres semanas maravillosas en San Luis, hemos encontrado tu carta esperándonos. Nos morimos de ganas de veros a Manning y a ti, pero el 29 de octubre tenemos un compromiso que no podemos anular. ¿Os parece bien el fin de semana siguiente? Podemos ir todos a comer al lago Exall, para no correr el riesgo de que algún amigo bienintencionado nos interrumpa inopinadamente. Tenemos muchas ganas de veros.

Con cariño de los dos,

Bess

10 de enero de 1913

Con fecha de hoy recibí de Robert Randolph Steed la cantidad de $ 14.000 (catorce mil dólares), que completa el préstamo de $ 20.000

(veinte mil dólares) concedido el 10 de enero de 1911.

Elizabeth Alcott Steed

TESTIGOS Annie Hoffmeyer

Hans Hoffmeyer

Dallas, a 28 de febrero de 1913

Queridos papá y Mavis:

La vida de señora importante en Dallas está resultando muy productiva para la continuidad de mi educación.

Voy a clases de francés dos veces a la semana con una parisina encantadora, cuya familia tiene una tienda de sombreros de señora en Oak Lawn. Mientras conjugamos los verbos, arreglamos mis sombreros de primavera.

Ayer leí mi primer trabajo en el Club Shakespeare. Es una sociedad formada por las mujeres más prominentes de la ciudad, así que estaba nerviosísima cuando me levanté para dirigirme a ellas. Sin embargo, esta primera incursión en la erudición literaria tuvo una acogida entusiasta. Parece que no soy la única admiradora de Lady Macbeth.

Os adora,

Bess

Dallas, a 18 de marzo de 1913

Querida Lydia:

Enhorabuena a Manning y a ti por el nacimiento de vuestra hija. Robin y Drew están muy emocionados con la llegada de su primera prima... y primera niña de la familia, aunque espero que no sea la última. Estoy embarazada de nuestro tercer hijo... y rezo para que sea niña. Tengo experiencia en embarazos y no creo que me equivoque al esperar un cambio de género.

Me horroriza el verano que me queda por delante, sin cenas ni bailes en el club de campo ni veladas de teatro. ¿Qué voy a hacer hasta el 10 de septiembre, cuando salgo de cuentas? Me encantaría poder pasar el verano en un lugar en el que el embarazo no fuera motivo de vergüenza, sino de orgullo.

Da muchos recuerdos a madre Steed. La echamos de menos, pero entendemos que ahora mismo tenéis prioridad vosotros. Dale un beso a la chiquitina de mi parte y dile que tendrá otra prima tan pronto como su impaciente tía pueda arreglarlo. Tío Rob también le manda un beso.

Te quiere,

Bess

Dallas, a 21 de abril de 1913

Querida madre Steed:

Desde que Annie me ha contado las libertades de las que gozan las mujeres embarazadas en Europa, no he parado de insinuar a Rob que preferiría pasar el verano en el extranjero. Y hoy me ha sorprendido con las reservas para un transatlántico que sale de Nueva York el 30 de mayo y llega a Southampton el 8 de junio. Una de ellas es para usted, si está dispuesta.

Cuando hablaba de viajar al extranjero, desde luego esperaba —e incluso daba por hecho— que me acompañaría Rob; es una lástima que los negocios lo retengan aquí. Parece que tiene una fe ciega en mi capacidad para desenvolverme sin él. ¿Por qué, si no, me iba a animar a hacer este viaje? Supongo que tendría que tomármelo como un halago. Desde los primeros meses de matrimonio, he hecho todo lo posible por convencerle de que me considerase un socio de pleno derecho y en igualdad de condiciones, en vez de la indefensa esposa a la que el marido tiene que proteger del mundo exterior. Pero a veces me pregunto si no habré puesto demasiado empeño en conseguirlo. Espero que, al menos, me eche de menos tanto como le voy a echar yo a él.

Sin embargo, me emociona el plan de ir a conocer Europa, con Rob o sin él. Y no nos va a faltar compañía masculina, puesto que Robin y Drew van con nosotras, y naturalmente nuestra fiel Annie, que cuidará de ellos. Hace diez años que Annie no va a Alemania, así que está entusiasmada con el viaje. Hans se queda aquí con Rob. Parece que no tiene el menor deseo de volver a ver su tierra.

He viajado con la imaginación por todo el mundo desde el año en que la tuberculosis me encerró en mi habitación, pero ningún viaje

imaginario se puede comparar con la realidad de salir del país. Espero que este plan la entusiasme tanto como a mí... y que acepte.

La adora,

Bess

Dallas, a 25 de abril de 1913

Querida Lydia:

Sé lo triste que estás por ver marchar a madre Steed, pero ahora que la chiquitina ha cumplido seis semanas, seguro que sabes arreglártelas sola. Tenemos mucho que hacer aquí para preparar el viaje.

A mis amigas les horroriza que una mujer en mis circunstancias emprenda semejante viaje sin su marido y con dos niños pequeños, pero ninguna ha sabido proponerme una forma más interesante de pasar los últimos meses de embarazo.

Solo lamento que no venga Rob conmigo. Desde el día en que nos conocimos, en cuarto curso, hemos vivido todas las aventuras juntos. Me parece raro ir a Europa por primera vez sin él. Pero la obligación que le mantiene aquí, su trabajo, es la misma que hace posible el viaje, así que no está bien que me queje.

Con afecto,

Bess

Dallas, a 29 de abril de 1913

Queridos papá y Mavis:

Gracias por vuestras respectivas cartas, que han llegado esta mañana, pero os puedo asegurar que vuestros temores son infundados. Nadie está más preocupado por mi estado que Rob... ni más atento a mi salud y bienestar. Lo que más desea es verme contenta, y sabe que pasarme todo el verano en casa, escondida detrás de ventanas y contraventanas, me habría resultado insoportable. Resulta irónico que el Viejo Mundo sea más permisivo que el Nuevo Mundo en lo que se refiere a la conducta de las mujeres embarazadas. En 1776 conquistamos la libertad de nuestro país, pero en el terreno de los derechos de la mujer la batalla continúa.

Haremos un viaje con todas las comodidades y toda la elegancia. Rob está disponiéndolo todo para que tengamos los mejores alojamientos en todas partes. Volveremos a Dallas con tiempo suficiente para preparar el nacimiento de nuestro hijo en septiembre y el comienzo de la temporada social de otoño en octubre.

Os adora,

Bess

De camino a Nueva York, a 28 de mayo de 1913

Corazón mío:

No conozco a ningún otro marido en el mundo que se quede en el andén despidiéndose de su familia y de su mujer con tanta presencia de ánimo y tanto cariño. Por un instante estuve a punto de tirar del freno de emergencia y correr a tus brazos... Pero el reencuentro, en septiembre, será más dulce si cabe.

El balanceo del barco en el océano me sentará muy bien, después de dos noches en un tren que traquetea y chirría continuamente sobre el accidentado terreno. He leído que las vías férreas que comunican este país fueron construidas por convictos e inmigrantes; cada vez que colocaban un piedra debían de pensar en vengarse de las clases privilegiadas que se beneficiarían de su trabajo.

Por la noche me quedo despierta mucho rato, tumbada y con la cortina de la ventana subida, viendo pasar el paisaje oscuro a toda velocidad. Anoche el tren atravesó un incendio forestal y observé con fascinación las llamas que nos rodeaban sin llegar a tocarnos. A veces me parece que estoy tan protegida y aislada como el compartimento en el que viajaba anoche. Fuera veo las llamas de la muerte y la miseria, pero a mí no me rozan.

Con todo mi amor,

Bess

A bordo del *Lusitania*, a 3 de junio de 1913

Corazón mío:

Cuando llegamos a bordo, parecía que las flores nacían en las paredes del camarote. ¡Qué atento y generoso eres! En este viaje nos rodean todas tus muestras de cariño: los telegramas, las cestas

de fruta, el champán, las maquetas de barcos para los niños... Gracias por todo, pero sobre todo por las flores y por la nota tan tierna que las acompaña. Todas las noches me quedo dormida aspirando su aroma, soñando que me abrazas.

¡Ah, mi amor! ¡Cuánto me gustan estas flores que rodean mi cama solitaria! Cuando estás conmigo no necesito jardines, porque soy yo la que florece con tu contacto. Sin ti estoy en barbecho, con la única satisfacción de ver abrirse una rosa. ¿Por qué no me conformo con saber que alimento un nuevo retoño de vida en mi interior? Para la mayoría de las mujeres que conozco, el marido no cuenta cuando el embarazo está ya avanzado, pero la prueba tangible y constante de nuestro amor, que llevo dentro, solo aviva la llama de mi deseo.

¡Ay, mi adorada mitad ausente, cuánto anhelo ser una contigo! Esta noche me entregaría a ti con más pasión que en nuestra noche de bodas. Entonces solo intuía las delicias que me aguardaban. Ahora sé lo que me niegan las circunstancias y la distancia, y cada célula de mi cuerpo grita y protesta.

Queridísimo, escríbeme tantas veces como puedas y, por favor, no dictes más cartas a tu secretaria. Sé que crees que la señorita Hopkins se limita a mecanografiarlas, pero me temo que también las lee. Coge la pluma por la noche, mi amor, a última hora: que sea lo último que hagas antes de irte a dormir. Alíviame con tus palabras hasta que pueda estar de nuevo en tus brazos.

Eternamente tuya,

Bess

A bordo del *Lusitania*, a 6 de junio de 1913

Querida Lydia:

Espero que mi letra no sea completamente ilegible. Hace veinticuatro horas que nos vapulea un temporal tremendo. Han amarrado todo el mobiliario y las olas son tan altas que nos han prohibido pasear por cubierta.

He pasado la mayor parte del día en el camarote, cuidando a Annie y a madre Steed, que son víctimas de un *mal de mer* muy fuerte. Los niños están bien. Esta mañana se pusieron el traje de vaquero y jugaron a que el mar enfurecido era su potro salvaje.

Cada vez que el barco se sacudía, gritaban con entusiasmo. Y menos mal que yo también he sobrevivido a la tormenta y me mantengo en pie. En comparación con las primeras semanas de embarazo, una tormenta en el mar es una fruslería.

Ojalá hubieras visto a Robin en su fiesta de cumpleaños, la tercera de su vida. Lo sentaron en el lugar de honor en la mesa del capitán y llevaba puesto un traje blanco de marinero, todo almidonado... ¡Cualquier hombre o mujer de a bordo se habría quedado con él sin pensarlo dos veces! Se repartieron sombreritos de papel y matasuegras y todo el mundo se puso muy contento cuando apareció en la sala una enorme tarta de tres pisos transportada en un carrito. La banda tocó *Cumpleaños feliz* y, cuando terminó, Robin nos dejó asombrados a todos saludando espontáneamente al capitán.

Madre Steed dice que dentro de un año no se acordará de nada, pero no creo que eso importe mucho. El caso es que él entendía lo que estaba sucediendo mientras sucedía. En ese momento era feliz por completo y de verdad: ¿qué más se puede pedir en la vida?

Mañana es el último día a bordo y estoy tan emocionada por ver el Viejo Mundo por primera vez como Colón cuando vio el Nuevo.

Muchos abrazos para Manning... y para la chiquitina.

Bess

Londres, a 11 de junio de 1913

Corazón mío:

Es la primera vez en mi vida que estoy en Londres, pero, cada vez que doblo una esquina, tengo la sensación de haber estado aquí antes. Ahora me doy cuenta de que no he parado de viajar en la vida, pero hasta este verano todos los viajes sucedían entre las tapas de los libros. Hoy hemos ido a ver la casa en la que Charles Dickens escribió mi adorado *David Copperfield*. Recuerdo que lloraba al leerlo, y hoy, al ver su escritorio, estaba segura de que también él lloraba mientras lo escribía.

Voy al teatro siempre que puedo. Ayer me acompañó madre Steed a una brillante puesta en escena de *Casa de muñecas*, de Henrik Ibsen. Seguro que la obra te habría parecido tan tonta como a tu

madre. Por primera vez en todo el viaje, agradecí que no estuvieras con nosotras.

No he tenido noticias tuyas desde que desembarcamos. Espero que no te encuentres muy solo sin nosotros. ¿Qué has hecho para entretenerte? Sé concreto en la respuesta, por favor, porque se me desborda la imaginación con la distancia. Sé que Hans te cuida muy bien. Annie me asegura que es un cocinero excelente, pero me gustaría que me lo dijeras tú.

Annie tiene mucha añoranza de casa y llora todas las noches hasta que se duerme. Si no fuera por la posibilidad de ir a Alemania a ver a su familia, cogería el primer barco de vuelta. Pero la culpa de que lo esté pasando tan mal la tiene Hans. Me ha dicho que no estaba nada de acuerdo con que hiciera el viaje y, el día en que nos fuimos, de lo único que hablaba era de lo solo que se quedaría, sin tener en cuenta las oportunidades que se le presentaban a ella. En este mundo hay pocos hombres tan generosos como tú, mi amor, y es evidente que el marido de Annie no lo es.

En Inglaterra se ven por todas partes las pruebas del gran amor que la reina Victoria profesaba a su Alberto y del aplastante sentimiento de pérdida que la embargó tras su muerte. Ordenó que, en señal de duelo, tañeran sin descanso las campanas del castillo de Windsor una semana entera. Después del primer día, el sonido le resultaba insoportable y ordenó envolver el campanario de la torre en lana negra, para amortiguar el lúgubre sonido, pero las campanas no dejaron de tañer. Mandó guardar su elegante vestuario y se puso de luto para el resto de su vida. El guía se ofendió bastante cuando me atreví a preguntarle si, dejando de vivir su propia vida, la reina honraba realmente la memoria de su difunto consorte. Si me sucediera algo a mí, quiero que sigas por el camino que te has trazado con el mismo entusiasmo y la misma determinación, sin sentimiento de culpa ni pesadumbre, sabiendo que tu vida sería la única que me quedara a mí.

¿Por qué será que, incluso en la más breve separación, los pensamientos siempre se vuelven hacia esa separación definitiva?

Te quiere con toda el alma,

Bess

París, a 3 de julio de 1913

Queridos papá y Mavis:

Por fin estamos en París: *Cité de la Lumière* (Mavis, por favor, tradúceselo a papá). Es exactamente como me la imaginaba. ¡Quién hubiera nacido aquí! ¡Cuánto me gustaría poder decir que es mi ciudad!

Agradezco muchísimo a la señorita Girard cada sombrero que arreglamos y cada verbo que conjugamos. He tenido que recurrir a ambas cosas a menudo en los tres días que han pasado desde que llegamos.

Me entusiasma comprobar que puedo comunicarme en una lengua extranjera, aunque son los franceses que no hablan inglés quienes más aprecian mis aptitudes lingüísticas. En el hotel, aunque siempre empiezo preguntando en francés, el conserje insiste en contestarme en inglés y, para no prolongar esa rivalidad tácita, termino por hablar en inglés yo también. Todavía no he conocido a ningún francés que no se considere superior a mí.

Con afecto,

Bess

Múnich, a 11 de julio de 1913

Corazón mío:

Estamos todos encantados en Baviera; nunca había visto a Annie tan contenta. En Inglaterra, echaba de menos a Hans; en Francia, estaba francamente de mal humor, pero aquí es feliz de verdad.

Nos ha llevado a conocer a su familia, que nos recibió con mucha cordialidad y gentileza. Si no fuera por Hans, se despediría de nosotros aquí mismo. Espero que se dé cuenta de que ha estado a punto de perderla en este viaje. Pocos maridos entienden lo débil que es el control que ejercen sobre sus esposas. Como los imanes, solo atraen dentro de un campo limitado. Pero todavía no he traspasado los límites del poder de tu amor. Me atraes por completo... por muy lejos que me vaya.

Confío en que ese efecto sea mutuo, aunque el lenguaje de tus cartas es tan comedido que a veces lo dudo. ¿Por qué los hombres

son tan tímidos a la hora de decir cosas que no les da ninguna vergüenza hacer?

Agradezco que te tomes el tiempo para escribir las cartas a mano, pero ¿estás seguro de que tu secretaria ya no las lee? (¡Ja!) Cuando te escribo, estamos tan solos como cuando estamos en la cama. Pero cuando leo tus cartas, tengo la sensación de que todavía nos vigila una carabina, como cuando éramos novios... Aunque no me imagino quién lo hace ni por qué.

No, no tengo razón, y tú sí. Las palabras no pueden sustituir a nadie. No te atormentaré más con mi anhelo insatisfecho, lo sufriré sin decir nada hasta que estés a mi lado y acalles estos gemidos, de los que eres a la vez causa y remedio.

Eres toda mi vida,

Bess

Viena, a 25 de julio de 1913

Corazón mío:

Ha pasado lo que me temía. Annie se queda en Alemania de momento. Dijo que pensaría en la posibilidad de reunirse con nosotros en Italia, pero que no nos prometía nada.

Cuando le recordé a Hans, se echó a llorar y dijo que estaba convencida de que le era infiel. Le pregunte qué pruebas podía tener para hacer semejante afirmación y me dijo que, en las últimas semanas, el tono de sus cartas había cambiado por completo. Al principio le decía que estaba muy solo sin ella y nada más, pero últimamente ha empezado a animarla a que disfrute sin preocuparse por él. Para ella, esto solo puede significar que ha encontrado a alguien que la ha sustituido en sus sentimientos.

Le dije que eso eran tonterías. Tú no te has quejado ni una vez de la soledad, pero solo un tonto podría deducir que es la consecuencia de una infidelidad. ¿Por qué las mujeres temen poner en peligro el cariño de sus maridos cuando hacen valer su independencia?

Te quiero todavía más por animarme a hacer este viaje sin ti y poder comprobar por mí misma todo lo que el mundo puede ofrecer a un viajero solitario.

Con todo mi amor,

Bess

Viena, a 29 de julio de 1913

Queridos papá y Mavis:

Viena es como una ciudad de otro siglo. Nadie vive ya de esa forma en ninguna parte del mundo. El encanto y la cortesía de la gente y su forma de vida tan civilizada me resultan muy atractivos. He descubierto muchas cosas admirables en todas las ciudades por las que hemos pasado, pero si tuviera que elegir una para vivir, sería Viena.

Annie se ha quedado en Alemania con su familia, así que madre Steed y yo vamos con los niños a todas partes. Anoche hubo una representación especial de *Los cuentos de Hoffman*, de Offenbach, en el teatro del Palacio de Schönbrunn, en honor del emperador Francisco José, y tuve la suerte de poder hacerme con cuatro entradas. Robin y Drew aplaudieron al emperador con más entusiasmo que nadie entre todo el público, aunque a Robin le decepcionó que no llevara corona ni manto de terciopelo con cuello de armiño, como los que vio en la Torre de Londres. Seguro que gran parte del público se preguntaba cómo se le ocurría a alguien llevar a unos niños tan pequeños a un espectáculo para adultos, pero es posible que sean los únicos niños americanos de su generación que han aplaudido a un emperador, y tanto si se les olvida como si no, el hecho queda ahí.

Con afecto,

Bess

VIENA, A 5 DE AGOSTO DE 1913

ANNIE HOFFMEYER

6 MINDENSTRASSE

MÜNCHEN (DEUTSCHLAND)

NIÑOS ENFERMOS. NO PUEDO MÁS. RETRASO SALIDA A ITALIA. VENGA ENSEGUIDA POR FAVOR. BESS STEED

Viena, a 7 de agosto de 1913

Corazón mío:

Por favor, no te alarmes al leer esto. Ahora estamos bien, pero quiero ponerte al corriente de algunos cambios en el itinerario.

Hace tres días, Drew cayó enfermo de gripe y, al amanecer del día siguiente, después de una noche en vela para todos, Robin presentó los mismos síntomas. Mandé un telegrama a Annie sin pérdida de tiempo y ha llegado esta misma tarde. Lo primero que ha hecho ha sido mandarme a la cama. He dormido hasta la hora de cenar y ya me encuentro mucho mejor. Ya se ha acostado todo el mundo. La mejor medicina para los niños ha sido volver a ver a Annie.

He mandado telegramas a los hoteles de Italia para cambiar las reservas. Madre Steed propone que nos saltemos Venecia y vayamos directamente a Florencia, pero yo me opongo con rotundidad a suprimir nada del itinerario. Confío en que no sea el último viaje que haga a Europa y rezo por ello, pero no se puede saber nada más allá de mañana, y siempre y cuando los niños estén en condiciones de viajar, por supuesto, mañana pisaremos Venecia.

Con todo mi amor,

Bess

Venecia, a 9 de agosto de 1913

Corazón mío:

Llegamos ayer cuando el sol se ponía en el Gran Canal, la hora perfecta para ver Venecia por primera vez... si se puede decir que la hemos visto en realidad, porque para mí es como un sueño.

Los niños están completamente recuperados. No obstante, a excepción de un paseo en góndola por la tarde, se han quedado todo el día en el hotel con Annie.

Annie me ha dicho que el telegrama era lo que necesitaba para obligarse a tomar una decisión. Su hermano le había recomendado que fuera a Nápoles y regresara a casa con nosotros en barco. Está convencido de que la guerra se acerca, y le dijo que si no se iba ahora, quizá no volvería a ver a su marido ni a pisar los Estados Unidos. A Annie le esperaba aquí una carta de Hans. No tengo ni idea de lo que le decía, pero por fortuna ahora está convencida de que le ha sido fiel en su ausencia y de que espera su regreso con ansiedad. Como confío esperes tú el mío.

Siempre tuya,
Bess

Florencia, a 12 de agosto de 1913

Querida Lydia:

Aunque tenemos que acortar la estancia en esta ciudad, hemos conseguido ver todas las obras maestras de arte que había estudiado en la escuela y otras muchas que no.

Madre Steed se escandalizó un poco al ver el *David* de Miguel Ángel por primera vez... El tamaño es realmente imponente. Yo no me escandalizo por nada que sea de piedra, pero no estaba preparada para los italianos de carne y hueso. En los demás países, el embarazo, que ya es más que evidente, me ha protegido de todas las insinuaciones a las que se expone una mujer que viaja sola. Sin embargo en Italia parece que mi estado, si es que alguien se fija en él, que lo dudo, solo aumenta mi atractivo a ojos del sexo opuesto. Ni siquiera madre Steed puede pasear por la calle sin que le digan algo. En nuestro país, se considera que una viuda de cuarenta y cinco años es una mujer mayor; en Italia la ven simplemente como una mujer madura. Sin la menor duda, este es el país al que hay que venir cuando los hijos son mayores y empezamos a pensar que la vida se acaba... Aunque, la verdad, no creo que yo llegue a pensarlo nunca.

Si habláramos italiano, tal vez iniciaríamos una conversación inteligente con los hombres que nos siguen allá donde vamos, pero, tal como son las cosas, solo nos cabe hacer oídos sordos a los comentarios que nos dirigen y nos limitamos a hablar entre nosotras. Desde que llegamos a Italia hemos adoptado la costumbre de cenar en la habitación del hotel, con los niños, y ya no salimos a pasear por la noche, después de cenar. He comprado un diccionario de italiano y lo hojeo todas las noches sin falta, pero hasta ahora no he encontrado ninguna de las palabras que me dicen los hombres por la calle.

Me alegro mucho de que Manning se asocie con Rob para hacer negocios. ¿Cuándo os trasladáis a Dallas? Tengo muchas ganas de ayudarte a buscar casa y a amueblarla. Se espera mucho de la

mujer de un hombre que se va a dedicar a los negocios en una ciudad desconocida. Estoy segura de que Rob pondrá su experiencia a disposición de Manning, y yo no voy a ser menos contigo.

Con afecto,

Bess

Roma, a 15 de agosto de 1913

Amor mío:

¡Cuánto te echo de menos! Las cálidas noches de Italia me despiertan tanto deseo que esta soledad se me hace insoportable.

Esta noche hemos dado un largo paseo en coche de caballos y hemos visto las ruinas a la luz de la luna. Aquí el tiempo parece fluir a su antojo: vamos y volvemos de delante atrás, del presente al pasado, y a veces incluso vislumbro el porvenir y me imagino a nuestros nietos y biznietos siguiendo nuestras huellas por el Foro.

Esta ciudad te gustaría más que ninguna de las que hemos visto. Seguro que por eso creo verte en todas las esquinas... o tal vez sea esta larga separación la que me hace ver lo que más deseo. El hijo que vamos a tener ya reclama el derecho a una entidad independiente. Hace un momento, estaba a punto de dormirme cuando me despertaron las pataditas. Ya se ha calmado, pero, como no consigo conciliar el sueño, me he sentado a soñar una vez más que estoy entre tus brazos.

Con todo mi amor,

Bess

Nápoles, a 19 de agosto de 1913

Queridos papá y Mavis:

Esta es la última carta que vais a recibir con matasellos extranjero.

Hoy hemos ido a ver las ruinas de Pompeya. Madre Steed dice que, si pudiera elegir, moriría como los habitantes de Pompeya: atrapada en plena vida, sin previo aviso. Yo no. Tengo la intención de tomarme tan en serio la muerte como la vida. Tampoco quiero ser solo un nombre en una larga lista de víctimas. No tengo el menor interés en que la muerte me asocie con personas cuya compañía no he elegido en vida.

¿Qué es lo que tiene viajar por Europa para que empecemos a ver que nuestra vida es parte de la historia? Es una sensación estimulante que nunca había experimentado en Texas, pero me da una perspectiva que a partir de ahora tendré siempre presente.

Con todo mi amor,

Bess

El señor Robert Randolph Steed y señora
anuncian con orgullo el nacimiento
de su primera hija,
Eleanor Elizabeth,
nacida el 25 de agosto de 1913
a bordo del *Nuovo Mondo*,
en ruta de Nápoles (Italia) a Galveston (Texas).

Dallas, a 12 de octubre de 1914

Frau Heinrich Mittler
6 Mindenstrasse
München (Deutschland)

Mi querida Frau Mittler:

Annie acaba de informarme de la triste pérdida de su hijo en la guerra. Mi más profunda condolencia. Estoy desolada por todo lo que han sufrido los lugares y las personas a las que llegamos a querer tanto hace tan solo un verano. A esta distancia, nos resulta difícil entender lo que sucede en Europa. Con independencia de la postura oficial que adopte nuestro país, siempre tendré el corazón dividido entre ambos bandos, como le sucedió a mi bisabuela cuando sus hijos tuvieron que luchar entre sí en la Guerra de Secesión.

Fue usted muy amable con nosotros cuando estuvimos en Alemania y Annie es ya una más de la familia, y siempre lo será, se lo aseguro.

Con mi más sentido pésame y todo mi afecto, sinceramente,

Bess

Dallas, a 15 de mayo de 1915

Queridos papá y Mavis:

Se me parte el corazón cuando pienso en lo que le ha deparado el destino a nuestro entrañable *Lusitania* desde que nos llevó por las aguas del Atlántico, hace dos años. Y, aunque espero repetir el viaje algún día, ya nunca volveré a ver Europa tal como la conocimos en 1913.

Estamos todos bien de salud, aunque Rob tiene tanto trabajo que temo por la suya. Los seguros de vida lo obligan a estar fuera de casa más tiempo de lo que yo querría, pero un negocio nuevo es casi como un recién nacido: precisa atención total los primeros años, pero pronto se vuelve bastante independiente. Eleanor ya no va andando por todas partes: ahora corre. No hay quien pueda seguirle el ritmo. Espero que todos los niños tengan un ángel de la guarda que los cuide, porque, sin alas, es tarea imposible.

Annie sufre mucho de los nervios desde que empezó la guerra y me temo que el trabajo de cuidar a los niños la sobrepasa. Por ese motivo la he eximido de esa responsabilidad y ahora su trabajo se reduce al cuidado de la casa. He contratado los servicios de una señora escocesa encantadora, la madre del profesor de golf del club de campo, para que se haga cargo de los niños. Se llama Flora McCullough y tiene un acento tan cerrado como el alemán de Annie, aunque resulta más agradable, especialmente en estos tiempos tan revueltos. Es bastante mayor que Annie, pero los niños ya han pasado la edad en la que solo requieren cuidados físicos; lo que necesitan ahora es una persona con una educación semejante a la suya que sepa orientarlos.

Con mucho cariño,

Bess

DALLAS, A 5 DE AGOSTO DE 1916

ROBERT STEED JEFFERSON

HOTEL ST LOUIS

MISURI

COCHE ATROPELLA ELEANOR. EN COMA EN BAYLOR. VEN A CASA ENSEGUIDA. BESS

Dallas, a 12 de agosto de 1916

Señor Arthur Fineman
1300 N. Beckley
Oak Cliff (Texas)

Apreciado señor Fineman:

Gracias por su carta de la semana pasada. No he sido capaz de contestarle hasta hoy, que mi hija ha salido por fin del coma. Las múltiples fracturas que ha sufrido la han dejado inmovilizada de la cabeza a los pies. Pero esta mañana, cuando abrió los ojos y me sonrió por primera vez en una semana, fue como si saliera de la cama de un brinco.

Gracias por ofrecernos ayuda, pero disponemos de medios suficientes para hacernos cargo de esta emergencia. Permítame insistir, esta vez por escrito, en que mi marido y yo no tenemos intención de presentar denuncia contra usted. Mi niña se metió debajo de las ruedas de su coche sin más ni más, fue humanamente imposible evitar el accidente.

Me considero responsable. La llevaba de la mano cuando, de repente, se soltó y echó a correr detrás de sus hermanos mayores, que habían cruzado la calle con la niñera antes que nosotras. Fui detrás de ella y la alcancé en el momento en que llegaba a la calzada... Pero ya era tarde. Desde ese instante, revivo la escena una y otra vez, y me imagino que usted también. No puedo hablar de ello con ninguna persona de mi familia; usted es el único a quien puedo confiar este sentimiento de culpa. Incluso mi adorado marido me parece ahora un padre desconsolado y su presencia, siempre reconfortante, representa un reproche silencioso. Nunca en mi vida había estado tan sola.

La vida es mucho más peligrosa en la actualidad que cuando yo era niña. Vivía en una ciudad pequeña, sin aceras, y recuerdo que iba saltando por la calle entre caballos y carruajes, completamente ajena a la sensación de que algo con ruedas pudiera herirme a mí o a cualquier cosa que amara. Pero eso fue antes del automóvil.

Termino aquí. Eleanor se está despertando otra vez.

Suya afectísima,

Bess Steed

Las nubes, a 15 de agosto de 1916

Querida Eleanor:

Eres el primer ser mortal que recibe una carta del reino de las nubes, pero es que te hemos estado observando en la cama del hospital y queremos decirte que nos pareces muy valiente y muy fuerte.

El muñeco que te ha traído esta carta es igual que los que tienen las niñas de las nubes para jugar. Tiene los ojos azules como el cielo, el pelo brillante como el sol y el vestido del color del atardecer.

Sabemos que tienes que estar tumbada sin moverte todo el día y que solo puedes ver el cielo por la ventana. Pero el cielo es nuestro mundo, y es mucho más interesante de lo que se imagina la gente de la Tierra. Si te fijas bien, nos verás escondidas entre las estrellas y durmiendo en las nubes. Entonces, nosotras miraremos hacia la Tierra y te contaremos las cosas divertidas que hacen los otros mortales.

Muchos besos y abrazos,

El hada de las nubes

Dallas, a 10 de noviembre de 1916

Señora Martin Banks
Secretaria
Club Shakespeare
Dallas (Texas)

Querida Exa:

Muy a mi pesar solicito permiso para ausentarme indefinidamente, pues desde el accidente de Eleanor mi vida se limita a mi casa y a la habitación del hospital, y seguirá así hasta donde me atrevo a mirar al futuro.

Es tan valiente que me parte el corazón. Por fortuna, es muy joven y no tiene conciencia real del tiempo. Su calendario va de Navidad a Semana Santa y de Semana Santa a su cumpleaños. Los meses intermedios no significan nada para ella, así, que, cuando el médico le dice que en Semana Santa estará en casa y que empezará a andar por su cumpleaños, no se desespera como yo.

Aquí, en la habitación del hospital, he releído todos mis pasajes predilectos de Shakespeare, pero apenas he encontrado consuelo. Ni siquiera el sufrimiento de Lear se acerca a las emociones que me asedian desde el accidente. No creo que Shakespeare pasara nunca por la experiencia de ver sufrir a un hijo suyo, como yo ahora.

Por favor, da muchas gracias de mi parte a todos los que aprobaron mi ingreso en la sociedad y transmíteles que lamento tener que renunciar temporalmente a uno de los honores más grandes que me han hecho en la vida, pero mi familia siempre ha ocupado el primer lugar en lo que al tiempo se refiere y ahora se lo debo todo a ella.

Cordialmente,

Bess Steed

Dallas, a 20 de noviembre de 1916

Mlle. Helene Girard
Sombrerería de París
4608 Oak Lawn
Dallas (Texas)

Ma chère mademoiselle:

Je regrette beaucoup de ne pas continuer les après-midis français si agréables que nous avons passés les derniers trois ans, mais maintenant il faut que je sois à l'hôpital avec ma petite Eleanor tous les jours.

A ce moment-ci, je ne peux pas dire quand je pourrai les recommencer. Pour la première fois de ma vie, l'avenir m'effraye.

Je vous remercie encore des jolies fleurs que vous avez envoyées à l'hôpital. Depuis le 5 août, cette chambre est devenue le monde pour moi, et les fleurs sont des souvenirs d'un monde plus beau.

Avec mes sentiments les plus affectueux,

Bess Steed

Dallas, a 30 de diciembre de 1916

Apreciado señor Fineman:

Ha sido usted muy amable al acordarse de nosotros en estos días de vacaciones. A todo el mundo le gustó mucho el pavo ahumado,

así como los dulces de fruta de Corsicana.

Eleanor está entusiasmada con la cesta de gatitos. Espero que sirva para paliar la decepción que va a llevarse cuando vuelva a casa y descubra lo mucho que han crecido sus gatitos de verdad. Cree que nada habrá cambiado en su ausencia, como nos pasa a todos.

Le agradezco que haya tenido el detalle de mandar el regalo en vez de traérselo personalmente. Eleanor no asocia el accidente con ninguna persona. El único culpable es un coche, así que no espera compensaciones de nadie. Para ella, los gatitos son el regalo de un amigo, nada más. Lo mismo que para mí.

Lamento mucho su reciente enfermedad. Por suerte, yo he gozado de buena salud todo el otoño, quizá porque no tengo elección.

Eleanor se ha tomado esta larga convalecencia con un buen humor asombroso. Le leo cuentos en voz alta horas y horas, y juntas nos refugiamos en un sinnúmero de mundos imaginarios más agradables que el nuestro. Todas las mañanas, cuando se despierta, encuentra en la almohada una carta y un regalo del hada de las nubes. Ahora, al recordar los horribles primeros días después del accidente, sé que creé en las nubes un reino lleno de vida para darle a entender que había otros mundos abiertos para ella, si este se cerraba de repente. O quizá solo intentaba mantener esa ilusión para mí misma.

Gracias otra vez por los regalos, ha sido muy amable. Y mis mejores deseos para el Año Nuevo.

Atentamente,

Bess Steed

Dallas, a 16 de febrero de 1917

Queridos papá y Mavis:

Los niños están encantados con los regalos de San Valentín que les habéis mandado. A mí me esperaba un regalo de Rob en la entrada, cuando me desperté. Un automóvil para mí sola. Hace un año me habría entusiasmado, pero hoy la idea de conducir una máquina tan peligrosa me da pavor. Desde el accidente de Eleanor, este invento me parece terrorífico. Pero Rob dice que así es como

hay que ponerse al volante de un automóvil. Hace un año lo habría considerado un juguete apasionante. Ahora sé a qué atenerme.

Esta tarde Rob me ha dado la primera clase de conducir. Ha dicho que lo había hecho muy bien. Sin embargo, me ha dado la sensación de que la máquina me dominaba a mí, y no al revés, situación que pienso remediar practicando con constancia.

Ninguna de mis amigas sabe conducir y ninguno de sus maridos se lo permitiría; aún menos les regalarían un coche e insistirían en que lo condujeran. Pero Rob se va de viaje a menudo, cada vez más, y no le gusta que me quede encerrada en casa sin poder hacer nada. Nunca deja de sorprenderme la independencia que no solo me permite sino que alienta. Crecimos como amigos e iguales y, a diferencia de muchas parejas que conozco, el matrimonio no ha menguado el respeto mutuo que nos profesamos.

Con cariño,

Bess

Las nubes, a 24 de marzo de 1917

Querida Eleanor:

Hoy, cuando te fuiste del hospital, miramos todos hacia abajo y te dijimos adiós. ¡Qué soldadita tan valiente has sido estos largos meses! Tanto como el soldadito de plomo que te ha traído esta nota. ¿Te has llevado una sorpresa al ver que habías recibido carta de las nubes en tu casa? Ahora no tendrás tantas noticias nuestras como antes, en el hospital. Pronto estarás bien otra vez, corriendo y jugando, y no tendrás tiempo de tumbarte a mirar las nubes, pero siempre estaremos aquí para protegerte. Y cuando los días en la tierra te parezcan largos y difíciles, mira al cielo y piensa en lo bien que lo pasamos aquí.

Muchos besos y abrazos,

El hada de las nubes

Dallas, a 25 de marzo de 1917

Apreciado señor Fineman:

Eleanor volvió a casa con mucha alegría y su felicidad llegó al máximo al ver los adorables gatitos siameses que le envió usted a

modo de recibimiento. Todavía se mueve con mucha dificultad y le resulta muy doloroso, por lo que tiene que descansar varias horas por cada una de ejercicio, pero, cuando está acostada, los gatitos se tumban a su lado y juguetean en la cama: son una fuente de diversión y placer interminable. Cualquier cosa que la divierta y la ayude a estar tranquila es un regalo para mí también.

Siento mucho que por su enfermedad no pueda seguir conduciendo. Pero, en vez de vender el coche, ¿por qué no anima a su mujer a que aprenda a conducir? Mi marido me regaló un coche el mes pasado y, aunque pasé mucho miedo la primera vez que me puse al volante, ahora me parece una experiencia muy emocionante. Siempre conduzco con la máxima precaución, por supuesto, y pienso los itinerarios al detalle para evitar los giros a la izquierda. Pero, mientras no tenga prisa, he comprobado que puedo llegar a cualquier lugar girando siempre a la derecha.

Espero que su mujer y usted disfruten mucho en las próximas vacaciones. Yo espero estas fiestas de Semana Santa con mucha alegría. Tener a mi hija en casa de nuevo, ver cómo recupera la movilidad de los brazos y las piernas, aunque lentamente y con dolor, es como si por primera vez en mi vida comprendiera el significado de la Resurrección. De todas formas, si mi religión fuera la suya, esta época de Pascua estaría igualmente cargada de sentido, porque no cabe duda de que este año ha pasado por nuestra casa el Ángel de la Muerte. Este domingo cantaré *Aleluya* con todo mi ser al Dios de todos nosotros.

Cordialmente,

Bess Steed

Dallas, a 15 de abril de 1917

Queridos papá y Mavis:

Hoy he bajado las maletas del desván, donde llevaban cuatro años guardadas. Cuando volví de Europa, creía que viajar formaría parte de mi vida para siempre, pero ahora sé que la vida no se rige por un plan, o en todo caso, si existe un plan, es muy aterrador.

Me emociona mucho la perspectiva de ir a Nueva York con Rob... y os agradezco muchísimo que os quedéis con los niños. Por supuesto,

madre Steed estará aquí y los niños la adoran, pero es que la mera idea de hacerse responsable de algo vivo la agobia. Incluso se negó a tener una planta en su habitación por temor a que se muriera por su culpa.

A Annie le han concedido la ciudadanía americana y, en consecuencia, el servicio doméstico le resulta cada vez más desagradable. El mes pasado, Hans y ella dejaron las habitaciones del servicio que tenemos encima del garaje y se instalaron en una casita preciosa que han comprado. Annie va a dar a luz en agosto —por primera vez— pero nos ha prometido que trabajará en casa hasta mediados de verano.

Y, por supuesto, nuestra querida señora McCullough estará aquí con los niños. Los quiere muchísimo y ellos la adoran. Nunca se cansan de sus cuentos escoceses y tengo que reconocer que a veces me quedo a oírlos yo también sin que se den cuenta. Su hijo va prosperando en el club de campo. Ha enseñado a jugar al golf a muchos de los hombres de negocios más importantes de la ciudad. Rob fue a algunas clases, pero apenas tiene tiempo de practicar. Sin embargo yo sigo mejorando.

Lydia viene a vernos todos los días con la pequeña Marian. Nunca había apreciado tanto a mi cuñada como en los últimos meses. Toca el piano para distraer a los niños y se inventa cancioncillas y bailes para que Eleanor se anime a hacer los ejercicios. Mi pequeña ya se mueve mucho mejor, pero ha tenido que aprender a andar de nuevo. Se me parte el corazón cada vez que la veo caerse y levantarse, y volver a empezar con tanta valentía.

Tengo que seguir haciendo el equipaje. Estoy utilizando la habitación de invitados como centro de operaciones. Hay ropa por todas partes. ¿Qué llevan las mujeres de Nueva York este año? Me da vueltas la cabeza.

Os quiere,
Bess

Dallas, a 20 de abril de 1917

Señora de Dwight Davis
33 Stonybrook

Westport (Connecticut)

Querida Totsie:

Va a ser maravilloso volver a vernos... y conocer al hombre del que hablabas día y noche el año en que compartimos habitación. ¿Fue solo hace ocho años? Me parece que ha pasado toda una vida desde entonces. Estoy convencida de que la mujer que soy ahora, a los veintiséis, seguirá siendo así toda la vida, pero la chica que fui a los dieciocho se ha ido para siempre. ¿Me equivoco? Supongo que tendrás que decírmelo tú.

Espero este viaje con muchísima ilusión. Rob y yo hemos pasado muy poco tiempo juntos estos últimos años. Resulta irónico que los lazos que en principio deberían unir de verdad a un matrimonio —como el hogar y la familia— en realidad a menudo lo separan. Así como yo he dejado de ser la chica que recuerdas, Rob ya no es el hombre con el que me casé, pero no siempre estoy segura de qué persona es ahora.

Al principio de nuestro matrimonio, creo que yo ambicionaba más para él que él mismo. Pero ahora siempre está en busca de nuevas oportunidades de inversión, que por desgracia siempre requieren inversiones tan grandes de dinero como de tiempo y energía. En esta parte del país, hay hombres que están levantando imperios, y presiento que mi marido va a ser uno de ellos. Hubo un día en que yo podía dar cuenta de cada penique que ganaba. Ahora, quitando mi asignación para los gastos de la casa, que siempre ha sido desorbitada, no tengo ni idea de cuánto dinero gana ni adónde va a parar.

Siempre creí que el matrimonio significaba la fusión de dos personas en una, pero las únicas fusiones a las que llega realmente la imaginación de Rob son las que representan crecimiento y beneficios potenciales. Seguimos habitando el mismo espacio físico, pero en lo espiritual nos hacemos extraños.

No me había dado cuenta de lo mucho que te he echado de menos estos años hasta que empecé a escribir esta carta. ¿Recuerdas que siempre nos quedábamos charlando hasta caer dormidas? Pues me ha vuelto a pasar: son las tres de la mañana y

todavía tengo mucho que contarte, pero habrá que esperar hasta que nos veamos.

Je t'embrasse,

Bess

Dallas, a 17 de abril de 1917

Señorita Josephine Farrow
2514 Elm Street
Siracusa (Nueva York)

Querida prima Josie:

Aunque no nos conocemos personalmente, mi padre me ha hablado tanto de usted que espero no parecer impertinente dirigiéndome a usted con la misma libertad que lo haría él.

Mi marido y yo vamos a ir a Nueva York el día 2 de mayo, a pasar dos semanas, y me gustaría mucho acercarme a Siracusa algún día en tren para verla. Mi padre me ha contado muchísimas veces que el padre y la madre de usted lo trataban con mucho cariño cuando era niño. Creo que nunca se recuperó del todo de la pérdida de su madre, a los ocho años, pero ese dolor quedó aliviado por la calidez con la que lo acogieron en el seno de su familia.

Es la segunda vez que mi padre sufre la pérdida irreparable de una de las mujeres más importantes de su vida —primero su madre, después su mujer—, lo que tal vez explique por qué ha elegido a alguien tan joven para volver a casarse. Estoy segura de que, entre todo lo que espera de ella, está la idea de que lo sobreviva.

Le ha afectado mucho su reciente enfermedad. No deseo molestarla, pero, como no sé cuándo podré volver al este, quisiera aprovechar la oportunidad para conocerla y descubrir más cosas sobre la familia de mi padre.

Con mis mejores deseos,

Bess Steed

El Waldorf (Nueva York), a 10 de mayo de 1917

Queridos papá y Mavis:

Ayer pasé el día en Siracusa, en casa de la prima Josie. Está muy débil y tose muchísimo. Ya no recibe visitas, pero ha tenido la

amabilidad de recibirme a mí, puesto que he venido desde tan lejos. No sé cómo se las habría arreglado todos estos años sin tu ayuda, papá. La única persona de la familia que le queda, aparte de ti, es una sobrina que se casó y se fue a vivir a otra ciudad. Le escribe de vez en cuando, pero no le aporta ninguna ayuda económica.

Me desazona que no haya hecho testamento. No tiene dinero, lo sé, pero la casa está llena de antigüedades de valor incalculable, que pertenecían a sus padres, y, por derecho, tendrías que heredarlas tú cuando muera. Pero un juez que ignore la generosa ayuda que le estás prestando designará a su sobrina como heredera legítima.

Rob y yo estamos disfrutando muchísimo de todo lo que tiene que ofrecer la ciudad de Nueva York. Si no fuera por los niños, me quedaría indefinidamente.

El viaje en tren fue como una luna de miel: dos días sin interrupciones de la familia ni de los negocios. Creo que pronto será posible cruzar el país en avión y, aunque para algunas personas sea una perspectiva halagüeña, será muy triste para las mujeres que, como yo, estén casadas con hombres que siempre eligen el medio de transporte más rápido para viajar.

Rob reservó una lujosa suite aquí. A diferencia de muchos de sus socios, disfruta tanto gastando el dinero como ganándolo, espíritu que comparto por entero.

En este viaje me he convertido en una auténtica apasionada del teatro: he visto más obras en una semana que en toda mi vida. ¡Qué representaciones tan brillantes! Jamás olvidaré la actuación de Ina Claire en *Polly with a Past* ni la de Fay Bainter en *The Willow Tree*. También me apasiona la vida que llevamos aquí: vamos todas las noches al teatro y después a cenar. No hay nada como el champán para tener dulces sueños.

Rob satisface al instante hasta el menor de mis caprichos. Estoy tan mimada ahora, que soy mayor, como cuando era pequeña. Y no solo lo disfruto, sino que lo espero. Hay quien lo desaprobaría, pero la experiencia me dice que las personas más adorables y generosas son las que han recibido mucho cariño. He tenido todo lo que quería de niña y también ahora, como mujer, y por eso pongo todo mi empeño en que también lo tengan mis parientes y mis amigos. Estoy

convencida de que si todos los niños del mundo fueran unos consentidos, la guerra y el crimen pasarían a la historia.

Espero que estéis disfrutando de la estancia en nuestra casa y que los niños no pongan a prueba vuestro afecto.

Con mucho cariño,

Bess

El Waldorf (Nueva York), a 12 de mayo de 1917

Mis preciosos ángeles:

Vuestro padre y yo os echamos muchísimo de menos y esperamos traeros a todos la próxima vez que vengamos a Nueva York. Pero os llevaremos muchas cosas de la ciudad a casa. ¡Ya veréis los tesoros que he guardado en mi baúl! Ayer pasé toda la tarde en la tienda de juguetes más maravillosa que he visto. Se dice a menudo que la gente de esta parte del país tiene muy malos modales, pero a mí me han tratado con perfecta cortesía en todas partes. El empleado de la tienda de juguetes, por ejemplo, se tomó muchísimo interés por vosotros y me dio muy buenos consejos a la hora de elegir.

¿Qué tal el túnel, Robin y Drew? Madre Steed teme que acabéis enterrados en vida. Dice que contiene el aliento desde que desaparecéis por debajo de los rosales hasta que salís de nuevo junto a la fuente. ¿No sería mejor que dejarais las excavaciones hasta que volvamos?

Eleanor, bomboncito mío, estoy encantada de saber que progresas. Vivo para el día en que abra los brazos y tú vengas corriendo a abrazarme.

Un beso y un abrazo para cada uno,

Mami

El Waldorf (Nueva York), a 15 de mayo de 1917

Querida Lydia:

Rob y yo acabamos de llegar de pasar un fin de semana en Connecticut con mi compañera de habitación del bachillerato y su marido. Totsie y yo conservamos la amistad por correspondencia. Sin embargo, esta visita, en vez de unirnos más, ha aumentado la distancia.

Tal vez esa extrañeza entre nosotras se deba a los maridos. Provienen de mundos muy diferentes. Al suyo lo mandaron a un internado cuando era pequeño y, aunque lo privaron del calor de la familia, siempre iba abriéndose puertas con el apellido por delante. Me indignó mucho que se considerara superior a Rob sin haber hecho nada que justificara semejante distinción. Tengo el propósito de dar a mis hijos todas las ventajas que la riqueza y la posición social puedan proporcionarles, aunque solo sea para que entiendan la poca importancia que tienen esas cosas. Así, nada los hará estar tan incómodos como su padre todo este fin de semana.

Añoramos Texas, los dos. Hemos decidido acortar la estancia aquí y volver a casa este fin de semana.

Con cariño, de los dos,

Bess

Nueva York, a 15 de mayo de 1917

Floristería Quinta Avenida
Ciudad de Nueva York

Ruego envíen una docena de rosas de tallo largo al señor Dwight Davis y señora, a 33 Stonybrook, Westport (Connecticut), con el siguiente mensaje:

«Gracias por habernos permitido saborear por primera vez la hospitalidad del este. Ha sido un fin de semana inolvidable. Esperamos que vengáis pronto a Texas para compensaros. Bess y Rob.»

Se acompaña cheque.

Atentamente,

Señora de Robert R. Steed

Nueva York, a 15 de mayo de 1917

Director de admisiones
Escuela de Enseñanza Elemental Choate
Wallingford (Connecticut)

Muy señor mío:

Mi marido y yo hemos visitado sus magníficas instalaciones este fin de semana, acompañados por el señor y la señora Davis,

apreciados amigos nuestros. Aunque vivimos a cierta distancia, en Dallas (Texas), me complacería mucho que mis dos hijos, Robert y Andrew, pudieran disfrutar de la magnífica educación que se imparte en el este.

Espero que no sea demasiado tarde para matricularlos en su centro, para que cursen los tres años de educación elemental que les quedan antes de comenzar la secundaria. Robert cumple siete años el mes que viene y Andrew seis en noviembre. Le ruego que tenga la bondad de reservar plazas para ellos en el nivel que les corresponda.

Acompaño cheque por valor de 1.000 dólares, como contribución a su campaña de recogida de fondos para el edificio.

Atentamente,

Señora de Robert Randolph Steed

Nueva York, a 15 de mayo de 1917

Queridos Totsie y Dwight:

Habéis sido muy amables al acogernos este fin de semana y sumergirnos en un estilo de vida que, la verdad, en Texas no existe: ha sido una experiencia que, estoy convencida, será muy provechosa para Rob y para mí.

Vuestra casa es maravillosa; no me cansaba de mirar por la ventana de nuestro dormitorio y contemplar el exquisito jardín británico. Había plantas en flor que no había visto nunca y que me gustaría cultivar en mi jardín, si es que especies tan aristocráticas pueden crecer en un terreno como el de Texas, aunque estoy casi segura de que medrarían enseguida.

Mañana volvemos a casa, varios días antes de lo que habíamos pensado en principio: un hotel y unos amigos no pueden sustituir mucho tiempo al hogar y a la familia.

Deseamos buena suerte a Dwight en sus esfuerzos como presidente de la campaña del edificio Choate.

Fue un placer verte de nuevo. Me alegro de que no te pareciera una extraña.

Con afecto,

Bess

Dallas, a 5 de julio de 1917

Queridos papá y Mavis:

La campaña de bonos de guerra se presentó oficialmente ayer en Dallas con una fiesta campestre multitudinaria en el lago White Rock. Rob pronunció un discurso conmovedor.

Nunca se me había ocurrido que Rob pudiera entrar en política, pero ayer, cuando oí los vítores que arrancaba a la multitud, me convencí de que podría ser elegido para cualquier cargo del país. Sin embargo, ahora la política no le interesa nada: tiene puestas todas las energías en ganar la guerra. Va a vender bonos de guerra en un área que comprende cinco estados, lo que significa que estará de viaje casi todo el tiempo. Lo echo de menos muchísimo más cuando me quedo en casa y él se va que cuando me fui yo a Europa y él se quedó aquí. Desearía poder hacer algo más para ayudar en esta guerra. Me he unido a la Cruz Roja, pero es difícil apasionarse enrollando vendas.

A Robin y Drew les fascina todo lo que oyen sobre la guerra. Han cavado una trinchera alrededor de las dependencias del servicio y se pasan allí todo el día.

Os habría alegrado mucho ver a Eleanor jugando con todos los niños ayer, en la fiesta campestre. ¡Esa guerra, al menos, la tenemos casi ganada!

Con mucho cariño,

Bess

Dallas, a 16 de agosto de 1917

Corazón mío:

Me he unido a las filas de los que también sirven a la patria aguantando y esperando... pero doy gracias a Dios porque tu campo de batalla es una tribuna y tus armas, bonos de guerra. Aun así, tu ausencia me pesa en el alma.

El viaje que hicimos en primavera a Nueva York fue para mí como una luna de miel. Una luna de miel enormemente enriquecida por todas las experiencias anteriores vividas en común. Siempre me sorprende que digan que las primeras semanas o meses de matrimonio son los mejores, pero que, después, «se acabó la luna

de miel». Sin duda creía que te amaba con toda mi alma cuando nos casamos, pero el matrimonio me enseñó los límites de mi anatomía, tanto física como espiritual, y ahora sé que cada momento que vivimos juntos incrementa mi capacidad de amar.

La única ventaja de estar separados es que solo podemos comunicarnos por carta... y expresar con palabras los pensamientos que, de otra forma, podrían quedarse en el silencio para siempre.

Buenas noches, mi amor. Que duermas bien.

Bess

DALLAS, A 18 DE AGOSTO DE 1917

ROBERT STEED

SEDE CENTRAL DE BONOS DE GUERRA

HOTEL JEFFERSON

SAN LUIS (MISURI)

INCENDIO EN CASA ANOCHE. TODOS BIEN. LOS NIÑOS CON LYDIA. YO EN BAYLOR VÉRTEBRAS DISLOCADAS. BESS

Hospital Baylor (Dallas), a 19 de agosto de 1917

Queridos papá y Mavis:

No os alarméis al leer esta carta. Ahora estamos todos bien. Hace dos días, por la noche, un incendio destruyó la casa por completo. Los niños, gracias a Dios, pudieron salir sin sufrir ningún daño, aunque, para huir de las llamas, tuvimos que saltar por una ventana del segundo piso.

Rob estaba en San Luis, así que la señora McCullough y yo nos encontrábamos solas con los niños. Menos mal que madre Steed se había ido a pasar la semana con Lydia. La primera en saltar fue la señora McCullough, seguida de Robin y Drew, que se portaron como auténticos soldaditos valientes. Se cogieron de la mano y saltaron a una red que sujetaban los bomberos, pero no se les escapó ni una lágrima, hasta que se vieron de pie en el suelo. Como Eleanor estaba aterrorizada, la cogí en brazos y saltamos juntas. Estaba tan agradecida por haber podido escapar de las llamas sanos y salvos que no noté ningún dolor hasta que me colocaron en una camilla para llevarme al hospital. Me he dislocado varias vértebras, por lo

que tengo que quedarme aquí al menos una semana. Por suerte, Rob ya está con nosotros. Él y los niños han ido a casa de Lydia y Manning.

No hay nada que podáis hacer excepto no preocuparos, pero me reconforta saber que vivís tan cerca. No creo que ningún hijo del mundo quiera vivir lejos de sus padres, ni siquiera cuando ya son adultos y tienen sus propios hijos. La vida es muy aterradora para afrontarla sin el apoyo de una familia fuerte que te quiera.

Os escribiré de nuevo dentro de uno o dos días. Ahora no tengo muchos dolores y la compensación de ver a mis hijos a salvo está tan por encima de las molestias que casi ni las noto.

Con todo cariño,

Bess

Hospital Baylor (Dallas), a 21 de agosto de 1917

Apreciado señor Fineman:

La cesta de fruta y demás exquisiteces llegó esta mañana. ¡Qué detalle tan oportuno! Las flores siempre me ponen un poco triste, tienen una vida muy corta. Pero su regalo me hará feliz unas cuantas semanas, tanto aquí, en el hospital, como después, en casa. La cesta es como un hermoso regalo de *bon voyage* que me hace olvidar las circunstancias presentes unos momentos e imaginar que estoy en el camarote de un lujoso transatlántico viajando a un destino desconocido.

Me ha sorprendido mucho que *The Dallas News* dedicara tanto espacio a informar del incendio. Le agradezco que me enviara el recorte de prensa. Me habría gustado que hubieran incluido una fotografía de la casa antes del incendio, para ilustrar la magnitud de las pérdidas. Tengo varias excelentes y solo habrían tenido que pedírmelas. Cada palmo de esa casa fue construido según nuestras instrucciones. Nunca encontraremos otra que se adapte tan bien a nuestras necesidades. Y, en tiempos de guerra, es impensable construir otra casa.

De momento, dependemos de la bondad de la familia y los amigos: una situación nueva para mí... y bastante incómoda. Sin embargo, supongo que, en un sentido más amplio, todos somos

seres indefensos que estamos a merced unos de otros, o al menos así me ha obligado el destino a aceptarlo de una vez por todas.

Toda la tristeza que pueda sentir por la pérdida de nuestra casa no es nada, en comparación con la gratitud que me embarga porque mis seres más queridos hayan salido ilesos. Siempre que mi marido y mis hijos estén conmigo, tendré un hogar, esté donde esté.

Cordialmente,

Bess Steed

Hospital Baylor (Dallas), a 24 de agosto de 1917

Queridos papá y Mavis:

Estoy muchísimo mejor y el médico dice que puedo irme a casa mañana. ¡A casa! Es fácil decirlo. Lydia insiste en que nos quedemos con ella, por lo menos mientras Rob siga viajando tanto. A él le parece bien... No quiere que me quede sola con los niños.

Nuestra fiel Annie ingresó anoche en el hospital y, desde esta mañana, Hans y ella son los orgullosos padres de un niño. Le han puesto de nombre Franz, por el hermano de Annie, el que murió el primer año de guerra. Esta tarde bajé a su planta a verla y dispuse que la trasladaran a una habitación privada.

Para ella es muy triste que su familia esté tan lejos en estos momentos. No tiene noticias suyas desde hace muchos meses y, como ahora nuestros países están oficialmente en guerra, no se atreve a escribirles. Hans y ella están muy solos. Aunque ya son ciudadanos americanos, no podrán volver a confiar de verdad en el cariño que les tenemos hasta que termine la guerra. Han hecho la promesa de no volver a trabajar en el servicio doméstico, los dos. Ahora Hans trabaja de mecánico en un taller, en el centro de la ciudad, y Annie se quedará en casa cuidando al niño.

Vuestra carta me ha reconfortado mucho. Cuando una persona adulta tiene que quedarse indefensa en la cama de un hospital, se vuelve como un niño. Gracias por comprender que tenía tanta necesidad de saber de vosotros.

Hasta hace poco, vivía en un mundo que no cambiaba con el paso de los días, ajeno a los sucesos más grandes que ocurren fuera de nuestra vida. El accidente de Eleanor puso ese mundo en peligro por

primera vez y el incendio vino a confirmarme el temor de que nada nos es dado para siempre. Tenemos la vida hipotecada y nadie sabe cuándo vence esa hipoteca. Suspiro de alivio, porque, por ahora, parece que la casa ha sido pago suficiente, pero me estremezco al pensar cuál será el precio que tendré que pagar la próxima vez.

Con todo cariño,

Bess

Hospital Baylor (Dallas), a 24 de agosto de 1917

Querida prima Josie:

Le mando este recorte de prensa de *The Dallas News* que le aclarará el motivo de mi retraso en contestar a su última carta.

Como verá en la fotografía, nuestra casa y todo lo que en ella había ha quedado totalmente arrasado por el fuego. Los niños pudieron rescatar cada cual su juguete favorito, pero todos los demás objetos de nuestra vida se han perdido. Si no fuera por mi marido y mis hijos, todavía estaría en estado de *shock*, sin saber quién soy.

Aunque tengo muchas ganas de salir del hospital, me abruma la idea de no tener hogar. Mi cuñada y su marido nos han abierto las puertas de su casa con toda generosidad y podemos quedarnos tanto como sea necesario, pero me será difícil vivir de invitada mucho tiempo en una casa en la que las órdenes las da otra persona.

Siento mucho que esté cada vez más delicada de salud y me pregunto si es sensato que siga viviendo sola en ese caserón tan grande. Tal vez sería conveniente que pensara en trasladarse a un centro que cuente con atención médica permanente. Considero innecesario que una mujer en su situación se responsabilice del mantenimiento de una casa tan grande y totalmente amueblada. Sé lo mucho que esa casa significa para usted. Yo sentía lo mismo por la mía. Agradezco muchísimo que una gran parte de la historia de nuestra familia se haya conservado entre las paredes de su hogar. Tenga por seguro que los objetos de su casa van a ser cuidados y admirados durante muchas generaciones, independientemente de cuáles sean sus circunstancias y dónde elija vivir.

Su prima, que la quiere,
Bess

Dallas, a 10 de septiembre de 1917

Queridos papá y Mavis:

Los niños y yo estamos muy bien instalados en casa de Lydia y Manning. La pequeña Marian no cabe en sí de gozo al encontrarse con una familia tan grande, y sus padres han acogido la invasión con muy buen humor.

Esta semana Rob ha tenido que ir a San Luis a una reunión de bonos de guerra, como presidente de la zona. La campaña ha tenido un gran éxito y están copiando sus métodos en todo el país. Su esfuerzo por la patria no ha pasado desapercibido en el mundo de los negocios. La venta de seguros de vida se ha triplicado en el último año y Midwestern Life acaba de abrir una sucursal en San Luis.

Aquí no hay mucho espacio, así que la señora McCullough se ha trasladado a casa de su hijo para disfrutar de unas merecidas vacaciones. Volverá con nosotros cuando nos mudemos a nuestro propio hogar. No he tenido mucho tiempo para ir a ver casas, porque Lydia y yo nos repartimos el trabajo doméstico y el cuidado de los niños. Le propuse contratar a una muchacha por mi cuenta, pero ella está muy orgullosa de hacerse cargo de la casa sin ayuda. En la cocina estoy perdida, así que es ella quien se encarga de cocinar y yo hago lo que puedo para tener la casa ordenada. Con cuatro niños alrededor, es una tarea casi imposible. Ahora entiendo por qué le desagradaba tanto a Annie el trabajo doméstico. Es bastante difícil mantener ordenada la propia casa, conque hacerlo para otras personas debe de ser, en efecto, muy ingrato.

Acabo de recibir una larga carta de la prima Josie, en la que se sigue quejando de su mala salud, pero se niega en redondo a pensar siquiera en la posibilidad de ingresar en una casa de reposo. Pone como excusa el coste; dice que la cantidad que le mandas no es suficiente y que no quiere pedir más. No obstante, me encantaría aportar la diferencia para que se pudiera liberar de la pesada carga de llevar una casa. También le preocupan los gastos de

almacenamiento de los muebles, pero estoy segura de que eso se puede evitar.

Con afecto,

Bess

Dallas, a 11 de septiembre de 1917

Casa de reposo Riverview
Siracusa (Nueva York)

Muy señores míos:

Solicito información sobre las instalaciones con las que cuentan para una mujer anciana de mi familia que lleva enferma algún tiempo. Les agradecería que me enviaran un folleto de los alojamientos disponibles en este momento. Indiquen, por favor, los precios.

Atentamente,

Señora de Robert R. Steed

DALLAS, A 12 DE SEPTIEMBRE DE 1917

ROBERT STEED

HOTEL JEFFERSON

SAN LUIS (MISURI)

RESERVA HABITACIÓN CONTIGUA. LLEGO MAÑANA CON LOS NIÑOS. DECIDIDO TRASLADO A SAN LUIS. BESS

San Luis, Misuri, a 15 de septiembre de 1917

Queridísima Lydia:

Te estaré eternamente agradecida por la abrumadora amabilidad con la que nos has tratado las últimas semanas. Gracias a ti, los niños no recuerdan el incendio como una pesadilla, sino como una aventura.

¿Quién dijo que la estabilidad es imprescindible para la buena marcha de una familia? Los niños crecen con los cambios y es innegable que se adaptan a las circunstancias nuevas con mucha más facilidad que los mayores. Me admira ver a mi trío jugando aquí, en nuestra suite. Inventan juegos, construyen fortalezas con maletas vacías, y tiendas de campaña con sábanas y mantas. He tenido

muchos momentos de pesar recordando todo lo que perdimos en el incendio, pero veo que, hasta ahora, ellos no han tenido ninguno. Hablan a menudo de la casa y de las cosas que tenían allí, pero sin sentimiento de pérdida. Es como si todavía existiera todo en alguna parte, en un lugar lejano, esperando a que regresemos al hogar cuando nos cansemos de viajar.

Me gustaría hacer algo concreto para agradecerte la cálida acogida que nos dispensaste. Es como si te oyera decir que no a cualquier cosa que te proponga, así que me he tomado la libertad de proceder sin tu consentimiento. Nuestra querida señora McCullough no quiere dejar a su familia en Dallas para venir aquí con nosotros, pero tampoco está preparada para jubilarse. Le he asignado una pensión mensual (que me sentiría obligada a pagarle de todos modos, en agradecimiento a su fidelidad) y le parece bien acudir a tu casa tres tardes a la semana para lo que necesites. Está tan encantada con el plan como confío en que lo estés tú. Es bastante ágil para la edad que tiene y disfruta mucho en compañía de los niños pequeños, aunque estoy segura de que agradecerá mucho trabajar en una casa en la que solo hay uno.

Sé que te enorgulleces de llevar la casa sin ayuda y te admiro por ello, aunque, francamente, reconozco que yo sería incapaz. Por lo tanto, piensa en la señora McCullough más como una amiga o una tía y deja que la pequeña Marian se entretenga con ella las tardes que esté con vosotros. De ese modo tendrás la oportunidad de retomar la novela sobre tu niñez que empezaste hace tanto tiempo en Honey Grove. Tengo muchas ganas de que la termines, ya que Rob y yo tenemos en ella un papel tan destacado.

La señora McCullough te llamará a finales de semana para que le digas qué días habéis decidido, entre Manning y tú, que vaya a vuestra casa. Dale un abrazo de mi parte, por favor. Y también a tu familia y a ti, por supuesto.

Bess

San Luis, a 20 de septiembre de 1917

Queridísimos papá y Mavis:

Estar de paso tiene muchas ventajas... sobre todo si uno se puede permitir hacerlo con estilo. Nuestras habitaciones son comodísimas y, después de haber tenido la responsabilidad de llevar una casa, vivir en un hotel es no tener preocupaciones. Esta mañana, paseando por los jardines, vi un macizo de vincapervinca que había que vaciar un poco, y me alegré de no tener que encargarme de ello (aunque, por supuesto, le dejé una notita al jardinero jefe).

Es maravilloso disfrutar de un lujo como tener sábanas limpias todos los días, y los niños se han acostumbrado tan bien al servicio de habitaciones que dicen que ya no quieren comer nunca más en un comedor. Todo el servicio del hotel los saluda por su nombre. Este es ahora nuestro mundo y todos nos encontramos muy seguros y cómodos aquí, como en casa. También tenemos siempre a nuestra disposición una camarera que hace horas extraordinarias cuidando a los niños cuando Rob y yo queremos salir... Y, desde que he llegado, nuestra agenda social no puede estar más repleta de invitaciones.

Hace ya unos años que Rob es miembro muy destacado de la comunidad de negocios, gracias al crecimiento inusitado de la compañía de seguros de vida que fundó con Manning, y ahora hemos alcanzado un estatus igualmente relevante en la vida social de la ciudad. ¡Y qué vida social tan activa existe aquí! Dallas haría bien en tomar nota de la imaginación y la energía que aquí se dedican a la vida social. A veces tengo la impresión de que he cambiado una ciudad fronteriza por un centro cosmopolita.

Parece que ya me he recuperado casi por completo de las lesiones de la espalda que sufrí en el incendio, pero sigo haciendo aplicadamente todos los ejercicios de recuperación que me prescribió el médico. El primer baile de la temporada se celebrará dentro de un mes y quiero poder bailar hasta el amanecer.

Con todo cariño,

Bess

San Luis, a 1 de octubre de 1917

Querida prima Josie:

Perdone el retraso en contestar a su última carta pero, como puede ver en el matasellos, ahora vivimos en San Luis.

No hay nada como un cambio de ambiente para refrescar la perspectiva que tenemos de la vida. Y, a pesar de la trágica pérdida que hemos sufrido, he descubierto que vivir en un hotel amueblado de forma impersonal me resulta curiosamente liberador. Supongo que, como a todo el mundo, vivir en una casa construida según mis necesidades y amueblada a mi gusto me daba una sensación de orden y permanencia que me satisfacía. Pero el fuego destruyó esa ilusión de permanencia de la misma forma que las llamas consumieron la estructura que la sustentaba. Todos estamos de paso en la tierra y cuanto antes aceptemos lo efímero de esta condición, antes disfrutaremos de la inesperada libertad que nos proporciona.

Espero que tenga en cuenta estas reflexiones cuando lea con atención el folleto de la casa de reposo Riverview que le mando. Las habitaciones parecen muy confortables y los comedores y zonas de recreo muy acogedores. No podría desearle nada mejor que la seguridad y la comodidad de un hotel en el que otras personas se encargan de organizar todos los detalles de la vida cotidiana.

Mi padre está totalmente de acuerdo conmigo y, aunque a primera vista parece que el coste excede la cantidad mensual que le ha asignado, estamos convencidos de que las ganancias que obtenga con la venta de la casa serán casi suficientes para completar la diferencia.

Con afecto,

Bess

El señor y la señora de Robert Randolph Steed
tienen el placer de invitarles
a una cena y baile
el sábado, cinco de noviembre,
a las ocho de la tarde,
en el salón principal del Hotel Jefferson.
S.R.C. De etiqueta

Suite 10D·Hotel Jefferson

San Luis, a 10 de noviembre de 1917

Queridos Lydia y Manning:

Os envío la portada de la sección de sociedad del periódico del domingo para que veáis la información tan completa que se dio de nuestra fiesta. Fue «el» acontecimiento social de la semana (y, en mi opinión, también de lo que llevamos de temporada). Sé que ahora puedo decir sin temor a equivocarme que todas las personas importantes de San Luis saben quiénes somos.

El salón de baile estaba repleto de hombres de uniforme. Hace unos años, esa visión me habría estremecido, pero ahora solo puedo pensar en los horrores que les esperan. Aunque Rob no viste uniforme —gracias a Dios—, se ha convertido aquí en un héroe de guerra, por su vigoroso liderazgo en la campaña de los bonos. Incluso se dice que sus esfuerzos no han pasado desapercibidos en Washington.

Con cariño,

Bess

San Luis, a 8 de enero de 1918

Queridos papá y Mavis:

¡La primera carta del Año Nuevo! ¿Qué haríamos sin un calendario que aportara a nuestras vidas la sensación de que avanzamos? Quizá no sea más que una ilusión, pero considero la vida como una escalera en la que cada año subo un peldaño más hacia un destino desconocido, pero estimulante.

Pasar la Navidad con vosotros en Honey Grove nos llenó de nostalgia por épocas y lugares que hemos perdido para siempre. Reviví las felices vacaciones de mi infancia, y los niños, hablando de la casa y recordando por primera vez —al menos en voz alta— los objetos tan queridos que nunca volverán a ver, comprendieron por fin la pérdida que habían sufrido en el incendio.

Esta tarde tengo una cita con un agente inmobiliario para empezar a buscar otra casa. Ahora me doy cuenta de que, como amantes despechados, queríamos protegernos de mayores sufrimientos fingiendo que vivíamos mejor sin un hogar propio. Por muy práctico que resulte declararse independiente de las posesiones materiales, no podemos prescindir de que somos cuerpo y alma ni de que ambos necesitan refugio. Tampoco creo que se contradigan el uno al

otro ni que renegar del uno signifique satisfacer al otro. Lo cierto es que ver formas armoniosas, oler un aroma familiar, oír música, probar un nuevo sabor o tocar objetos queridos me apacigua el espíritu.

Ahora sé que vivir en un hotel, como hemos vivido estos meses, es ceder el dominio sobre el exterior de la vida. Todos tenemos el poder —aunque sea momentáneo— de dar forma a nuestro entorno, y ¡cuánto erramos al despreciar ese privilegio solo porque es efímero! Es preciso aceptar que nada de lo que construyamos será nuestro eternamente y que, por tanto, la recompensa está en el propio acto de creación.

Como veis, he tenido que andar mucho trecho para reunir la valentía necesaria para comprar otra casa y convertirla en un hogar. Todavía me falta energía para considerar la posibilidad de construir una nueva, pero el caso es que me reconforta la idea de ocupar una casa en la que hayan vivido personas desconocidas en condiciones de seguridad.

Con todo cariño,

Bess

San Luis, a 1 de febrero de 1918

Señorita Abigail Saunders
Directora de la Casa de Reposo Riverview
Siracusa (Nueva York)

Apreciada señorita Saunders:

Deseo reservar una habitación individual a nombre de Josephine Farrow. La fecha de ingreso depende de la venta de su casa, que acaba de salir al mercado, por lo que no puedo concretarla en este momento. No obstante, acompaño un depósito considerable en compensación por los inconvenientes que pueda causarles el retraso de dicho ingreso.

Según las fotografías del folleto, algunas habitaciones tienen vistas a las montañas. ¿Supone esto un suplemento al precio de la habitación? Estoy segura de que las vistas serán un deleite para mi prima, pero si se entera de que tiene que pagar por ello, el efecto será el contrario.

Le agradecería mucho que me contestara lo antes posible confirmando la reserva.

Cordialmente,

Señora de Robert Randolph Steed

San Luis, a 14 de febrero de 1918

Corazón mío:

¡Qué triste estar separados el día de San Valentín! Parecerá una tontería, viniendo de una mujer madura con tres hijos, pero para mí siempre será el día en el que me declaraste tu amor por primera vez.

Fue en cuarto curso, poco después de que la señorita Appleton nos enseñara el significado de la palabra «circunnavegación», y yo decidí que iba a crear mi mundo en ti. En aquella época no había ninguna diferencia entre nosotros. No éramos un chico y una chica, sino dos seres iguales en todo... y distintos de los demás. Jugáramos a lo que jugáramos, siempre éramos dos iguales: dos exploradores, dos marineros, dos vaqueros, dos espadachines. En nuestro bosque de Sherwood había incluso dos Robin Hood. ¡Nada de ser yo la doncella Marian!

Entonces me hiciste el primer regalo de San Valentín: un estandarte con el blasón de Ricardo Corazón de León. Nunca había estado tan orgullosa de un regalo hasta hoy... cuando recibí el certificado de las acciones a mi nombre, que me convierten en accionista mayor y miembro del consejo de administración de la compañía de seguros de vida Midwestern. Es un estandarte de otra clase. Cuando nos casamos nos considerábamos iguales y me gusta comprobar que el matrimonio no ha cambiado mi categoría... al menos a tus ojos.

En tu ausencia, me he ocupado de ir a ver casas. Esta tarde voy a ver una que parece muy prometedora. La construyeron hace un año un eminente abogado y su mujer, pero solo la han habitado seis meses, porque él murió. La mujer ha decidido trasladarse a San Francisco. No tenían hijos pero recibían muchas visitas de fuera de la ciudad, así que la casa es grande y cómoda.

La prensa informa a diario de la campaña de los bonos de guerra. Es emocionante ver la cantidad de dinero que puedes recaudar. ¡Qué

suerte para el país que seas mayor para ir a las trincheras! Y ¡qué suerte para mí que solo haya tenido que prestar a mi marido para contribuir al esfuerzo bélico, y no para perderlo! Aun así, cada vez se me hace más difícil soportar estas separaciones tan largas. ¿Algún día volveremos a ser dueños de nuestra vida? Ven cuando puedas, queridísimo mío. ¡El frente doméstico está aquí!

Eternamente tuya,

Bess

SAN LUIS, A 15 DE FEBRERO DE 1918

ROBERT STEED

HOTEL BLACKSTONE

CHICAGO (ILLINOIS)

OFERTA POR LA CASA ACEPTADA. FIRMO PAPELES MAÑANA. SI TIENES OBJECIONES NOTIFÍCALO INMEDIATAMENTE. OTROS COMPRADORES ESPERAN. BESS

San Luis, a 20 de febrero de 1918

Querida prima Josie:

Me ha encantado recibir la carta en la que me mandaba la lista de las ofertas que le han hecho por la casa, pero no acabo de entender por qué se niega a aceptar alguna. La última en particular se acerca tanto al precio que pide que, en verdad, no comprendo cómo puede rechazarla.

Sé que no le agrada la idea de negociar pero, créame, no hay nada deshonroso en pedir una cantidad más elevada de la que se espera conseguir... y bajo ningún concepto es una derrota aceptar un precio más bajo que el que pide. Por otra parte, si se empeña en no rebajar ni un centavo, priva usted al comprador de una cosa importante: la sensación de haber hecho un buen negocio. Acabo de pasar por esa situación y sé que es esencial tener la impresión de haber ahorrado dinero, aunque en realidad se acabe de pagar una cantidad enorme.

Hemos comprado una casa muy espaciosa, de tres pisos, en el centro de la ciudad, y nos mudamos el mes que viene. Espero que para entonces haya vendido la suya. Por suerte no tiene que preocuparse de los muebles. Desde el momento en que los vi, los

consideré parte de mi herencia... y no quiero sentenciarlos a que los almacenen en un depósito. Estoy convencida de que todo lo que posee lucirá de maravilla en mi nueva casa.

Me imagino que las amistades que tiene en la residencia Riverview estarán deseando que llegue y seguro que a usted le sentará muy bien el cambio, porque disfrutará de su compañía después de tantos años viviendo sola. Los amigos son una bendición muy grande, sobre todo en ausencia de familiares cercanos. Pero siempre puede contar con todo el cariño de su prima,

Bess

San Luis, a 28 de febrero de 1918

Señorita Abigail Saunders
Directora de la casa de reposo Riverview
Siracusa (Nueva York)

Mi apreciada señorita Saunders:

La presente es para notificarle que mi prima, la señorita Josephine Farrow, ha vendido ya su casa y le gustaría tomar posesión de la habitación reservada a su nombre dentro de dos semanas. Puesto que su estancia no comenzará hasta mediados del mes de marzo, doy por hecho que la tarifa mensual será prorrateada en consecuencia. Envíeme la factura, por favor, a mi nueva dirección.

Atentamente,

Señora de Robert R. Steed

SAN LUIS, A 12 DE MARZO DE 1918

SEÑORITA JOSEPHINE FARROW

2514 ELM STREET

SIRACUSA (NUEVA YORK)

ACONSEJO NO RETRASAR FIRMA DE ESCRITURAS. LLEGO ESTE FIN DE SEMANA PARA AYUDAR TRASLADO. PREPARE SOLO LO QUE VAYA A LLEVAR. BESS

Siracusa (Nueva York), a 18 de marzo de 1918

Queridos papá y Mavis:

Hoy duermo en la casa en la que pasaste la mayor parte de tu infancia, papá. Ni siquiera aquí puedo imaginarte de pequeño, sin preocupaciones, pero es que quizá nunca fuiste un niño pequeño. Me entristece pensar en lo que significaría perder a tu madre a los ocho años y ahora entiendo de verdad que te sientas en deuda con la prima Josie y su familia. Pero eso ya se acabó. Ahora me toca a mí. Mañana voy a acompañar a la prima Josie a la casa de reposo, en la que tiene reservada una habitación muy cómoda. Hoy he venido a ultimar todos los detalles.

Era muy reacia a poner su casa en venta e incluso ayer mismo, cuando tenía que firmar los documentos, tuve que obligarla como a una niña. Creo que ha tenido mucha suerte al encontrar un comprador dispuesto a pagar lo que pide. La casa necesita muchos arreglos (cosa que tuve que explicarle en privado a la prima Josie). Siempre ha vivido aquí como un inquilino que delega la responsabilidad y los gastos de mantenimiento en otras personas: primero en sus padres y después en ti. No obstante, el edificio es sólido y, con unas pocas reformas, seguro que se convierte en un hogar magnífico para los nuevos propietarios y sus hijos, que son cinco, más el que está en camino.

Los muebles son incluso más espléndidos de lo que recordaba. Voy a transportarlos todos en barco hasta San Luis y tengo la certeza de que contribuirán a dar a nuestra nueva casa un ambiente de hogar familiar con historia.

La prima Josie se niega en redondo a hacer testamento. Es una forma de admitir la muerte y no quiere ni oír hablar de ello. De todos modos, ya no es necesario, porque, con los muebles, salda de sobra y por anticipado todas las deudas pasadas y futuras que pueda tener conmigo y con mi familia.

Tenéis que encontrar la manera de venir cuanto antes a San Luis, a vernos y a conocer la nueva casa.

Con mucho cariño,

Bess

20 de marzo de 1918

A QUIEN PUEDA INTERESAR:

Con fecha de hoy, Josephine Farrow, de Siracusa (Nueva York), transfiere la propiedad de todos los muebles que se encuentran en su antigua residencia a su prima, Elizabeth Alcott Steed, en agradecimiento por la constante ayuda económica y emocional dispensada por la familia Alcott.

FIRMADO: Josephine Farrow
TESTIGO: Abigail Saunders
Directora de la Casa de Reposo Riverview

Apéndice: La cama con dosel, que antiguamente ocupaba el dormitorio principal del hogar de los Farrow, será trasladada a la casa de reposo Riverview y permanecerá en posesión de la señorita Farrow tanto tiempo como desee o hasta su muerte, tras la cual pasará a ser propiedad de su prima Elizabeth Alcott Steed.

Siracusa (Nueva York), a 20 de marzo de 1918

Corazón mío:

He visto el futuro y tengo miedo. Shakespeare tenía razón respecto a la vejez. Esta mañana he dejado a la prima Josie en la casa de reposo: estaba tan aterrorizada como un niño el primer día de colegio. La habitación es soleada y confortable, aunque ni mucho menos tan grande como parecía en el folleto. Pero quizá es porque la cama con dosel, que tanto insistió en llevarse, domina todo el espacio. La cama ha estado en su familia muchas generaciones. Allí fue concebida, allí nació y allí tiene la intención de morir. A mí, la idea de que mi vida termine en el mismo sitio en el que empezó me daría escalofríos.

Ahora me doy cuenta de que tenemos que hacer planes para la vejez del mismo modo que los hacemos para cualquier otra etapa de la vida. El drama de la prima Josie es que en ningún momento de su

vida supo lo que quería, solo lo que no quería. No quería casarse ni dedicarse a nada, y en la vida, a diferencia de las matemáticas, dos negaciones no dan como resultado una afirmación.

Nunca había sentido tanto agradecimiento por mi familia como esta mañana, cuando me despedí de la prima Josie. Quise convencerla de que siempre cuidaría de ella, pero movió la cabeza y siguió llamándome señora Steed. Nunca me ha llamado prima y supongo que ya nunca lo hará.

Estoy pasando el fin de semana con los Davis en Connecticut y después me voy con Totsie a pasar unos días en Nueva York. Vamos a compartir la habitación del hotel, iremos a ver obras de teatro y fingiremos que somos colegialas con toda la vida por delante. Este viaje empezó afrontando la vejez y va a terminar reviviendo la juventud: un intento de equilibrar el futuro y el pasado antes de volver a ti, mi adorado presente.

Con todo mi amor,

Bess

San Luis, a 20 de junio de 1918

Queridísima Totsie:

Cuando volví a casa en marzo, puse mi jardín tan parecido al tuyo como me lo permitió el clima de Misuri. Ahora mismo está todo en flor y puedo afirmar que el efecto es un verdadero triunfo. Desde abril, soy socia del Club de Jardinería de San Luis, y todo gracias al diseño de jardín que presenté (aunque, francamente, la asociación tiene más en cuenta la posición social que las dotes para la horticultura). La semana pasada invité a todos los socios a tomar el té en el jardín y desde entonces mi vida social también está en plena floración.

Rob sigue pasando más tiempo de viaje, en la campaña de los bonos, que en casa. La victoria parece cada vez más cerca, pero todavía hay batallas que ganar —y financiar— y cada vez le cuesta más convencer a la gente para que contribuya a una causa que ya parece ganada.

Recibimos muchas invitaciones y las acepto todas, pero sin confirmar la asistencia de mi marido, porque depende de las

circunstancias. Cuando llega el día, si Rob no está en la ciudad, voy sola. Por suerte, con tantísimos hombres en la guerra, sea en el terreno que sea, una mujer sola ya no es la abominación social de antes, y confío en que no volvamos a lo mismo cuando termine la guerra.

Si te digo la verdad, Rob, aunque esté en casa, prefiere encerrarse con algunos socios a trabajar por una buena causa que asistir a un acontecimiento social. A veces me pregunto cómo será nuestra vida después de la guerra. ¡Hemos tomado direcciones tan diferentes estos últimos años...!

Disculpa los borrones de la carta, pero es que acabo de comprarme una máquina de escribir y estoy aprendiendo a utilizarla por mi cuenta. Primero escribía solo las cartas formales, pero le he tomado tanto apego al ruido de las teclas que acompaña mis pensamientos, que ahora mecanografío hasta la lista de la lavandería. Tengo la sensación de ser mi propia secretaria y, de repente, veo objetivamente mi vida como una empresa ambiciosa y bien planificada. Ahora hago copias en papel carbón de todo lo que escribo, y la semana pasada me compré un fichero para llevar un registro de toda mi correspondencia. Te parecerá una tontería, pero gracias a la máquina de escribir mi vida ha adquirido una sensación de orden e importancia que antes no tenía.

Totsie, querida, es maravilloso que estemos otra vez tan cerca como en el bachillerato. Desde que me casé, he hecho pocas amistades por el puro placer de disfrutar de ellas. Tenemos que encontrar la manera de vernos más a menudo... Y, a ser posible, ¡sin maridos!

Son casi las cuatro de la mañana. Tengo que poner punto final y procurar dormir un poco. Cuando no está Rob, me faltan motivos para apagar la luz y, en estas últimas semanas, me han sorprendido varias veces las primeras luces del alba.

Je t'embrasse,

Bess

San Luis, a 29 de junio de 1918

Señor Marvin Hamilton

Vicepresidente de la Compañía de Seguros de Vida Midwestern
921 Olive Street
San Luis (Misuri)

Querido Marvin:

Rob estará fuera de la ciudad el día en que está programada la junta de accionistas, de manera que iré yo en representación de ambos.

Te devuelvo el orden del día que me mandaste con un apéndice que elaboré ayer, en el que incluyo algunos otros temas que, en mi opinión, deben tratarse en la junta. Nunca he tenido mucho que decir en las reuniones, desde que soy accionista mayoritaria, pero he prestado atención... y he aprendido. Ahora, en ausencia de Rob, creo que es mi deber intervenir cuando así lo exija la ocasión, y la caída de dividendos es un asunto que me afecta en gran medida.

Cordialmente,

Bess

cc: Robert R. Steed

San Luis, a 7 de julio de 1918

Querida prima Josie:

Me alegro de que le guste la mantita, pero no tendría que sorprenderle que me acuerde de su cumpleaños. Ahora, usted y su familia están en toda la casa: comemos en la mesa en la que tantas veces comió con su madre y su padre; escribo esta carta en el escritorio en el que tantas veces se sentó a escribirme. Nuestras vidas están fundidas ahora y me gustaría que se considerase una más de nosotros tanto como la consideramos nosotros a usted.

Ante mi insistencia, mi suegra se ha trasladado a San Luis a vivir con nosotros. Ha puesto en su habitación el viejo piano que trajimos de Siracusa y da clases a los niños todos los días. La quieren mucho y eso contribuye a que sean unos alumnos muy aplicados, estoy segura, e incluso la pequeña Eleanor, que todavía no ha cumplido cinco años, acude diligentemente todas las mañanas a la habitación de su abuela a practicar las escalas. Los niños practican por la tarde

y, hasta el anochecer, cuando su paciente profesora se sienta a tocar, no hay manera de oír acordes reconocibles en esa habitación.

Me encantaría que la música inundara la casa todo el día, así que, en cuanto los niños aprendan un poco más, bajaremos el piano a la parte principal de la casa, donde hacemos la vida. Pero, de momento, ¡menos mal (al menos para nosotros) que es la profesora la única que tiene que soportar sus primeros esfuerzos! Seguro que el oírlos tan de cerca la alienta aún más a mejorar cuanto antes su educación musical. No me cabe la menor duda de que muchas veces cambiaría de buena gana la ruidosa compañía a la que le da derecho el título de abuela por esa soledad que a usted le parece tan pesada.

Estoy convencida de que a su alrededor, reunidas bajo el mismo techo, hay muchas vidas interesantes. Convivir con otras personas —aunque solo sea unos minutos cada día— no siempre es fácil, pero al final sin duda merecerá la pena el esfuerzo. Considero que ese constante ir y venir de la soledad a la socialización (en el sentido más amplio) es lo que nos da a conocer la vida en toda su diversidad. Abusar de cualquiera de ellas sería insoportable... al menos a mí me lo parece. Por favor, contésteme pronto. Aunque tengo mil ocupaciones todos los días, las cartas me proporcionan una evasión momentánea que me lleva a la vida de otras personas, y después vuelvo a la mía con mayor satisfacción.

Afectuosamente,

Bess

San Luis, a 10 de julio de 1918

Queridos papá y Mavis:

¡Cuánto me gustaría que pasarais este verano con nosotros! El jardín está en plena floración, lo mismo que los niños. Ya han pasado casi dos años desde el accidente de Eleanor, pero el corazón todavía me salta de alegría cada vez que la veo de pronto corriendo y jugando con sus hermanos. Por mucho que intenten esquivarla, ella nunca se queda atrás... Y, cuando por fin los encuentra, siempre los saluda con una sonrisa radiante, sin sospechar que tal vez ellos no se alegren tanto de verla. Ahora sé que la salud es un regalo y a partir de ahora le daré el valor que merece.

Papá, siento mucho que el corazón no te permita hacer un viaje a San Luis. Me encantaría que vieras lo bien que quedan los muebles de prima Josie en la nueva casa. Como se empeñó en llevarse la cama con dosel, he puesto en el dormitorio principal las camas gemelas que había en la habitación de invitados. Sin embargo, se me ocurrió que vosotros podríais disfrutar más de la comodidad de esas camas, en vista de las dificultades que tiene ahora papá para respirar. Muchos matrimonios, cuando se van haciendo mayores, cambian el mobiliario para adaptarse a las circunstancias según se van presentando. ¿Qué tal si os las mando... y a cambio me mandáis la cama de matrimonio que mi madre llevó a Honey Grove como dote? Sé que siempre tuvo la intención de que la heredara yo algún día, y significaría mucho para mí que ese día pudiera llegar ya.

Con cariño,

Bess

San Luis, a 10 de agosto de 1918

Queridos papá y Mavis:

Como no he recibido respuesta a mi última carta, me asombró que ayer llegara la cama sin una nota que la acompañara.

Espero no haberos ofendido con mi petición y, por favor, tened por seguro que la consideración primordial que me movió a hacerla fue vuestro bienestar. Entiendo que no queréis las camas gemelas de las que os hablé. Están en muy buenas condiciones y, si las colocáis juntas, descansaréis muy bien los dos, uno al lado del otro. No obstante, esperaré a tener noticias vuestras antes de mandároslas, por si he malinterpretado vuestra intención.

Rob no sabía nada de lo que os dije la última vez, así que se llevó la sorpresa del siglo cuando llegó a casa este fin de semana y se encontró la cama de matrimonio instalada en el dormitorio. Los últimos acontecimientos nos han tenido separados tanto tiempo que, cuando estamos juntos, agradecemos mucho la proximidad. No soportaba la idea de comprar una cama sabiendo que mi madre me había destinado la suya, así que gracias por haberme anticipado la herencia.

Os quiere,

Bess

San Luis, a 16 de septiembre de 1918

Querida Mavis:

Me asusta mucho que papá haya empeorado en estos últimos meses tanto como me cuentas en la última carta. Voy a escribirle a él por separado, así que, por favor, no dejes que lea esta carta, porque quiero poder expresarte mi angustia sin rodeos.

Ahora comprendo el retraso en la respuesta a mi pregunta sobre el asunto de las camas. Ya no vais a necesitar las camas gemelas para nada. Creo que la decisión de ocupar dormitorios separados es muy acertada y, francamente, hace tiempo que os lo habría recomendado, por la edad avanzada de papá, pero tampoco quería entrometerme en los ámbitos más privados del matrimonio.

Me imagino que cuidas a papá con gran abnegación y me das envidia por la formación de enfermería que recibiste en el colegio, junto con todo lo demás; sin embargo, estaría mucho más tranquila por los dos si contarais también con los servicios de una enfermera profesional interna. Los enfermos de corazón requieren una vigilancia constante y es físicamente imposible que una sola persona esté de guardia las veinticuatro horas del día. No puedes descuidar tu propia salud... tanto por el bien de papá como por el tuyo.

Me parece que nunca he llegado a decirte con palabras lo mucho que tu presencia ha significado para él... y para todos los que le queremos. Cuando murió mamá, perdió el deseo de seguir vivo y, a diferencia de muchos padres, el orgullo y el sentido de la independencia no le permitían venir a vivir conmigo. Tú has hecho por mi padre lo que no puede hacer una hija servicial y te estoy muy agradecida por todo lo que le has dado. Rezo para que todavía viváis muchos años juntos y, con esa esperanza, te ruego que reserves las fuerzas y te repartas las obligaciones con una enfermera.

Sé lo reacio que es mi padre a gastar dinero en lo que a él le parecen extravagancias, así que voy a escribirle para comunicarle que la enfermera es un regalo que le hago yo. Solo va a ocuparse de lo que me ocuparía yo si estuviera con vosotros... pero con muchísima más eficiencia y conocimiento. Tú tienes la última

palabra, pero te recomiendo encarecidamente que aceptes sin tardanza. Estoy segura de que estás extenuada y no podemos permitirnos el lujo de tener dos enfermos.

Te adora,

Bess

San Luis, a 10 de octubre de 1918

Queridísimos papá y Mavis:

Me he llevado un gran disgusto al saber por vuestra carta que donde vivís no hay enfermeras diplomadas que trabajen en casas particulares. De todas formas, bajo ningún concepto doy el asunto por zanjado.

Voy a escribir a Lydia para que haga indagaciones en Dallas. Por otra parte, madre Steed recuerda con mucho cariño a la enfermera que cuidó a padre Steed en su última enfermedad. Ya está retirada y ahora vive con su hija en Wichita Falls, pero seguro que se alegrará mucho de tener la oportunidad de renovar sus amistades en Honey Grove, y papá podría disfrutar de la compañía de alguien de su edad, para variar. Voy a escribirle inmediatamente y te comunicaré su respuesta.

Con cariño,

Bess

San Luis, a 5 de noviembre de 1918

Queridos papá y Mavis:

¡Por fin ha llegado la paz! Aquí hay mucha alegría en las calles. Personas que no se conocen de nada se sonríen y se dan la mano.

Estaba trabajando en el jardín cuando oí la noticia... por boca de un repartidor que pasaba por la calle con su camión anunciándolo a voz en grito. El jardinero estaba a mi lado, arrodillado, recogiendo bulbos para el invierno. Se puso en pie de un salto, me abrazó y empezó a darme besos. Lloré de alegría y le besé también, y pasaron unos cuantos minutos hasta que por fin nos dimos cuenta de lo que estábamos haciendo. Después se echó a llorar a lágrima viva y me dijo que ahora su hijo estaba a salvo. Todavía era joven cuando hicieron el último reclutamiento, pero seguro que le habría

tocado en el siguiente. Me alegré con él. Me aterrorizaba la idea de que Rob pudiera ser requerido para el servicio activo. Me parece que no soy como las mujeres que pueden despedirse con valentía de sus maridos cuando se van a morir al frente. Soy buena ciudadana, pero soy mejor esposa. El jardinero dice que ahora su hijo nunca sabrá lo que es la guerra. Rezo para que no se equivoque.

La señorita Sarah Powell, la enfermera que cuidó a padre Steed, llegará la semana que viene para ayudarte. Le he mandado el salario del primer mes por adelantado. Enseguida nos pusimos de acuerdo en la tarifa, pero con la condición de que haga todo lo que le pidas. Si consideras que no la cumple, házmelo saber, por favor, antes de que le envíe el salario del mes siguiente.

Pensamos en vosotros a todas horas y, en las oraciones de Acción de Gracias, pediremos en primer lugar por papá, para que recupere pronto la salud.

Con cariño,

Bess

San Luis, a 5 de diciembre de 1918

Queridísima Totsie:

La noticia de que Dwight y tú vais a adoptar un niño pequeño es la felicitación de Navidad más oportuna que podíais enviar. ¡Qué experiencia tan gozosa vais a tener! No te preocupes porque a Dwight le haya costado mucho dar su consentimiento. Me pregunto cuántos hombres elegirían libremente la paternidad si la decisión dependiera solo de ellos. Por suerte para el porvenir de la raza, casi nunca la toman ellos.

Seguro que ningún soldado de todos los que han vuelto a casa ha tenido un recibimiento más jubiloso que Rob. Este último año ha llevado un ritmo agotador y ahora me doy cuenta de que se ha mantenido en pie a pura fuerza de voluntad. Espero que ahora, que ya está definitivamente en casa, pueda descansar. No obstante, le preocupa haber pasado tanto tiempo fuera de los negocios y está deseando seguir adelante con los planes de expansión y capitalización de la empresa, aprovechando el espíritu optimista que ha engendrado el armisticio.

Estoy segura de que el Año Nuevo traerá un nuevo comienzo para todos. Y una nueva vida se unirá a la vuestra. Ahora que Eleanor ya tiene cinco años y es, en muchos aspectos, una personita adulta y estrafalaria, empiezo a añorar la presencia de un bebé en casa. Pero supongo que debo dar unos meses a Rob, para que restablezca sus relaciones con los hijos que ya tiene. No obstante, el próximo año por estas fechas quizá podamos celebrar una natividad propia.

Je t'embrasse... y también a Dwight,

Bess

Adornemos las estancias y olvidemos el pasado:
¡Nuestros padres y maridos han regresado!
Alcemos las copas y brindemos todos
por una feliz Navidad y un Año Nuevo de paz.

Bess y Rob Steed
Robin, Drew y Eleanor

San Luis, a 3 de enero de 1919

Querida Lydia:

Nos encantó teneros aquí por Navidad. Sobre todo me alegré mucho de volver a ver a Manning. Tú y yo no hemos perdido el contacto gracias a que me escribes a menudo, pero Manning es como un desconocido para nosotros. Tengo que reconocer que Rob y yo no estábamos preparados, ni muchísimo menos, para la decisión que ha tomado de dejar el negocio de los seguros y volver al mundo académico. Sin embargo, admiramos la que has tomado tú de trabajar en la enseñanza para mantener a la familia mientras él termina los estudios de licenciatura. Estoy convencida de que este nuevo empeño satisfará sus intereses y, al mismo tiempo, le permitirá cumplir sus responsabilidades con la familia. Tengo la suerte de estar casada con un hombre que disfruta con los negocios, y no solo por la compensación económica, pero confieso que a mí también me fascina el mundo de las altas finanzas. Sé que Rob va a echar de menos a su socio Manning, pero espero que lo compense aumentando su confianza en mí.

Gracias a Dios, hemos ganado la guerra y podemos empezar a trabajar en nuestros objetivos personales. ¡Cuánta ilusión he puesto en el año que comienza!

Lo dejo aquí. Rob lleva horas durmiendo. Viene tan extenuado de la oficina que ya casi está dormido cuando acuesto a los niños y les leo un cuento. Cuando él no estaba, las horas de la madrugada llegaron a ser mis momentos de intimidad: con los niños dormidos y la casa en silencio, podía evadirme por completo y sumergirme en mis propios pensamientos. Pensé que esto iba a cambiar tan pronto como Rob volviera, pero es difícil romper el hábito... y muchas noches ni siquiera me apetece intentarlo. Supongo que por eso escribo la mayoría de las cartas por la noche. Con la pluma en la mano, puedo alargar el final de una conversación cuanto quiera, incluso cuando la otra parte está dormida. De todas formas, pronto amanecerá y tengo que descansar un poco. ¡Qué pérdida de tiempo, pasar tantas horas inconsciente, con los ojos y los oídos cerrados a la belleza del mundo! Aunque viviera cien años, los días nunca se me harían largos.

Escribe pronto. Me encanta recibir noticias tuyas.

Besos para todos,

Bess

San Luis, a 10 de enero de 1919

Querida Mavis:

He tenido intención de escribirte desde Navidad, pero las fiestas nos han dejado exhaustos y me temo que los niños han pagado sus «sueños de golosinas navideñas» con molestos empachos. Por fin puedo decir que no ha sido más que eso. Con la epidemia de gripe que corre por aquí, ninguna madre se atrevería a pasar por alto ni la enfermedad infantil más común, y yo estaba aterrada, porque los niños empezaron a presentar los mismos síntomas uno detrás de otro.

Eleanor fue la primera en quejarse de dolor de estómago y, al día siguiente, se sumó Drew. El pequeño Robin, como es tan robusto, parecía que se iba a librar, pero una tarde, después de acostar a los otros dos para que durmieran la siesta, fue y se acostó con ellos.

Esa noche no durmió nadie en casa. Pero lo peor ya ha pasado y esta noche están los tres con su padre en la enorme cama de matrimonio de mi madre, representando las batallas de la guerra con soldaditos de juguete.

La señorita Powell nos comunica por carta que papá se encuentra mejor, pero me alegro de que hayas escrito para confirmarlo. Estoy contentísima de que te haya liberado del trabajo en la cocina. Ahora tienes más tiempo para estar con papá. Y no creas que no lo atiendes como es debido porque no le hagas la comida tú. Recuerda que se casó contigo por tu cabecita, no por tu tarta de limón.

Por favor, anímalo a que siga los consejos de la señorita Powell en cuanto a los alimentos más apropiados. Si necesitas ayuda en este aspecto, no dudes en decírmelo. Mi padre juraría que nunca ha obedecido órdenes de una mujer, pero, pensándolo bien, ahora me doy cuenta de que era mi madre la que tomaba la mayoría de las decisiones importantes en nuestra vida. Siempre me pareció envidiable esa habilidad suya para convencer a los demás de su punto de vista aparentando docilidad y disposición a complacer a todo el mundo. Nunca he tenido paciencia suficiente para subterfugios de esa clase y, por suerte, nunca he tenido que recurrir a ellos con mi propio marido. Desde pequeños hemos sido muy sinceros el uno con el otro y por suerte el matrimonio no nos ha impuesto formas más convencionales de llevar nuestra relación. Pero sé por experiencia que, para convencer a mi padre de algo, hace falta mucha mano izquierda, y estoy dispuesta a ayudar en lo que pueda.

Con afecto,

Bess

San Luis, a 25 de enero de 1919

Querido Marvin:

Rob se ha despertado esta noche con un fuerte dolor en el pecho. He logrado convencerlo de que se quede hoy en cama con la condición de ir yo a llevarte los contratos al despacho personalmente, para que los encuentres allí cuando vuelvas de Kansas. Tiene muchísimas ganas de hablar contigo del viaje y de

saber lo que opinas del plan de abrir una sucursal allí, así que, por favor, llama tan pronto como puedas.

Sin embargo, como mujer del interesado, permíteme añadir unas palabras al respecto. El año pasado Rob agotó todas sus reservas de energía en la campaña de bonos de guerra. Lo cierto es que en estos momentos no está en condiciones de hacerse cargo de un programa de expansión tan ambicioso. Si me hicieras el favor de aconsejarle un aplazamiento alegando algunas observaciones que hayas hecho en este viaje, tendría un poco de tiempo para recuperar al menos un poco de su antigua vitalidad.

Como accionista, comprendo la importancia de dar un paso adelante cuando se presenta la ocasión, pero no a riesgo de destrozar la salud del hombre que puso el negocio en pie. No puedo cuidar de él yo sola. Puedo interponerme entre mis hijos y cualquier cosa que amenace su bienestar, pero, en cuanto a mi marido, lo único que puedo hacer es estar a su lado. Necesito que me ayudes... y él también.

Bess

San Luis, a 30 de enero de 1919

Queridos Lydia y Manning:

Gracias a los dos por escribirme. Encuentro tanto cariño y apoyo en vuestras cartas que, cuando las leí, rompí a llorar. Tuve que recomponerme antes de llevárselas a Rob. Ojalá pudiera deciros que está mejor, pero, desde la última vez que os escribí, el agotamiento ha dado paso a la gripe: no es un caso grave, según el médico, y supongo que eso quiere decir que los ha visto peores, pero yo no.

Está excesivamente débil e indefenso... y por primera vez en su vida recibe con agrado todas las recomendaciones que le hago. Aunque siempre me he enorgullecido de mi espíritu independiente, ahora veo que era como una niña que se empecina en hacerlo todo sola, con la seguridad de que siempre hay una persona más fuerte y más sabia en la sombra, dispuesta a ayudarla al primer indicio de dificultad. Cada vez que me he propuesto hacer algo yo sola, Rob siempre estaba ahí... para acudir en mi ayuda a la menor señal de alarma. Era tan vanidosa que creía que estaba a su lado en

condiciones de igualdad, pero estos últimos días, con los papeles invertidos, he notado por primera vez sobre mis hombros el peso de una dependencia tácita. Ahora empiezo a comprender la carga tan enorme que representan para un hombre su mujer y sus hijos... Aunque nunca pidan nada.

¡Cuánto me gustaría que estuvierais los dos aquí conmigo! En las vacaciones, cuando íbamos de fiesta en fiesta, tenía la sensación de haber vivido en San Luis toda la vida. Ahora, de repente, soy una foránea. Tengo miedo de que Rob no se recupere y no me puedo imaginar la vida sin él. El otoño pasado, cuando mi padre se puso tan enfermo, podía aceptar la posibilidad de que falleciera. Estaba muerta de pena y decidida a hacer todo lo que estuviera en mi mano para que no sucediera, pero también estaba preparada para oír que no había solución posible. En ese momento me pareció que mi actitud era razonable y madura, pero ahora me parece cruel e insensible. ¡Cómo es posible que no nos rebelemos ante la muerte, sea cual sea la edad en la que se produzca!

¡Ay, queridos! ¡Tenedme en el corazón, como os tengo yo en el mío, que ahora late tan fuerte que rompe el espantoso silencio que me rodea!

Bess

San Luis, a 1 de febrero de 1919

Querida señorita Powell:

La llamo con toda urgencia para pedirle socorro. Mi marido está muy grave y aquí no hay nadie en quien pueda confiar tanto como en usted. Venga con nosotros, por favor.

Mi padre ya está casi recuperado y, a mi juicio, es gracias a usted. Necesito creer que puede obrar el mismo milagro con mi marido. Acompaño cheque para cubrir los gastos de viaje y el salario de un mes. Por favor, comuníqueme la hora de llegada e iré personalmente a buscarla a la estación. Estoy desesperada. El médico dice que no se puede hacer nada. La gripe tiene que seguir su curso. Pero yo no puedo quedarme de brazos cruzados viendo sufrir a mi marido. Tiene usted que venir. Cuente con mi agradecimiento de antemano... y para siempre.

Bess Alcott Steed

San Luis, a 4 de febrero de 1919

Queridos papá y Mavis:

Perdonadme por llevarme a la señorita Powell... y también por no haberos contado nada sobre el estado de Rob hasta ahora. Si a quien goza de buena salud le es difícil sobrellevar el sufrimiento de un ser querido... En fin, que prefería ahorraros el mal trago el mayor tiempo posible.

Rob es tan víctima de esta terrible guerra como pueda serlo cualquier soldado herido. Por lo visto, esta epidemia procede de Europa, dicen que la han traído los soldados al volver de la otra orilla del océano. ¡Qué triste ironía que haya sido el gran esfuerzo que hizo Rob por la causa de la guerra lo que lo ha dejado exhausto y vulnerable al nuevo enemigo que nos ha traído el armisticio!

Está muy débil, pero lucha por no perder la conciencia. Hablar le cuesta un gran esfuerzo, pero consigue esbozar una sonrisa cada vez que abre los ojos y me encuentra mirándolo. Tengo que hacer acopio de valor para no ponerme de rodillas junto a él y abrazarlo, pero no puedo permitir que se dé cuenta de lo asustada que estoy.

Rezad por nosotros,

Bess

San Luis, a 6 de febrero de 1919

Señor Joseph Darnell, abogado
Edificio Wilson
Dallas (Texas)

Querido Joe:

Le mando un codicilo del testamento de Rob que me ha dictado él esta mañana. La firma ha quedado temblorosa, pero puedo dar fe de su autenticidad, puesto que yo le guié la mano. Hace una semana que está postrado en cama, con gripe, y la situación se vuelve más crítica a cada hora que pasa. El médico dice que no podemos hacer nada más, que cada organismo tiene que combatir la enfermedad por sí mismo. Es horrible lo indefensos que nos han dejado como individuos los supuestos avances de la vida moderna. Puede que la

ciencia sea la nueva religión, pero jamás he oído decir a un pastor que no se puede hacer nada más: al menos rezan contigo hasta el final.

Recuerdo cuánto tuve que insistir para que Rob hiciera testamento al nacer nuestro primer hijo. Los dos creíamos que teníamos toda la vida por delante y él no quería ni oír hablar de planes relacionados con la muerte. Pero yo acababa de ver morir a mi madre, joven todavía, y por el bien de nuestros hijos me parecía importante prever la muerte con el mismo cuidado que la vida. Y usted me dio la razón, como era de esperar.

Anoche, mientras me dictaba el codicilo, Rob me obligó a afrontar junto a él la terrible posibilidad de que su vida estuviera llegando al fin. Pero después de afrontarlo con valentía, sin inmutarnos, como soldados ante un pelotón de fusilamiento, necesito creer que nuestro valor será recompensado y podremos continuar la batalla codo con codo.

Gracias por su ayuda, querido Joe: por lo que ha hecho por nosotros en el pasado y por lo que podamos requerir de usted en el futuro, aunque, Dios lo quiera, sea un futuro lejano.

Cordialmente,

Bess

San Luis, a 8 de febrero de 1919

Queridos papá y Mavis:

La señorita Powell es sin duda un ángel de la caridad. Llegó hace dos días y no ha tardado nada en hacerse cargo de la casa. Nunca da órdenes, pero transmite una sensación de autoridad tan innata que todo el mundo desea complacerla.

Es una bendición que conociera a madre Steed cuando era más joven y más fuerte. Es lógico que cualquier madre, viendo a su hijo tan gravemente enfermo, crea que el equilibrio de la naturaleza se ha trastocado, pero la enfermedad de Rob la afecta en lo más profundo de su ser y no puede ni hablar de ello con los niños sin deshacerse en llanto. Pero parece que la presencia de la señorita Powell le ha devuelto la entereza que demostró en la última enfermedad de su marido, y hoy está mucho más serena.

Rob se encuentra un poco mejor esta mañana... ¿O solo me engaño al conceder a la señorita Powell la capacidad de obrar milagros? Reconozco que le atribuyo poderes sobrehumanos, pero el médico no está dispuesto a reconocer ninguno y Dios está muy lejos. Necesito creer que alguien nos puede ayudar y, además de todo lo que ha hecho por nosotros, la señorita Powell me ha dado esperanza.

Entró en nuestra vida cuando te pusiste enfermo, papá, y aunque fueron momentos terribles para ti y para todos los que te queremos, al menos trajeron consigo una bendición. Ahora tenemos que rezar con el corazón en un puño para que estas olas tan temibles que se nos vienen encima nos dejen por fin tendidos en la playa, agotados, exhaustos... ¡pero vivos!

Vuestro amor me sostiene, incluso desde lejos.

Con cariño,

Bess

SAN LUIS, A 10 DE FEBRERO DE 1919

SEÑOR MANNING SHEPHERD Y SEÑORA

2793 SWISS AVENUE

DALLAS (TEXAS)

YA NO HAY ESPERANZA. VENID INMEDIATAMENTE. ROB PREGUNTA POR VOSOTROS. BESS

San Luis, a 14 de febrero de 1919

Queridísimos papá y Mavis:

Perdonadme por la forma tan abrupta de terminar la conversación esta mañana. Cuando pronuncio la palabra «muerto» se me cierra la garganta como si quisiera estrangular la triste realidad antes de anunciarla de viva voz.

Rob ha afrontado la muerte con más franqueza que yo, sin alimentar falsas esperanzas ante el final, haciendo cambios en el testamento con serenidad y señalando el rumbo que tendré que seguir en el futuro. El amor que sintió por mí en vida no ha tenido mejor prueba que la preocupación que me demostró en el momento de la muerte. Pasó las últimas horas previendo todas las decisiones que tendría que tomar yo, y ahora, mientras cumplo sus

instrucciones, su presencia todavía me acompaña. Tenía más miedo de dejarme sola que de morir e hizo todo lo que pudo para descargarme de todas las decisiones que debe afrontar una viuda en solitario.

¡Viuda! Se me encoge la mano de dolor. Y los dedos se rebelan como antes la garganta. Tengo que ir con los niños un momento.

8 de la noche.

Los niños ya se han dormido y pronto voy a seguir su ejemplo. Nunca me ha gustado apagar la última luz, pero esta noche tengo necesidad de olvidar. No os preocupéis por mí, estoy rodeada de gente que comparte mi dolor y, por el bien de la salud de papá, es mejor que os quedéis donde estáis.

Lydia y Manning llegaron ayer por la mañana y pasaron todo el día junto a la cama de Rob. Agradecí muchísimo que vinieran. No hubo ningún capítulo de su vida que Rob no intentara completar en el poco tiempo que le quedaba. Manning me ha prometido que se quedará en la compañía, aunque ahora tiene otros intereses. Es un sacrificio por su parte, un sacrificio que he aceptado con agradecimiento. Lydia estaba tan desbordada por la emoción que no pudo despedirse de Rob y hoy lamenta muchísimo todas las cosas que no pudo decirle. Me dijo que Rob era y siempre sería el mejor hombre que había conocido. Debe de ser muy triste para ella tener que otorgarle ese calificativo a su hermano, en vez de a su marido.

Madre Steed no me habla. Ayer, después de darle a Rob el último adiós, fue a ver a los niños y se despidió de ellos. Dijo que su vida había terminado y rezó por amanecer muerta al día siguiente. Después anunció que se iba a acostar, aunque solo eran las tres de la tarde. Como era de esperar, Eleanor empezó a llorar. Drew fue muy valiente y, con ternura, le prometió que la enterraría en el jardín de atrás, al lado de su tortuga. Y Robin vino corriendo y me preguntó muy serio si papá quería que nos muriéramos todos y fuéramos al cielo con él.

Cuando se sirvió la cena y madre Steed se negó a salir de su dormitorio, le llevé yo una bandeja. Llamé a la puerta, pero como no me respondió, entré en la habitación, dejé la bandeja en la mesita y

le dije que seguiría llevándole las comidas a su cuarto. También le advertí que no consentiría que viera a los niños hasta que les prometiera que quería seguir viviendo. Si se había propuesto morir, continué, los niños tenían que ir acostumbrándose a su ausencia. Fingió que estaba dormida mientras le hablaba, pero al cerrar la puerta oí ruido de cubiertos.

Después de acostar a los niños, volví al lado de Rob y relevé a la señorita Powell, que había estado con él desde el amanecer. Le prometí que la despertaría si notaba algún cambio. Entonces Rob y yo nos quedamos solos. Por unos instantes, el puro placer de contar cada uno con la atención total del otro nos hizo olvidarlo todo menos el momento presente. Me cogió la mano y no me la soltó en toda la noche. Aunque se durmió un rato, yo era incapaz de cerrar los ojos sabiendo que mi marido podría desaparecer de mi vista muy pronto y para siempre. Me inundó una extraña sensación de júbilo y se me desbordaron las lágrimas, pero por un sentimiento gozoso por cuanto nos había sido dado, más que de pena por lo que estábamos a punto de perder.

Cuando se hizo de día, Rob insistió en que preparase a los niños para ir a la escuela. Le hice un gesto negativo con la cabeza, porque quería que estuvieran conmigo, pero me recordó que era el día de San Valentín. ¿Qué mejor día puede encontrar un padre para mandar a un hijo al mundo sabiendo que volverá sintiéndose más querido que cuando salió? Se despidió de todos con un beso y, aunque a mí la escena me resultaba insoportable, los niños estaban tan emocionados por los festejos que les esperaban en la escuela que se fueron sin volver la vista atrás.

Cuando regresé a la habitación, creí que Rob estaba dormido, pero me sonrió y dijo que era la primera vez que no tenía regalo de San Valentín para mí desde que nos conocimos en cuarto curso. Nunca hemos dado mucha importancia a los cumpleaños, ni él ni yo. Para mí, son una conmemoración entre padres e hijos, y la Navidad es una celebración de cumpleaños para todos los niños. Pero el día de San Valentín es nuestro, de los dos, y Rob siempre se ha complacido en celebrarlo por todo lo alto.

Me pidió que me acostara a su lado y lo hice. Dijo que yo era su vida y que, mientras viviera, lo mejor de él no moriría. Lo abracé y apoyé la cabeza en su pecho. Apenas oía el latido de su corazón y pensé que tal vez le impidiera respirar con normalidad, pero cuando quité la cabeza me la volvió a poner sobre su pecho y dijo que quizá se durmiera si me quedaba con él. La que se durmió fui yo, envuelta en sus brazos. Pocas horas más tarde, me despertó un espantoso silencio. Aún tenía la cabeza apoyada en su pecho, pero ya no oía el corazón. En ese momento me di cuenta de que no tenía ningún derecho a estar enfadada con madre Steed. Deseaba con toda mi alma no haber despertado nunca de ese último sueño que nos uniría para siempre.

Me quedé a su lado hasta que el dolor de comprender que había muerto se hizo tan intenso que no podía soportarlo sola. Lydia y Manning esperaban en la habitación contigua, respetando mi derecho a estar a solas con él hasta el último suspiro. No tuve que decirles nada. Aunque la pérdida fuera enorme para ellos, sus primeras palabras fueron para mí. Después acudieron a su lado y yo fui a ver a madre Steed. En cuanto me vio, supo lo que había pasado y, sin darme tiempo a pedirle perdón por la explosión de mal genio de la víspera, me acusó de haberla privado a propósito de hablar por última vez con su único hijo. Ella lo trajo al mundo, me dijo, y tenía derecho a estar presente cuando lo abandonase.

Estaba consternada y hui a mi habitación. La ira logró desatar el llanto que tenía encerrado en lo profundo de mi ser. Grité mi furia y mi dolor al impasible techo que me encerraba en la habitación con la misma crueldad con que el Cielo impedía a mi alma escapar de esta tierra que ahora sentía extraña.

Me derrumbé en la cama, pero estuve despierta muchas horas, o eso me pareció. Después, Lydia entró en la habitación y lloramos juntas como verdaderas hermanas. Después me vestí y bajé a reunirme con el médico y el pastor, que habían venido a certificar que el cuerpo estaba sin vida y el alma se había ido.

El funeral se celebrará mañana en la catedral. He solicitado que se acompañe el canto de *God of Our Fathers* con banderas y trompetas. Puede que sea una ilusión considerar una muerte

individual como parte de un sacrificio mayor, pero me reconforta mucho y tengo tanto derecho a refugiarme en ella como la viuda de cualquier soldado caído en el campo de batalla.

He decidido que el entierro sea aquí. Así que, en el caso de que madre Steed todavía me dirigiese la palabra hoy, mañana me la retiraría. Como es lógico, tiene reservado un espacio para sus dos hijos en la sepultura familiar de Honey Grove. Pero la muerte ya es suficiente derrota. No voy a retroceder al pasado. San Luis es donde se acabó el presente para nosotros y me quedaré aquí hasta que el futuro me obligue a moverme en otra dirección.

Ahora tengo que procurar dormir. Mañana hay mucho que hacer... ¡gracias a Dios! Si me imagino que estáis los dos muy cerca, tendré fuerza para apagar la luz.

Por favor, queredme.

Bess

2 de la madrugada

Por fin me dormí, pero a los pocos minutos me despertó el llanto de Eleanor... y su voz, que me llamaba. La traje a mi cama y se quedó dormida enseguida, acurrucada entre mis brazos. ¡Qué bendición, olvidar mi necesidad unos instantes! Los niños piensan que soy fuerte y valiente, y delante de ellos me convierto en todo lo que imaginan.

Rob tenía ese mismo poder sobre mí, desde el día en que nos conocimos. ¿Pero qué va a ser de mí, si no está él para decirme lo bella e inteligente que soy? ¿Tienen las demás mujeres tanto miedo como yo y se preguntan cuánto de lo que son no es más que una imagen de lo que los demás ven en ellas? ¿Qué soy cuando estoy completamente sola? ¿Soy valiente y fuerte, si los niños no me confirman que lo soy con sus necesidades? ¿Volveré a creer que soy bella e inteligente si no me miran los ojos de un hombre que me ama? Es como si acabara de nacer: desgajada de la presencia que me sostenía y que tomaba todas las decisiones por mí, abandonada e indefensa en manos de desconocidos.

Este último año he pasado muchas noches sola, pero no me han preparado para la de hoy. ¡Qué miedo me da mañana!

Ojalá pudierais hablar conmigo aunque solo fuera un momento. Estoy harta de mis pensamientos.

Con todo cariño,

Bess

San Luis, a 15 de febrero de 1919

Harold D. Perkins, editor
The Dallas Morning News
Dallas (Texas)

Apreciado señor Perkins:

Aunque no nos conocemos personalmente, tenemos amigos en común y estoy segura de que ha oído hablar de mi marido, Robert Randolph Steed. En los ocho años que vivimos en Dallas se labró una gran reputación en los círculos del sector inmobiliario y de los seguros.

Sé que le entristecerá la noticia de su muerte prematura ayer, en San Luis, a causa de la gripe. Tenemos muchos amigos en Dallas que lamentarán su fallecimiento, así que incluyo una nota necrológica que mecanografié anoche, de madrugada. Se la envío a usted directamente porque ignoro quién se encarga de los obituarios de los hombres prominentes y no quisiera que algún empleado de categoría inferior desatendiera el suceso solo por desconocer quién era mi marido.

Le agradecería mucho que prestara atención personalmente a este asunto. Sigo suscrita al *Dallas Morning News*, aunque ahora vivo en San Luis. Hace unas semanas tuve ocasión de ver que, cuando falleció el señor Clark, del banco Lone Star, además del retrato convencional, el periódico publicó una foto suya en la ceremonia de colocación de la primera piedra del nuevo edificio del banco. Por lo tanto le envío una foto de mi marido en la inauguración oficial de la oficina de la Compañía de Seguros de Vida Midwestern de San Luis, que fue la causa de que nos trasladáramos aquí. (Yo soy la señora de la izquierda, con un ramo de rosas.) También le mando un retrato reciente (que, por suerte, solicité el año pasado para un regalo de aniversario). Ambas fotografías son copias, de manera que puede tomarse la libertad de guardarlas en sus archivos el tiempo que

considere oportuno. Puede que las necesite en años venideros, cuando se haga referencia a mi marido y a sus destacados logros.

Atentamente,

Elizabeth Alcott Steed

Adjunto:

ROBERT RANDOLPH STEED

Robert Randolph Steed, de 29 años de edad, destacado promotor inmobiliario de Dallas y fundador de la Compañía de Seguros de Vida Midwestern, falleció a causa de la gripe el pasado jueves en su casa de San Luis.

Nació en 1890 en Honey Grove (Texas), hijo de un eminente profesor. En 1909 se casó con Elizabeth Alcott Steed, de Honey Grove, y el matrimonio fijó su residencia en Dallas. Se forjó un nombre en el negocio inmobiliario con el desarrollo de la zona de Junius Heights y se hizo socio de la compañía Florence and Field.

En 1915, atraído por el auge del sector de los seguros de vida, creó su propia compañía. El éxito de esta nueva empresa le permitió abrir una oficina en San Luis, por lo que se trasladó allí en el otoño de 1917 con su familia.

Fue director de zona en la campaña de bonos de guerra y viajó constantemente por cinco estados en favor del esfuerzo bélico. El éxito de su campaña le hizo acreedor de los elogios personales del Secretario del Tesoro.

En Dallas, fue socio del club de campo y feligrés de la catedral episcopal de St. Matthew. En San Luis formó parte del consejo de administración de la Cámara de Comercio y fue miembro de la congregación de la catedral de la Iglesia de Cristo.

Las exequias y el entierro se celebraron el pasado viernes en San Luis. El señor Steed deja esposa, Elizabeth Alcott Steed, residente en San Luis, tres hijos (Robert Randolph, de ocho años; Andrew Alcott, de siete, y Eleanor Elizabeth, de seis); madre, Jane Cantrice Steed, y hermana, Lydia Steed Shepherd, residente en Dallas.

San Luis, a 16 de febrero de 1919

Queridísimos papá y Mavis:

¡Cuánto me gustaría que estuvierais aquí conmigo! Y, sin embargo, ¡qué reconfortante es ponerme a escribiros una carta de madrugada y verter en ella mis pensamientos!

El entierro fue magnífico e incluso llegué a creer en algún momento que la muerte podía ser el triunfante colofón de la vida. La catedral estaba abarrotada de gente de toda condición, aunque yo no conocía a la mayoría. Supongo que a todas las mujeres les asombra comprobar lo poco que realmente han compartido de la vida de su marido. Él habría conocido a todos los asistentes a mi entierro. De todas formas, fue muy emocionante ver el respeto y el cariño que se le profesaba en esta ciudad. Aunque sé que lo habría querido igual si hubiera tenido a todo el mundo en contra —e incluso puede que alguna vez hubiera agradecido esa adversidad, que nos habría dejado solos el uno con el otro—, me consuela saber que no soy la única que sufre una pérdida, sino que la sufren también otras muchas personas.

Después del oficio, los amigos vinieron a casa a darnos el pésame. Lydia y madre Steed se quedaron arriba con los niños, porque no querían compartir su dolor con desconocidos. Pero Manning se ofreció a quedarse conmigo y se lo agradecí. Por otra parte, también me parecía importante que conociera a algunos de los hombres que tan útiles le habían sido a Rob cuando decidió abrir aquí una oficina.

Siempre me ha resultado difícil dar el pésame a quien ha sufrido una pérdida, y temía que me resultara incluso más difícil responder a las expresiones de condolencia. Pero la alquimia del sufrimiento transforma las frases más embarazosas en sentimientos de oro puro, y agradecí mucho cada palabra de consuelo que me dedicaron.

Muchos de nuestros amigos trajeron comida a casa: la mesa del comedor parecía preparada para un banquete. Había un ambiente tan festivo que impulsivamente ordené que pusieran a enfriar y sirvieran a los invitados el champán de importación que nos había regalado en Navidad la Secretaría del Tesoro. Después de todo, el mismo esfuerzo que fue merecedor del champán propiciaba ahora esta ocasión. Sería la última fiesta de Rob y quería que fuera digna de él, una fiesta en la que se hubiera divertido.

Manning se quedó un poco desconcertado, pero insistí en que hiciera el primer brindis y estuvo a la altura de la situación, con un ingenio y un estilo inesperados. Habló con elocuencia de Rob y de la audacia de su visión de futuro. De repente, mi pérdida parecía insignificante, comparada con lo que había perdido el país con la muerte del hombre que era mi marido. Después de Manning, otros tomaron la palabra, y al final de cada discurso alzábamos las copas.

Los hombres, entre los que se encontraban algunas de las personalidades más destacadas del mundo de los negocios de esta parte del país, acogieron a Manning como uno de los suyos, y ese aprecio evidente, reforzado por el champán, transformó a mi tímido y académico cuñado en una figura de peso en el mundo de las finanzas. Estoy convencida de que aquí se le abrirían las puertas de un porvenir espléndido si tuviera consigo a alguien que creyera en él. Pero el hombre que vi anoche no es el que ama Lydia, y ella desea para él algo totalmente distinto a lo que desearía yo, si estuviera en su lugar. Ahora comprendo en qué medida cuanto consigue un hombre se debe a la mujer que está a su lado. La vida puede tomar muchísimos derroteros distintos y, aunque un hombre sea el capitán de su alma, necesita un buen timonel a su lado para surcar mares inexplorados.

Lydia bajó cuando se fueron todos los invitados. No quiso probar el champán y dijo que estaba escandalizada por todas las risas que había oído. Nos comunicó que madre Steed iba a regresar a Dallas con ella y que había pasado la tarde ayudándola a hacer el equipaje. No dije nada, pero si hubiera querido expresar lo que pensaba en voz alta, le habría preguntado cuál de las tres mujeres que querían a Rob —su mujer, su madre o su hermana— se había esforzado más en honrar su memoria ese día.

Manning, de nuevo el marido dócil, acompañó a Lydia arriba. Llamé a los niños y bajaron corriendo, ansiosos de probar toda la comida. Les serví refresco en copas de champán y les propuse que cada uno hiciera un brindis por su padre. Teníais que haberlos oído. Dijeron lo que sentían de una forma tan hermosa que las lágrimas me inundaron los ojos y, de repente, el control que con tan buena fortuna había logrado mantener toda la mañana se vino abajo y

empecé a llorar sin remedio. Los niños se aterrorizan cuando llora un adulto, y se agarraron los tres a mí repitiendo todas las huecas palabras de consuelo que yo siempre utilizaba con ellos. Hice un esfuerzo por sobreponerme y asentí con la cabeza. «Sí, lo sé. Todo va a salir bien.» ¡Cuánto me gustaría poder creerlo!

Los niños y yo parecemos supervivientes de un naufragio terrible. Subimos a la cama grande como si fuera un bote salvavidas, y se durmieron enseguida. Yo me quedé despierta un buen rato, consolándome con el ruido de su respiración; después encendí la lámpara del escritorio y me senté a escribir. Me aterroriza que llegue mañana... y todos los mañanas que voy a tener que afrontar sola.

Os quiere con todas sus fuerzas,

Bess

San Luis, a 25 de febrero de 1919

Apreciado señor Fineman:

Me ha conmovido profundamente tener noticias suyas otra vez y saber que, en cierto modo, ambos estamos viviendo otra temporada trágica. Lamento no haber sabido de la muerte de su esposa el año pasado. Sigo suscrita a *The Dallas News*, pero algunos días no lo leo con tanta atención como debería.

Me produjo una gran satisfacción el tratamiento que dio el periódico de Dallas a la muerte de mi marido. Gracias por mandarme el recorte. La gente, cuando se dirige a mí por carta, cree que es mejor usar un tono abstracto para no tocarme la fibra sensible, pero a mí me consuelan todas las pruebas tangibles de la existencia de mi marido, y me alegré mucho de que se publicaran las dos fotografías.

Me asombra la ira que siento desde su fallecimiento. Siempre me he considerado una persona tolerante, de mentalidad abierta, que desea lo mejor para todo el mundo. Pero ahora me doy cuenta de que era así únicamente porque no tenía motivos para no serlo. La injusticia nos envilece y me temo que voy a perder más que a mi marido hasta que encuentre de nuevo en mi corazón la caridad necesaria para perdonar a aquellos cuyo único pecado es seguir vivos.

Discúlpeme si abuso de usted contándole cosas tan íntimas, pero tengo la sensación de que usted me comprende. En casa y en las cartas a mis amigos y familiares tengo que mantener una fachada de tranquilidad que se me hace más ajena a cada hora que pasa. Espero que me permita el lujo de exorcizar unos cuantos demonios más en alguna otra carta. Ha sido muy amable al escribirme... y más aún al escucharme ahora.

Los niños están bien. Eleanor está llena de energía, goza de buena salud y creo que casi ha olvidado el trágico accidente que nos ha traído esta amistad.

Cordialmente,

Bess Steed

San Luis, a 5 de marzo de 1919

Querido Manning:

He estado toda la mañana hablando con Marvis Hamilton del alarmante déficit que presentan las finanzas de la compañía a causa de las muertes por gripe. El dinero obtenido con la venta de nuevas pólizas ha sido destinado al pago de las reclamaciones que nos han llegado desde Navidad.

En modo alguno podemos pensar en pagar dividendos entre los accionistas este trimestre. Estoy decidida a hacer frente a todas las reclamaciones lo antes posible, aunque eso suponga un considerable sacrificio personal a todos los accionistas y empleados de la compañía.

Rob tenía contratada una póliza de seguros bastante elevada, pero de momento voy a archivar la reclamación correspondiente. También voy a renunciar a los beneficios a los que tengo derecho como viuda de un ejecutivo y voy a pedir a todo el mundo que siga trabajando con el salario actual, pese a los ascensos derivados de la muerte de Rob.

Me parece importante que asistas a la reunión de la junta que se celebrará aquí la próxima semana. Se tomarán decisiones de gran importancia y quiero que participes en ellas. Espero que te quedes en nuestra casa. Los niños se alegrarán mucho de tenerte bajo el mismo techo, aunque sea poco tiempo.

Muchos besos a Lydia y a madre Steed,
Bess

San Luis, a 14 de mayo de 1919

Queridísima Totsie:

Tu carta me ha traído el primer día luminoso que he visto desde que murió Rob. ¡La idea de reunirme contigo en Vermont en verano me llena de alegría! ¡Qué tregua a la horrible realidad en la que se ha convertido ahora mi vida!

En cuanto se decidió cerrar la oficina de la compañía en San Luis, supe que lo único que podía hacer era vender mi casa y volver a Dallas... Pero volver sin marido y con menos recursos que cuando nos marchamos es reconocer la derrota, y no puedo con ello. Por eso voy a posponerlo tanto tiempo como pueda.

Tu invitación para el verano es un ofrecimiento muy tangible de consuelo en un momento en el que me suenan huecas todas las palabras de pésame. Estoy harta de que la gente me pregunte si puede hacer algo por mí. Siempre digo que no por cortesía, como es natural, y se van satisfechos de haber cumplido con su deber. No sé qué pasaría si alguna vez me atreviera a dar una respuesta afirmativa. Y es que no hay nada que asuste más a la gente que la necesidad sin disfraces. En esta época de dificultades, he conservado a todos mis antiguos amigos porque nunca les he pedido que cumplan los compromisos que conlleva la amistad. No es que dude de que los vayan a cumplir... pero solo una vez. Para mí, la amistad es un capital de reserva. Solo proporciona dividendos mientras el capital principal siga intacto. Por grande que sea el sacrificio personal que me cueste, estoy decidida a superar este momento sin gastar mi capital principal... de cualquier clase.

A los niños les hace mucha ilusión irse al este. Todos necesitamos ver un paisaje que no nos traiga recuerdos. ¡Qué ganas tengo de abrazar al pequeño... y a ti! Por favor, da las gracias a Dwight de mi parte por sumarse a tu amable invitación.

Te quiere con ternura,
Bess

San Luis, a 25 de mayo de 1919

Querida prima Josie:

Perdone por haberme retrasado tanto en contestar a su carta de condolencia, pero no he tenido valor para hacerlo hasta ahora porque no estaba nada de acuerdo con los sentimientos que expresaba.

Naturalmente que estoy indignada por la muerte prematura de mi esposo, pero me indigna más que diga usted que habría aceptado de buena gana fallecer en su lugar. Yo no moriré de buena gana, ni aunque viva cien años, y esa aceptación voluntaria del fin de la vida me parece una ofensa a todos los que ya se han ido. Ahora entiendo que, cuando me escribía, se imaginó que la estaba juzgando con sus propios ojos y pensando: «¿Por qué no ha muerto ella en vez de él?». Es muy injusto que me atribuya semejante pensamiento... pero sobre todo es injusto con usted.

Si ha llegado a leer hasta aquí, por favor, tenga por seguro que si no la quisiera, no me habría molestado tanto la estima tan baja en que tiene a su propia vida. Estoy segura de que las personas que la rodean no sienten desprecio por la vida. Pero no cuente con que otros la convenzan del valor que tiene la vida. Al final, todos estamos solos y solo cuenta una opinión: la nuestra.

Espero que vuelva a escribirme. Agradecería una carta, pero me ofende la autocompasión disfrazada de comprensión. ¿Cómo puede ser la muerte una pérdida para quien desprecia la vida? Perdóneme la arrogancia de estar tan descaradamente viva, pero he declarado la guerra a la muerte y a todos los que colaboran en su victoria consintiéndola en silencio. Me he propuesto ganarla a usted para mi causa: lo menos que podemos hacer es alargar la batalla hasta que el enemigo nos tenga que llevar por la fuerza.

He vendido la casa y voy a dejar los muebles en un depósito mientras llevo a los niños a Vermont a pasar el verano. Quizá pueda venir a vernos cuando nos instalemos. Le escribiré tan pronto como lleguemos y tenga una idea más precisa de las condiciones en las que vamos a vivir.

La quiere, como siempre, su prima,

Bess

San Luis, a 1 de junio de 1919

Señora de Leonard Maxwell
Presidenta
Club de Jardinería de San Luis
San Luis (Misuri)

Estimada Lucy:

Le dirijo esta carta con carácter oficial, puesto que contiene una propuesta de trabajo. Pero, en primer lugar, permítame darle las gracias una vez más por la magnífica corona que, además de su propia ofrenda floral, mandó al entierro de Rob en nombre del club. El jardín ha sido una gran fuente de fortaleza y consuelo esta primavera, y cada capullo que florece lo corrobora. Me entristece mucho tener que dejar esta hermosa casa y, con ella, todas las amistades que han florecido en estos dos años.

No tengo planes definidos más allá del verano, pero me temo que es imposible que nos quedemos en San Luis. Me preocupa mucho el cuidado de la sepultura de Rob en mi ausencia. He pagado al cementerio para que se encarguen del mantenimiento con regularidad, por supuesto, pero acompaño a la presente un donativo al club de jardinería con la esperanza de que la sociedad pueda asumir colectivamente la responsabilidad de la conservación de la sepultura. Pertenecer a este club ha sido un gran motivo de orgullo para mí y me gustaría que la última morada de mi difunto marido se convirtiera en un pequeño jardín que refleje los mismos valores de gusto y excelencia que siempre ha exigido el club a sus socios.

No sé si existe algún precedente de un proyecto de estas características, pero le aseguro que, por lo que a mí respecta, satisfaría una necesidad inmediata. Lo cierto es que espero que a los socios en general les parezca una idea atractiva, que incluso podría proporcionar una lucrativa fuente de ingresos para el club en el futuro.

Me voy de San Luis este fin de semana y agradecería muchísimo conocer la respuesta antes de irme. Gracias por su infalible gentileza, tanto en este asunto como en todos los que han requerido su atención como presidenta.

Muy agradecida,
Bess Steed

Woodstock (Vermont), a 15 de junio de 1919

Queridos papá y Mavis:

En esta antigua granja rodeada de campos de margaritas cercados por muros de piedra vuelvo a sentirme como una niña, y mis hijos son lo único que me recuerda la vida de adulto que he dejado atrás, en San Luis.

El viaje en tren a Nueva York fue una aventura para los niños, pero el peso de los recuerdos que me traía el paisaje no me permitía entusiasmarme como ellos.

Cogimos un tren de Nueva York a Vermont que se paraba en todas las estaciones del camino. Pero esta parte del viaje era nueva para mí y agradecí poder mirar el paisaje con más atención. Mi amiga Totsie estaba esperándonos en la estación con un amigo granjero y un carro que había alquilado para llevarnos a la casa donde pasaríamos el verano.

Totsie y su marido descubrieron este sitio el otoño pasado, en un viaje que hicieron por Nueva Inglaterra. El propietario, un granjero, no estaba muy dispuesto a alquilarla como residencia de vacaciones a quien no tenía intención de cultivar nada más que el propio disfrute, pero al final accedió a arrendarla una breve temporada.

Dwight y Totsie trabajaron en la casa toda la primavera y reconstruyeron la chimenea de piedra a la que dan todas las habitaciones. Solo han terminado los dos dormitorios de abajo. La parte de arriba es un espacio único para dormir, que se comunica con la sala de estar que hay abajo. Totsie había pensado ocupar el dormitorio principal con su hijito, puesto que Dwight no va a venir hasta dentro de unas semanas, y dejarme a mí el otro dormitorio, pero prefiero estar en la parte de arriba con los niños. Estuvimos charlando y contando cuentos hasta que nos dormimos, como si todos fuéramos de la misma edad. ¡Cuánto me gustaría que hubieran conocido a su padre de niño! ¡Cuánto nos habríamos divertido los cinco aquel verano que alquilaste el terreno para que instalaran un tiovivo! ¿Te acuerdas, papá? Es como si lo viera: Rob,

Bess, Robin, Drew y Eleanor, todos amigos de la misma edad, dando vueltas y más vueltas todos juntos. El tiempo es un ladrón cruel que nos roba lo que hemos sido. Perdemos tanto en la vida como en la muerte.

Aquí, en este lugar, Totsie y yo hemos podido arreglar algunos desgarrones que ha causado el tiempo en nuestra amistad. Malgastamos los días como colegialas en vacaciones y solo interrumpimos esta holganza para atender a los niños y darles de comer. Pero es increíble la cantidad de cosas que son capaces de hacer por sí solos cuando no hacemos caso a esas tiranas gemelas que son la puntualidad y la corrección.

Cada uno se va a la cama y se levanta a la hora que quiere, se pone la ropa que le apetece y come cuando tiene hambre. Compramos lácteos y productos frescos en la granja de nuestro arrendador, que está muy cerca. A Totsie le interesa el arte culinario tan poco como a mí, así que nunca preparamos la cena. El primero que tiene hambre por la noche saca el pan y el queso. Siempre hay una cazuela de sopa caliente en la cocina, que va variando con los días, a medida que le añadimos nuevos ingredientes, pero siempre resulta rica y sustanciosa. Prácticamente nos hemos hecho vegetarianas, porque es mucho más fácil. Además, los niños se han encariñado con todas las criaturas de cuatro patas que se pueden encontrar por los alrededores, así que me temo que cualquier buey, cerdo o ave de corral que encontrasen en el plato levantaría sospechas al instante.

Vivo inmersa en el presente. Para no pensar en el pasado, no hago planes para el futuro. De momento estamos todos bien. ¿Qué más se puede pedir?

Con todo cariño,

Bess

Woodstock, a 30 de junio de 1919

Queridos Lydia y Manning:

Gracias por vuestros amables consejos sobre mi situación económica. Tened la plena seguridad de que los beneficios de la venta de la casa están a salvo en una cuenta de ahorros. Es cierto

que puede ser la última cantidad considerable de dinero que vea hasta dentro de un tiempo y prometo consultaros antes de decidirme por cualquier oportunidad de inversión que se presente.

Puede que estas vacaciones os hayan parecido un derroche, pero el mayor gasto que he tenido que desembolsar ha sido el importe de los billetes de tren. Ante mi insistencia, Totsie ha accedido a pagar a medias los gastos de comida, pero todo lo demás nos lo ha proporcionado ella. Nos hemos propuesto llevar una vida sencilla. Los niños disfrutan mucho, y comprobar lo poco que necesitamos para sobrevivir me da fuerzas.

No sé lo que vamos a hacer cuando termine el verano. Incluso he pensado en quedarme aquí. Los niños podrían ir andando a la escuela del pueblo y yo agradecería el aislamiento del invierno en Nueva Inglaterra. Pero, gracias a Dios, todavía faltan dos meses para tomar la decisión.

Decidle a madre Steed que he preguntado por ella y, aunque no quiera mantener correspondencia conmigo, los niños no entienden por qué ya no les escribe nunca.

Espero recibir pronto noticias vuestras otra vez. Es un gran acontecimiento que venga aquí el cartero. A Eleanor le ha hecho una gran ilusión la carta de Marian y está esforzándose mucho en contestarla.

Os quiere,

Bess

Woodstock, a 3 de julio de 1919

Apreciado señor Fineman:

Me han reenviado su amable carta desde San Luis. ¡Qué casualidad que acabe usted de llegar de Boston! Este verano, los viajes nos han llevado en la misma dirección sin saberlo.

No sabía que trabajaba usted en acciones y bonos del Estado. Me interesan mucho las nuevas oportunidades de inversión, porque acabo de vender mi casa de San Luis, y agradecería su consejo en esta materia. La vida se me complica cada vez más, ahora que he tomado la decisión de no volver a invertir en bienes inmuebles. Voy a alquilar una vivienda dondequiera que decida pasar el invierno. Me

interesan principalmente las inversiones con potencial de crecimiento, porque cuento con suficientes ingresos para pasar el próximo año.

Disculpe que me haya aprovechado de la breve alusión que ha hecho a un viaje de negocios para ponerle al corriente de mi situación económica con tanto detalle, pero es que es un gran alivio poder hablar de estas cuestiones con una persona objetiva y ajena a mis intereses. Todos los demás asesores con los que cuento tienen algún interés, aunque sea indirecto, en el porvenir de mis finanzas, y el sentimiento de responsabilidad por mi bienestar influye en sus consejos.

Me ha encantado la descripción que hace usted de las personas y lugares que ha conocido en el viaje. Ahora estoy tan lejos del mundo del que me habla, que podría decirse que vivo en el extranjero. La vida cotidiana se circunscribe a la granja y a los pocos vecinos a los que se puede ir a ver andando... conque la vida social queda reducida a la mínima expresión.

Ayer la mujer del granjero que nos vende leche y huevos nos invitó a entrar en su casa por primera vez en todo el verano... ¡porque nos pilló un chaparrón! Por lo general, es una persona taciturna y bastante hosca, incluso cuando hace un tiempo espléndido, pero ayer parecía más triste que de costumbre. Comprendí el motivo nada más entrar en su casa. Cuando me senté en la salita y tuve que ponerme de puntillas para mirar por la ventana y ver el paisaje, de repente dijo con amargura: «Lo sé, lo sé. Está muy alta y no se ve nada».

—¡Qué lástima! —murmuré—. Tiene usted una vista espléndida desde aquí. ¿Es que su marido no puede bajar las ventanas?

Movió la cabeza con tristeza.

—Dice que es muy fácil salir fuera si se quiere contemplar el paisaje.

Cuando nos íbamos, me cogió la mano con un afecto inesperado.

—Espero que haya sabido apreciar a su marido mientras lo tuvo, porque yo la primera vez no me di cuenta de lo afortunada que era. El señor Stone es mi segundo marido.

Se quedó en la puerta hasta que nos perdió de vista. Al principio pensé que estaba triste porque nos íbamos, pero después comprendí que solo estaba admirando el paisaje.

Era la primera vez que afrontaba mis sentimientos respecto a la posibilidad de volver a casarme, y me sorprendió lo poco que me gusta la idea. La vida parece tan corta que no soporto la idea de repetir ninguna experiencia... ni siquiera la que me proporcionó tanta felicidad la primera vez.

Quedo a la espera de sus noticias y agradecería sus sugerencias respecto a una inversión a largo plazo.

Cordialmente,

Bess

Woodstock, a 10 de julio de 1919

Querida prima Josie:

Parece que los niños y yo nos hemos adaptado a Nueva Inglaterra más deprisa que nuestros antepasados, los primeros colonos, pero es evidente que las circunstancias son ahora mucho más propicias.

El último fin de semana pasó por la granja una mujer de Chicago y nos preguntó si teníamos alguna Biblia antigua que contuviera información sobre la familia o algún documento que la pudiese ayudar a buscar a sus antepasados en estas tierras. Fue una lástima, porque no teníamos nada mejor que ofrecerle que nuestro interés, pero la acompañamos a los dos cementerios de los alrededores.

En el primero no pude entrar: me desbordaban los recuerdos de la sepultura que dejé en San Luis. Me quedé fuera con el pequeño de mi amiga Totsie mientras los niños y ella ayudaban a la mujer a buscar pistas. Para los niños, era como jugar al escondite por la historia y corrían emocionados de una lápida a otra comparando nombres y fechas e intentando adivinar el parentesco y los sentimientos de los deudos según el tamaño de las losas y el sentido de los epitafios grabados en ellas.

Cuando llegamos al segundo cementerio ya estaba en condiciones de acompañarlos. Los niños estaban tan entusiasmados con su juego que no nos hacían el menor caso, y la mujer se preguntó en voz alta si el cementerio era un lugar apropiado para ellos. Respondí

con tanta vehemencia que yo misma me asombré. Le dije que, aunque lógicamente no podía hablar en nombre de todos los muertos, acababa de perder a mi marido hacía solo cinco meses y le garantizaba que él estaría encantado viendo los niños y oyendo sus juegos. No tardamos en separarnos. La mujer se montó en su coche con chófer y se fue a la siguiente parada que tuviera prevista, y nosotras volvimos a pie a la granja.

No obstante, el incidente encendió una chispa y ahora quiero aprovechar este veraneo en la tierra de mis antepasados para averiguar el origen de mi linaje. Recuerdo que mi padre hablaba de un árbol genealógico que su madre, prima Josie, tenía en el salón. Siempre me imaginé un árbol enorme que crecía en el centro de la habitación, con los miembros de la familia cómodamente instalados en sus ramas. La primera vez que fui a su casa, aunque ya era adulta y sabía lo que era un árbol genealógico, tengo que reconocer que sufrí una pequeña decepción al encontrarme con un salón convencional, sin aquel árbol que me imaginaba de pequeña. De todas formas, no recuerdo haber visto ningún árbol de familia en ninguna de mis visitas. ¿Existe? Si es así, ¿sabe dónde está? Agradecería muchísimo tener la oportunidad de examinarlo este verano. También me interesaría cualquier documento escrito o historia de la familia que pueda usted conservar.

Estaríamos encantados de que viniera aquí a vernos. Le sentaría bien un cambio y nosotros disfrutaríamos de su compañía. Además, si se decidiera a venir, no tendría que confiar documentos familiares al servicio de correos.

Por favor, piense en serio en el plan que le propongo. A los niños les haría mucha gracia conocer a una prima que es mayor que su abuelo. Con la esperanza de verla pronto, se despide por ahora, su prima, que la quiere,

Bess

Woodstock, a 17 de julio de 1919

Querido Arthur:

Me resulta extraño dirigirme a usted por su nombre de pila, pero es un placer considerarle un amigo.

Los folletos que me envió me parecen muy interesantes. ¿Sería abusar de su amistad pedirle que abriera una cuenta a mi nombre y comprara quinientas acciones de cada una de las seis opciones que me recomienda? Tengo en cuenta su consejo de que sea cautelosa, pero en este momento no quiero comprar bonos del Estado y no necesito recibir un cheque trimestral para confiar en una empresa.

Creo que va a disfrutar con la fotografía que acompaño a la presente; es de los niños, en el balancín que construyeron con un barril y un tablón. Inventan juegos a todas horas: por lo visto, los pocos recursos con que cuentan aquí les estimulan más la imaginación que el cuarto de juegos mejor equipado. A partir de ahora tendremos que llevar una vida más modesta y me tranquiliza creer que mis preciosos hijos no echarán nada de menos.

Gracias por su atención y por el interés que me presta. Espero su pronta respuesta.

Con agradecimiento,

Bess

Woodstock, a 1 de agosto de 1919

Queridos Lydia y Manning:

Me he llevado un disgusto al saber por vuestra carta lo mal que va la compañía de seguros de vida en mi ausencia. Tenía la esperanza de que se pudiera afrontar la crisis cerrando la oficina de San Luis y consolidando los recursos. Manning, te agradezco mucho que estés allí para encargarte de estas dificultades... aunque estoy segura de que habrá momentos en que preferirás estar en cualquier otra parte. Si pudiéramos al menos mantener lo que tenemos, sé que el negocio va a mejorar y que nuestra tenacidad será recompensada.

He abierto una cuenta en la agencia de corredores Meyers, Miller and Fineman y he decidido invertir las ganancias de la venta de la casa en el mercado bursátil. Tal vez no estés de acuerdo, pero a estas alturas de mi vida creo que no me puedo permitir ser prudente. De todos modos, para que veas que no es una temeridad, te puedo asegurar que sigo el prudente consejo de un gran amigo personal, Arthur Fineman, socio mayoritario de la empresa.

Dwight, el marido de Totsie, llega mañana, y nos hemos pasado la semana ordenándolo todo. Totsie ha decidido arreglarse el pelo hoy. No hay ningún salón de belleza en el pueblo, pero la mujer del jefe de la estafeta de correos lava el pelo en su casa con agua de lluvia que recoge en barriles y calienta al fuego. Yo no tenía intención de ir, pero Totsie me pidió que la acompañara, por si la mujer resultaba ser tan reservada como la mayoría de los vecinos. ¡Solo en Nueva Inglaterra se corre el riesgo de encontrar a una peluquera que no hable por los codos!

Dejamos a los niños a cargo de la vecina, la señora Stone, que los mandó al huerto a recoger cerezas para sus exquisitas tartas. Al chiquitín lo metió en una cuna, en la cocina, y lo acunaba con el pie mientras estiraba la masa de la tarta. La señora Stone ha criado a ocho hijos y no me podía imaginar cómo se las había arreglado con tantos, hasta que vi lo fácil que le resultaba entretener a los cuatro nuestros sin desatender sus actividades de la tarde.

Ha sido la primera vez que Totsie y yo nos separamos de los niños en todo el verano, y, de repente, nos sentimos tan libres como potrillos. En el camino hacia el pueblo intentamos guardar la compostura, como corresponde a nuestra posición, pero prácticamente llegamos bailando a la cita de Totsie para ponerse guapa. Estábamos tan eufóricas que no le costó nada convencerme de que me lavara la cabeza yo también, y enseguida nos llenaron el pelo de espuma blanca como la nieve.

Despertamos tanta curiosidad que la mujer del jefe de correos venció su timidez natural y nos preguntó a quién esperábamos. Totsie empezó a hablar de Dwight mientras la mujer le aclaraba el pelo con zumo de limón. Después, cuando se sentó fuera para secarse al sol, la mujer dirigió su atención en mí. Con un despliegue de interés que, para ella, debía de ser algo fuera de lo común, me preguntó si yo también esperaba a alguien en particular este fin de semana.

En ese momento me estaba enjuagando el pelo y atribuyó la larga pausa antes de mi respuesta a la cascada de agua que me caía por las orejas. Pero no era agua de lluvia lo que me mojaba las mejillas,

y el sabor amargo de la boca se debía a algo más que al limón. No pude articular palabra, pero al final negué con la cabeza.

—¡Bueno! —dijo, quitando hierro al asunto—. ¡No hacen falta motivos para ponerse guapa!

Pero ambas sabíamos la respuesta.

Me lo he pasado muy bien aquí este verano y estaba convencida de que había superado la tristeza que me persigue sin tregua desde que murió Rob. Pero la perspectiva de la llegada de Dwight me hace insoportable la soledad. No sé cómo voy a pasar las próximas dos semanas. Esta noche siento la soledad como nunca antes en mi vida.

Os quiero a los dos porque estáis ligados al recuerdo de Rob.

Bess

Woodstock, a 5 de agosto de 1919

Querida prima Josie:

Lamento que el viaje en tren le parezca demasiado fatigoso. A mí, en cambio, siempre me ha parecido más agotadora la rutina diaria que viajar, hasta el punto de que la sola idea de ver algo nuevo me revitaliza. No obstante, le agradezco mucho que me haya mandado el libro genealógico en su lugar. Me hizo mucha ilusión saber que una rama de la familia de mi padre se remonta a la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos y estoy deseando investigar y descubrir el alcance de su contribución a ese capítulo de la historia. Ha sido muy generoso por su parte regalarme el árbol de la familia. Solo sentía curiosidad por verlo, no pretendía robarle parte de su herencia. De todas formas, si cree sinceramente que está más seguro en mi poder, será un honor para mí conservarlo para las futuras generaciones de nuestra familia. Pero me desconciertan algunas omisiones en el árbol. El libro genealógico menciona a una familia que vivió en Salem (Massachusetts) en el siglo XVII, y estoy segura de que tenemos derecho a reivindicarla, pero su madre no parece haber contado con ella cuando mandó dibujar el árbol.

Tengo muchas ganas de conocer Nueva Inglaterra por mi cuenta, así que he decidido llevar a los niños de excursión la próxima

semana. Dwight, el marido de Totsie, ha tenido la amabilidad de ofrecerme el coche.

Quiero ir primero a Salem a ver el registro local, para comprobar los vínculos que tenemos con la familia a la que me he referido antes. Es emocionante pensar que estamos relacionados con las personas que fundaron el país. Le haré saber los resultados de mis investigaciones tan pronto como averigüe algo definitivo. Seguro que tiene tanto interés como yo en conocer los capítulos que faltan en la historia de nuestra familia.

Con mucho cariño,

Bess

Boston (Massachusetts), a 15 de agosto de 1919

Queridos papá y Mavis:

El descubrimiento del papel de nuestra familia en la historia de este país me ha conmocionado profundamente.

En Salem verifiqué sin lugar a dudas que descendemos de la familia de un pregonero del siglo XVII, pero al mismo tiempo descubrí que su hija mayor ejerció de acusadora en el primer juicio por brujería. Ahora entiendo el motivo de que los hayan suprimido a propósito del árbol familiar, y sospecho que la prima Josie sabía desde siempre el final tan innoble al que me iba a llevar la búsqueda de antepasados ilustres.

Esperaba redimir en Boston la ignominia de nuestros primeros antecesores conocidos con los actos heroicos de nuestros antepasados revolucionarios. Ha sido un golpe tremendo encontrar el nombre de nuestra familia en una lista de partidarios de los *tories*.

Mañana volvemos a la granja. Prometí a los niños que, en el camino de vuelta, seguiríamos las huellas de la famosa cabalgada de Paul Revere y no puedo decepcionarlos, pero cada milla histórica que recorramos será como otra espina de decepción en mi ya astillado corazón.

Ahora sé que no podemos confiar en la historia para encontrar motivos de orgullo por ser quienes somos. Eso tiene que hacerlo cada cual. Supongo que debería alegrarme de saber la verdad cuando todavía me queda tanta vida por delante. ¡Qué año! Perdí a

mi marido en primavera y mi abolengo en verano. Estoy sola de verdad.

Con todo cariño,

Bess

Woodstock, a 20 de agosto de 1919

Querida prima Josie:

Le devuelvo con la presente el libro genealógico y el árbol de familia que ha tenido la bondad de prestarme. Ya no los necesito y no deseo quedarme con algo que es tan legítimamente suyo. Después de todo, fue su madre quien mandó hacer el árbol y lo tuvo colgado en el salón hasta que alguien (¿usted, quizá?) descubrió alguna razón para retirarlo. Ahora entiendo por qué no lo vi cuando fui de visita a su casa por primera vez, y le habría agradecido que, sencillamente, hubiera tenido a bien evitarme el viaje que me ha enfrentado a unos hechos que habría preferido ignorar para siempre.

Sin embargo, es posible que la búsqueda de antepasados me haya deparado algo bueno. Dwight Davis, el marido de mi amiga, procede de una familia ilustre, muchos de cuyos miembros sirvieron a la Revolución con honor. Pero la historia de una familia hay que tomarla o dejarla en su totalidad. No se puede reivindicar lo bueno y rechazar lo malo, y he advertido a Dwight que se pueden descubrir muchas cosas rebuscando a fondo en nuestros orígenes. Su mujer le ha suplicado que retire el árbol genealógico que tiene en el estudio antes de que su hijo adoptivo tenga edad suficiente para entender por qué no aparece él, pero Dwight se ha negado hasta ahora. No obstante, creo que he prestado ayuda a la causa de mi amiga al insinuar la posible existencia de algunos secretos de familia entre las ramas del árbol, y Totsie me ha pronosticado en privado que el árbol no estará a la vista cuando vuelva a casa al final del verano.

El final del verano: ¡qué tristeza! Tengo que hacer planes... pero es muy difícil saber por dónde empezar. Seguro que muchos días le debe de resultar muy tranquilizador saber dónde y cómo va a pasar lo que le queda de vida... y que alguien que le desea lo mejor de corazón tome todas las decisiones en su lugar. Ahora mismo me gustaría ser tan decidida en lo que respecta a mis intereses como lo

he sido siempre con los de los demás. Ojalá hubiera otro «yo» fuera de mí que supiera decirme lo que tengo que hacer. En este momento estaría encantada de recibir órdenes de cualquiera que hablase con autoridad.

Su prima, que la quiere,
Bess

Woodstock, a 21 de agosto de 1919

Señora Annie Hoffmeyer
210 Gaston Avenue
Dallas (Texas)

Queridísima Annie:

He leído su carta entre lágrimas de alegría. Creí que nunca volvería a saber de usted. ¡Pero lo que nos une de nuevo es el dolor de una pérdida inesperada! A mi marido se lo llevó la muerte y al suyo se lo quitó la vida. No sabría decir cuál de las dos pérdidas es más difícil de soportar.

Me encuentro en una situación muy semejante a la suya, ahora que llega el otoño, con niños pequeños a mi cargo y sin un marido que vele por nosotros. Quizá esta carencia que ambas tenemos nos pueda ser útil a las dos. A pesar del desagrado que me produce volver sobre mis pasos, no tengo más remedio que regresar a Dallas el mes que viene, a ver si puedo salvar lo que queda del negocio de mi marido. Y, como estoy segura de que está deseando huir del lugar de la discordia matrimonial, permítame la siguiente proposición: yo alquilo una casa suficientemente grande y nos vamos a vivir en ella con los niños. Sería, por supuesto, con la condición de que se encargase de llevarla. No estoy en condiciones de pagarle un sueldo en este momento, como tampoco lo está usted de pagarme un alquiler, pero, a cambio de sus servicios, yo aportaré gustosamente la comida y un techo para las dos familias.

Sé que cuando dejó el empleo en mi casa tomó la firme decisión de no volver al servicio doméstico, y la respeto. Sin embargo, en este caso no va a trabajar para mí, sino que vamos a ayudarnos la una a la otra en una época difícil de la vida. Confío en que esté de

acuerdo con lo que le propongo, pues creo que nos beneficiará a las dos.

Le envío en este mismo correo un regalo para cada niño. Los ha hecho a mano la mujer del alcalde del pueblo en el que estamos. La serpiente de trapo es para el pequeño Franz y el vestido de punto para la recién nacida. ¡Qué crueldad por parte de Hans dejarla tan de repente justo cuando nació la niña!

Mis hijos le mandan besos y abrazos... y yo también. Y todos esperamos impacientes su respuesta.

Su fiel amiga,

Bess Alcott Steed

Woodstock, a 29 de agosto de 1919

Queridísima Annie:

¡Con qué alegría celebramos que respondiera tan rápido! A los niños y a mí nos entusiasma la idea de volver a verla y vivir todos juntos. La casa de la que me habla parece adecuada a todas nuestras necesidades. Acompaño cheque para abonar el primer mes de alquiler, efectivo en la fecha en que quiera trasladarse.

Tenemos previsto pasar aquí otros diez días, hasta después del fin de semana del Día del Trabajo. Queremos hacer una gran fiesta campestre con los amigos que hemos hecho este verano. Sin embargo, como en esta parte del país la gente se relaciona poco (hace años que la mayoría no ha puesto un pie en casa ajena) no estamos seguros de cuántos van a aceptar la invitación. Los niños han preparado un juego para entretener a los invitados... si es que viene alguien. Muchos incluso tienen menos costumbre de jugar que de ir a fiestas, así que puede ser una buena ocasión para que todos aprendamos algo.

Llegaremos a Dallas a mediados de septiembre, todavía no sé la fecha exacta. De repente no me da miedo tomar decisiones y se lo tengo que agradecer a usted. He pasado el verano viviendo estrictamente el presente y evitando mirar al futuro, porque no podía soportar afrontarlo sola. Lamento en lo más hondo las desdichadas circunstancias que la han situado en una posición

semejante a la mía, pero agradezco de corazón la posibilidad de contar con usted durante el largo invierno que se nos viene encima.

Besos de todos,

Bess

Woodstock, a 29 de agosto de 1919

Señorita Mabel Swift
Town and Country School
2316 Maple Lawn
Dallas (Texas)

Apreciada señorita Swift:

Este otoño vuelvo con mis hijos a Dallas, después de dos años de residencia en San Luis que terminaron de una forma trágica y repentina con la muerte de mi marido, la pasada primavera.

He pasado el verano en Nueva Inglaterra con una amiga y hasta hoy no he podido concretar los planes para el otoño. Sé que es tarde para solicitar plaza en su centro para mis tres hijos, pero confío en que acepte la solicitud teniendo en cuenta los excelentes resultados académicos de los dos niños en su anterior etapa en su centro, y le aseguro que la pequeña está a la altura de sus hermanos en todos los sentidos.

Con la esperanza de que comprenda las trágicas circunstancias que me han impedido cumplir los trámites a su debido tiempo, acompaño a la presente un cheque para la matrícula del primer semestre. Sé que solo es necesario pagar por adelantado el primer mes, pero confío en que la cantidad depositada sea suficiente prueba de mis intenciones. Estaré aquí dos semanas más y agradecería una carta de confirmación por su parte antes de irme.

Solicito concretamente una plaza en primer curso para mi hija, Eleanor Elizabeth; otra en segundo para mi hijo Andrew Alcott, y una más en cuarto para el mayor, Robert Randolph. Este verano me he acostumbrado tanto a considerarlo el hombre de la casa que me sorprende que solo curse el cuarto año. Ha asumido su nueva responsabilidad con un orgullo profundo, pero le vendrá muy bien rodearse otra vez de niños de su edad.

Espero con impaciencia noticias suyas, así como renovar nuestra relación, que recuerdo con mucho agrado.

Atentamente,

Bess Alcott Steed

WOODSTOCK (VERMONT), A 1 DE SEPTIEMBRE DE 1919

MANNING SHEPHERD

2793 SWISS AVENUE

DALLAS (TEXAS)

EN CAMINO HACIA DALLAS CON LOS NIÑOS. POR FAVOR RETRASA PROCESO BANCARROTA HASTA MI LLEGADA. ASUMIRÉ RESPONSABILIDAD PERSONAL EN DÉFICIT COMPAÑÍA. LLAMARÉ VIERNES CUANDO LLEGUE. BESS

WOODSTOCK VERMONT, A 1 DE SEPTIEMBRE DE 1919

ARTHUR FINEMAN

MEYERS, MILLER AND FINEMAN

EDIFICIO PRAETORIAN

DALLAS (TEXAS)

TENGAN A BIEN VENDER TODAS LAS ACCIONES A MI NOMBRE Y DEPOSITAR DIVIDENDOS EN MI CUENTA. NECESIDAD URGENTE DE FONDOS PARA EVITAR BANCARROTA EN COMPAÑÍA DE SEGUROS DE VIDA MIDWESTERN. LLEGO VIERNES A DALLAS. BESS

Dallas (Texas), a 10 de septiembre de 1919

Queridísima Totsie:

Tu larga y maravillosa carta me hizo olvidar por unos instantes nuestra repentina salida de la granja e incluso imaginar que había participado en la fiesta del Día del Trabajo. La concurrencia fue un verdadero homenaje en tu honor y una muestra del cariño que te tienen nuestros amigos y vecinos de allí. Sospecho que ha sido la primera vez que cualquiera de ellos ha confesado su amistad con una «veraneante».

Los niños hablan de la granja como si estuviera ahí mismo, al cruzar la calle, pero, debido a los acontecimientos de estos últimos diez días, para mí ya es algo remoto, por desgracia; algo más que la distancia y el tiempo me separa ahora de la felicidad del verano. La inestabilidad económica se alza como un centinela siniestro que me

impide la entrada en el palacio de la paz y la prosperidad en el que vivíamos antaño. En estos momentos, la revolución no es exclusiva de Rusia. Mi vida ha caído a manos de los ejércitos de la muerte y no parece posible que vaya a haber ningún gobierno provisional. Tengo que destinar hasta el último centavo a salvar la compañía, pero temo que todos los esfuerzos sean en vano.

Sin embargo, ha surgido ayuda de donde no esperaba. Los empleados se han unido a la causa: han renunciado a parte de su salario actual a cambio de adquirir acciones para el futuro. Lo anunciaron la semana pasada en una reunión general, después de que yo pronunciara un breve discurso comprometiéndome a poner a disposición de la compañía todos mis bienes personales para luchar contra la deuda, que seguirá aumentando si continuamos amortizando todas las reclamaciones. Es posible que si no acabara de pasar por la experiencia de quedarme viuda no me afectara tan directamente la responsabilidad que tenemos con los asegurados, pero conozco muy bien el horror de quedarse sola en el mundo y estoy decidida a que ningún beneficiario se quede sin las cantidades a las que les dan derecho las cuotas que con tanto esfuerzo han pagado.

Annie ha encontrado una casita encantadora para todos y vamos a vivir juntos con cierta comodidad. Las habitaciones son pequeñas, pero, sin hombres en casa, la intimidad es un lujo que no podemos permitirnos. Por suerte, al lado de la casa hay una gran parcela con árboles y ahí me refugio con un libro cada vez que el deseo de soledad amenaza mis buenos modales.

Nunca podré expresarte con palabras cuánto te agradezco que hayas acogido todo el verano en Nueva Inglaterra a unos atemorizados refugiados de San Luis. Aparte de cubrir las necesidades básicas de comida y techo, fuiste pródiga en amabilidad y cariño. Ahora recuerdo el verano como una inesperada isla de tranquilidad en un mar despiadado y proceloso. Pero, como los antiguos exploradores, tengo que seguir mi derrotero y no puedo volverme atrás. Me aferro a la esperanza de encontrar playas acogedoras en un continente aún desconocido... Y sigo navegando.

Je t'embrasse, comme toujours,

Bess

Dallas, a 20 de septiembre de 1919

Queridísimos papá y Mavis:

Aunque todavía no nos hayamos saludado en persona, al menos volvemos a vivir todos en el mismo estado. Espero llevar a los niños a veros antes de final de mes y oíros decir «bienvenidos a casa» con mis propios oídos.

Lamentablemente, el regreso a Dallas no ha sido una vuelta a casa en el verdadero sentido de la expresión. Afrontamos una vida muy diferente de la que dejamos cuando nos trasladamos a San Luis. Muchos amigos ni siquiera saben que estoy aquí, y así lo prefiero... Al menos por ahora.

Agradezco vuestro ofrecimiento de ayuda económica, pero estoy dispuesta a afrontar esta crisis con tanta valentía como lo hubiera hecho Rob... y sin recurrir a la familia ni a los amigos.

Manning todavía está en la compañía, aunque se opone frontalmente al camino que he tomado. Supongo que mira los números de una forma más objetiva que yo. Para mí no son solo dólares, sino las horas que pasó Rob organizando la empresa y planificando su futuro. Manning considera que declarar la bancarrota es una forma de liquidar las deudas... pero yo lo veo como una traición a todo lo que quiso hacer Rob. En ese aspecto no nos ponemos de acuerdo, y madre Steed y Lydia están de su parte, como es lógico. Fueron a recogernos a la estación cuando volvimos de Vermont, pero solo hicieron falta unas pocas palabras para poner de manifiesto nuestra discrepancia sobre el destino de la empresa, y no nos hemos vuelto a ver desde entonces.

A causa del distanciamiento de la familia de su prima y porque ahora vivimos en una parte de la ciudad que apenas conocen, a los niños les parece que en realidad no hemos vuelto a Dallas. Yo tengo esa misma sensación de extrañamiento. Todo es conocido y, al mismo tiempo, ajeno y diferente, como una ciudad que se ve en un sueño. Paso los días en un mundo de pesadilla en el que no existe un despertar... y las noches son incluso peores. Sin obligaciones

rutinarias que mantengan el terror a raya, me quedo impotente en la oscuridad y lo único que deseo es olvidar.

No sé cómo, me las arreglo para parecer alegre delante de los niños, al menos la hora que me lleva vestirlos y prepararlos para ir a la escuela por la mañana. ¡Cuánto me alegro de haber pagado todo el primer semestre por adelantado! Seguro que ahora me parecería que no podía, pero por suerte no se puede reclamar la devolución del dinero. Y al menos tienen la impresión de que la escuela sí es algo suyo. ¡Quién tuviera un sitio al que ir todos los días, en el que unas personas amables me cuidaran y me dijeran lo que tengo que hacer! Para mí, una viuda es como una planta parásita que sigue tenazmente pegada a las ramas del árbol caído sin darse cuenta de que ya no tiene vida.

Perdonadme por expresar mi desesperación con tanta franqueza, pero comprended, por favor, que me alivia mucho.

Con todo cariño,

Bess

Dallas, a 25 de septiembre de 1919

Mi querida Totsie:

No te puedes imaginar la alegría que me embarga cada vez que veo tu exquisita caligrafía en un sobre. Tus cartas me dan más vida que la compañía de la mayoría de la gente con la que me relaciono a diario.

Me asombra que te haya costado tanto esfuerzo como a mí afrontar las obligaciones del otoño. El verano fue como un oasis en un desierto de deberes interminables. Incluso me hice la ilusión de que había aprendido a convivir con la tristeza. Pero, como un enemigo inteligente, estaba agazapada mientras me veía fuerte... Y esperó a que me quedara sola para atacar de nuevo con todas sus fuerzas.

Te echo muchísimo de menos. Con nadie he compartido tanto mi vida, ni siquiera con mi marido. Nos encontrábamos por la noche como dos extraños, después de viajar todo el día desde puntos opuestos. Rara vez saboreamos la alegría de ver pasar un día entero

los dos juntos, exprimiendo al máximo cada momento al verlo también a través de los ojos del otro.

Annie y yo nos llevamos muy bien, pero le resulta difícil olvidar nuestra relación anterior. Durante el día, mientras está ocupada con la casa, está a gusto y contenta, pero cuando terminamos de cenar parece muy incómoda, sentada en el salón sin nada que hacer.

Se me ocurrió que podíamos sacar provecho de esa hora tan embarazosa y propuse a Annie que nos enseñara la lengua alemana. Le encantó la idea y nos confesó lo mucho que había echado de menos el consuelo de la lengua materna. Por lo visto, Hans nunca le permitió hablar alemán en casa. Creía que debía dedicarse por completo a mejorar el uso de la lengua inglesa, para que los niños crecieran considerándose ciudadanos americanos. Annie lo obedecía en esto y en todo, pero cuando Hans pasaba la noche fuera de casa, como hacía a menudo en los últimos meses de su matrimonio, cantaba nanas alemanas a los niños para dormirlos.

Anoche recibimos la primera clase y fue todo un éxito. Annie no podía parar de reír viendo nuestros esfuerzos para pronunciar los sonidos guturales que ella emite con tanta facilidad. Le ha venido muy bien dar órdenes, para variar, y no quiso concluir la clase hasta que consideró que yo ya dominaba las primeras reglas de gramática. Además del idioma, en el curso de nuestra instrucción espero aprender un poco de la autodisciplina de Annie. Sin duda, me resultará de utilidad más inmediata esta que aquel.

Al acabar la clase, Annie sacó el tocadiscos de madera que trajo a este país de recién casada; puso canciones tradicionales y nos enseñó las palabras sobre la marcha. Me asombró lo rápido que los niños aprendieron la letra, aunque supongo que la letra de muchas de nuestras propias canciones no es para ellos más que un conjunto de sonidos, igual que las alemanas.

Por primera vez desde que vinimos de la granja, los niños y yo volvemos a tener la sensación de ser una familia... o, al menos, de formar parte de algo más grande que nosotros mismos.

Por favor, transmítele mi cariño a Dwight. Le envidio porque puede vivir muchas horas de la vida contigo.

Je t'embrasse,

Bess

Dallas, a 15 de octubre de 1919

Señor Hans Hoffmeyer
7963 Alameda
Los Ángeles (California)

Querido Hans:

Annie recibió su carta, pero no quiere contestarla, así que, con su permiso, me tomo la libertad de hablar en su nombre. Sin duda le habrá asombrado mucho tener noticias mías otra vez, después de tantos años, pero los acontecimientos de estos últimos meses nos han puesto a Annie y a mí en caminos paralelos y hemos decidido unir fuerzas para superar la soledad que las dos sentimos.

Cuando abandonó su hogar y su familia para probar suerte en California, Annie me escribió con la esperanza de volver a su antiguo empleo, pero la muerte de mi marido, la primavera pasada, me ha dejado en una situación económica delicada y lamento no estar en condiciones de dar empleo a nadie. De momento, compartimos la casa y ella paga con sus servicios el alojamiento y la comida suyos y de los niños, pero tiene otros gastos y no puede seguir mucho tiempo sin alguna clase de ayuda económica.

Se quedó profundamente consternada al ver que su carta no iba acompañada de ninguna prueba tangible de preocupación por el bienestar de los niños. Como mínimo, está obligado a aportar la mitad de su manutención: una obligación que contrajo el mismo día en que se fue, por lo que ya le adeuda dos meses. Si la conciencia no le vuelve responsable, le aseguro que un juez lo hará.

Me gustaría recibir noticias suyas pronto... y también a Annie y a los niños.

Cordialmente,
Bess

Dallas, a 2 de noviembre de 1919

Queridísima Totsie:

Me apresuro a escribir esto con la esperanza de que llegue a Westport antes de que Dwight y tú salgáis de viaje. ¡Cuánto me

gustaría estar recorriendo Nueva Inglaterra con vosotros, parando en las antiguas tabernas que hay por el camino!

El otoño no pasa desapercibido en Texas —los robles están más espectaculares que nunca este año—, pero no lo disfrutamos como tú. A veces me invade una gran nostalgia de la parte del país de la que se marcharon mis antepasados. Me pregunto si alguna vez sentiré el arraigo a la tierra que me rodea con tanta fuerza como tú. Volver a vivir en Texas me produce una sensación extraña, inestable, como si hubiera venido solo porque no tenía otro sitio donde ir.

Hans, el marido de Annie, apareció de improviso hace dos noches. Por una curiosa ironía, resultó que era Halloween, y Annie, al abrir la puerta, soltó un grito como si de verdad hubiera visto un fantasma. De no haber sido por mí, sospecho que le habría dado con la puerta en las narices, pero insistí en que lo invitara a una taza de té. Ha vuelto a Texas provisionalmente porque ha fracasado en su intento de hacer fortuna... o tan siquiera de ganarse la vida.

A pesar de que en mi carta lo ponía al corriente de la situación económica en la que me encuentro, creo que esperaba que le diera trabajo, o al menos que lo ayudase a encontrar algo. No sé qué hacer para echarle una mano, pero tengo intención de encontrar la forma de que se quede en la ciudad. Annie necesita que la ayude con los niños y todos podemos beneficiarnos de la presencia ocasional de un hombre en nuestra vida... aunque no sea el más apropiado.

Cuando llegó Hans, los niños estaban en la calle jugando al «truco o trato» por el vecindario y, cuando volvieron a casa y lo vieron sentado junto a la chimenea, se pusieron a gritar con tanta fuerza como Annie, pero de alegría, no del susto. Los niños no tienen miedo a los fantasmas... al menos en la noche de Halloween. Envidio esa capacidad que tienen para pasar con tanta libertad del mundo que ven al que solo existe en su imaginación. Para ellos, todo es un mismo país en el que viajan a voluntad, mientras que, a mí, la severa guardia fronteriza de la lógica y la realidad me retiene todos los días en la línea divisoria de la fantasía e insiste en recordarme que mi marido ha muerto y estoy sola.

Me alegro de que los niños se hayan librado de la sensación de aislamiento que me acosa. Ellos consideran que la ausencia de su padre se debe sencillamente a un largo viaje que puede terminar cualquier día. No creo que los hubiera asombrado más encontrarse con Rob en el salón que con Hans. El día de Todos los Santos fui temprano a comulgar y recé por el alma de mi difunto marido, pero a veces me parece que los niños están más cerca de él por medio de la fantasía que yo por medio de la fe.

Je t'embrasse,

Bess

Dallas, a 20 de noviembre de 1919

Queridísimos papá y Mavis:

Desde Halloween, los niños no hablan de nada más que del día de Acción de Gracias. No sé cómo medirían el tiempo si no hubiera fiestas. Llegaremos el miércoles por la tarde: ¡en automóvil!

Hans, el marido de Annie, ha vuelto a la ciudad y ha encontrado trabajo de mecánico en un taller. En pago por el mantenimiento de su mujer e hijos durante estos meses, está poniendo a punto un coche de segunda mano para mí. Se lo ofreció a muy buen precio un cliente que estaba harto de los cuidados constantes que necesitaba. He accedido a comprarlo con la condición de que Hans se responsabilice del mantenimiento, así que confío en no encontrarme con los inconvenientes que atormentaban a su dueño anterior.

Aunque Hans y Annie todavía están separados, ahora todos dependemos de él en muchas cosas. Annie sigue castigándolo implacablemente por haberla dejado el verano pasado con tan poca consideración, pero su hijito lo recibió con alegría desde el primer momento. Como es lógico, la chiquitina es muy pequeña para tener conciencia de que los había abandonado —aunque por poco tiempo — y no le pedirá cuentas hasta que tenga edad suficiente para que su madre le explique lo sucedido.

Mis hijos siempre han sentido adoración por Hans, y su cariño por ellos no está condicionado por la culpa, como le sucede con sus propios hijos. A veces pienso que los hombres serían mejores padres si no estuvieran casados con la madre de sus hijos.

Annie no permite a Hans entrar en casa, así que, cuando viene a ver a los niños, se queda fuera todo el tiempo y nuestro pequeño jardín está esplendoroso gracias a él. Está construyendo una casita en el único árbol del jardín de atrás que puede soportar ese peso, y los niños ya piensan en mudarse allí para siempre.

Nos come la impaciencia por que llegue el fin de semana. Empezaremos a tocar el claxon en cuanto crucemos Main Street.

Con mucho cariño,

Bess

Dallas, a 6 de diciembre de 1919

Queridísima Totsie:

Soy una mujer nueva, ahora que tengo coche propio. Llevé a los niños a Honey Grove a celebrar el día de Acción de Gracias, pero, nada más llegar, apenas pude quedarme sentada el tiempo necesario para rendir homenaje a la obligatoria cena del pavo. Tan pronto como desapareció el último trozo de empanada de carne, convencí a la familia de dejar la mesa tal como estaba e ir a dar un paseo en coche por el campo.

Los niños estaban inquietos porque no teníamos destino concreto y no podían calcular cuándo llegaríamos, pero yo estaba entusiasmada con la carretera interminable que teníamos por delante. Podría haberme adentrado en la noche si no hubiera tenido pasajeros en los que pensar. Cuando oscureció, volvimos a Honey Grove a regañadientes y encontramos la mesa del comedor tal y como la habíamos dejado. Todos teníamos hambre otra vez, así que nos limitamos a cambiar los platos y los cubiertos y nos sentamos a comer pavo frío con salsa.

Ahora que estoy sola, mi padre y su mujer han vuelto a su papel de progenitores y reconozco con asombro que agradezco muchísimo sus consejos y su preocupación. En estos últimos años, empezaba a sentirme responsable de ellos, pero parece que mi necesidad los ha fortalecido y agradezco mucho que hayan recobrado su autoridad.

Ayer recibí una llamada inesperada del caballero que lleva mis asuntos financieros desde la muerte de Rob. Ha estado ausente todo el otoño por asuntos de negocios y me pidió disculpas por haberme

abandonado. Puesto que me vi obligada a vender todas las acciones que me aconsejó comprar el verano pasado y no estoy en situación de reinvertir, en realidad no llegué a tener sensación de abandono en ningún momento. En honor a la verdad, diré que más bien me parecía que mi situación financiera ya no merecía su atención. Sin embargo, me ha invitado a cenar con él el próximo fin de semana en su club, para hablar de mi futuro. De todos modos, no me imagino qué se le habrá podido ocurrir, porque, económicamente, no tengo futuro de ninguna clase, al menos por ahora. Con todo, la curiosidad me mueve a aceptar la invitación... por si la simple cortesía no fuera ya razón suficiente.

Je t'embrasse,

Bess

Dallas, a 14 de diciembre de 1919

Queridísima Totsie:

Anoche cené con Arthur Fineman: ¡y me ha devuelto el futuro! Parece ser que decidió no hacer caso del telegrama que le mandé el verano pasado desde Vermont, en el que le pedía que vendiera las acciones que tenía a mi nombre. Anoche me confesó que el cheque que me había enviado era un préstamo personal que me concedió por su cuenta y riesgo, sin que lo supiera yo.

La semana pasada vendió todas las acciones de una compañía petrolífera local que todavía tenía a mi nombre... ¡por el cuádruple de lo que había invertido yo! La diferencia fue suficiente para saldar toda la deuda que tenía con él. Y todavía me quedan todas las demás acciones que me aconsejó comprar. Me quedé muda cuando me lo dijo... y muda de asombro sigo. Por suerte para mi salud mental, la pluma funciona incluso cuando me falla la lengua. Sin embargo, no tengo a nadie al alcance de la voz que se vaya a alegrar tanto de mi buena suerte como te alegrarás tú cuando leas esta carta. Siempre has estado dispuesta a prestar oídos a cualquier grito que me salga del corazón, tanto si es de dolor como si es de júbilo.

Hasta anoche, no creía que pudiera hacer nada más que cumplir someramente con los ritos navideños, y estaba pensando en llenar

esos días con actividades —hacer collares de palomitas y arándanos, galletitas dulces y pastitas de azúcar y almendra— para compensar la falta de regalos en el árbol la mañana de Navidad. Y de pronto aparece Arthur Fineman en el horizonte como si fuera un rey mago de oriente, cargado con un tesoro más fantástico que el oro, el incienso y la mirra. Qué ironía que alguien que no cree en Jesucristo haya hecho posible que celebremos la Navidad este año.

Cuando fui a darle las gracias, dijo que llevaba mucho tiempo en deuda conmigo... y que nada de lo que pudiera hacer por mí en el aspecto económico compensaría nunca la consideración y amabilidad con las que lo había tratado después del accidente de Eleanor. No la ha visto desde aquel día fatídico, así que lo he invitado a tomar el té en casa el domingo para que conozca a los niños. Dudó mucho en aceptar la invitación. Él no tiene hijos, y de repente comprendí que le aterrorizaba la idea de pasar la tarde con mi trío. Supongo que hay un número indeterminado de hombres —e incluso de mujeres casadas— que consideran a los niños una raza extraña, al no reconocer en ellos nada de sí mismos, pero nunca deja de asombrarme esta reacción. Yo jamás he tratado a un niño como un ser inferior, sino como un igual, y siempre he recibido de ellos la misma consideración.

Sirva esta carta también de felicitación oficial de las fiestas para ti, Dwight y el chiquitín —aunque ahora, que ya anda y todo, no se le puede seguir llamando «chiquitín»—. Os deseamos felicidad y prosperidad para el año que entra... Y hoy, por primera vez, me atrevo a deseárnoslas también a nosotros.

Je t'embrasse,

Bess

Dallas, a 18 de diciembre de 1919

Queridos papá y Mavis:

Cuanto más se acerca la Navidad, más difícil me resulta vivir el presente. Me acosan los recuerdos de la anterior. La guerra había terminado y Rob estaba de nuevo en casa. Nunca he visto una fiesta más alegre. Aunque jamás vuelva a conocer tanta felicidad, al menos la sentí una vez, y solo la enajenación mental podría impedir

que fuera mía para siempre. Por fortuna, los niños viven cada fiesta como si fuera la primera de su vida y esperan con impaciencia e ilusión lo que pueda depararles la Navidad.

Hans, el marido de Annie, nos ha procurado, por medios que preferimos no preguntar, un pino de los bosques del este de Texas, y lo hemos decorado con galletitas glaseadas y bastoncitos de caramelo (la ventaja de utilizar adornos comestibles es que luego no tienes que guardarlos).

Hoy Hans ha enseñado a los niños un precioso portal de Belén de madera que ha tallado con sus propias manos, y al que ha dedicado hasta el último momento de soledad desde que volvió. Aunque es demasiado orgulloso para admitirlo, está claro que se arrepiente de su impulsiva escapada del pasado verano, y yo estoy dispuesta a perdonarlo aunque Annie no lo haga.

Annie y yo estamos pensando en una cena tradicional alemana para Nochebuena: pato asado, col lombarda y una variedad de pasteles que Annie tardará una semana en hacer. Los niños están aprendiendo villancicos en alemán. Oyéndoles cantar *Stille Nacht* casi se olvida uno de la terrible guerra.

Os esperamos para celebrar las fiestas con nosotros. He invitado a Lydia, Manning y la pequeña Marian a la cena en Nochebuena y les he pedido que traigan a madre Steed, pero todavía no me han dado una respuesta definitiva.

Os quiere,
Bess

Dallas, a 20 de diciembre de 1919

Señorita Abigail Saunders
Directora de la Casa de Reposo Riverview
Siracusa (Nueva York)

Apreciada señorita Saunders:

Acompaño a la presente un cheque para cubrir las facturas atrasadas de los gastos de mantenimiento de mi prima Josephine Farrow. Le ruego disculpe el retraso en el pago, pero a causa de la muerte de mi marido, el pasado mes de febrero, he tenido que

enfrentarme a circunstancias difíciles que no he podido empezar a remediar hasta hace poco.

Siento mucho que mi prima haya caído enferma. No he recibido ninguna carta suya desde el verano pasado y me estaba empezando a preguntar qué motivos le había dado para que guardara silencio tanto tiempo. Cuando vuelva a la conciencia, dígale, por favor, que he escrito expresando mi preocupación.

En caso de que no se recupere, permítame recordarle que soy la propietaria legal de la cama con dosel que ahora ocupa y, en caso de fallecimiento, debe enviármela a portes debidos a mi dirección de Texas.

Atentamente,

Bess Alcott Steed

Dallas, a 31 de diciembre de 1919

Queridísima Totsie:

Es Nochevieja... y me despido de 1919 sin pesar. El año pasado por estas fechas, estaba en pañales en lo que se refiere al dolor que la vida es capaz de infligirnos. En el periodo de un año he visto cómo mi vida terminaba... y luego volvía a empezar lentamente.

He hecho lo imposible para rodearnos de gente estas fiestas. Mi padre y su mujer vinieron desde Honey Grove. Tenían previsto quedarse a pasar solo una noche, pero los niños, con sus ruegos y zalamerías, consiguieron convencerlos de que se quedaran toda la semana con nosotros.

Lydia, la hermana de Rob, vino a celebrar la Nochebuena con nosotros acompañada de su madre, su hija y su marido. Nos hemos visto muy pocas veces desde que volvimos a Dallas, así que al principio hubo algunos momentos delicados entre los adultos. Como es natural, los niños estaban tan a gusto como si hubieran sido vecinos todo este tiempo. La tensión debida al distanciamiento de la familia de mi marido se agravó un poco, porque Annie se puso nerviosa al verse como una igual entre personas a las que conocía de cuando era empleada mía. Había preparado una cena extraordinaria, pero, en lugar de ocupar su sitio en la mesa, se empeñó en ir constantemente a la cocina para servirnos a todos. Por

último, resolví la incómoda situación nombrando mayordomo a Robin, papel que desempeñó de mil amores.

Después de cenar cantamos villancicos junto al fuego. Entonces, para mi asombro, mi suegra sacó una armónica del bolso y empezó a acompañar vigorosamente el villancico *Hark, the Herald Angels Sing*. No se puede decir que cantáramos como ángeles, pero seguro que hasta ellos aplaudieron nuestro espíritu navideño. Hoy voy a cenar con mi amigo Arthur Fineman en su club. Me advirtió que era probable que estuviéramos solos en el comedor, pero a los dos nos apetece una Nochevieja tranquila. En nuestro círculo se dice que los hombres de su fe solo pueden pertenecer a los clubs de negocios del centro, cuyo criterio de admisión es el poder adquisitivo, y no la afiliación religiosa. Creo que ambos criterios son igualmente discriminatorios, pero el primero, al menos, parece más conforme al espíritu de la libre empresa sobre el que se fundó este país.

Mi querida Totsie, tu amistad es el regalo más valioso que me ha podido ofrecer el año que termina... y espero que cada Año Nuevo la reafirme.

Bonne Année,

Bess

A 10 de enero de 1920

A los accionistas
Compañía de seguros de vida Midwestern

FELICITACIÓN DE AÑO NUEVO DE

LA PRESIDENTA DE LA COMPAÑÍA

El año pasado sufrimos la trágica muerte de mi marido. Mi pérdida fue enorme, pero no mayor que para la compañía la de un presidente tan audaz e imaginativo como él. La grave epidemia de gripe que se lo llevó amenazó asimismo la existencia de las compañías de seguros de vida en todo el país, y las víctimas fueron numerosas. Por fortuna, la compañía Midwestern no pereció con ellas. Gracias a las estrictas medidas económicas y al gran sacrificio personal de los empleados, la compañía no solo ha sido capaz de sobrevivir a la crisis, sino que ha resurgido en una fuerte posición competitiva a comienzos de este año.

El consejo de administración desea dar fe de su confianza en el futuro restableciendo el pago de dividendos el próximo trimestre.

¡Feliz Año Nuevo!

Cordialmente,

Elizabeth Alcott Steed

Dallas, a 14 de febrero de 1920

Mi querida Totsie:

Son las cinco de la madrugada. No he podido dormir en toda la noche.

Fue esta mañana, hace un año, cuando desperté por última vez en los brazos de mi adorado marido. En este momento, cuando los niños todavía duermen, la soledad se me hace casi insoportable. Si no fuera por ellos, no sé cómo habría sobrevivido. Todos los días doy gracias por la cantidad de tiempo y energía que me exigen. Sé que tendría que alegrarme de que cada vez sean más independientes, pero parece que se alejan de mí a cada paso que dan por sí mismos.

El invierno pasado, antes de que Rob enfermara, tenía la ilusión de traer otro hijo al mundo... deseaba otra niña. A veces, en el silencio de la noche, justo antes de dormirme, casi la veo. Aunque no la he concebido, me la imagino a la perfección: una niñita adorable, con una sonrisa tan radiante como solo existe en sueños. Y el sueño es tan real que después me despierto doblemente desposeída.

En esos momentos, me reconforta que estén aquí los dos hijos pequeños de Annie y a veces, por la mañana temprano, cuando me despierto la primera, voy de puntillas al cuarto del chiquitín y lo cojo en brazos. Su cálida presencia me ayuda a llenar el vacío que siento en el corazón mejor que cualquier palabra de consuelo.

Ayer, mi amigo Arthur Fineman me invitó a acompañarlo al Teatro de la Ópera de la ciudad, a ver una representación de *Aída*. Sin pensarlo, le pregunté si le parecía bien que yo comprase tres entradas más para llevar a los niños con nosotros. Solo quedaban asientos en el anfiteatro, así que Arthur tuvo la cortesía de cedernos a Eleanor y a mí las dos butacas de platea, mientras él se llevaba a Robin y a Drew al anfiteatro. Eleanor siguió con embeleso toda la

marcha triunfal, pero se durmió antes de que Aída fuera sepultada, y menos mal, porque le aterroriza quedarse atrapada en lugares oscuros.

Me temo que Arthur no disfrutó mucho de la ópera, con un niño inquieto a cada lado. Me fue imposible salir al vestíbulo en los intermedios, porque Eleanor se había quedado dormida encima de mi hombro, así que no volví a ver a mis tres compañeros hasta que cayó el telón por última vez. Cuando me despedí de Arthur, me dijo que hasta hoy no había comprendido de verdad todo lo que él y su mujer se habían perdido al no tener hijos... aunque no dio señales de arrepentirse. Estaba convencida de que pensaba que había malgastado la tarde con los niños, pero, cuando fui a arropar a Robin en la cama, me abrazó y me dijo: «Buenas noches, mamá Celeste». Me quedé asombrada y le pregunté cómo sabía lo que significaba esa palabra. Me contestó: «El señor Fineman me dijo que el hombre le estaba cantando a una mujer tan bella como mi madre». Así que me parece que no fue una tarde perdida... para nadie.

Me parece maravilloso el crucero por el Báltico que estáis planeando para el verano Dwight y tú, pero ¿qué vais a hacer con la casa de Vermont?

Dile a Dwight que, si está dispuesto a arriesgarse, Arthur está convencido de que se puede hacer una fortuna invirtiendo en las minas de plata de Sudamérica. Es una pena que no esté yo en condiciones... todavía.

Je t'embrasse,

Bess

Dallas, a 1 de mayo de 1920

Señor Eben Stone
Granja Tophill
Devon Road
Woodstock (Vermont)

Apreciado señor Stone:

Mis amigos, el señor Dwight Davis y su señora, me han informado de que no van a renovar el contrato de arrendamiento de la granja

en la que fuimos tan felices el verano pasado. Con la esperanza de que aún esté disponible para poder disfrutarla con mi familia los meses de junio, julio y agosto, acompaño un cheque por el importe del alquiler del primer mes, que confío en que sea depósito suficiente para reservarla.

Atentamente,

Bess Alcott Steed

Dallas, a 1 de junio de 1920

Queridos papá y Mavis:

Salimos hacia Vermont este fin de semana y en septiembre, cuando volvamos a Dallas, estrenaremos casa. Ahora soy propietaria de un espacioso edificio de ladrillo de dos plantas, con garaje adosado. Desde el incendio, las construcciones de madera no me parecen seguras y, aunque sé que vuestra casa se consideraba un palacio en su día, no puedo dejar de preocuparme por vuestra seguridad.

Se la he comprado a un matrimonio mayor que buscaba un lugar para retirarse. Dallas se había vuelto grande para su gusto, así que les aconsejé que pensaran en el este de Texas y los convencí de que aceptaran como anticipo del pago mi título de propiedad de la explotación de algodón de mamá, en las afueras de Winnsboro. Como nunca he podido ir a supervisar personalmente esa propiedad, me alegro mucho de poder cambiarla por una inversión más apropiada a mis necesidades inmediatas.

La agricultura es una actividad que nunca me ha despertado mucho interés, porque en el fondo soy una mujer de ciudad (aunque he necesitado dieciocho años y un matrimonio con un hombre ambicioso para darme cuenta). Creo que Dallas nunca me parecerá grande, así que nunca he pensado en los campos de algodón como un refugio posible para mi vejez. Cuando recoja la última cosecha en los campos de la vida, espero poder contar con mostrar mucho más que algodón como prueba de mi trabajo.

Annie ha tomado la decisión de estudiar en la escuela de enfermería a partir de otoño y hemos acordado que añadiré a sus ahorros lo que necesite para hacer frente a los gastos de matrícula.

Para Hans ha sido un revés, porque tenía la esperanza de que la necesidad económica triunfara donde la caridad cristiana había fracasado, y de que ella lo perdonara y lo aceptara de nuevo como cabeza de familia. Pero Annie está resuelta a seguir su propio camino y yo la aplaudo. Francamente, ahora que Hans ha aceptado pagarle todos los meses una cantidad fija de su sueldo para el mantenimiento de los niños y se ha comprometido a cuidar de ellos unas horas a la semana, Annie está mejor mantenida que cuando vivían juntos como marido y mujer.

Manning y Lydia se trasladaron a Denton el mes pasado. Empiezan la vida académica en otoño —él, como estudiante de posgrado y profesor auxiliar de universidad, y ella, de profesora de enseñanza secundaria—, pero los he convencido de que pasen parte del verano en Vermont con nosotros. Madre Steed ha rechazado la invitación, prefiere quedarse sola en casa. Los echo de menos desde que se trasladaron... y me arrepiento de no haber aprovechado mejor el tiempo cuando vivíamos todos en la misma ciudad. La vida en sí misma ya nos impone distancias: ¿por qué las aumentamos por un orgullo mal entendido? Me apetece mucho pasar el verano con ellos.

Con mucho cariño,

Bess

Dallas, a 3 de junio de 1920

Querida prima Josie:

La señorita Saunders no ha dejado de escribirme regularmente para informarme en todo momento de su estado de salud, y me alegra muchísimo saber por su última carta que ha recuperado usted la conciencia lo suficiente para preguntar por mí.

Los niños y yo estamos bien: preparando el viaje a Vermont para pasar el verano. Fue muy decepcionante no poder vernos el verano pasado y me gustaría detenerme en Siracusa la semana que viene para hacerle una breve visita. Entretanto, espero que siga mejorando y podamos tener una charla agradable.

Con todo el cariño de su prima,

Bess

Woodstock (Vermont), a 15 de junio de 1920

Queridos papá y Mavis:

Perdonadme por no haber escrito antes, pero desde que llegamos la semana pasada ha habido muchísimas cosas que hacer.

En Nueva York nos despedimos de Manning, Lydia y los niños. Ellos cogieron el primer tren a Vermont, mientras que yo hice una breve excursión a Siracusa para lo que fue, me temo, una visita de despedida a la prima Josie.

Cuando me comunicaron que había recobrado la conciencia, tuve la esperanza de poder hacerle una visita normal, pero lo que se llama conciencia en ese lugar tiene muy poco que ver con lo que yo entiendo por esa palabra. Yo no paraba de hablar mientras ella dormitaba enfrente de mí. Me parecía que no tenía la menor idea de quién era yo, pero, cuando me levanté para irme, de repente abrió el cajón de la mesita de noche, sacó un bonito relicario de oro y me lo puso entre las manos.

No acertaba a abrirlo, pero por fin lo conseguí... ¡y me encontré con mi propia cara! La prima Josie había cogido una vieja foto que le había mandado hace años y la había colocado en el relicario. Me fijé en el medallón con más detenimiento y descubrí que, debajo de mi foto, había un retrato de sus difuntos padres. Supongo que es un acto de justicia o algo semejante. Ellos la cuidaron en los primeros años de su vida, y yo, en los últimos. Pero ¿y los que transcurrieron entre ambos periodos? ¿Hubo alguna vez otra fotografía en el relicario? ¿Un amigo? ¿Un amante?

La prima Josie me dio a entender que quería que me llevase el relicario. Era lo único que me dejaba en herencia, y me lo habrían mandado sin tardanza tras su fallecimiento, pero me conmovió recibirlo directamente de sus manos. Le di un beso de despedida y me pareció ver que se le escapaba una lágrima, pero la enfermera me aseguró que era debida a una alergia crónica para la que, según ella, no había remedio.

Tenía intención de pasar la noche en Siracusa, pero después de la visita preferí seguir adelante. Tenía la sensación de que si me quedaba a dormir allí podría despertarme como Rip Van Winkle: veinte años más vieja y sin haberme enterado de nada.

Así que, a media tarde cogí el tren a Vermont. No había billetes para el coche-cama pero no me importó porque no tenía humor para estar sola. Hicimos muchas paradas y llegué a mi destino poco antes que si hubiera esperado hasta el expreso de la mañana siguiente, pero el movimiento del tren y la presencia de los pasajeros fue muy reconfortante.

Viajo sola tan pocas veces que se me había olvidado lo que es estar rodeada de gente pero no tener nada que ver con nadie. No me imagino que alguien pueda sentirse solo en esas circunstancias. Hay muchísimas posibilidades de establecer contacto, pero saberlo y poder prescindir de hacerlo me da una vivificante sensación de fuerza. Sola en un tren, tengo la sensación de que puedo dar cualquier dirección a mi vida; y cuando termina el viaje y vuelvo con mi familia, me entusiasma haber tomado la decisión más acertada. Aunque nunca lleguen a saberlo, he pensado en todas las posibilidades, pero siempre me quedo con ellos. Por supuesto, sé que no es más que un juego; hace mucho tiempo que se tomaron las decisiones. Me pregunto cuántas veces habré jugado a este juego sin darme cuenta, creyendo que de verdad era yo quien elegía.

La excursión a Siracusa me libró del trabajo de poner la granja a punto y, cuando llegué, Lydia y Manning lo tenían todo perfectamente ordenado. Los cuatro niños disfrutan de sus habitaciones de arriba y los adultos disponemos de los dos dormitorios de abajo: una decisión atinada que me permite tener más intimidad de la que nunca he disfrutado desde que dejamos San Luis. ¡Qué ganas tengo de trasladarme a nuestra espaciosa casa nueva, cuando volvamos a Dallas en otoño!

Os deseo un verano tan placentero como promete ser el nuestro.

Con mucho cariño,

Bess

Woodstock, a 25 de junio de 1920

Querido Arthur:

Acepto gustosa la invitación de reunirme en Boston con usted el fin de semana del cuatro de julio. Ha sido muy amable invitando

también a los niños, pero no los puedo convencer de que renuncien al campo aunque solo sea por un día en la ciudad. No obstante, mi cuñada y su marido se quedan aquí, de modo que tengo libertad para ausentarme unos días y no creo que ni siquiera me echen de menos.

No quepo en mí de gozo al pensar en las obras de teatro y los conciertos que nos esperan. He comprado un periódico de Boston y ya he hecho las reservas por correo. Seguro que está muy ocupado organizando el viaje, por eso se me ha ocurrido ahorrarle las molestias de organizar también las salidas a los espectáculos. Permítame que me ocupe asimismo de reservar alojamiento en un hotel, puesto que conozco Boston mucho mejor que usted.

Estoy deseando celebrar la independencia de nuestro país en la ciudad en la que fue concebida... y disfrutar yo también de unos días de libertad.

Con afecto,

Bess

Woodstock, a 25 de junio de 1920

Queridísima Totsie:

Me muero de ganas de saberlo todo sobre tu viaje. ¿Por qué no nos vemos en Boston el fin de semana del cuatro de julio y nos ponemos al día de todo?

Sé que Dwight se alegra tanto de estar otra vez en casa que no se me ocurriría invitarlo a él también, pero espero de verdad que puedas escaparte el fin de semana. Deseando que así sea, voy a reservar una habitación a tu nombre en el Ritz.

Si no puedes venir, solo hace falta que me mandes recado al hotel. No te molestes en contestarme aquí. Pero no me decepciones, por favor. Estoy deseando verte.

Je t'embrasse,

Bess

Woodstock, a 25 de junio de 1920

Hotel Ritz
Boston (Massachusetts)

Muy señores míos:

Deseo reservar tres habitaciones individuales para las noches del 3 al 5 de julio, dos de ellas contiguas y la tercera separada de estas, en otra planta, si es posible.

Las habitaciones contiguas van a nombre de Elizabeth Steed y señora de Dwight Davis, y la tercera, a nombre de Arthur Fineman.

Acompaño a la presente una cantidad en depósito para asegurarme de que las habitaciones estén disponibles a nuestra llegada.

Gracias de antemano por la rápida atención a mi solicitud.

Atentamente,

Elizabeth Steed

Boston (Massachusetts), a 4 de julio de 1920

Querida Lydia:

Te estoy agradecidísima por haber hecho posible que pudiera irme este fin de semana. Cuando llegué, mi amiga Totsie ya estaba deshaciendo el equipaje en su habitación, que está junto a la mía.

Estábamos abajo tomando el té cuando de pronto vi a mi amigo y asesor financiero de Dallas, Arthur Fineman, que viaja con frecuencia a Boston por asuntos de negocios. Le sorprendió mucho que estuviéramos los tres alojados en el hotel. Sin embargo, enseguida recuperó el aplomo y nos invitó a cenar y después al teatro.

Nos llevamos de maravilla, con lo que queda desmentido el viejo dicho de que «tres es multitud». Al contrario, por ser tres, gozamos de muchas ventajas para ir donde nos plazca: la presencia de Totsie nos evita a Arthur y a mí esos momentos delicados que surgen estando solos en una ciudad poco conocida, y la presencia de Arthur nos permite a Totsie y a mí ir por la ciudad con toda libertad, sin temer por nuestra integridad física.

Lo pasamos tan bien los tres que hemos decidido alargar la escapada dos días más, así que vuelvo el ocho de julio, en vez del seis, como había planeado en principio. Sé que Manning tiene muchas ganas de volver a Texas, pero confío en que no le importe

retrasar el viaje hasta que vuelva yo. Estoy segura de que le haría tan poca gracia como a mí que te quedaras sola con los niños.

¡Feliz Día de la Independencia!

Te quiere,

Bess

Boston, a 6 de julio de 1920

Queridísima Totsie:

En estos momentos debes de estar llegando a casa. Es una lástima que no hayas podido quedarte con nosotros, pero entiendo que Dwight desee tenerte a su lado. Nunca dejaré de echar de menos a Rob, pero ahora que ya no tengo que dar cuenta de mis actos a nadie, no creo que vuelva a plantearme el matrimonio otra vez.

Al final confesé a Arthur que te había invitado yo a pasar el fin de semana y que habías aceptado con toda inocencia, sin saber nada de las circunstancias. Dijo que lo había adivinado en el momento en que vio que ocupábamos habitaciones contiguas, pero prefirió no decir nada. No dejan de sorprenderme sus buenos modales y el dominio que tiene de sí mismo; solo espero poder seguir contando con ambas cosas en tu ausencia.

Da un abrazo al chiquitín de mi parte y las gracias a Dwight por tu compañía de estos días.

Je t'embrasse,

Bess

En camino de Boston a Woodstock, a 8 de julio de 1920

Mi querido Arthur:

Anoche, mientras le oía expresar unos sentimientos que me llegaban, directos, al corazón, deseaba tener pluma y papel para dar forma a los pensamientos que se me agolpaban en la cabeza. Deseo fervientemente que nada de lo que voy a decirle en esta carta lo obligue a arrepentirse de una sola de las palabras que dijo.

Conocí a mi marido cuando éramos niños. Llegamos juntos a la mayoría de edad y seguimos creciendo incluso después de casarnos. Éramos como dos exploradores en un país desconocido que se

turnaban en llevar la delantera. Pero usted y yo ya hemos hecho ese viaje. Los dos pensamos que conocemos el camino y no nos resultaría fácil ceder la delantera al otro.

Ahora empiezo a aprender a vivir sola como adulta. ¿No podemos seguir como siempre, como un hombre y una mujer que llevan vidas separadas y que de vez en cuando deciden compartir unos momentos? Siempre habrá ocasiones en las que prefiera estar con usted antes que con cualquier otra persona en el mundo; queridísimo Arthur, por favor, no me prive del privilegio de poder elegir esos momentos pidiéndome, como prueba del cariño que le profeso, que esté siempre a su lado.

No podré respirar a gusto hasta que tenga noticias suyas y me asegure que no hemos perdido lo que teníamos por culpa de lo que esperaba conseguir.

Siempre con cariño,

Bess

Woodstock, a 20 de julio de 1920

Queridísima Totsie:

Lo que suponías resultó ser cierto punto por punto. ¡Qué curioso que vieras las intenciones de Arthur con tanta claridad desde el principio! Yo no me imaginaba ni remotamente que me fuera a proponer matrimonio. De habérmelo imaginado, habría tenido tiempo para pensar en todas las razones que tengo para decir no. Pero, tal como sucedió, primero lo dije y después pasé el viaje de regreso a la granja intentando entender por qué.

Tenía mucho miedo de perderlo como amigo por haberlo rechazado como marido, pero la carta que he recibido hoy es tan cálida y comprensiva que creo que nuestra relación puede incluso beneficiarse de lo sucedido. Supongo que cuando un hombre y una mujer libres empiezan a pasar tiempo juntos, llega un momento en que se debe hablar de matrimonio. En lo que no había pensado nunca era en la cantidad de posibilidades que ofrece una relación tan pronto como se elimina la cuestión del matrimonio. Estoy segura de que Arthur se creía en el deber de hacerme la propuesta, por

respeto: pero, por el tono de su carta, creo que, en cierto modo, le alivió que dijera que no.

¡Cuántos matrimonios se tornan infelices por culpa de ese diabólico sentido del deber que induce al hombre a proponer matrimonio y a la mujer a aceptar, cuando ambos serían mucho más felices sin cambiar nada! Pero, por suerte, la sociedad solo puede imponer sus convenciones a los sumisos y, como un matón, reacciona con una docilidad sorprendente cuando alguien se niega en redondo a someterse... ¡y sin perder los buenos modales!

Espero que Dwight no haya creído que lo engañaste cuando se enteró de que Arthur estaba en Boston. Era importantísimo para mí que estuvieras conmigo y no podía correr el riesgo de que te negaras si te contaba antes todos los pormenores. Espero no haber abusado de nuestra amistad en detrimento de tu matrimonio. ¡Qué complicada llega a ser la vida cuando se entrecruzan las lealtades! A veces tengo la sensación de que somos marionetas y que cada cuerda la controla una mano diferente. Me pregunto si los hombres sienten esta fragmentación que experimentamos las mujeres ante las obligaciones contradictorias que tenemos con el marido, los hijos, los padres, los amigos y —la obligación que tantas veces sacrificamos con la esperanza de establecer una tregua momentánea entre las otras— con una misma.

Me pesa terminar esta carta, porque significa decirte adiós por un tiempo. ¿No sería posible que vinieras a verme con el chiquitín? Mi cuñado salió hoy hacia Texas, así que el resto del verano seremos una comunidad de mujeres y niños. ¡Cuánto me gustaría que formaras parte de ella... el tiempo que pudieras!

Je t'embrasse,

Bess

Woodstock, a 25 de julio de 1920

Querida Annie:

Me asombra que hayas dejado a Hans volver a casa otra vez, aunque, la verdad, me temía que pudiera suceder en mi ausencia. Espero que hayas pensado en todas las consecuencias de esa decisión y que no te arrepientas de nada. Si me hubieras informado

de tus intenciones, te habría aconsejado que pusierais por escrito algunas condiciones que rigieran el derecho de Hans a cohabitar contigo. Todavía no es tarde para redactar unos acuerdos que recojan los derechos y las obligaciones de cada uno. Cuanto más tiempo tardéis en definir los límites, mayor es la posibilidad de que surja un conflicto entre vosotros.

Espero que la idea de entrar en la escuela de enfermería en otoño no se vea afectada por los acontecimientos de este verano. No creas que Hans te va a respetar más de lo que te respetes tú. Si te olvidas de tus objetivos, no va a venir nadie a recordártelos. Mientras seas fiel a tus propias ambiciones, tu marido no volverá a ser quien juzgue, será únicamente tu compañero, como eres tú su compañera.

Espero no parecerte muy severa, pero te deseo la mayor felicidad de todo corazón. Recuerda: el matrimonio es un privilegio que ambos, marido y mujer, deben ganarse... no las ventajas que disfruta uno en detrimento del otro.

Transmítele a Hans mis mejores deseos. Si eres feliz porque está contigo, yo también.

Con afecto,

Bess

Woodstock, a 15 de agosto de 1920

Señorita Abigail Saunders
Casa de reposo Riverview
Siracusa (Nueva York)

Apreciada señorita Saunders:

La noticia del fallecimiento de mi prima, Josephine Farrow, me entristece muchísimo... y me asombra saber que solo tenía sesenta y cuatro años. Parecía muchísimo mayor. Cayó en la senilidad sin dar muestras visibles de resistencia, como si agradeciera que la vida ya no pudiera exigirle nada más.

He decidido renunciar a mis derechos sobre la cama con dosel en la que murió. Es el único bien material al que no quiso renunciar en vida y me gustaría dejarla en memoria suya en el establecimiento que dirige usted. ¿Sería posible colocar una pequeña placa de metal grabada con su nombre en la cabecera?

Me complacería mucho añadir algunos muebles de los que he heredado de su casa familiar para crear una «Habitación Josephine Farrow» en su honor. Tal vez se estableciera así un precedente para los demás residentes que a la larga fomentara cierto espíritu de individualidad, pues cada habitación reflejaría el estilo y la educación de un ocupante anterior.

Sin ánimo de criticar sus métodos, le confieso que, en mi última visita, me impresionó la monotonía de todo lo que vi: comidas iguales, muebles iguales y, tristemente, también caras iguales. Es posible que a muchos residentes les satisfaga la idea de que su habitación siga viva cuando ellos desaparezcan y que al menos se recuerde su nombre.

Puesto que mi prima falleció el día diez de este mes, le agradecería que me remitiera el saldo de la cuota de agosto, cuyo importe le mandé por adelantado, restando, por supuesto, los gastos del entierro que no cubriera el depósito inicial en concepto de «cuota por fallecimiento».

Atentamente,

Bess Alcott Steed

Woodstock, a 25 de agosto de 1920

Querido Arthur:

No le he escrito antes porque no sabía muy bien en qué tono hacerlo. Ya no puedo escribirle como hasta ahora, como una amiga que busca consejo y cuenta alguna anécdota. Desde Boston, existe entre nosotros una intimidad, incluso en los silencios... Una intimidad que para mí es un tesoro y que espero no haber traicionado al rechazar su propuesta de matrimonio. Por favor, no me considere vanidosa por querer seguir como estoy ahora, igual que las doncellas de la vasija griega que tanto admiraba Keats, suspendidas por toda la eternidad en el momento de la persecución.

Mi amiga Totsie está aquí conmigo. El fin de semana que pasamos juntos en Boston parece que ha marcado un punto de inflexión en su vida. Después de ese par de días de libertad en nuestra compañía, la vida matrimonial se le hace tremendamente restrictiva. Para su marido, ella ha venido solo a pasar unas semanas en el campo con su antigua amiga del bachillerato, pero en realidad está reestructurando su vida.

Tiene intención de alquilar un apartamento en Boston en cuanto nos vayamos de aquí, después del Día del Trabajo. Ahora se da cuenta de la cantidad de cosas que se ha perdido viviendo en el campo los últimos diez años. Por suerte, disfruta de rentas propias desde que estudiábamos bachillerato, pero su marido asumió la responsabilidad de invertirlas cuando se casaron. Le he recomendado que le pida toda la información sobre su cartera de acciones antes de anunciarle su decisión de establecer residencias separadas. Creo que en cuanto tenga la cartera en sus manos podría beneficiarse de su ayuda y consejo. Supongo que no tendrá inconveniente en que la anime a escribirle.

A propósito, he visto en el *Wall Street Journal* que se ha creado una nueva compañía en Texas para tantear el mercado del gas natural. Presagio un futuro inagotable para cualquier producto que sea fuente de energía. ¿Me puedo permitir participar en esa empresa? Por favor, examine detenidamente mi cartera de acciones desde el punto de vista del potencial de crecimiento. No poseo nada que no esté dispuesta a vender.

Con cariño, como siempre,
Bess

Woodstock, a 1 de septiembre de 1920

Querida Annie:

Acompaño un cheque para la matrícula del semestre de otoño en la escuela de enfermería. Espero que no sea tarde y puedas tramitar la solicitud.

Lamento que no me hayas informado antes de tu decisión de prestar tus ahorros a Hans. Es admirable que ambicione abrir un negocio propio y tienes razón al recordarme que yo le hice un préstamo considerable a mi marido para que pudiera hacerse una posición en el mundo de los negocios. Sin embargo, yo no recurrí a los fondos que había destinado a mi uso particular.

Un acto tan generoso como el tuyo conlleva la semilla de la futura desdicha. Las únicas transacciones viables, a mi modo de ver, son aquellas en las que ambas partes tienen algo que ganar. Aunque está claro que solo retrasas la entrada en la escuela de enfermería hasta que Hans se establezca por su cuenta, no hay forma de predecir lo que el futuro nos va a deparar a cada uno. En la mayoría de los casos, si yo hubiera pospuesto lo que quería hacer, al final no lo habría hecho.

Es la época de la siega del heno en Nueva Inglaterra: mucho trabajo para los campesinos, pero una fiesta para los niños. Han pasado los días en una granja cercana, llevando el carro de heno desde los prados hasta el granero, y después, con el heno ya en el pajar, se ponían a saltar encima. A los campesinos les parece muy bien que lo hagan, porque, cuanto más pisoteado esté, más cantidad se puede almacenar. Hacen falta muchas provisiones para alimentar al ganado durante el largo invierno de Nueva Inglaterra.

Volvemos a casa la semana que viene. Como no empiezas las clases hasta dentro de un mes, te estaría muy agradecida si pudieras dedicar este tiempo a preparar la casa nueva para cuando lleguemos. Pide las llaves a la inmobiliaria.

Quizá puedas empezar este fin de semana, ya que Hans todavía está disponible y te echará una mano con las tareas más pesadas.

Me van a mandar a nuestra nueva dirección todo el mobiliario que dejé almacenado en San Luis. He pedido a la compañía de transportes que te notifiquen la fecha de llegada. Acompaño (además del cheque de la matrícula) un esquema básico que hice para que veas dónde hay que colocar cada cosa. Dirige a los empleados de mudanzas según mis indicaciones, por favor.

Mi cuñada y su hija irán con nosotros y probablemente pasen la noche en Dallas, antes de seguir hasta Denton. Así que asegúrate, por favor, de que la habitación de invitados esté preparada.

Esta es, sin lugar a dudas, la última vez que te pido ayuda para cuestiones domésticas... aunque quizá requiera tus servicios como enfermera. Para mí, el Día del Trabajo siempre marca el comienzo de un año nuevo, y este, las dos tenemos algo que celebrar: tú, una carrera nueva, y yo, una casa nueva.

Feliz Año Nuevo, queridísima Annie.

Te quiere,

Bess

Dallas, a 25 de septiembre de 1920

Queridísima Totsie:

Ya estamos instalados en nuestra encantadora casa nueva y una vez más me hago la ilusión de que soy «dueña de mi destino».

Me alegró mucho recibir tu carta, en la que confirmas que acerté animándote a que te trasladaras a Boston y establecieras una residencia separada de tu marido. Siempre es más fácil juzgar una situación con objetividad desde fuera que si te afecta directamente. Es evidente que tu matrimonio marchaba bien gracias a tu capacidad para adaptarte a los deseos de tu marido sin tener ninguna consideración contigo misma. Dudé en decirte algo porque pensaba que eras feliz, pero, cuando me confesaste en la granja lo distanciados que estabais Dwight y tú emocionalmente, vi con claridad que el paso siguiente no podía ser otro que la separación física.

En las próximas semanas Dwight tendrá que definir en qué condiciones desea seguir con el matrimonio, y por primera vez desde que te lo propuso (y recuerdo aquella primavera: nadie tenía ganas

de definir condiciones en aquella época) estarás en situación de aceptarlas o rechazarlas. Además, no pienses que has dejado a tu marido... al menos de momento. Hasta ahora, lo único que has hecho es restablecer entre vosotros la posibilidad de elegir.

El apartamento parece encantador y ¡qué bien situado está, porque puedes ir andando a muchos sitios! Dejar el automóvil además de a tu marido y tu casa tiene que haberte dado una enorme sensación de libertad.

Aunque sé que eres feliz dedicándote por entero al chiquitín, no permitas que toda tu vida gire en torno a él. Hasta el más angelical de los niños sabe ejercer la tiranía. Están dispuestos a aprovecharse de cualquier momento en el que no tengas otra tarea específica y, a menos que hagas valer con firmeza tu derecho a tu propio tiempo, pueden convertirse en la única ocupación de cada día.

Harías bien en buscar a una joven que quiera cuidar al bebé a cambio de alojamiento y comida. Estoy segura de que en una ciudad como Boston habrá muchas chicas de familias numerosas católicas cuya experiencia en cuidar hermanos y hermanas más pequeños es equiparable a su deseo de salir de casa y empezar una vida propia.

La vuelta a casa ha sido casi una fiesta. No creíamos que fuera nadie a buscarnos, pero nos llevamos una sorpresa cuando vimos a Manning esperando en la estación, y otra aún mayor al ver a Arthur a su lado. Ellos no se conocían, pero en cuanto empezamos a saludarlos desde la ventana del compartimento se dieron cuenta de que estaban esperando al mismo grupo de viajeros. Arthur parecía un poco desbordado al encontrarse con tantos familiares a la vez, pero estuvo tan amable y gentil como siempre, y Lydia estaba encantada con su galantería.

Ahora nos vemos a menudo. A veces soy yo quien se ocupa de planear las actividades que hacemos juntos, aunque, con un hombre como Arthur, hay que hacer planes con antelación y tener muchas cosas en cuenta. La semana pasada lo invité a cenar en el Club de Campo de Dallas, del que soy socia. Me pareció que dudaba y temí haberlo ofendido por pedirle que me acompañara a un club en el que no lo habrían admitido si hubiera ido solo. Le aclaré que había elegido el club de campo solo porque sabía que nunca me permitiría

pagar la cuenta en un lugar público, pero que si eso lo incomodaba pensaría en otra cosa. Dijo que no era el lugar lo que lo incomodaba, sino mi intención de pagar los gastos de la noche.

En cuanto me lo explicó, hice la reserva y pasamos una velada deliciosa. Me preocupaba bastante que la cocina del club no diera la talla, conociendo su exigente paladar como lo conozco, porque la mayoría de los socios se preocupa más de la gente que hay alrededor que de la comida en sí. Sin embargo, dijo que el *sole bonne femme* era «excepcional» y yo disfruté plenamente mi filete.

Me dijo que no había tenido noticias tuyas en lo que respecta a tu porvenir económico, así que le aconsejé que tomara él la iniciativa y te propusiera una inversión lucrativa para cubrir tus necesidades más inmediatas. Sus consejos han tenido una gran importancia en mi vida y sé que estaría encantado de hacer lo mismo por ti. Y, como los negocios lo obligan a viajar a Boston a menudo, podéis reuniros siempre que os convenga.

Espero que todo os vaya bien al chiquitín y a ti. Los primeros meses serán los más difíciles de sobrellevar. Como yo, has pasado de tus padres a tu marido sin transición y es precisamente ahora, que eres una mujer adulta con un hijo, cuando tienes que tomar las decisiones tú sola. Puede que todavía no me creas, pero la experiencia no tardará en confirmarte lo que creo a pie juntillas: que estás tan capacitada para tomar decisiones como quienes antes las tomaban por ti. Tengo la total seguridad de que pronto disfrutarás del proceso tanto como yo.

Je t'embrasse... et courage!

Bess

Dallas, a 2 de noviembre de 1920

Queridísimos papá y Mavis:

Llevo todo el otoño leyendo los periódicos con muchísimo interés, porque quiero estar preparada para depositar mi primer voto por la presidencia de los Estados Unidos. No me cabe la menor duda de quién es el mejor —el gobernador Cox se ganó mi voto con su actitud en la Sociedad de Naciones—, pero ¿cuántas veces hemos visto salir derrotado al mejor hombre? Confío en que este año no

sea así, ahora que por fin se nos permite participar activamente a las mujeres.

He tenido la suerte de encontrar a una mujer de color extraordinaria para que se haga cargo de la casa. Es buena cocinera y, como siempre la animo, ha empezado a interesarse por aumentar su vocabulario culinario. Anoche preparó una *suprême de volaille* (pechuga de pollo deshuesada con salsa de crema) muy aceptable. Estaba yo más nerviosa que ella, porque había invitado a mi amigo Arthur Fineman a cenar, pero la velada fue todo un éxito.

Es también una experta costurera y sacamos partido a muchas tardes arreglando mi vestuario de otoño. Mientras cosemos, hablamos de muchas cosas. Estos últimos días hemos hablado sobre todo de cuestiones políticas, con objeto de prepararnos para ejercitar el derecho al voto que tanto han tardado en concedernos.

Al principio, ella decía que no iría a votar en estas elecciones, porque le parecía un atrevimiento ejercer ese derecho el mismo año que yo. Me recordó los muchos años que sus antepasados habían tenido que ver en silencio cómo votaban sus amos blancos, hasta que por fin consiguieron también el derecho de sufragio. Le parecía que era una falta de respeto no permitirme sentar precedente en este terreno. Pero me apresuré a señalarle que, al menos en materia de derecho a voto, hacía mucho tiempo que la barrera del color se había superado, y que las dos éramos iguales en la lucha actual contra la discriminación por motivos de sexo.

Mientras cosemos los dobladillos de mis enaguas analizo los méritos de ambos candidatos, y nos mantenemos inflexibles en nuestro apoyo a la candidatura demócrata. El gobernador Cox nos parece un hombre de ideales nobles y convicciones firmes, pero además nos impresiona muchísimo su compañero de campaña, Franklin Roosevelt. Con mucho orgullo votaré por primera vez a favor de su candidatura, y confío en que vosotros hagáis lo mismo.

Vuestra hija, que os quiere,

Bess

Dallas, a 1 de diciembre de 1920

Queridísima Totsie:

Tu primer artículo me ha parecido fascinante. La sección de sociedad de un periódico es el lugar perfecto para una persona con tu formación. Además de los ingresos, ese nuevo puesto te va a ayudar a entrar en la vida social de la ciudad con toda legitimidad. Y, para mí, es muy alentador saber que una persona sin experiencia ni capacitación profesional puede encontrar una forma satisfactoria de ganarse la vida. Siempre he creído que la educación general y la experiencia que se adquiere en los viajes tienen tanto valor como cualquier formación exclusivamente técnica.

Sabía que Arthur pensaba ir a Boston en noviembre, pero me sorprendió que pudieras convencerlo de que pasara el día de Acción de Gracias contigo. Había pensado no llevar a los niños a Honey Grove el fin de semana de la fiesta, con la intención de no dejar solo a Arthur, e incluso había hecho las reservas para el suntuoso bufet que el club de campo ofrece en esa fecha.

No obstante, me alegro de que pasarais la fiesta juntos, y a los niños y a mí no nos faltó compañía en el club. Me sorprendió ver a tanta gente cenando allí en un día que la tradición reserva a la familia, pero, al parecer, no soy la única aficionada a aligerar la conversación familiar con la compañía de amigos. Ahora me he convencido de que las fiestas son mucho más divertidas si se mezclan familiares y amigos; por ese motivo estoy pensando en una «jornada de puertas abiertas» para la Nochebuena. Será la primera vez que organizo formalmente una fiesta desde que vinimos a nuestro nuevo hogar, así que no voy a invitar solo a aquellos con los que estoy en deuda, sino también a unos cuantos que me gustaría que estuvieran en deuda conmigo.

Espero el regreso de Arthur para tomar la decisión final sobre el menú, porque considero que tiene un gusto infalible en esta materia. Te pediría que le transmitieras este mensaje, pero seguro que nos vemos antes de que leas esta carta.

Je t'embrasse,

Bess

Dallas, a 15 de diciembre de 1920

Queridísimos papá y Mavis:

Una vez más, temo la llegada de las fiestas navideñas. Scrooge no es el único al que acosan los fantasmas de Navidades anteriores. Los días normales puedo zambullirme en el presente por completo y con alegría, pero en Navidad se me llena la cabeza de recuerdos. Tal vez por eso resulte tan difícil estar solo en estas fiestas. Los pensamientos se pueblan de familiares y amigos con quienes alguna vez las hemos celebrado y la sensación de soledad es insoportable.

¡Qué desilusión que no podáis venir este año con nosotros! Espero que no sea por la fiesta de Nochebuena que estoy organizando. Reconozco que hasta ahora siempre hemos celebrado la Navidad tranquilamente en familia, pero en esta época del año, cuando el pasado acosa al presente, no puedo cerrar los ojos al hecho de que, sin Rob, no somos una familia. Fingir que lo somos es más doloroso que reconocer mi condición de mujer que vive sola con sus tres hijos y prefiere celebrarlo de una forma menos tradicional. Cuando Rob se sentaba a la cabecera de la mesa y trinchaba el pavo de Navidad, yo podía cerrar las puertas al resto del mundo sin el menor esfuerzo. Pero, desde su fallecimiento, ninguna reunión familiar, por mucho que los adore, me libra de echar de menos a mis amigos. ¿Y acaso una «jornada de puertas abiertas» no refleja el verdadero espíritu de la Navidad, al recordarnos la noche en la que todas las puertas estaban cerradas excepto las de un establo?

Los niños os echarán de menos la mañana de Navidad, y también Santa Claus, que, como cualquier aventurero, se crece con el público. Quizá podáis acercaros un par de días después, cuando el ritmo de las fiestas baje un poco y empecemos a pensar en un Año Nuevo que no se presente tan cargado de recuerdos.

Con todo cariño,

Bess

Dallas, a 10 de enero de 1921

Queridísima Totsie:

Dwight te ha hecho el mejor regalo de Navidad posible al devolverte la cartera de acciones y renunciar a todo interés en tus inversiones, aunque me imagino lo caro que le habrá salido a su orgullo. Espero que ahora te des cuenta del error que habrías

cometido si hubieras llevado al niño a casa por las fiestas. Pasar la Navidad no ha sido un precio muy alto por tu independencia económica, creo yo.

La «jornada de puertas abiertas» tuvo un éxito enorme, como puedes comprobar en el recorte de prensa que acompaño a la presente, aunque es una pena que el reportero de *The Dallas News* no tenga tan buen ojo como tú para los detalles, pero al menos la fotografía te puede dar una idea de la casa. No he salido muy favorecida en la foto, aunque el vestido se ve muy bien y creo que Arthur está muy guapo.

Con gran gentileza, Arthur hizo el papel de anfitrión (aunque en las invitaciones no aparecía su firma), lo cual me liberó de gran parte de la responsabilidad. Como es lógico, conocía a la mayoría de mis amigos de los círculos financieros, pero como ahora nos vemos a menudo, han llegado a aceptarlo también en sociedad y parece que disfrutan de su compañía tanto como yo. Y me ha sorprendido que aquí nos consideren pareja sin hacer preguntas.

La fiesta estuvo más concurrida de lo que en un principio había planeado y temía que mis hijos se sintieran perdidos entre tanta gente, pero fueron el centro de atención. Se pasaron toda la semana pensando en lo que se iban a poner, y, la noche de la fiesta, tardaron más que yo en acicalarse. Cuando empecé a planearla, pensaba invitar a unos cuantos niños, pero los tres se opusieron con vehemencia. Me he dado cuenta de que los niños se conforman con la compañía de sus iguales solo cuando no hay alternativa. Si les das a elegir, prefieren, con diferencia, la compañía de los adultos. En Nochebuena fueron objeto de gran atención y arrobamiento y, a la mañana siguiente, los tres seguían en una nube cuando bajaron a ver lo que les había dejado Santa Claus.

El mejor regalo que recibí el día de Navidad fue la llegada inesperada de mi padre y su mujer, que vinieron desde Honey Grove. Tenían intención de pasar solo la tarde con nosotros, pero los convencimos de que se quedaran a dormir. ¡Qué gratificante es poder disfrutar por fin de la amistad con la propia familia!

Ahora que eres dueña y señora de tus propios recursos, no puedo desearte nada mejor que ¡un feliz y próspero Año Nuevo!

Bonne Année,
Bess

Dallas, a 10 de abril de 1921

Señora de Martin Banks
Presidencia de Programación
Club Shakespeare de Dallas
Dallas (Texas)

Estimada Exa:

Pongo esta petición por escrito con objeto de que puedas presentarla directamente al comité de programación, esto es, claro está, si cuenta con tu aprobación, por supuesto.

Con sorpresa y deleite, he descubierto que mi criada de color tiene unos conocimientos impresionantes de las obras de Shakespeare y las entiende a fondo, y me gustaría proponer que invitáramos a alguna de nuestras actividades al personal de servicio que pueda estar interesado.

Por ejemplo, los días en que el club reciba a un conferenciante invitado, los sirvientes podrían estar entre el público: en una zona reservada para ellos en exclusiva, claro, y convenientemente situada en la parte de atrás, para que puedan salir con discreción antes de que empiece la hora social. Además de la educación de estas personas, este arreglo proporcionaría un personal para el club, lo que permitiría servir refrigerios más sustanciosos que los que damos en el presente. La verdad es que hace tiempo que pienso que estaría muy bien y sería mucho más agradable acompañar nuestras reuniones con un ligero ágape. La comida y el compañerismo realzarían sin duda nuestro disfrute de la erudición precedente.

Quisiera que prestaras a esta propuesta una atención total e inmediata. Espero con impaciencia tu respuesta.

Con mis mejores deseos,
Bess

Dallas, a 18 de abril de 1921

Queridísima Totsie:

¡Qué contenta debes de estar: de nuevo en Boston y como mujer libre! Aunque sé que el invierno ha sido largo y difícil para ti, al menos tu estancia forzosa en Nevada nos permitió tratarte con hospitalidad texana cuando pasaste por aquí.

Confío en que saques provecho de Arthur esta semana, que estará en Boston. En el momento en que empieces a recibir los dividendos crecientes del capital que has reinvertido, podrás vivir otra vez como estabas acostumbrada en el matrimonio... y además ¡disfrutando de las ventajas de vivir sola!

Por lo que cuentas, el niño parece adorable. Los pequeños son fascinantes a la edad de dos años, cuando descubren el mundo de la palabra, aunque pueden llegar a sacarte de quicio. ¡Qué sensación de poder da el lenguaje a quien no tenga miedo de usarlo! Ellos emplean con toda naturalidad palabras que solo conocen superficialmente. Es al hacernos adultos cuando no nos atrevemos a emplear toda la fuerza de nuestro vocabulario.

Me imagino la ilusión que le haría a Arthur oírle pronunciar su nombre por primera vez. A mis hijos siempre los ha tratado casi como desconocidos; les habla con suma cortesía, pero sin la esperanza de lograr una verdadera comunicación. De todos modos, no hay duda de que es más fácil conseguir la amistad de un niño pequeño.

Voy a echar de menos verte este verano, pero estoy tan centrada en Dallas que no tengo el menor deseo de salir, ni siquiera una semana. Estoy aprendiendo a jugar al tenis. Es un deporte que requiere mucho tiempo y energía, pero la sensación de bienestar después de pasar la tarde en la cancha es completamente nueva para mí.

El hombre que se ocupa de enseñarme es un atractivo ingeniero llamado Sam Garner, que ha venido hace poco de Filadelfia a instalarse aquí. Nos conocimos en casa de unos amigos comunes, Grace y Frank Townsend. Se casó con una médico que había hecho las prácticas con Grace, pero tengo entendido que está con los trámites del divorcio. Es amable y sincero, aunque tiene fuertes convicciones sobre la cuestión de que la mujer trabaje, y veo en él un entusiasmo por la vida muy parecido al mío. Se ha abierto

camino en el mundo por sus propios medios, y con gran éxito... y sospecho que no tardará mucho en ocupar también un lugar relevante en esta comunidad.

¿La primavera ha llegado a Boston? Hoy la veo por todas partes. Las azaleas han obrado su alquimia anual en las invernales orillas del Turtle Creek y su reflejo en las verdes aguas duplica su belleza. Hay frutales en flor por doquier, cuajados de flores que prometen una cosecha que nunca llega. (En los jardines que he tenido hasta ahora no he cogido ni una pieza de fruta comestible de ningún árbol.) Pero, en esta estación, la mera promesa es motivo de celebración suficiente.

Mi jardín está en plena floración. Lo planeé todo con mucho cuidado el pasado otoño, pero los colores más espectaculares de esta primavera son los de los lirios que han aparecido espontáneamente entre las pulcras hileras de tulipanes. Supongo que los plantaría el propietario anterior siguiendo un plan cuidadoso, pero ahora, ajenos a mis planes, aparecen por voluntad propia, magníficos, en silvestre y gloriosa profusión. ¡Con qué arrogancia creemos que cualquier forma de vida que haya nacido a nuestra sombra precisa de nuestra presencia física constante! Lo cierto es que muy a menudo proyectamos una sombra entre la nueva vida que creamos —en cualquiera de sus formas— y los vivificantes rayos del sol. ¿No sería mejor hacer como los anteriores propietarios de esta casa, dejarnos llevar por la vida sin pensar en las semillas que plantamos en el suelo que una vez fue nuestro? ¿Cómo no vamos a alegrarnos pensando que unos desconocidos estén admirando ahora la belleza que comenzó con nosotros?

El próximo sábado por la tarde voy a dar una gran fiesta al aire libre, con un cuarteto de cuerda para bailar en la terraza. Con la aprobación de esa desafortunada ley prohibitiva, las invitaciones a tomar el té se están poniendo de moda, aunque los caballeros siempre acuden con la esperanza de que las anfitrionas los sorprendan gratamente con alguna bebida más fuerte. Y, como te puedes imaginar, cualquier anfitriona que quiera procurar compañeros de baile a sus invitadas está obligada a hacerlo.

Me gustaría muchísimo que estuvieras aquí para asistir a todas las fiestas y tomar nota de todo para el periódico. Me encanta leer tus crónicas y te envidio por los lugares a los que te lleva el trabajo. Eres la única mujer que conozco que puede asistir a fiestas sin tener que corresponder después. A los solteros se les abren todas las puertas y su mera presencia se considera suficiente pago a la invitación. Pero las mujeres, si quieren seguir en el circuito social, no solo tienen que devolver la invitación, sino que además deben procurar superarse continuamente. Es agotador, la verdad, incluso para mí, que tanto lo disfruto.

Un abrazo para Arthur. ¿Cuánto tiempo más piensa pasar fuera?

Un beso para el niño de mi parte, y... ¡enséñale a decir «Bess»! Es mucho más fácil que «Arthur».

Je t'embrasse,

Bess

Dallas, a 5 de mayo de 1921

Querida Lydia:

Tu carta me pilló completamente desprevenida. No tenía la menor idea de que quisierais comprar la granja de Vermont. ¿Habéis pensado en lo complicado que es cuidar de una propiedad situada a una distancia tan grande del lugar de residencia? No es que a mí me interese comprarla, porque mi vida está aquí, al menos por ahora, pero me parece una decisión precipitada, la verdad. Salvo por el esparcimiento que pueda proporcionaros, no creo que la granja tenga mucho potencial como inversión. Una cosa es alquilarla para el verano, y otra muy distinta, comprarla.

¿Cuándo os vais a marchar? Por favor, tenme informada de vuestros planes para que yo también saboree, aunque sea de forma indirecta, los placeres de vuestro bucólico verano.

Os quiere,

Bess

Dallas, a 7 de junio de 1921

Querido Dwight:

Ha sido toda una sorpresa recibir carta tuya, pero nada en comparación con la noticia de que Arthur y Totsie van a casarse a finales de mes. Su carta me llegó unos días antes, pero todavía no he contestado y no sé qué decir. Creía de todo corazón que Totsie se proponía empezar una vida independiente, y por eso le presenté a Arthur. No me imaginaba ni remotamente que su amistad pudiera acercarse siquiera al terreno del matrimonio. Es más, cuando se conocieron, era yo la que mantenía una relación bastante singular con Arthur, pero es evidente que en los últimos meses no he sido capaz de transmitirle lo mucho que significaba su amistad para mí.

¡Qué raro se me hace contar confidencias a quien fue el objeto de tantas conversaciones entre Totsie y yo el verano pasado! No obstante, supongo que la intimidad entre dos personas puede llegar por distintos caminos, y los acontecimientos del año pasado nos han acercado más de lo que nunca esperamos. A los dos nos afecta la decisión que acaban de tomar dos personas a las que queríamos y en las que confiábamos (al menos yo los quería y confiaba en los dos), y ahora tenemos que decidir qué es lo que podemos hacer, cada uno por su lado.

Nunca pensé que perderías a Totsie cuando decidió vivir sola. Es más, estaba convencida de que, tan pronto como os acostumbrarais a llevar vidas separadas, reanudaríais la relación en una mayor igualdad de condiciones. Pero me temo que algunas personas están destinadas a vivir en matrimonio, y es evidente que Totsie entra en esa categoría. De haberlo sabido en su día, no la habría animado a abandonar el hogar y, por supuesto, nunca le habría presentado a Arthur, quien, por lo visto, pertenece a la misma categoría.

Supongo que lo único que podemos hacer ahora es ampliar nuestras miras y aceptarlos como pareja. Sé que será más fácil para mí que para ti, porque yo ya les he hecho sitio en mi corazón. Aunque Totsie no vuelva a ser tu mujer nunca más, estoy segura de que preferirás tenerla como amiga. Por favor, no permitas que el orgullo haga mayor tu pérdida.

Querido Dwight, procura no ser desgraciado. No ganarías nada desesperándote. Pero gracias por escribirme. Aunque empezaste la

carta con mucha ira, terminaba con una promesa de afecto, y soy una mujer que toma la palabra a los hombres.

A medida que iba escribiendo esta carta, he descubierto lo que quería decirles a Arthur y a Totsie. Gracias por ayudarme a encontrar las palabras.

Con cariño,

Bess

Dallas, a 8 de junio de 1921

Queridísimos Arthur y Totsie:

Casi no puedo creer todavía que esté escribiendo una carta para los dos y que, de ahora en adelante, no podré pensar en el uno sin el otro. Deseo llegar a alguna nueva fórmula con la que nuestra amistad tenga la oportunidad de prosperar.

¿Significa esto que pensáis residir en Dallas? Espero con fervor que así sea. Desde el bachillerato, siempre he rezado para que un día Totsie y yo pudiéramos compartir la vida con la misma intimidad que de jovencitas. Pero no me imaginaba que fuera Arthur quien nos brindara la ocasión.

Entiendo que prefiráis una boda discreta y me conmueve que queráis que sea vuestro testigo. Allí estaré, por descontado. ¿Cómo me voy a perder una ocasión tan memorable?

Lydia y Manning llegaron a Vermont la semana pasada. Han alquilado la granja para este verano, con opción de compra si la experiencia resulta satisfactoria. Vuestra boda puede proporcionarme la excusa idónea para cruzar el país yo también, con los niños. Los dejaré en la granja, por supuesto, para ir a Boston a la boda. ¿No hace ahora un año, precisamente, que pasamos los tres un fin de semana tan dichoso?

Os deseo todo lo mejor.

Et je vous embrasse,

Bess

Dallas, a 8 de junio de 1921

Queridísimos Lydia y Manning:

Me encuentro con el insólito compromiso de aceptar una invitación que todavía no se ha cursado. Sin embargo, las circunstancias mandan sobre la cortesía, y resulta que me acaban de brindar la oportunidad de ir con los niños a Nueva Inglaterra e ir a veros a la granja. El viaje se debe a la decisión, ciertamente impulsiva, de mis dos amigos más queridos: Arthur Fineman y Totsie Davis se casan. Los presenté yo hace poco menos de un año y, la verdad, no tenía ni idea de que su amistad se encaminaba hacia una conclusión tan convencional.

No os lo conté en su momento, pero el año pasado no me encontré con Arthur en Boston por casualidad. Me escribió él y me pidió que nos viéramos allí con el propósito, como descubrí más tarde, de proponerme matrimonio. Creí que nuestra relación no prosperaría en un clima de fidelidad exclusiva, por eso no lo acepté. Seguimos viéndonos y yo estaba convencida de que la experiencia confirmaba que la decisión había sido acertada. Pero no contaba con la atracción que podía ejercer otra mujer que necesitara su consejo. Supongo que no hay un solo hombre en la tierra que no se inmute ante los encantos de una damisela en apuros.

No os quiero abrumar con todos los detalles de mi participación en este asunto tan inesperado, pero quiero que entendáis las razones por las que tengo que hacer el viaje. Arthur y Totsie son mis amigos más íntimos y los quiero a los dos. Me han pedido que sea testigo en su boda y no me puedo negar, cueste lo que cueste. Si quiero encontrar la forma de que nuestra amistad no solo continúe, sino que prospere, es imprescindible que demuestre mi buena disposición asistiendo a la boda.

Marian se lo pasó tan bien la primavera pasada, cuando se quedó con nosotros ella sola, que mis hijos están deseando repetir la experiencia. ¿Sería posible que se quedaran los tres con vosotros en la granja mientras voy a Boston a la boda? Perdonadme por dar por sentado que os apetece que vayamos, pero tengo tan poco tiempo que no me lo puedo plantear de otra manera.

Espero que Manning nos perdone por esta invasión, pero no podría soportar irme sola a Boston sabiendo que, en esta época del año, los niños están mejor en la granja que en ninguna otra parte

del mundo. Ha sido una suerte para todos que siguierais vuestro impulso y la alquilarais, a pesar de mis reservas, pero solo me preocupaba por vosotros. Yo también he hecho cosas muchas veces sin prestar atención a quienes con la mejor intención me recomendaban prudencia, así que estoy encantada de que tuvierais el acierto de hacer lo mismo.

Con todo mi amor... y *à bientôt*,

Bess

Dallas, a 20 de junio de 1921

Queridísimos papá y Mavis:

Los niños y yo ya hemos hecho el equipaje y estamos preparados para salir mañana temprano hacia Nueva Inglaterra.

Robin se ha pasado el día quejándose de molestias y dolores, pero me ha suplicado que no retrase el viaje por su culpa. El médico dice que puede viajar según lo planeado si promete descansar en el tren, para estar completamente recuperado cuando lleguemos. Creo que será más fácil entretenerlo en la litera de un tren que en una cama. ¿En qué otro sitio se puede estar echado sin moverse y ver pasar el mundo por la ventana?

Pero él ya ha llegado a nuestro destino con la imaginación. Hoy, en la cama, dibujó la vida de la granja, una escena tras otra, como si plasmándola en el papel le diera vida. Aunque nadie le escuche, describe en voz alta la vida del campo con todo detalle mientras dibuja. Esta noche ha colocado el dibujo que había hecho de la Cabaña del Pino en la mesita de al lado de su cama y se ha imaginado que estaba durmiendo allí. La Cabaña del Pino es el nombre que pusieron los niños al refugio que descubrieron bajo las ramas más bajas de un pino muy grande. El suelo estaba acolchado de agujas secas y, en las noches cálidas, extendían las mantas y se quedaban allí hasta la mañana siguiente.

En Vermont todo ha sido felicidad y tengo tanta ilusión como los niños por llegar cuanto antes.

Hasta dentro de muy poco,

Bess

Nueva York, a 24 de junio de 1921

Queridos Arthur y Totsie:

Intenté ponerme en contacto con vosotros por teléfono pero no os encontré, y menos mal, porque creo que no habría podido soportar oír el sonido de vuestra voz.

Cuando llegamos a Nueva York, mi precioso Robin, que había salido de Dallas con una enfermedad sin diagnosticar, deliraba de fiebre. Por suerte, mi cuñado había cogido un tren desde Vermont y nos estaba esperando en la estación. Fuimos directos al hospital y nos dijeron que Robin padecía meningitis cerebroespinal.

Ante mi insistencia, Manning ha llevado a los otros dos niños a la granja. Aquí no pueden hacer nada y yo sufro aún más al ver mi dolor reflejado en sus ojos.

Aunque no pueda ser testigo en vuestra boda personalmente, os acompañan mis mejores deseos. Sé que vais a encontrar alegría y consuelo en la compañía mutua, incluso en los momentos de dolor y tristeza. Hasta ahora no he podido reconocer lo mucho que os envidiaba. Perdonadme.

Bess

NUEVA YORK, A 25 DE JUNIO DE 1921

SEÑORA DE LEONARD MAXWELL

5620 WATERMAN AVENUE

SAN LUIS (MISURI)

ROBIN FALLECIÓ ESTA MAÑANA. ENTIERRO EN TEXAS. POR FAVOR DISPONGA ATAÚD DE ROB EN ESTACIÓN MAÑANA PREPARADO PARA TRANSPORTE. NO SOPORTO QUE ROBIN ESTÉ SOLO. BESS

Dallas, a 27 de junio de 1921

Queridísimos Lydia y Manning:

Dos noches han venido y se han ido, pero la pesadilla no termina. Solo he sobrevivido gracias al sentimiento de indiferencia total que he adquirido. Adopto una actitud mental que no tiene nada que ver con lo que me rodea y después observo lo que me rodea con el desapego de una persona ajena.

Os agradezco mucho que os brindarais a hacer el viaje a Texas conmigo, pero prefiero que estéis con los niños en Vermont. Estar

cerca de la muerte no sirve de nada. La muerte es el enemigo y todos los instintos nos impulsan a mantener las distancias con ella. Me alegro muchísimo de que los niños estén ahí con vosotros. Se necesitaría más valor del que tengo ahora para encontrar palabras de consuelo para ellos y... hasta en el silencio resuena la ira que me embarga.

No creo que hubiera podido coger al tren sin la ayuda inesperada de Arthur y Totsie. Se casaron en Boston según lo previsto y llegaron a Nueva York esa misma tarde. Al día siguiente tenían que zarpar hacia las Bermudas en viaje de luna de miel. Sin embargo, vinieron directamente al hospital y pasaron la noche de bodas sentados junto a mí. Todavía estaban allí a la mañana siguiente —el aniversario de mi propia boda—, cuando la enfermera me llevó a la cabecera de Robin para que me despidiera de él. Nunca he visto un sueño tan dulce inducido por la fiebre. Robin creía que estaba acostado en la Cabaña del Pino y me hizo prometerle que lo dejaría dormir todo el verano bajo las estrellas, al aire libre. Dijo que, si los demás niños no querían dormir con él, no le daría miedo quedarse solo.

Arthur y Totsie me acompañaron todo el día después de su muerte y en ningún momento se acordaron del barco que había zarpado sin ellos. Sin necesidad de pedírselo, se pusieron de acuerdo en ir conmigo en el tren de vuelta a Dallas y en pasar la luna de miel buscando un lugar para vivir.

Cuando llegamos a San Luis había una gran multitud esperando en la estación. No me acordaba de que había hecho tantas amistades allí. El revisor tuvo la amabilidad de permitir que me quedara en mi compartimento durante la larga parada, y mis amigos subieron en grupos pequeños a darme el pésame.

Se produjo una gran confusión sobre cuál de los vagones de carga debía continuar hasta Dallas, y el revisor ya anunciaba: «¡Pasajeros, al tren!», cuando de repente me di cuenta de que el ataúd de Rob estaba todavía en el andén, esperando a que lo cargaran. Di un grito, más de cólera que de pena, al comprobar una vez más que en esta vida nada se logra sin una supervisión constante. Ni siquiera se me permitía el lujo de entregarme por completo a mi dolor.

Pensando que la emoción me había llevado a la histeria, varios amigos intentaron retenerme con la mejor intención cuando eché a correr por el pasillo del tren. Conseguí esquivarlos, salté al andén, me lancé sobre el ataúd y me abracé a él. Por último, el revisor entendió lo que sucedía y el ataúd grande fue cargado enseguida en el vagón de equipajes, junto al pequeño.

Me subí al vagón de carga con él y me negué a abandonarlo. Creía que mi sitio estaba allí, con mi marido y nuestro hijo, en el último viaje que tendríamos la oportunidad de hacer los tres juntos. No puedo explicar la extraña sensación de sosiego que me invadió en la oscuridad, entre los dos ataúdes, envuelta en la manta que Arthur insistió en traerme. En ese momento me di cuenta de que no era posible perder del todo ninguna cosa que hubiera amado. Pasé la noche en vela, pero serena, y, por la mañana, la desesperación que se abatió sobre mí como una mortaja, ahogando en sus oscuros pliegues toda la esperanza que había concebido la noche anterior, me encontró desprevenida.

En el depósito se celebró una ceremonia fúnebre muy sencilla: solo unas oraciones y un himno, lo único que Robin habría entendido, puesto que no había recibido la confirmación ni, por lo tanto, conocía los ritos más complicados que la Iglesia ha concebido para disfrazar la brutal realidad de nuestra condición de mortales.

El pastor concluyó con la oración que Robin decía todas las noches: «Ahora que me acuesto a descansar, pido al Señor que guarde mi alma», y añadió unas palabras que yo no había enseñado a mi hijo: «Si muero antes de despertar, pido al Señor que se lleve mi alma». Con esta omisión tenía la esperanza de evitarle la idea de que la muerte se lo podía llevar por sorpresa. Al menos esto me salió bien. Porque aceptó la muerte de su padre como parte de la vida mejor que sus hermanos y nunca se planteó la suya. Siempre vivió en toda su plenitud cada instante de los diez años que duró su vida. Ni siquiera cuando dormía descansaba su mente, siempre creando paisajes en los que su espíritu incansable podía vagar en busca de aventuras. Creo que ni la muerte va a ser capaz de poner fin a esos sueños tan felices.

Me resulta muy difícil terminar esta carta. El esfuerzo de dar forma a mis pensamientos poniéndolos en palabras me crea la ilusión de que tengo los sentimientos bajo control. Pero sé que en cuanto deje la pluma todo volverá a ser un caos.

Un beso y un abrazo muy fuerte para Eleanor y Drew, de mi parte. ¿Entienden algo de lo que está pasando? Pero ¿cómo puedo planteármelo, si no tiene sentido ni para mí?

Ahora tengo que procurar dormir, con la esperanza de que la noche me libere de la pesadilla que he vivido este día.

Bess

Dallas, a 30 de junio de 1921

Mis preciosos corderitos:

Acabo de leer vuestras cartas y, desde que me separé de vosotros, es la primera vez que me apetece sonreír. Tía Lydia ha sido muy buena al pediros que escribierais todo lo que habéis estado pensando y sintiendo. Solo nos tenemos los unos a los otros y es necesario que nos contemos todo lo posible.

Querido Drew, ¿dónde has aprendido una palabra tan difícil como «pésame»? Me parece una palabra muy triste, demasiado difícil y triste para un niño que fue tan feliz como Robin. Estoy muy contenta de que estéis ahí los dos, en la granja que él tanto quería. A Marian le encanta que estéis con ella y tía Lydia espera que os podáis quedar todo el verano.

Estos días me encuentro muy cansada, así que me he metido en la cama e intento reposar. Annie viene siempre a cuidarme. Me dice que es la primera de la clase en la escuela de enfermería, y ahora ya sé por qué. Es tan tranquila y eficiente que ningún enfermo se atrevería a llevarle la contraria. Tomo todas las medicinas que me da, aunque en realidad no estoy enferma, solo muy cansada.

También han venido abuelito y Mavis. A veces, después de cenar, le pedimos a Annie que juegue con nosotros una partida de bridge, pero se le da tan mal que casi siempre acabamos charlando sin más. Abuelito me ha contado anécdotas de su niñez, y la mayoría no las había oído nunca. Cada vez me doy más cuenta de que tenemos que esforzarnos en ser amigos de las personas de nuestra familia de la

misma forma que con los extraños, haciéndoles preguntas y saboreando sus respuestas. Le he pedido a abuelito que no se olvide de las anécdotas que me está contando, para que os las cuente a vosotros cuando volváis a casa.

Eleanor, me parece que tu gata está a punto de ser madre, aunque no tengo ni idea de quién es el padre. No obstante, parece que no tiene mayor interés por él y le basta con pasarse todo el día durmiendo a los pies de mi cama. Agradezco mucho su compañía, su ronroneo me ayuda a conciliar el sueño. Y eso es lo que voy a hacer ahora mismo: dormir.

Buenas noches, ángeles míos. Iré con vosotros en cuanto pueda.

Os quiero.

Muchos besos,

Mami

Dallas, a 10 de julio de 1921

Queridos Lydia y Manning:

Estaré eternamente en deuda con vosotros por haber cuidado de los niños este verano, y estoy deseando ir con vosotros.

Hoy he salido de casa por primera vez desde que intenté convertirla en mi propia tumba, hace diez días. Tengo que darle las gracias a mi amigo Sam Garner por llevarme de nuevo hacia la luz. Ha sido muy amable y atento; pasa por casa todos los días cuando vuelve a la suya del trabajo. Nunca pregunta si puede verme, se limita a dejar una nota a la que acompaña una cesta de fruta fresca o verdura del mercado de campesinos que hay cerca de su oficina.

No tengo ganas de ver a nadie que no sea de la familia. No tengo fuerzas para poner buena cara y casi seguro que nadie puede compartir mi dolor. Pero ayer, casualmente, estaba abajo cuando apareció Sam con una cesta inmensa de tomates, así que me vi obligada a hablar con él. Se disculpó por el tamaño de la cesta, pero dijo que no había podido comprar menos cantidad. Él va al mercado varias veces a la semana y casi siempre se hace la cena con los productos que compra.

Me pareció que estaba tan solo que le invité a quedarse a cenar pollo frito con nosotras. Insistió en preparar unos tomates para

contribuir a la comida. Le cuesta mucho expresar sus sentimientos y me dio la impresión de que agradecía que yo llevara la conversación hacia temas impersonales.

Exceptuando a los Townsend, que son amigos de los dos y fueron los que nos presentaron, y a sus socios del trabajo, Sam no conoce a nadie en Dallas. De todos modos, parece que tiene más interés en los lugares que en las personas. Envidio los conocimientos de primera mano que ha adquirido ya de esta parte del mundo. Comparada con él, parezco extranjera. Le ha impresionado mucho esta parte del país y las oportunidades que ofrece. Veo en su entusiasmo el espíritu de los pioneros y tiene un optimismo inquebrantable que parece capaz de aguantar hasta mi desesperación.

Esta mañana llegó a la puerta con una cesta que había preparado él mismo y me dijo que nos íbamos de merienda a un embalse nuevo que están construyendo al norte de la ciudad. Por primera vez desde que lo conozco, llegó a ser casi elocuente al contarme los efectos trascendentales que va a tener el embalse. Estaba tan entusiasmado que lo habría ofendido si me hubiera negado a acompañarlo, así que me fui arriba y me arreglé por primera vez desde que mi adorado Robin fue sepultado.

Por la tarde, cuando volví, estaban esperándome Arthur y Totsie. Han encontrado una casita en Highland Park que se adapta perfectamente a sus necesidades y vuelven a Boston la semana que viene, para que Totsie cierre el apartamento y recoja al niño. Había contratado a una niñera para que lo cuidara las dos semanas que pensaban estar de luna de miel.

Me sorprendí a mí misma al proponerles ir a Boston con ellos y llevar al niño conmigo a la granja. Siento que les debo una luna de miel y sé que para mí será un gran consuelo hacerme cargo del cuidado diario de un niño pequeño. A Drew y a Eleanor les encantó que el niño estuviera con nosotros el verano pasado y, según recuerdo, a Marian y a vosotros también. Espero que mi ofrecimiento impulsivo no os parezca un abuso. Arthur y Totsie lo aceptaron muy agradecidos y, por supuesto, me ayudará a llenar

momentáneamente el doloroso vacío que tengo en el corazón. Tendré al niño conmigo en el dormitorio de invitados.

Muchos besos para todos. Nos vemos la semana que viene.

Bess

Woodstock, a 25 de julio de 1921

Queridísimos papá y Mavis:

Me invadió una emoción inmensa cuando vi de nuevo a mis dos preciosos hijos, y ahora me doy cuenta de que tenía que haber ido inmediatamente con ellos en vez de quedarme tanto tiempo en Texas. El caso es que me pareció que sería más fácil para todos estar separados hasta que yo tuviera fuerza para seguir viviendo. Pero ¡qué necia! ¡No entender que la fuerza que pueda tener me la dan ellos! Volamos a abrazarnos unos a otros y, cuando me vieron llorar, dieron rienda suelta a los sollozos que habían contenido por pudor, para que no los vieran los demás.

Ese mismo día, más tarde, me enseñaron el libro de recuerdos que habían hecho con ayuda de Lydia, en el que contaban los veranos en la granja. Lydia ha escrito un cuento precioso que narra las aventuras de mis tres hijos y su prima, con ilustraciones hechas por los niños, y que contiene el último dibujo que hizo Robin en el tren. En el cuento, es un personaje alegre y lleno de vida, y los niños lo han dibujado en todas las ilustraciones. Agradezco muchísimo a Lydia que haya encontrado una forma de mantenerlo vivo para todos un poco más de tiempo. Aquí, en la granja, resulta difícil creer que no esté ahí fuera, en el huerto, jugando al escondite, esperando el instante en que alguien diga «¡Me rindo!» para hacer su aparición.

Totsie se alegró mucho de poder dejar a su hijito a mi cargo, para disfrutar de una semana tranquila en el cabo de Cod con Arthur antes de volver a Dallas y empezar a vivir como una familia. Es un niño encantador y su excéntrica conducta, propia de los dos años, nos hace reír a todos. Me río muy a gusto con sus gracias.

Lydia y Manning han decidido no comprar la granja y, después de este verano, dudo que ninguno de nosotros vuelva aquí. Los niños se la han apropiado para siempre con sus recuerdos y da lo mismo

quién sea su propietario según la ley, porque ellos tendrán una parte para siempre.

Voy a volver a Dallas con los niños en el mismo tren que Totsie y Arthur. Creo que lo que hemos hecho por el niño servirá para compensar la responsabilidad añadida de que carguen con nosotros. Lo cierto es que no puedo afrontar un viaje sola con los pequeños. Seguro que a veces a Arthur le parecerá que se ha casado con dos mujeres. Desde la boda nos ha dedicado tanto tiempo a nosotros como a Totsie. Tengo la suerte de que ambos me conocieran antes de conocerse entre sí, por eso no se ofenden por lo que les pido. El matrimonio ni siquiera empieza a prepararnos para las complicadas relaciones que pueden darse entre hombres y mujeres. La amistad, quizá porque es menos definida, puede ser una responsabilidad mucho más exigente.

Con cariño,

Bess

Woodstock, a 26 de julio de 1921

Mi querido Dwight:

Me emocionó mucho tu carta de pésame, toda ella era el reflejo de lo que sientes por tu propio hijo. Te aseguro que Totsie no tiene el menor deseo de privarte de su cariño, pero es tan pequeño que acabará olvidándote si no haces lo posible por verlo siempre que puedas. Sé que te resultará difícil cuando se instale en Texas, pero esta semana lo tengo a mi cargo mientras Totsie y Arthur están de vacaciones en la costa, y me gustaría que aprovecharas la oportunidad para hacerle una visita de despedida. Acabo de perder un hijo y te suplico que no vuelvas la espalda al que todavía tienes. No permitas que el orgullo te prive de más de lo que lo haría la muerte.

El pequeño Dwight estará aquí toda la semana. Por favor, no tengas reparos en venir a hacernos una visita en cualquier momento.

Con el mayor afecto,

Bess

Woodstock, a 28 de julio de 1921

Querido Sam:

Has sido muy amable al escribir una carta con su sobre a cada niño. Drew tiene intención de tomarte la palabra el primer fin de semana que estemos en casa, así que tendrás que llevártelo a pescar. Eleanor no me ha contado lo que le has prometido, pero es evidente que le ha dado una inmensa satisfacción. Después de leer la carta, la guardó en la caja de los tesoros, con piñas y otros objetos, y la cerró con llave.

Me alegro de que te hayas hecho socio del club de campo. Si hubiera sabido que te interesaba, con mucho gusto habría escrito una carta de apoyo a tu solicitud. Sin embargo, parece que lo has hecho todo muy bien sin mi ayuda. Confieso que sentía lástima por ti, por ser forastero en la ciudad, pero está claro que no te faltan amigos influyentes. Te aseguro que en esta parte del país eso tiene más importancia que la salud o el origen familiar.

Creo que ahora Nueva Inglaterra ya es un capítulo cerrado de mi vida y estoy deseando volver a Texas con los niños. Es agradable saber que estarás esperándonos allí.

Con afecto,

Bess

Woodstock, a 29 de julio de 1921

Queridísimos papá y Mavis:

La vida bucólica que llevamos aquí se ha visto muy agradablemente amenizada esta semana por la visita de mi amigo Dwight Davis. Vino en coche desde su casa, en Connecticut, con la intención de pasar solo una tarde con su hijo en la granja, pero, a medida que pasaban las horas y llegaba la noche, estaba claro que no tenía ningún deseo de irse. Lo invitamos a que se quedara a cenar jamón casero, maíz de la huerta asado en sus hojas, pan hecho en casa y conservas de la despensa del señor Stone. Su pequeño, de dos años, lo agarró de la mano y lo llevó a la huerta para ayudar a los niños a coger verdura para la ensalada.

Después de cenar, reconoció que era la primera vez que estaba solo con su hijo más de cinco minutos. Antes, Totsie siempre estaba

cerca, siempre en guardia para intervenir a la primera muestra de impaciencia por parte de cualquiera de los dos, el padre o el hijo. Y, como casi todos los padres, él se aprovechaba de la presencia constante de ella para evadirse de esas responsabilidades paternales que acaban dando lugar a una valiosa intimidad que no se puede conseguir de ninguna otra forma.

Siguiendo mi consejo, reservó una habitación en la posada del pueblo para poder pasar otro día en la granja. Cuando se despidió por la noche, el pequeño Dwight se agarró a él de repente y le suplicó que lo llevara consigo. Nadie se asombró tanto como Dwight, pero accedió inmediatamente. Metí la ropa de dormir del niño y su peluche favorito en un bolso y se fueron. Estaba segura de que volverían a la mañana siguiente para el desayuno. Supongo que soy tan culpable como cualquier mujer por pensar que un padre y un hijo no pueden ser amigos mucho tiempo.

Sin embargo, no volvieron hasta bien entrada la tarde, y cargados de regalos para todos. Habían pasado toda la mañana de compras en el pueblo y después fueron a comer a la posada. Dwight se ganó mi corazón por completo con este episodio. Cualquier hombre que tenga la valentía de comer en público con un niño de dos años cuenta con mi más rendida admiración.

Dwight siempre me había parecido una persona bastante fría y reservada, pero los niños le han tomado mucho aprecio (y los regalos que les trajo de la ciudad no hicieron más que reforzar ese afecto creciente). Lo convencimos de que se quedara con la habitación de la posada el resto de la semana, hasta que Arthur y Totsie vuelvan del cabo. Resulta irónico que no haya descubierto a su hijo hasta que ha estado a punto de perderlo... aunque todavía puede suceder, y muy pronto.

Todos los días pasa algo que me recuerda que hay tragedias mayores que la mía... y la mayor es no saber lo que tienes hasta que lo pierdes. ¿Hasta qué punto no es sino remordimiento lo que en el mundo pasa por dolor? Desde luego, hay momentos de tristeza insoportable a diario, cuando pienso en Robin y añoro su cariñosa presencia, pero algunas mañanas me despierto asombrada por el

alborozo que me llena el espíritu, agradecida por los años que nos dedicó.

Con todo cariño,

Bess

San Luis, a 5 de agosto de 1921

Queridos Lydia y Manning:

Estamos esperando el transbordo de trenes y el recuerdo de la última parada que hice en esta estación es tan abrumador que me refugio escribiéndoos esta carta con la esperanza de que los alegres sucesos de estos últimos días desplacen los oscuros pensamientos que me pueblan la cabeza.

Arthur y Totsie siguen hablando de la escena con la que se encontraron al llegar a la granja un día antes de lo previsto. No estoy segura de quién se llevó la mayor impresión, si Dwight al ver a Totsie con su nuevo marido o Totsie al ver a Dwight tan feliz en compañía de su hijo.

Dwight tuvo la amabilidad de llevarnos al tren en coche, aunque Totsie parecía bastante descompuesta por tener que despedirse de él cara a cara. Y el niño lloró mucho porque tenía que separarse de una persona a la que acababa de aprender a querer. Cuando se casaron, Arthur le dijo a Totsie que le gustaría ocupar el lugar de Dwight como padre del hijo adoptado y darle su apellido. Nada hacía presagiar que Dwight tuviera objeciones que hacer, puesto que, en principio, se había opuesto con vehemencia a la idea de la adopción, y solo había dado su consentimiento para complacer a Totsie. Pero cuando Arthur se lo planteó el día que nos íbamos, Dwight mostró una actitud inflexible y no quiso hablar del asunto. Por otra parte, Totsie ha hablado de pocas cosas más en todo el viaje. Está angustiada porque el niño va a tener el apellido de un padre y otro padre en la realidad.

Arthur le asegura que él también está muy disgustado, pero le he notado señales de alivio mal disimulado ante la idea de que otro hombre esté dispuesto a compartir las responsabilidades que conlleva la paternidad. ¿Por qué las mujeres cometen el error de exigir un compromiso tan grande a los hombres con los que se

casan? Tengo la sensación de que la paternidad no es más que una de las muchas responsabilidades que la mayoría de los hombres estarían encantados de compartir. El matrimonio impone a los maridos una carga muy injusta y yo soy solo una de las muchas viudas jóvenes que está pagando el precio.

Gracias de nuevo por todo lo que habéis hecho para que el dolor de estas últimas semanas fuera más fácil de soportar. Los niños siguen a salvo en ese refugio de fantasía que les hilabas todas las noches con hebras sacadas de fábulas y cuentos de hadas, y deseo que no rompan esos muros protectores hasta que tengan las alas lo bastante fuertes para mantenerlos en lo alto. Si pudiéramos elevarnos para siempre, lejos del alcance de la tierra, más allá de los peligros que nos acechan para destruirnos en el momento en que descendemos...

Aunque este viaje revive recuerdos tristes, el tren es una vía de escape para mí. Me aterroriza la llegada y el despiadado ritual de la vida cotidiana que me espera.

Con mucho cariño,

Bess

Dallas, a 20 de agosto de 1921

Queridos papá y Mavis:

Sé que os alegráis de estar de nuevo en casa, cultivando vuestro huerto, por así decirlo. Habéis sido muy generosos pasando tanto tiempo aquí este verano, primero conmigo y después otra vez con los niños, cuando volvimos de Vermont. Vuestra risueña presencia ha sido un gran apoyo que no se puede describir con palabras.

Desde que volvimos, mi amigo Sam Garner se ha dedicado por completo a los niños y a su bienestar. Lo reprendo por pasar tanto tiempo con nosotros, cuando no estoy en condiciones de hacer promesas en lo que respecta a mi porvenir, pero él se limita a sonreír y dice que siempre hace los negocios concediendo crédito generosamente. Cuanto más pienso en esas palabras, más inquietantes me parecen.

Sin embargo, Drew y Eleanor lo adoran sin reservas. Desde el día en que volvimos a casa, se ha propuesto ganarse su amistad, y sus

esfuerzos se han visto más que recompensados antes de que acabara la semana. ¡Con qué facilidad se entregan los niños! Con una sonrisa y poco más son tuyos para siempre... o, al menos, hasta que dejas de prestarles atención. Pero, mientras estés pendiente de ellos, puedes contar con su total devoción.

Sam acaba de comprar una barca de remos y cada sábado vamos a un lago distinto, con la barca dando botes detrás de nosotros en un remolque. Mientras él lleva a los niños por el lago, yo leo a la sombra de un árbol. Esta preferencia por la sombra y la soledad me cuesta burlas continuas, y empiezo a estar más sola en compañía de los tres que en casa, en mi habitación. Sé que es una tontería, pero en algunos momentos pienso que la familia son ellos tres, y yo, la forastera en la ciudad.

Perdonadme por hablar tan crudamente de mis sentimientos, pero, aunque casi nunca estoy sola, ahora no tengo a nadie a quien pueda confiar los pensamientos más profundos. Con mi amigo Arthur Fineman, las veladas se prolongaban horas cuando cenábamos juntos; hablábamos de todas las caras e ideas nuevas que habíamos descubierto desde la última vez que nos habíamos visto. Ahora que Totsie y él están casados, seguimos viéndonos a menudo, pero la conversación suele girar en torno a los muebles de la casa o a la contratación del servicio doméstico, temas que ninguno de nosotros consideraba siquiera de interés pasajero cuando éramos amigos por separado. Y, ahora que vivimos tan cerca, la intimidad que había entre Totsie y yo desde el bachillerato no parece de repente más que una vulgar amistad entre dos señoras de clase media.

No sé a qué se debe este temporal de desasosiego anímico, pero es mucho peor que la tristeza que me consumía cuando murió Robin. La muerte trae una conciencia tan intensa de la vida que, por un breve instante, el mundo es un lugar hermoso y radiante que contemplar. Pero ¡con qué rapidez nos dejamos caer de nuevo en las viejas costumbres y permitimos que todo vuelva a ser monótono y vulgar! Ahora lloro la pérdida de mi hijo de una forma que me habría parecido abominable los días que siguieron a su fallecimiento, cuando el mundo me hablaba en mil lenguas y dondequiera que

mirase veía una prueba de que la vida tenía significado. Lloro la pérdida de Robin, pero lloro aún más por la visión que no he sabido conservar.

No es mi intención haceros daño cuando digo esto, pero ¡cuánto me gustaría que mi madre estuviera viva!

Bess

Dallas, a 1 de noviembre de 1921

Queridos Lydia y Manning:

Es el día de Todos los Santos y tengo la impresión de estar más cerca de la muerte que de la vida. Me asombra, aunque desde luego también lo agradezco, que los niños hayan aceptado la muerte de su hermano con tanta naturalidad. La única vez que Eleanor ha llorado desde que llegó a casa fue la víspera de la vuelta al colegio. La cogí en brazos para consolarla y me confesó: «Todo el mundo me va a preguntar por Robin y me voy a poner muy nerviosa».

Han superado la pérdida de su padre y recientemente la de su hermano con una serenidad que, en última instancia, es un desafío a mi propia existencia. Hasta ahora, mi objetivo en la vida venía determinado por las necesidades de otras personas, pero estoy empezando a darme cuenta de que, en realidad, nadie es necesario para los demás. Siempre hay alguien que puede reemplazarnos. En cierto sentido, me regocija la nueva libertad que me aporta este descubrimiento. Pero, al mismo tiempo, cada día estoy más lejos de las personas y de las cosas que me rodean.

Sin embargo, cuanto más sola y apartada creo estar, mayor es la objetividad con que observo la interdependencia que parece conectar a todos los demás. Por ejemplo, mi amigo Sam Garner: este verano se comprometió profundamente en mi vida por la compasión que le inspiraba mi pérdida, pero lo que lo retiene aquí es su propia soledad. Se dedica a los niños como si fueran suyos; han ocupado en su vida el lugar de los hijos que su esposa no quiso darle, al escoger las compensaciones que comporta una carrera. Una de las pocas cuestiones que amenazan su natural predisposición a la alegría es la de las mujeres profesionales, aunque en realidad nos

presentó Grace Townsend, que es una destacada cirujana ortopédica.

Viene a casa casi todas las tardes al volver del trabajo. Los niños siempre lo reciben con alegría y le ruegan que se quede a cenar, y si se lo pido yo también, suele complacernos. La semana pasada, cuando llegó, Drew se había ido a dormir a casa de un amigo y yo me había retirado a mi habitación con dolor de cabeza. Eleanor se disponía a cenar sola algo ligero, sopa y sándwiches, y se llevó una gran alegría cuando la invitó a cenar con él en un restaurante. No tardó nada en ponerse el vestido más elegante y se fueron los dos tan contentos. Probó cerezas flambeadas por primera vez en su vida y calificó toda la experiencia de inolvidable.

Es, además, un fotógrafo experto, y la primera persona que conozco que ha comprado una cámara de cine para uso doméstico. Sigue a los niños a todas partes intentando grabar lo espontáneo, y ahora, cada vez que lo ven, empiezan a hacer payasadas, mientras yo me quedo viendo sus gracias con una mirada tan fría como la de la cámara.

Piensa ir a Filadelfia en Navidad a firmar los documentos definitivos del divorcio. Sospecho que, cuando vuelva, me pedirá que me case con él, y me temo que los niños no van a permitir que me niegue. ¿Cuándo deja una de ser el rehén de su familia?

Con cariño,

Bess

Honey Grove (Texas), a 17 de diciembre de 1921

Querido Sam:

Mi padre ha tenido complicaciones de salud así que vamos a pasar la Navidad aquí con él y su mujer. Ayer colocamos un enorme árbol de Navidad en el vestíbulo y tus maravillosos paquetes fueron los primeros que encontraron sitio al pie. Has sido muy amable acordándote de nosotros. Creía que te olvidarías de los nuevos amigos de Texas en cuanto te reunieras con los antiguos de Pensilvania. Cuando se vuelve a casa, a veces parece que todo el tiempo que se ha estado en otro sitio ha sido un sueño. Duermo en la habitación en la que pasé la niñez y esta mañana me he

despertado con la sensación de que todavía tengo toda la vida por delante. Fue brutal enfrentarme a la presencia de mis dos hijos en el desayuno y darme cuenta de lo comprometido que tengo el porvenir.

Me alegro de que no te hayas arrepentido de poner fin a tu matrimonio y espero que disfrutes de la libertad que te ofrece tu nueva condición. Ahora puedes reestructurar toda tu vida de acuerdo con tus propios deseos, sin necesidad de adaptar tus decisiones a las necesidades de otras personas. Tienes que sacar el mayor partido posible de esta situación y no aceptar cargas innecesarias en este momento de tu vida.

Los acontecimientos del verano pasado me han dejado más agotada emocionalmente de lo que yo creía y estoy recuperando el ritmo pausado de la vida en una ciudad pequeña y muy tranquila. Juego al bridge una vez a la semana con amigas de la infancia, que han envejecido. Resulta irónico, pero cuanto menos han vivido, mayores parecen. Y, por otra parte, también me resulta asombroso que las personas que nunca han salido de Honey Grove estén más satisfechas que yo con su suerte. Mi padre y su mujer son socios de un club de bridge, muchos de cuyos asociados terminaron el bachillerato al mismo tiempo que yo, pero se lo pasan bien todos juntos, como si fueran coetáneos. Quizá por eso mi padre no tuvo reparos en casarse con una mujer más joven que su hija. En una ciudad pequeña solo hay niños y adultos. En cuanto terminas los estudios de secundaria eres tan mayor como todos los demás.

Procuro pasar varias horas al día junto a la cama de mi padre. Su delicada salud me ha hecho comprender la cantidad de cosas de su vida que son territorio desconocido para mí, y del que solo él puede ser el guía. Le encanta contestar a las preguntas que le hago y a veces pasamos horas charlando, hasta que se acerca mi madrastra de puntillas y le aconseja que eche un sueñecito. Mientras duerme, rebusco en los cajones de la cómoda, que están llenos de fotografías sin ordenar, y, cuando se despierta, estoy armada con nuevas preguntas.

Los niños se encuentran aquí más a gusto que en cualquier otro sitio, a excepción de Vermont. Mi padre ha alquilado el terreno colindante a su casa a un campesino y tanto a los niños como a mí

nos admira la cantidad de usos a los que se pueden destinar unas pocas hectáreas. El arrendatario tiene vacas y cabras, y Drew y Eleanor son el público fiel que asiste todos los días al ordeño de la tarde. Tiene una plantación de algodón y un huerto de árboles frutales y les ha prometido que les dará trabajo de jornaleros este verano. Nunca habían aceptado una oferta con tanta ilusión.

Envidiamos la nieve que tenéis en Filadelfia: nos habríamos divertido mucho patinando en el lago helado contigo. A mis hijos les asombra que en algunas partes del país la gente haga algo más que cantar villancicos.

Espero que las fiestas te colmen de toda la paz y felicidad que pueden depararnos estas fechas. Los niños también te mandan sus mejores deseos.

Feliz Año Nuevo,

Bess

Honey Grove, a 19 de diciembre de 1921

Mi querido Dwight:

Me han remitido tu carta desde Dallas. Es una lástima que no podamos vernos durante tu breve estancia en la ciudad, pero es que voy a pasar aquí las fiestas.

Es estupendo que quieras estar en Navidad con tu hijo. Y estoy segura de que Arthur y Totsie te acogerán con cariño, no tienes nada que temer. Totsie me ha dicho varias veces este otoño lo importante que es para el pequeño Dwight recibir cartas tuyas. ¿Sabías que desde el verano insiste en que le llamen Dwight? Si a alguien se le olvida y lo llama *Din-Din*, que se prepare para sufrir la cólera terrible que solo un niño de tres años es capaz de desencadenar sobre el mundo.

Se me ocurre que, en mi ausencia, puedes disponer de mi casa. Tengo una criada a jornada completa que te atenderá con mucho gusto. El pequeño Dwight viene a vernos a menudo y siempre va directamente al tarro de galletas, lo que le ha valido un lugar duradero en el corazón de mi criada. Sé que se lo pasará bien allí contigo y, sin duda, una casa es preferible a la habitación de un

hotel, sobre todo para celebrar la Navidad. Escribiré a mi criada esta noche para que lo prepare todo. Por favor, no nos decepciones.

¡Qué maravilla que te traslades a Manhattan! Si estuviera sola, no dudaría en buscar un pequeño apartamento en el centro de la ciudad, así no me perdería nada que pudiera interesarme. Cada vez que abro un periódico de Nueva York encuentro cientos de sitios a los que me gustaría ir. ¡Cuánto envidio tu independencia física, emocional y financiera! Espero que seas tan feliz como te lo permite la situación.

Con afecto,

Bess

Honey Grove, a 19 de diciembre de 1921

Querida Marthareen:

Espero que esté disfrutando de un bien merecido descanso en nuestra ausencia. El estado de mi padre no da señal de mejoría, así que no puedo hacer planes de volver a casa. Sin embargo, mi amigo Dwight Davis, el primer marido de la señora Fineman y padre legal de su hijo adoptivo, va a ir a Dallas en Navidad y lo he invitado a que se quede en casa. Pasará la mayor parte del tiempo en compañía del pequeño, por lo que espero que haga cuanto pueda por dar a la casa un ambiente festivo.

Acompaño un cheque para cubrir los gastos de mantenimiento que puedan derivarse de su estancia en casa. Por favor, invierta una parte en un árbol para el salón y una corona para la puerta principal. Por si no se acuerda, los adornos de Navidad están guardados en el desván pequeño de enfrente de la escalera.

Esta tarde me voy con los niños al este de Texas, a recoger piñas y cortar ramas para decorar esta casa, y le voy a mandar una caja con unas cuantas, para que las coloque por todo el salón de la forma más bonita posible. Deje la chimenea preparada y enciéndala en cuanto llegue el señor Davis. Cualquier rato libre que tenga, dedíquelo a hacer dulces de Navidad. Los dulces gustan a los hombres de todas las edades.

Además del cheque para los gastos, acompaño un aguinaldo que espero que compense la molestia de tener que retrasar el viaje a

Sulphur Springs para ver a su hermana. Seguro que también le hará mucha ilusión verle después de las fiestas.

Los niños le mandan abrazos.

Feliz Navidad,

Bess Steed

Honey Grove, a 21 de diciembre de 1921

Queridos Lydia y Manning:

Os agradezco muchísimo la invitación a la cena de Nochebuena, pero papá está postrado en la cama y no quiero dejarlo solo. Siento un gran temor a que esta sea su última Navidad y creo que tengo que dedicarme a él por completo.

La última vez que estuvo enfermo de gravedad, yo vivía en San Luis y no podía dejar a mi marido y a los niños para venir a Honey Grove. Pero la vida me ha despojado de otras responsabilidades y me permite desempeñar el papel de hija solícita con total libertad. Y en cierta forma agradezco esta obligación. Es una buena excusa para no pensar en lo que tengo que hacer con mi vida. Los niños están muy bien aquí y no veo ninguna razón para volver a Dallas después de las fiestas. Aquí pueden ir a la escuela y yo puedo prestar a papá la atención y el tiempo que tantas veces le negué en el pasado.

Estoy segura de que mi amigo Sam Garner se beneficiará de mi ausencia tanto como papá de mi presencia. Ahora que legalmente ya es libre para mantener otras relaciones, confío en que aproveche todas las oportunidades de conocer gente que se le brindan a cualquier hombre o mujer de espíritu independiente, y no se limite a buscar un compromiso convencional.

Tengo interés en completar la educación superior que no terminé en su día y me pregunto si Manning sería tan amable de proporcionarme una lista de los cursos con matrícula abierta para el próximo semestre. No tendría inconveniente en desplazarme en coche para asistir a las clases una o dos veces a la semana. Incluso una carrera elemental sería para mí un cambio apetecible, en vista de la vida tan limitada que llevo aquí, y no me impediría cumplir mis obligaciones familiares.

Os hemos mandado los regalos para la familia por correo. Espero que lleguen a tiempo para Navidad. Los niños están tan fascinados con el teatro de marionetas que hicieron para Marian que tienen muchas ganas de ir a jugar todos juntos en cuanto sea posible.

Alegría navideña para toda la familia,

Bess

Honey Grove, a 3 de enero de 1922

Querido Dwight:

La Navidad ha llegado tarde para mí este año. Lo cierto es que llegó exactamente ayer, cuando abrí el montón de paquetes de Bonwit Teller's, envueltos con un gusto exquisito. Me quedé maravillada como Cenicienta al ver el pañuelo, los guantes de seda y, por último, el magnífico manguito de piel de zorro. Mi único deseo es que hubieras sido testigo de mi alborozo. Era como una princesa, y ninguna hada madrina habría podido hacerlo mejor. Siempre he creído que existe el arte de hacer regalos, y es evidente que tú lo dominas.

Me alegro mucho de que mi casa haya sido el hogar de la primera Navidad que pasas a solas con tu hijo. ¡Qué mejor regalo podían haberte hecho que descubrir que a los tres años ya es una persona interesante! Vuestro feliz encuentro contribuye mucho a aliviar el dolor de mi propia pérdida.

Feliz Año Nuevo,

Bess

HONEY GROVE, A 1 DE FEBRERO DE 1922

SEÑOR MANNING SHEPHERD Y SEÑORA

1263 UNIVERSITY AVENUE

DENTON (TEXAS)

PAPÁ MURIÓ SIN DOLOR ANOCHE DURMIENDO. LAMENTO TENER QUE ANULAR AHORA INSCRIPCIÓN UNIVERSIDAD. POR FAVOR SOLICITA DEVOLUCIÓN DEPÓSITO EN SECRETARÍA A LA MAYOR BREVEDAD. BESS

Honey Grove, a 10 de febrero de 1922

Queridos Lydia y Manning:

No puedo expresar con palabras lo que significó para mí vuestra presencia toda la semana. Y os voy a echar de menos más de lo que imagináis. Perder a mi marido, a mi hijo y ahora a mi padre, en el intervalo de tres años, es más de lo que se le puede pedir a una mujer. Me he quedado radical y completamente sola. Pienso en la mujer que era hace solo una semana, llena de confianza en el futuro, y me parece una desconocida.

Nuestros padres —y la generación mayor que representan— son como una barrera contra la muerte, y cuando se han ido ambos, como se han ido ya los míos, no queda nada entre nosotros y nuestra propia extinción. Ahora me toca a mí plantarme como un escudo entre mis hijos y el enemigo. Resuenan los cañones de la muerte y no sé cuánto tiempo podré mantenerme firme sin nadie a mi lado que me sujete si tropiezo y empiezo a caer.

No obstante, por el momento me niego a pensar en el futuro. Aquí nos acogen con cariño y, por supuesto, se requiere mi presencia para resolver los aspectos legales de la herencia de mi padre. Mavis no tiene experiencia en el mundo de los negocios y confía por completo en mi consejo, y yo se lo presto con mucho gusto, por supuesto.

Lamento profundamente tener que retirarme de tu curso sobre los trascendentalitas, Manning, pero los últimos acontecimientos me obligan a concentrarme en cuestiones más mundanas. Voy a vender la casa de Dallas y me quedaré a vivir aquí, con Mavis, al menos hasta que los niños terminen las clases en junio. Después tendremos que buscar una casa para nosotros, pero todavía no sé dónde... ni con quién.

Con cariño,

Bess

Honey Grove, a 15 de febrero de 1922

Querido Sam:

A los niños les hizo mucha ilusión tu inesperada visita de la semana pasada. Siento no haber sido capaz de participar más activamente en todas las actividades que habías planeado, pero llevo unos días que vivo como por inercia.

Incluso a mis hijos les cuesta atraer mi atención, pero por suerte cuentan con la dedicación total de la viuda de mi padre. Al no tener hijos propios, agradece el ruido que hacen sin cesar en una casa que la muerte de mi padre ha sumido en el silencio. Es tan feliz con ellos, y ellos con ella, que no tengo valor —ni motivo— para acrecentar su dolor volviendo ahora a Dallas.

Por eso he decidido vender la casa que tengo allí y llevar los muebles a un depósito. Perdóname por no ponerte al corriente de esta decisión el pasado fin de semana, cuando estuviste aquí, pero temía que la noticia pudiera obligarte a un compromiso del que te arrepentirías después. Te agradezco muchísimo la amabilidad con que nos has tratado a mis hijos y a mí, pero, por favor, no te hagas la idea de que deba tener consecuencias permanentes.

Seguro que ya habrás hecho muchas amistades nuevas y no me cabe duda de que estarás muy solicitado como acompañante. En ese aspecto, puedo dar fe de tus múltiples y excelentes cualidades.

Con afecto, como siempre,

Bess

Honey Grove, a 1 de marzo de 1922

Señora de Martin Banks
Tesorera del Club Shakespeare de Dallas
Dallas (Texas)

Querida Exa:

Voy a vender la casa que compré el año pasado en Dallas, porque, de momento, me quedo en Honey Grove. Desde el fallecimiento de mi padre, el mes pasado, me encuentro en un estado de indecisión en lo que respecta a mi porvenir. Lo único que sé es que no quiero volver a ninguno de los lugares en los que he estado antes.

Entretanto, me preocupa el futuro inmediato de mi fiel criada, Marthareen Jenkins. Naturalmente, en este momento está ocupada en vaciar la casa, llevarlo todo a un almacén y dejar la casa a punto para el nuevo propietario. Pero su contrato conmigo termina a final de mes y entonces tendrá que buscar otro empleo, si bien es cierto que lo encontrará con toda facilidad. Tanto es así, que unas cuantas de mis amigas más íntimas le han propuesto, en mi ausencia, la

posibilidad de ir a trabajar para ellas. De todos modos, me gustaría que estuviera disponible para trabajar conmigo otra vez en caso de que volviéramos a Dallas en el futuro, pero hasta entonces necesita un trabajo temporal de alguna clase.

He pensado que el Club Shakespeare podría sacar algún provecho de mi aprieto. El pasado otoño, las comidas de después de las conferencias tuvieron tanto éxito que me preguntaba si se habría planteado la posibilidad de ampliar las actividades sociales del club. Marthareen es muy eficiente en cuestiones de organización, además de ser una cocinera extraordinaria, y su presencia a tiempo completo, como parte de la plantilla, redundaría en beneficio de toda la sociedad.

Creo que se la podría convencer de que en su tiempo libre impartiera clases a los miembros de nuestro personal de servicio no remunerado. Alguna vez se ha quejado de la poca atención que prestan en las conferencias y, en efecto, soy consciente de que la presencia de sirvientes domésticos en las reuniones ha provocado algún comentario desfavorable entre los socios en general. Quizá esta desafortunada situación se pudiera remediar —sin perjuicio para la actividad social suplementaria que tanto disfrutamos todos— dando a toda la plantilla la oportunidad de adquirir conocimientos básicos sobre la obra de Shakespeare. No se me ocurre nadie más indicado para llevar a cabo este cometido que mi competente criada.

Cualquiera que haya trabado conversación con ella se habrá dado cuenta de la sutil inteligencia que la caracteriza, así como de su agudo dominio de la lengua. Ha estudiado a Shakespeare y puedo decir con franqueza que conoce su idioma mejor que muchos de nosotros. Pero, al mismo tiempo, tiene un gran sentido de la responsabilidad respecto a sus «hermanos», como dice ella, y muchas veces se ha preguntado si, por seguir en el servicio doméstico, cumple su obligación para con el prójimo. Sé que le emocionaría la oportunidad de poner las gloriosas obras de Shakespeare al alcance de unos amigos cuya educación, al contrario que la suya, no los familiarizó con la literatura, y yo estaría muy agradecida sabiendo que todavía tengo una posibilidad de disponer de sus servicios en el futuro. Espero con impaciencia noticias tuyas.

Con mis mejores deseos,
Bess

Honey Grove, a 5 de marzo de 1922

Querido Dwight:

En estos tres últimos años, he recibido más cartas de pésame que lo que cabría esperar en una persona de mi edad, y me empiezan a parecer todas iguales. Muy pocas personas son capaces de brindar verdadero consuelo cuando se ha perdido a alguien, pero tu carta ha sabido levantarme el ánimo a unas alturas a las que no me había aproximado desde que falleció mi marido.

La idea de un viaje a Nueva York me llena de alegría. El mundo, que desde Navidad había encogido hasta quedar reducido al tamaño de un jardín, de repente se ha vuelto esférico otra vez.

Acepto tu invitación de muy buena gana... pero con la condición indiscutible de que, cuando esté allí, me haré cargo personalmente de mis diversiones. Como es natural, me encantaría descubrir la ciudad contigo en cualquier momento libre que tengas, pero no me asusta estar sola. A decir verdad, incluso agradecería la soledad.

Llegaré el próximo lunes... y me quedaré tanto tiempo como me lo permitan las circunstancias. Huelga decir que me procuraré alojamiento por mis propios medios. Te agradezco el ofrecimiento de ir a buscarme a la estación. En caso de que no logres reconocerme, busca a una señora con un manguito de piel de zorro.

A bientôt,
Bess

Honey Grove, a 5 de marzo de 1922

Querido Sam:

Me alegré mucho al encontrar tu carta entre el correo de la mañana, pero estoy desconcertada porque solo veo una única frase invitándome a cenar el sábado.

Lo siento mucho, pero no puedo aceptar porque esa noche estaré de camino a Nueva York. Un antiguo amigo, llevado por un impulso, me ha invitado a ir a la ciudad, y yo he aceptado tan impulsivamente como él.

Sé que no entiendes que salga de tu vida con esta brusquedad, pero sería injusta contigo si continuáramos nuestra relación. He llegado a un punto en el que mi vida tiene muy poco valor para mí y no puedo creer que signifique nada para nadie más. Por favor, no te tomes esta confesión como una falta de gratitud para con tu constante preocupación, pero no puedo esperar que tú me devuelvas el sentido de la identidad, que tan mermado tengo ahora: el amor propio viene de dentro, no de fuera. Necesito un tiempo para alejarme de la rutina de la vida familiar y comprobar si todavía soy una persona que merece la pena conocer.

Los franceses dicen *au revoir* a quien esperan volver a ver. Solo *adieu* significa adiós para siempre. Su idioma puede expresar muchísimo más que el nuestro en el mismo espacio. Así pues, en vez de adiós, permíteme que te diga sin más: *Au revoir*, Sam.

Con eterno afecto,

Bess

HONEY GROVE (TEXAS), A 10 DE MARZO DE 1922

DWIGHT DAVIS

989 PARK AVENUE

NUEVA YORK (NUEVA YORK)

MANGUITO DE ZORRO SE QUEDA EN TEXAS. YO TAMBIÉN. HE ACEPTADO PROPUESTA MATRIMONIO EN LUGAR DE TU INVITACIÓN. ESPERO NO COMETER UN ERROR. CON CARIÑO SIEMPRE. BESS

Honey Grove, a 10 de marzo de 1922

Querida Lydia:

Te agradezco mucho que invitaras a mis hijos a tu casa este fin de semana pensando que estaría en Nueva York. Espero que no tengas inconveniente en que vaya con ellos... y lleve conmigo el motivo por el que me quedo en Texas.

Como seguro que habrás adivinado, el motivo es Sam Garner. Apareció anoche sin avisar, cuando estaba arriba haciendo el equipaje. Preguntó a los niños si querían que se casara conmigo y entre los tres lo arreglaron todo antes incluso de que yo supiera que él estaba en casa. El júbilo que brillaba en sus tres rostros cuando finalmente se encontraron conmigo derritió la piedra de hielo que he

llevado en el corazón estos largos meses, y entonces me oí decir que sí a todos los planes que habían hecho sin contar conmigo.

He convencido a Sam de no fijar la fecha de la boda hasta que encontremos una casa apropiada para empezar nuestra vida de familia. Espero que unas cuantas semanas de búsqueda infructuosa convenzan a mi futuro marido de que jamás encontraremos la casa que queremos, a menos que la construyamos nosotros. Puesto que es ingeniero de profesión, la perspectiva de incorporar a su hogar ideas de su cosecha le puede resultar tan atractiva como a mí retrasar los planes de boda por ese motivo.

¿Por qué soy tan reacia a abandonar el celibato, cuando hay un hombre amable y abnegado que no solo está deseoso, sino ansioso de verdad por compartir las obligaciones de la paternidad? Quizá sea porque dudo que alguien me pueda amar tanto como Rob, y por eso creo que es mejor vivir sola que con menos. Y espero que me perdones por añadir lo que sigue, que es una gran verdad: me parece que Sam quiere a los niños más de lo que los habría querido Rob en toda su vida... o, al menos, los ha convertido en una parte más importante de sí mismo. Cuanto más miro alrededor, más me convenzo de que muchas veces los papeles de marido y padre están desconectados, y un hombre puede ser fantástico en una faceta e inadecuado para la otra. Naturalmente, la misma observación es aplicable a las mujeres. ¿Por qué insiste la sociedad en que compartamos todas las experiencias de la vida con la misma persona? Somos muchísimo más complicados de lo que nos permitimos aparentar ante los demás.

Tengo muchas ganas de que llegue el fin de semana para verte. Ahora que sabes que Sam nunca podrá ocupar el sitio de tu hermano en mi corazón, espero que nada te impida dar una cálida bienvenida al hombre con el que voy a casarme.

Con afecto,

Bess

Honey Grove, a 1 de mayo de 1922

Querida Totsie:

El mes pasado Sam y yo dejamos de buscar una casa que se adapte a nuestras necesidades y, desde entonces, hemos estado mirando parcelas para construir una diseñada por nosotros.

Ayer vimos el terreno de nuestros sueños: un sitio apartado y delimitado por un parque boscoso, con un río que lo cruza. La parcela contigua a la nuestra es de Harold D. Perkins, director de *The Dallas Morning News*. Si hubiera tenido que elegir entre toda la ciudad, no habría encontrado vecinos más prominentes. Sin embargo, parece que compró el terreno como inversión, así que seremos los primeros en construir.

Sam está tan encantado con la propiedad que pagó el depósito de la entrada de su cuenta de ahorros e insiste en hacerse cargo del total. La verdad es que ser propietario de un terreno tiene un significado especial para un hombre que se crió en la pobreza. De todas formas, creo que un hogar debe ser responsabilidad conjunta del hombre y la mujer y, por lo tanto, Sam ha accedido a que corra yo con los gastos de la construcción de la casa que se asentará en el terreno de su propiedad.

A modo de precaución, he pensado que pongamos por escrito un acuerdo que contemple las condiciones de la relación de pareja que estamos a punto de emprender. Cuando se lo propuse, se ofendió, como si le insinuara que sus intenciones conmigo no eran del todo honorables. Sin embargo, enseguida le hice ver que, en los negocios, un contrato legal no implica falta de confianza. La única diferencia, según mi punto de vista, es que un contrato de negocios es un acuerdo a corto plazo que abarca un área limitada de interés mutuo, mientras que el matrimonio es un pacto para toda la vida. Soy de la opinión de que a todas las parejas que tengan intención de casarse se les debería requerir que firmasen un contrato antes de concederles la licencia. Así, el divorcio consistiría en una sencilla ruptura contractual, sin la amargura que conlleva tan a menudo la disolución del matrimonio.

Acompaño un borrador del que he redactado, que prevé todas las contingencias de la vida matrimonial, tal como yo las veo. ¿Te importaría leerlo y, según tu experiencia, indicarme cualquier

corrección o adición que se te ocurra, antes de presentárselo a Sam y pedirle que lo firme?

Ahora que sabemos dónde vamos a vivir, Sam cree que no hay nada que nos impida casarnos sin más demora. No sé cuánto tiempo podré seguir negándole el acceso a mis noches y a mis días. Francamente, estoy casi tan impaciente como él por reanudar la vida de casada.

Je t'embrasse,

Bess

Adjunto:

PROPUESTA DE CONTRATO MATRIMONIAL

entre

Elizabeth Alcott Steed

y

Samson Arlington Garner

I. Lugar de residencia: una casa que será construida a cargo de Elizabeth Alcott Steed en una propiedad de Samson Arlington Garner.

II. Ingresos: marido y mujer seguirán manteniendo cuentas bancarias separadas.

A. Elizabeth Steed será la única responsable de administrar el patrimonio heredado de sus padres y de su primer marido.

B. Samson Garner será el único propietario de todos los ingresos recibidos por sus servicios a la Compañía Daltex Steel, así como de sus inversiones presentes y futuras.

III. Gastos de convivencia:

A. Elizabeth Steed se hará cargo de todos los gastos de mantenimiento de la casa, entre ellos los derivados de los suministros, los seguros, la alimentación y la contratación de personal.

B. Samson Garner pagará a Elizabeth Steed una cantidad mensual aproximada al equivalente de un cuarto de los costes antedichos.

IV. Mobiliario:

A. La casa será amueblada con las posesiones familiares de ambas partes. Cualquier otro mobiliario necesario será elegido y costeado

por Elizabeth Steed, y será de su propiedad.

B. Cualquier mobiliario específicamente requerido por Samson Garner será adquirido por cuenta propia y considerado propiedad suya.

V. Automóviles: cada parte retendrá la titularidad de su automóvil y asumirá los gastos de financiación —incluidos los costes de seguros, mantenimiento y combustible— y lo podrá reemplazar a criterio propio.

VI. Seguros de vida: ambas partes aportarán una póliza de seguro de vida de igual valor, y nombrarán beneficiario a la otra; no obstante, el valor de otras pólizas adicionales que nombren a otros beneficiarios (por ejemplo, los hijos de Elizabeth Steed) quedará a discreción del contratante de la póliza.

VII. Personas dependientes: Elizabeth Steed asumirá la total financiación de los gastos derivados de las necesidades de sus dos hijos, como ropa, tratamiento médico, educación y obligaciones sociales. En caso de fallecimiento, estas necesidades pasarán a ser costeadas por Samson Garner.

Honey Grove, a 10 de junio de 1922

Querida Totsie:

El arquitecto nos ha presentado los planos definitivos y los hemos aceptado, quizá con más entusiasmo por mi parte que por la de Sam. No obstante, estamos de acuerdo en lo esencial, y, según el plan, las obras empezarán enseguida.

Con los planos aceptados, he capitulado definitivamente ante la insistencia de Sam para que fijemos la fecha de la boda. Él quería que fuera mañana, pero lo he convencido para esperar hasta el cuatro de julio, lo que nos proporcionará un fin de semana largo para la luna de miel. Además, la idea de casarse el Día de la Independencia me parece una ironía divertida. No estoy segura de dónde viviremos hasta que la casa esté lista, pero en cierto modo prefiero tener unas cuantas preguntas sin contestar sobre el futuro que me aguarda.

Me alegro de que el contrato matrimonial te parezca bien. Se lo enseñé a Sam hoy, cuando íbamos al centro a solicitar la licencia. Lo

leyó sin decir palabra, lo firmó y me lo devolvió con una voz tan desprovista de emoción como si la hubieran grabado en otro planeta: «No quiero volver a ver el maldito contrato mientras viva».

Reconozco que la única pregunta que me hiciste me cogió por sorpresa. No me había dado cuenta de que en el contrato no se preveía la posibilidad de la descendencia resultante de esta unión... quizá porque nunca me la he planteado y Sam nunca la ha mencionado. Mis procesos reproductivos están en rebelión desde la muerte de Robin y dudo que ahora pudiera concebir aunque quisiera... que no quiero.

Adoro a mis hijos con la edad que tienen ahora y me faltan la energía y la paciencia necesarias para encaminar a otro hacia la capacidad de percepción y reacción que han adquirido. Y Sam tampoco las tiene, aunque puede que no se dé cuenta. Sinceramente, no quiero arriesgar el cariño que les tiene a mis hijos dándole uno propio. No hemos hablado del tema y confío en que nunca me ponga en la situación de tener que decirle que no rotundamente. Por otra parte, por mucho que la contribución del hombre a la concepción de los vástagos sea igual a la de la mujer, ella es la que los trae al mundo y, muy a menudo, la que los cría. Por lo tanto, quien debe tomar la decisión en definitiva es la mujer.

Querida Totsie, me alegro muchísimo de tenerte cerca de mí para darme valor en el momento de comprometerme por segunda vez con un hombre para lo que me queda de vida.

Je t'embrasse,

Bess

Honey Grove, a 28 de junio de 1922

Queridos Lydia y Manning:

Sam y yo nos casamos el próximo viernes por la tarde en Dallas y esperamos que estéis los dos allí, y, naturalmente, madre Steed y Marian, si están dispuestas a venir.

Grace y Frank Townsend —los amigos que nos presentaron— han tenido la gentileza de ofrecerse a celebrar la ceremonia en su casa, y a continuación cenaremos con champán. Será una fiesta muy íntima. Por ahora, solo os he invitado a vosotros, a Mavis, a Exa y Martin

Banks y Totsie y Arthur Fineman, y Sam ha invitado a algunos socios de la empresa.

Por supuesto que no voy a encargar invitaciones de boda con grabados: se lo anunciaré a todos nuestros amigos por correo. Ninguna de las fórmulas habituales parece apropiada, puesto que mis padres han fallecido y este es el segundo matrimonio para ambos. Así que he decidido redactar mi propia notificación. Acompaño un borrador. Por favor, dadme vuestra opinión sinceramente: desde el punto de vista del protocolo social así como del estilo literario. No la llevaré a la imprenta hasta que tenga vuestra aprobación, conque ya sabéis: necesito noticias vuestras enseguida.

Os quiere,

Bess

Adjunto:

Elizabeth Alcott Steed
hija de
Andrew y Abigail Alcott
de Honey Grove
viuda de
Robert Randolph Steed
de Dallas y San Luis
madre de
Eleanor Elizabeth y Andrew Alcott Steed
tiene el placer de anunciar
que se ha unido en matrimonio con
Samson Arlington Garner
de Filadelfia y Dallas

el día cuatro de julio
de mil novecientos veintidós
en Dallas (Texas)

Dallas (Texas), a 3 de julio de 1922

Querida madre Steed:

Lydia y Manning han llegado esta tarde con Marian. Estamos todos instalados en casa de mis amigos Totsie y Arthur Fineman, y esto parece una fiesta casera, pero de gala. Totsie ha tenido el detalle de ofrecerse a quedarse con los niños este fin de semana, mientras Sam y yo vamos de luna de miel, y no sé a quién le ha entusiasmado más el plan, si a Sam y a mí o a Drew y Eleanor.

Arthur y ella han sido muy amables y generosos con nosotros desde el día en que anunciamos el compromiso. Van a organizar la cena de despedida esta noche, cuidarán de los niños después de la boda y también —lo más considerado de todo— nos dejan su casa un mes, mientras se van de vacaciones a Colorado. Creo que entienden los sentimientos contradictorios que acompañan a un segundo matrimonio mejor que cualquiera de nuestras amistades y hacen todo lo posible por facilitarnos la situación.

Me ha entristecido mucho que Lydia y Manning hayan llegado esta tarde sin usted, pero confío en que, aunque no disfrutemos de su presencia mañana en la boda, podamos contar con su bendición. Nadie amó a Rob como yo ni lloró tanto su fallecimiento —ni siquiera usted—, luego nadie tiene derecho a juzgarme por comprometerme con otro hombre el tiempo que me queda de vida. Nadie se alegraría más que él de ver a sus hijos tan felices con el hombre que está a punto de convertirse en mi marido, y, si quiere a sus nietos tanto como dice, se alegrará con nosotros mañana... aunque haya preferido celebrarlo sola.

Con afecto, como siempre,

Bess

Dallas, a 8 de julio de 1922

Querida Mavis:

No sabes cuánta ilusión me hizo que vinieras a la boda. De alguna forma, cuando te miraba, casi veía a mi padre a tu lado dándome la bendición. Los reveses del destino son difíciles de aceptar y todavía me parece imposible que ahora yo tenga marido y tú te hayas quedado sin él.

Sam y yo pasamos un fin de semana delicioso en Galveston. Él nunca había estado allí y yo solo había visto la ciudad de paso, así

que fue una aventura para los dos. Galveston tiene el mismo aire de misterio y emoción que todas las ciudades portuarias y, aunque está en Texas, en espíritu es más afín a Nápoles que a Dallas. No podía mirar el golfo de México sin imaginarme a Jean Laffite y sus piratas anclados por allí, en algún lugar.

Jugamos al tenis todas las mañanas antes de desayunar. Sam está empeñado en que mejore el golpe de revés, aunque no creo que lo vaya a conseguir. Como compensación a mi sincero esfuerzo por dominar un deporte para el cual es obvio que no tengo cualidades, ha consentido en someterse a mi tutela en el terreno de las bellas artes. En este aspecto, la única parcela en la que coinciden nuestros gustos es el cine. A Sam siempre le ha interesado la fotografía y las imágenes en movimiento lo fascinan desde un punto de vista puramente técnico. En cuanto a mí, me quedo tan absorta viendo a John Barrymore en *Beau Brummel* y a Rodolfo Valentino en *Monsieur Beaucaire* que me olvido por completo de que hay una cámara de por medio.

Estuvimos fuera solo tres días, pero, como no teníamos obligaciones de ninguna clase, nos cundieron mucho. El tiempo pasa de otra forma cuando estamos en un sitio que no conocemos. Es como si una hora de una experiencia nueva se alargara mucho más que su duración normal. Si me dijeran que me quedaba poco tiempo de vida, lo pasaría viajando y procuraría captar en cada hora el mayor número posible de imágenes y sonidos desconocidos. Y ¡cuánto más fácil resulta dejar atrás a las personas que quieres cuando se tiene una aventura por delante! Me gustaría creer que el alma emprende un viaje por su cuenta mucho antes de que el cuerpo deje de respirar, de tal forma que, en el momento en que los que dejamos aquí empiezan a llorarnos, nuestra viajera ya ha emprendido el camino a otro país.

¡De qué forma tan extraña funciona la mente! Empecé esta carta contándote mi luna de miel y la termino hablando de la muerte.

Con mucho cariño,

Bess

Dallas, a 22 de julio de 1922

Querido Dwight:

¡Qué regalo de boda tan extraordinario!

Cuando abrí la caja y vi el hermoso libro encuadernado en piel, supuse que era una edición antigua y me preguntaba por qué no aparecía el título impreso en la tapa. A continuación lo abrí y vi las exquisitas páginas de vitela: todas en blanco, menos la de tu dedicatoria. ¿Quién sino tú habría adivinado la emoción que sentiría ante un libro con las páginas en blanco? Los pensamientos son una de las pocas cosas permanentes que podemos dejar en herencia y estoy deseando empezar a escribir... aunque me intimida un poco la idea de abrir esta preciosidad y ver encerrados en ella mis esfuerzos.

¿Por qué siempre me parece poco vivir la vida sin más? Desde pequeña, cuando empecé mi primer cuaderno de recortes, siempre he observado mi propia experiencia con ojo de artista y he intentado transformarla en algo más interesante de lo que es. Mis cuadernos de recortes están llenos de noticias de prensa sobre otras personas, algunas de las cuales apenas conocía, como si, a través de sus actividades, pudiera ensanchar los límites de mi experiencia... O tal vez, por no estar satisfecha de mis logros, esperaba participar indirectamente de los suyos.

A veces creo que es esa misma frustración con la vida, tal y como la vivimos día a día, lo que me empuja a escribir estas cartas tan largas a personas que rara vez responden de la misma manera, y eso si es que responden. Es como si, al condensar y redactar los sucesos que he vivido, les infundiera una fuerza dramática que en realidad no tenían, pero, por extraño que parezca, lo que recuerdo años más tarde no es el suceso tal y como lo viví, sino como lo conté en una carta. He descubierto que el propio acto de escribir transforma la realidad en ficción y doy gracias a Dios por ello con toda el alma. Y te doy las gracias a ti por el libro que perpetuará mi vida en la forma en que yo decida contarla. Se me ocurre que todos seríamos capaces de añadir otra dimensión a nuestra vida diaria, si quisiéramos, con solo considerar a las personas que nos rodean personajes de una obra teatral escrita para divertirnos. No hay vida tan aburrida que una imaginación vivaz no pueda transformarla en arte. Incluso Rumpelstiltskin empezó con paja.

Estoy deseando que conozcas a mi nuevo marido, pero quién sabe cuándo volveremos al este. Está horrorizado porque he cruzado los Alpes pero nunca he visto las Rocosas, y está organizando unas excursiones en coche por el oeste de los Estados Unidos que nos tendrán ocupados unos cuantos veranos. Entretanto, me voy a suscribir a *The New York Times* para estar contigo al menos en espíritu.

Con mi eterno cariño,

Bess

Dallas, a 5 de septiembre de 1925

Querida Lydia:

Prométeme que vas a romper esta carta en cuanto la leas.

Esta mañana, me miré en el espejo y vi a una mujer que Rob no reconocería. La muchacha esbelta y llena de vida con la que se casó está tan muerta como su apuesto y adorado primer marido.

En los tres años que llevo de matrimonio con Sam he ganado trece kilos. Mi querido Sam... No puedo culparlo —al menos no del todo— de esta transformación. Él sigue siendo el mismo —peso incluido— que el día de nuestra boda. Es más, parece que le sienta de maravilla la rutina doméstica que, sin previo aviso, impone la vida de casados a las personas.

Mi primer matrimonio sobrevivió a muchas tormentas —propias y ajenas—, pero ninguna turbulencia es comparable a la agonía de la calma chicha, sin viento a la vista. Como el Viejo Marinero, habito en «un barco pintado sobre un mar pintado».

El matrimonio con tu hermano no me sirvió de preparación para vivir con Sam. Rob y yo tuvimos nuestros enfrentamientos al principio, pero estaba más enamorada de él cuando murió que el día de nuestra boda. ¡Pobre Sam! ¿Cómo va a competir con un recuerdo que no solo es perfecto en sí mismo, sino que me permite existir en perfecta libertad?

Las acampadas que organiza Sam todos los veranos son la única válvula de escape de una existencia rutinaria que cada año se hace más pesada. Volvimos ayer de Nuevo México y no tenemos planes de volver a salir de casa hasta el próximo verano, para el que Sam

ha organizado un viaje por Utah. Después de tres años guiándonos por el oeste, por fin empieza a creer que somos dignos ciudadanos americanos.

El año pasado añadí un porche acristalado a la casa —que pagué yo— para que Sam se quede ahí a dormir cuando quiera, reviviendo la sensación de acampada, y yo pueda irme al dormitorio a leer el tiempo que me plazca. A Sam le encanta la brisa pero quiere que me quede dormida a su lado. Y no a la hora que yo elija, sino cuando él desee ir a la cama, es decir, a las diez, todas y cada una de las noches de su vida. Si le digo que quiero dejar la lámpara de mi lado encendida para leer, no me lo impide, pero se queja de que no puede dormir por culpa del ruido de las polillas que revolotean contra la mosquitera en un intento vano de llegar a la luz.

Anoche, me acosté a su lado con la mirada perdida en la oscuridad, hasta que se durmió, y después me deslicé sin hacer ruido hasta el dormitorio y estuve leyendo hasta el amanecer. Por desgracia, el sueño me rindió con el libro en el regazo, por lo que mi ausencia de la cama no le pasó desapercibida. Aunque no se atrevió a echármelo en cara, se dio el gusto de llamarme para un desayuno que no estaba en condiciones de disfrutar después de haber dormido solo dos horas.

Los chicos empiezan el curso la semana que viene, pero me parece que aquí no los estimulan lo suficiente y estoy pensando en mandar a Andrew al este el año que viene. Seguro que sus modales lo agradecerán tanto como su cerebro. Como es natural, él se niega en redondo, aunque tiene plaza reservada en Choate desde que era pequeño. Como la mayoría de nuestros amigos, piensa que lo mejor de cada cosa se puede encontrar aquí mismo, en casa. Cuanto más lo dice, más me convenzo de que tengo razón en querer ampliarle las perspectivas.

Aunque Sam en principio se opone a la escuela preparatoria para la universidad, no creo que le importe que la otra voz masculina desaparezca de la mesa y se quede a una distancia prudencial. Los roces entre padre e hijo son normales, supongo, pero las tensiones se agravan cuando el padre es tan neófito en su función como Sam. Algunas noches, después de una cena más ruidosa de lo habitual,

me pregunto por qué llegué a creer que casarme de nuevo sería mejor para los chicos. O —¿me atreveré a decirlo?— para mí.

Ahora destruye esta carta, queridísima Lydia, y borra el contenido de tu mente, como tengo que hacer yo, si voy a seguir viviendo atada a las cadenas del santo matrimonio.

Te quiero por ser hermana de Rob... y mía,

Bess

Dallas, a 5 de abril de 1926

Querido Dwight:

Andrew ha recibido hoy por correo la notificación de que lo han admitido en Choate para cursar el semestre de otoño. Nunca lo había visto tan emocionado. Gracias por todo lo que has hecho por él.

Es consciente de que va a embarcarse en una aventura que ninguna persona de su familia —en realidad, nadie que él conozca aquí— ha vivido antes, y eso lo llena de orgullo, pero también de una inquietud que apenas puede disimular. Para un joven de esta parte del país, irse al este y volver a las instituciones tradicionalistas de sus antepasados es una hazaña tan grande como la de los pioneros que viajaron al oeste adentrándose en un territorio desconocido. Seguro que no encontrará obstáculos de carácter físico, pero el desafío intelectual que le espera es igual de formidable.

Aunque me gustaría mucho ir con él cuando suba al tren en septiembre, sé que tengo que quedarme aquí. Sin embargo, ya estoy deseando hacerle una visita cuando haya transcurrido un tiempo y, de paso, quedarme unos días en Nueva York. Ante una excusa tan incontestable para ir a menudo a mi ciudad predilecta, un observador imparcial podría incluso preguntarse por el verdadero motivo de mandar a mi hijo a estudiar fuera.

Tengo la corazonada de que va a ser un otoño glorioso. Me muero de impaciencia.

À bientôt,

Bess

Dallas, a 28 de junio de 1926

Queridos Lydia y Manning:

El sábado celebramos varios acontecimientos distintos con una comida al aire libre para todos nuestros amigos, y espero que asistáis. Venid a pasar el fin de semana, si podéis, y traed a Marian y a madre Steed, por supuesto.

Sam y yo celebramos el cuarto aniversario de boda y simultáneamente, como siempre, la independencia del país. También celebramos una llegada eminente y una despedida. Los primeros vecinos que vamos a tener, el editor de prensa Harold D. Perkins y su mujer, empezarán a construir una casa en su parcela el próximo otoño, en la misma época en que Andrew se irá a Choate.

Lydia, estoy segura de que sabrás aprovechar la oportunidad de conocer a un hombre tan influyente como nuestro nuevo vecino. Espero con anhelo esta vecindad desde el día en que compramos el terreno y los continuos retrasos del comienzo de la obra me han decepcionado bastante. Cuando empezamos a construir nosotros, tenía la impresión de que ellos seguirían pronto nuestro ejemplo, pero cuanto más los veía, menos definitivos parecían sus planes.

Cuando lo llamé para invitarlos a la fiesta, al principio dijo que no, con el pretexto de que tenía invitados en casa. Entonces le expliqué que, en parte, la fiesta era en su honor, para darle la bienvenida al vecindario, y que por supuesto en la invitación estaban incluidos sus huéspedes. Con alguna vacilación, accedió a pasarse un ratito, seguro que por no abusar indebidamente de mi hospitalidad. Me confesó que nunca había entrado en casa de ninguno de sus actuales vecinos y que prefería la intimidad que permitía esa falta de roce social. Le dije que, en principio, estaba completamente de acuerdo con él, con la única salvedad de los casos en que los intereses comunes basten para ser amigos aunque haya distancia de por medio. También insistí en que no había motivo para que nuestra amistad no pudiera beneficiarse de la cercanía... siempre y cuando no fuera esta su única razón.

Tenemos muchas ganas de que llegue el fin de semana para veros: os esperan pollo frito, fuegos artificiales y amigos nuevos.

Os quiere,

Bess

Dallas, a 10 de septiembre de 1926

Mi querido Drew:

Perdona que reincida en un nombre que apartaste de ti hace mucho tiempo, junto con tus ositos y tus soldaditos de juguete, pero me resulta difícil afrontar que he perdido a mi niñito para siempre. Todavía duerme en su habitación un jovencito que tiene la misma sonrisa tierna, pero mañana ya no estará.

Voy a llevar esta carta al centro esta noche, a la oficina central de correos, para que viaje al este en el mismo tren que tú. Me consuela hacerme la ilusión de que algo de mí va a hacer el viaje contigo, aunque solo sean unas hojas de papel. Con todo, unas hojas de papel pueden ser una presencia poderosa. Siempre he sentido un enorme respeto por la palabra escrita y las cartas me parecen más reveladoras que las conversaciones cara a cara. Curiosamente, me da la sensación de que voy a llegar a conocerte mejor cuando estés lejos de mí que si te quedaras en casa.

Desde luego, te mandaré una asignación todos los meses, pero espero que te la ganes igual que te la tienes que ganar en casa, pero no pasando el rastrillo por el jardín ni lavando coches, como haces aquí, sino escribiéndome. Una carta a la semana —ese es el trato—, y cuenta con que el cheque depende de eso.

No leerás esta carta hasta que llegues al campus, veas tu habitación, conozcas a tu compañero y aprendas la combinación de tu buzón. Quería que recibieras una carta nada más llegar para que no tuvieras ni un minuto la sensación de estar abandonado en el mundo. Recuerdo muy bien que cuando estudiaba el bachillerato iba a la estafeta de la residencia para ver cómo el empleado ordenaba el correo del día, y me saltaba el corazón de alegría cada vez que una carta golpeaba la ventanilla de mi buzón. Creo que el respeto que me inspira la palabra escrita data de aquella época. En aquellos meses que pasé estudiando fuera de casa, me alimentó más la estafeta que el comedor de la residencia.

Es normal hasta cierto punto que, años después de graduarse, una persona sueñe que se presenta a un examen para el que no

está preparada; pero yo nunca he tenido esa pesadilla. El sueño recurrente que tengo es que vuelvo a la residencia en la que estudié el bachillerato muchos años después, los alumnos y los profesores que conocía ya no están y nadie sabe decirme la combinación de mi buzón. El caso es que sé claramente cuál es y veo las cartas que se amontonan dentro, pero nunca puedo cogerlas. Me despierto de ese sueño con una sensación de aislamiento como no he sentido jamás.

No han faltado tragedias en mi vida y, a veces, el horror de la vigilia me acecha también en el sueño y no me deja huir del dolor que me afligía. Pero la única pesadilla recurrente que he tenido es la que te acabo de contar. Es raro que no te la hubiera contado hasta ahora, aunque en realidad no se la había contado nunca a nadie.

Ya ves a lo que me refiero con lo de escribir cartas. No sé qué tiene el proceso de escribir —tal vez que, por lo general, lo hago en la intimidad de mi habitación— que permite e incluso estimula la expresión de pensamientos que uno jamás diría en voz alta. Por eso, aunque sé que, por mucho que me esfuerce, mañana no podré contener las lágrimas al despedirme de ti en la estación, cuando leas esto estaré en mi habitación escribiéndote otra carta con alegría y deseando que lleguemos a conocernos como no hemos sabido hacerlo mientras vivíamos bajo el mismo techo.

Con todo mi amor,

Mami

Dallas, a 19 de noviembre de 1926

Queridísimo Dwight:

No sé cómo darte las gracias por invitar a Andrew a pasar la fiesta de Acción de Gracias contigo en tu apartamento. ¡Cuánto me gustaría estar allí con vosotros! Sé que muchos amigos suyos pasarán el fin de semana en la ciudad, pero me alegro de que mi hijo no tenga que irse a un hotel repleto de gente de su edad. Confío en él, pero no me inspiran la misma confianza las multitudes, de la edad que sean... sobre todo en una ciudad del tamaño de Nueva York.

Al parecer, está muy contento con los estudios, aunque escribe unas cartas tan escuetas como si fueran telegramas y tuviera que

pagar a tanto la palabra. Tal como le pedí, me ha mandado la lista de lecturas de todas las asignaturas que va a estudiar, y estoy refrescando mis conocimientos de Chaucer. No quiero que me considere una desconocida ignorante cuando volvamos a vernos en Navidad.

Mientras tú acoges a mi hijo, yo pasaré el día de Acción de Gracias con el tuyo. Arthur y Totsie nos han invitado a ir con Eleanor a pasar el fin de semana en la cabaña que tienen a orillas de un lago, cerca de aquí. Sam está encantado de que en la invitación vaya incluida una masa de agua, y a mí me hace mucha ilusión el plan de pasar algo más que unas horas con mis amigos más íntimos. Aunque nos veamos a menudo para ir a cenar o a almorzar, saber que enseguida nos iremos cada cual a su casa impide que entre Totsie y yo se establezca la intimidad que había entre nosotras cuando éramos compañeras de habitación en la residencia.

En los años del bachillerato siempre se viven muchas cosas en común con los amigos, quizá porque cada día nos aguardan casi las mismas experiencias. Después nos separan las responsabilidades de la edad adulta y nos encontramos solos, cada uno en su vida. Me enamoré de mi primer marido en cuarto curso de primaria y, aunque nuestra relación fue encontrando formas de expresión cada vez más físicas, nunca fuimos tanto una sola persona ni llevamos una misma vida tan claramente como a los nueve años, cuando nos encontrábamos todas las mañanas a la salida de la escuela y no nos separábamos hasta que se ponía el sol.

Supongo que pensar en el próximo fin de semana me he llevado a pasear por las dulces alamedas de la infancia. Me gustaría creer que entre dos parejas puede darse una amistad tan íntima como entre dos personas, pero no me ha pasado nunca. ¿Por qué una mujer que valora su independencia tanto como yo se deja consumir al mismo tiempo por el anhelo de formar parte de algo más grande?

Por favor, lleva a Andrew al teatro al menos una vez en estos días... aunque proteste. Quiero que sea mi regalo, así que acompaño un cheque para cuatro entradas, por si cualquiera de los dos quiere invitar a otra persona.

Con cariño,

Bess

Boston, a 18 de abril de 1927

Queridísimos Lydia y Manning:

Hace una tarde de primavera deliciosa: de las que se aprecian más en Nueva Inglaterra que en Texas, por el contraste con el crudo invierno que las precede. Ahora me alegro de que Andrew no quisiera venir a casa a pasar las vacaciones de primavera, aunque en su momento me dolió lo que tomé por un rechazo rotundo. Pero ahora que estoy aquí con él, agradezco que haya aprendido a estar tan a gusto en esta parte del país.

Se quedó atónito al ver llegar a toda la familia a la residencia la tarde en que se terminaban las clases, porque pensaba ir a Boston con Roger Wainwright, su compañero de habitación. Le dije que no teníamos intención de hacerle cambiar sus planes, simplemente que estaríamos en Boston al mismo tiempo que él, y, ya que íbamos al mismo sitio, los invité a los dos a venir con nosotros. Me llevé una sorpresa al ver las grandes muestras de agradecimiento con que acogieron nuestra propuesta.

Espero que la aclimatación de mi hijo a las costumbres del este incluya también los buenos modales de su amigo. Seguramente el joven señor Wainwright se había imaginado que la familia de su compañero de habitación pertenecía a una cultura primitiva que desconocía por completo —impresión que Andrew, por lo visto, no se había esforzado en enmendar—, porque se llevó una gran sorpresa al encontrarse con tres seres humanos civilizados. Y debió de contar sus impresiones a su familia, porque, poco después de registrarnos en el hotel, la madre nos llamó para invitarnos a cenar.

Viven en una casa sencilla, pero arreglada con elegancia, en Beacon Hill. El marido es colaborador habitual del *Atlantic Monthly*, de modo que la conversación tomó derroteros literarios muy al principio de la velada y, por fortuna, ahí se quedó. Sam y los chicos empezaron a aburrirse enseguida y, después de la cena, se fueron a la habitación de al lado a jugar al billar. En cuanto dejé claras mis credenciales de descendiente de Louisa May Alcott, acogieron mis opiniones sin señales de condescendencia y descubrimos que a

todos nos entusiasmaba Scott Fitzgerald. No estaban tan familiarizados como yo con Willa Cather, mi escritora predilecta, porque no habían leído de ella más que *One of Ours*, la novela con la que ganó el Pulitzer, pero les recomendé vivamente que la juzgaran por sus primeras obras, *My Antonia*, *O Pioneers* y *The Song of the Lark*, que, en mi opinión, son las mejores obras modernas de ficción.

Esta tarde Sam ha llevado a los chicos a remar al río Charles y yo he quedado con la señora Wainwright en el museo Fogg. Tanto su padre como su marido estudiaron en Harvard, así que el hijo tiene asegurada la plaza. Todavía no he decidido adónde quiero que vaya Andrew y, de momento, él tampoco ha expresado preferencia por ningún centro, pero espero llegar a alguna conclusión antes que él.

Os quiero a todos,

Bess

Dallas (Texas), a 19 de julio de 1927

Señor Adam Wainwright y señora
211 Chestnut Street
Boston (Massachusetts)

Queridos Adam y Priscilla:

Andrew ha escrito a Roger para invitarlo a pasar el verano, pero me gustaría reiterar la invitación. Mi marido tiene el propósito de equilibrar la experiencia de Andrew en el este con una temporada en el lejano oeste. Queremos hacer un viaje en coche al Gran Cañón y al parque nacional de Yosemite, en el mes de agosto, y le encantaría que viniera Roger. Por la conversación que tuve con su hijo en primavera, creo que ha tenido muy poco contacto directo con esa parte del país y estoy convencida de que le resultaría muy provechoso, además de divertido, ampliar horizontes por el oeste. Desde un punto de vista netamente egoísta, permítanme decirles que todos estaríamos encantados de que viniera de viaje con nosotros. Tanto es así, que me temo que, sin él, mi hijo nos acompañe de mala gana.

Sigo acordándome con agrado de nuestra estancia en Boston. Había ido en otras ocasiones, pero esta fue la primera en la que

conté con la compañía de auténticos bostonianos. Aunque el currículo de Andrew en Choate me ha impresionado favorablemente, su amistad con su hijo ha sido mayor motivo de orgullo que cualquiera de sus logros académicos. La habilidad para elegir a sus amistades fue el mejor activo del padre de Andrew en sus negocios, y, de todas sus admirables cualidades, es esta la que mayor alegría me da que haya heredado su hijo. Cuando lo mandé a estudiar fuera el otoño pasado, en el fondo todavía no estaba segura de que estuviera preparado para irse de casa, pero este año me ha demostrado que es capaz de vivir en cualquier sitio. Su hijo no tenía que desplazarse tan lejos: Choate se encuentra dentro de los límites del mundo que conoce desde pequeño. Tenemos muchas ganas de que venga a vernos este verano, y así también él gozará de la satisfacción de hacer suya una tierra desconocida.

Con afecto,

Bess

Dallas, a 5 de marzo de 1928

Queridísima Mavis:

Hace ya mucho tiempo que no sabemos nada de ti. Tengo la sensación de estar dividida desde que Andrew se fue a estudiar. Mis pensamientos siempre están con él, aunque yo no lo esté.

Quiero llevar a los chicos a Europa este verano. Como es lógico, me encantaría que Sam nos acompañara, pero dudo que quiera. Por lo visto, considera que sus responsabilidades paternas terminaron en las montañas Rocosas, mientras que yo, por mi parte, no daré por acabada su educación hasta que crucen los Alpes.

Varios amigos de Andrew, incluido su compañero de habitación, también van a ir a Europa por primera vez este verano, bajo la supervisión del profesor de historia de Choate y su mujer. Andrew quería ir con ellos, pero me pareció que tenía que pasar el verano con su familia. Al fin y al cabo, él, al contrario que la mayoría de sus amigos, ya ha viajado al extranjero. Claro está que, como a la sazón no tenía ni dos años, no se acuerda de aquel primer viaje, pero la memoria hay que cultivarla, como todo lo demás. A medida que viajemos, le recordaré los sitios en los que estuvimos la otra vez y le

contaré lo que decía él y las cosas que hizo, y así, cuando volvamos a casa, tendrá la impresión de haber estado realmente en Europa dos veces.

Sam y yo esperamos verte pronto. Por lo general, los fines de semana nos vamos a algún sitio. Sam vuelve con una cesta enorme de productos del campo, y yo, con alguna nueva propiedad. Todos los jóvenes de las granjas y los pueblecitos de alrededor de Dallas desean vender las tierras que han heredado y trasladarse a la ciudad. ¿Acaso no ven que es la ciudad la que va a su encuentro y que la forma de buscar su fortuna consiste en quedarse donde están? Por suerte, yo sí.

Tenemos muchas ganas de ir a verte.

Con cariño,

Bess

A bordo del *Aquitania*, a 23 de junio de 1928

Queridísimo Sam:

El camarero dice que es la peor travesía que recuerda en el mes de junio, conque no puedo decir que deseara que estuvieras aquí, la verdad.

Eleanor y yo no hemos salido del camarote desde que zarpamos, sobrevivimos a base de sándwiches de pollo y uvas de invernadero, que nos trae a la cama nuestro encantador camarero. Él es el único contacto que tenemos con el mundo exterior y, con las bandejas, nos trae también anécdotas graciosas de otras travesías. Me gustaría que pudiera acompañarnos en todos los viajes.

Hemos visto poco a Andrew desde que unió fuerzas con sus amigos de Choate. Compré los pasajes a propósito en el mismo barco en el que viajaban sus compañeros de estudios, pero, la verdad, no esperaba quedarme tan drásticamente sin su compañía. Por suerte, parece que esta travesía tan mala no le ha afectado nada el estómago y no se ha perdido ni una comida. Nos describió la cena de la primera noche con gran lujo de detalles —empezando por la sopa de aleta de tiburón, que sospecho que pidió por el nombre, más que por el sabor—, pero no reaccionamos con el entusiasmo que esperaba y no hemos vuelto a saber nada de él.

La despedida fue suntuosa. Me habría gustado mucho que nos hubieras acompañado hasta Nueva York, pero espero que cumplas la promesa provisional de vernos en París. Tienes que quitarte de la cabeza la idea de que estarás perdido si no entiendes la lengua del país en el que estás. Siempre estamos a merced de desconocidos cuando viajamos... incluso en nuestro propio país. En Europa, solo lo estamos un poco más.

Mi amigo Dwight Davis nos llevó en coche (seguidos por un taxi con los diez bultos de equipaje) hasta el muelle Cunard, al principio de la calle 14, donde esperaba el *Aquitania* en todo su majestuoso esplendor, así al menos nos despidió un rostro amigo entre la multitud. En el camarote nos aguardaba tu cariñoso telegrama. No cabe la menor duda: eres hombre de pocas palabras, pero adoro las que eliges. He prendido la orquídea en la almohada de mi cama. Espero que tanto la flor como yo estemos en condiciones de asistir al baile del capitán mañana por la noche.

Con todo mi amor,

Bess

A bordo del *Aquitania*, a 25 de junio de 1928

Querida Lydia:

Gracias de nuevo por las guías tan bonitas que nos diste como regalo de despedida. He tenido ocasión de disfrutarlas antes de lo que pensaba, porque una travesía en medio de un temporal impide totalmente cualquier actividad física. Pasé los dos primeros días en el camarote, buscando la forma de acostumbrarme al balanceo del barco (y perdiendo el estómago).

Ayer tomé la determinación de vestirme. Salió el sol por primera vez, y yo también. Se estaba muy bien en cubierta y pedí una tumbona al lado de un hombre muy atractivo de Atlanta (Georgia), que viaja con su hijo. Se llama Richard Prince y acaba de dejar el cargo de presidente de una gran empresa manufacturera. Vive en una finca de doscientas hectáreas fuera de la ciudad y, además de tener un Rolls Royce, tiene yate propio. Cuanto más hablábamos, más descubríamos la cantidad de cosas que teníamos en común, entre otras, un cónyuge al que no le gusta viajar al extranjero.

Me invitó a comer con él en la mesa del capitán. Me puse el vestido plateado de noche, el de lamé, con la orquídea de Sam prendida en el hombro. A juzgar por la reacción de los demás comensales, diría que causé un gran efecto. Tiré la discreción por la borda y me permití comer sin reparos la espléndida cena de langosta que nos esperaba en la mesa.

Después empezó el baile y, en dos horas, compensé los dos días de reclusión que había pasado en el camarote. Hay muchísimos hombres encantadores en el barco y anoche bailé con todos. Hasta media noche no tuve motivos para arrepentirme de la langosta, pero entonces tuve que despedirme precipitadamente de mi compañero de baile y salí de la pista cuando terminaba el vals. Menos mal que llegué a cubierta a tiempo para devolver la langosta a su hábitat natural antes de retirarme al camarote a pasar la noche.

Esta mañana me encontraba bien otra vez y convencí a Eleanor de que abandonara el refugio de la cama y se aventurase a salir conmigo. Llegó hasta una tumbona de cubierta antes de que le fallaran las piernas, pero después tomó una taza de caldo y se puso mejor. Richard Prince se acercó con su hijo y nos lo presentó. Es un joven muy bien parecido y ya mide un metro ochenta, con solo dieciséis años. Invitó a Eleanor a jugar un partido de tenis en cubierta, pero fue una lástima porque no se encontraba bien y tuvo que decirle que no. Dijo que el aire del mar le daba sueño, así que la dejamos sola para que durmiera un poco. Me puse a pasear por la cubierta con Richard y, cuando volvimos a las hamacas, me enseñó un podómetro que llevaba sujeto a la pierna y me dijo que habíamos andado un kilómetro y medio, más o menos. No estoy acostumbrada a tanto ejercicio y tal vez por eso he estado sin aliento toda la tarde.

Ahora tengo que dejarte, porque voy a vestirme para cenar. La orquídea se ha marchitado, pero yo empiezo a florecer.

Con mucho cariño,

Bess

Londres, a 10 de julio de 1928

Querida Lydia:

Después de dos semanas recorriendo en coche la campiña inglesa, nos emocionamos como simples provincianas al ver la capital.

En el hotel nos esperaban cartas tuyas y de Sam, que nos alegraron mucho, y notas de amigos del barco que llegaron antes que nosotras, entre ellas, una de Richard Prince invitándome a cenar con él en la parrilla del Savoy. Es un compañero de mesa encantador que pasa muchas semanas al año en Londres y sabe todo lo que ocurre aquí. Pero yo también, porque hace unos años que me suscribí a *The London Times*. Me fascinó su valoración de la situación política actual y a él le causó verdadero asombro que yo estuviera tan al día de los acontecimientos que la han precipitado.

Después de cenar dimos un paseo por las orillas iluminadas del Támesis y miramos los barcos (en Inglaterra, hasta las barcazas se deslizan majestuosamente). No tardamos en descubrir que teníamos otra pasión en común: el teatro. Organizó todas las salidas al teatro para el resto de la semana e incluso se comprometió a hacer la reserva de todas mis entradas.

La noche siguiente fuimos a ver una intrigante obra de misterio titulada *Alibi*, y así conocí al gran actor Charles Laughton. Solo un inglés podía dar un retrato tan delicioso y perverso de un detective francés. Después del teatro, fuimos a cenar al lado de Covent Garden, a un restaurante encantador, y después nos abrimos camino hacia casa entre cajas de coles. Era una estampa alegre, con hogueras en bidones metálicos para combatir el frío de la noche y un coro de voces *cockney* que nos daba las buenas noches al subirnos al taxi.

Invité a Richard y a su hijo a cenar con nosotras la noche siguiente en el Ye Olde Cheshire Cheese, donde comía Dickens, pero no pudo ser porque tenían un compromiso previo. Sin embargo, el profesor de historia de Andrew y su mujer aceptaron la invitación sin dudarlo un momento, agradecidos, sin duda, de poder disfrutar de una velada con alguien mayor de dieciséis años.

El domingo, Andrew nos acompañó al oficio en la abadía de Westminster con la condición de no tener que volver a entrar en una catedral en todo el viaje. A veces me acuerdo con melancolía de nuestro primer viaje a Europa, cuando nunca se oponía a mis

deseos. ¿Qué ha sido de aquel niñito tan alegre y agradable? La vida me lo ha arrebatado, sin duda, igual que la muerte me arrebató a Robin.

Mañana cogemos el expreso Golden Arrow con destino a París. Hace quince años que fui por primera vez. Jamás pensé que tardaría tanto en volver. No pierdo la esperanza de que Sam vaya a buscarnos allí. Si viajara sola, no creo que lo echara tanto de menos, pero tengo la sensación de que nuestro matrimonio lo ha hecho responsable de los chicos... ¿o son los chicos los responsables de nuestro matrimonio? Sea como fuere, él tendría que estar con ellos. A los tres les interesan invariablemente las mismas cosas... y les aburren las mismas cosas, también.

De todos modos, estoy más alegre que un cascabel porque voy a ver París otra vez... con Sam o sin él.

Con mucho cariño,

Bess

Chez Madame Sèze, 44 Avenue Wagram (París),
a 16 de julio de 1928

Queridísimo Sam:

Nos entregaron tu telegrama nada más llegar. Nos alegramos de tener noticias tuyas, pero más nos habría alegrado verte. Los chicos dicen que ya no les apetece ir a los lagos italianos si no estás tú para llevarlos a remar.

Aquí el alojamiento es muy agradable y bastante barato. Madame Sèze ha puesto todo el piso a nuestra disposición (incluso la sala de visitas, donde duerme ella en una cama plegable durante nuestra estancia) por ciento veinticinco francos al día (ahora el franco está a cuatro centavos). Espero que te impresione lo mucho que ahorramos. Un compañero del barco, que es de Atlanta (Georgia), está pagando treinta y cinco dólares al día por una suite en un hotel de moda.

Al día siguiente de llegar hicimos la reserva para ir a ver Versalles y pagamos por adelantado, sin darnos cuenta de que era el día de la Bastilla. Como es natural, la agencia de viajes estaba cerrada y ya

no podíamos recuperar el dinero, así que no tuvimos más remedio que unirnos a la muchedumbre que atestaba el palacio.

París, como el resto del continente, está pasando una ola de calor sin precedentes y Luis XIV se habría escandalizado al ver los jardines en un estado tan deplorable. El césped está marrón en todas partes y los ríos están prácticamente secos. Solo la Cueva de Apolo parecía fresca y apetecible, pero los descendientes de Robespierre enseguida echaron a perder incluso el silencioso y recluido rincón llenando el aire de risas estentóreas y aliento de ajo. Nunca había comprendido tan bien a la pobre y asombrada María Antonieta, y me alegro de que pasara algunos momentos agradables jugando a las pastoras en su adorable refugio. (Espero que estés leyendo *Las cartas de Madame de Sévigné* que te dejé en la repisa de tu cama para que vivieras esta aventura con nosotras, aunque solo fuera en espíritu.)

Volvimos pronto a la ciudad y vimos los bailes abajo, en la calle, desde la cómoda perspectiva del balcón del piso. A lo lejos se veía la torre Eiffel iluminada y me fui a dormir con la sensación de haber llegado al centro del universo.

Con todo mi amor,

Bess

Tours (Francia), a 21 de julio de 1928

Queridísimo Dwight:

Fuiste muy amable acompañándonos al barco y no sé cómo agradecerte el contador de moneda extranjera que me metiste en el bolsillo cuando nos despedimos con un beso. No me parece un obstáculo viajar a un país cuyo idioma no entiendo, siempre y cuando entienda su moneda.

Acabamos de terminar un recorrido agotador de tres días por el valle del Loira. Estoy muy contenta porque finalmente Andrew y Eleanor se han dejado seducir por las intrigas palaciegas que albergan los muros de cada castillo, y han seguido la azarosa vida de Catalina de Médici de residencia real en residencia real con tanto interés como mi lavandera las novelas por entregas del periódico. Les emocionó ver el gabinete secreto en el que guardaba las

pócimas, en una habitación forrada con paneles del castillo de Blois, y aplaudieron la audacia con que, tras la muerte de su marido —el rey— expulsó a la amante de este, Diana de Poitiers, del «palacio de ensueño» de Chenonceaux y se lo quedó ella. Aunque no la admiro, envidio la forma en que vivía. En la corte real francesa del Renacimiento se apreciaba mucho más a una mujer ingeniosa e inteligente que hoy día en cualquier sala de estar de Texas.

Esta noche pernoctamos en una posada de campo que te encantaría. ¡Cuánto me gustaría que estuvieras esperándonos abajo para ir a cenar!

Te quiere,

Bess

Ámsterdam, a 5 de agosto de 1928

Queridísimo Sam:

Hemos reservado una semana de nuestro itinerario para Ámsterdam con el fin de poder disfrutar de los Juegos Olímpicos, pero a todos nos gustaría poder alargar la estancia aquí.

Es emocionante ver cómo izan nuestra bandera cuando gana un atleta de nuestro país. Es una pena, pero tenemos que irnos antes de las finales de natación, aunque en las semifinales nos impresionó la perfecta forma física de Crabbe. Espero que la competencia de Australia no lo derrote en las finales.

Fuimos a dar un paseo turístico con un grupo de jugadores olímpicos irlandeses y uno de ellos, que estudia medicina en el Trinity College de Dublín, trató a Eleanor con mucha deferencia. Lo invité a cenar con nosotros y aceptó encantado. Fue una pena que su equipo perdiera al día siguiente... por culpa, en buena medida, de malas decisiones arbitrales, nos pareció.

Andrew ha echado de menos el partido de tenis semanal contigo, pero aquí ha encontrado otros muchos compañeros... aunque todos mejores que él, por desgracia.

Te echamos de menos.

Te quiere,

Bess

Villa d'Este, Cernobbio (Italia), a 25 de agosto de 1928

Queridísima Lydia:

He soñado con los lagos italianos desde el día en que descubrí a Byron, pero nada más ver el lago de Como me di cuenta de que a veces hasta la imaginación más desbordada se queda corta en comparación con la capacidad artística de la naturaleza.

El encanto del lugar se vio reforzado por la inesperada aparición en el hotel de mi compañero de barco, Richard Prince. Viaja sin itinerario fijo, así que puede ir dondequiera que le dicte el capricho. Aunque, antes de separarnos en París, le di una copia de nuestra ruta y sospecho que él no se llevó una sorpresa tan grande como la mía.

Por una feliz casualidad, tenemos habitaciones contiguas, con el balcón al lago. Anoche contemplamos juntos el espectáculo de la puesta de sol, que resultó esplendoroso por partida doble, porque se reflejaba en las aguas del lago. ¡Qué acierto sería multiplicar todos nuestros placeres en la vida mediante la reflexión, sirviéndonos de la memoria como espejo en el que se pudiera recrear a voluntad el momento original! Convengo con Wordsworth en que cualquier suceso que se «recuerde con tranquilidad» cobra una intensidad de la que, por lo general, carece en el presente. La estancia en Europa llega a su fin, pero espero repetir el viaje muchas veces recordándolo, sin el impedimento de los chicos y el equipaje.

He pasado la mañana en el lago con Richard, remando. Es una suerte que los chicos estén a gusto unos con otros y tengan edad suficiente para irse de merienda al campo sin nosotros. Estoy encantada —y para mí es una novedad— de pasar el tiempo en compañía de un hombre mucho más formado que yo. La mayoría de los americanos que conozco han tenido que ocuparse tanto de ganarse la vida que no han podido cultivar la faceta estética, y mi amigo confiesa sin reparo que los primeros años de la juventud los empleó en amasar una fortuna. Sin embargo, ahora se dedica a disfrutarla con el mismo ahínco.

Le interesa todo, y cada país nuevo al que va es como si fuera una empresa que quiere comprar. Estudia la contribución que ha hecho a la historia y, si le parece que merece la pena, se entrega al

aprendizaje de la lengua. Este otoño va a alquilar una villa en Fiesole para matricularse en el instituto de lengua de Florencia. Yo voy a estudiar italiano por mi cuenta cuando vuelva a casa, y hemos jurado que la próxima vez que coincidamos hablaremos únicamente en la lengua del país en el que estemos.

He echado de menos a Sam en el viaje, pero si hubiera estado conmigo no habría conocido a Richard Prince. Es irracional creer —e incluso querer, sin duda— que se puedan tener todas las experiencias de la vida con la misma persona. Somos mucho más complicados y muy capaces de ser leales de por vida a muchas personas distintas de cualquier edad y sexo. ¿Por qué se empeña la sociedad en restringir al hombre y a la mujer a una sola relación de esa clase para siempre? Espero no romper jamás una promesa que haya hecho, pero si en este momento estuviera libre y sin compromiso, nunca volvería a prometer dedicación exclusiva a nadie.

Espero que no te escandalicen estos pensamientos. Te aseguro que no se me pasaban por la cabeza cuando estaba casada con tu hermano, aunque es posible que el correr de los años hubiera puesto a prueba aquella relación que parecía perfecta. Ahora estoy casada con un hombre al que quiero y respeto, pero eso no significa que no pueda apetecerme una relación similar con otros hombres.

A veces pienso que el mundo sería mucho más interesante si, al alcanzar la mayoría de edad, cada cual se fuera a vivir por su cuenta y compartiera su vida con otras personas en sitios y momentos mutuamente acordados. Por descontado, hay que pensar en los hijos, pero a veces creo que la monogamia es un invento de los hombres para proteger su derecho exclusivo a los hijos que engendren. La naturaleza no asigna otra función al padre que la de la concepción. Convertir al padre en un compañero igual en el proceso de cría de los hijos es un refinamiento de la civilización, y no estoy segura de que este reparto de responsabilidades mejore en algo el orden natural de las cosas. Toda sociedad se funda en la aceptación de una responsabilidad doble: para con uno mismo y para con los demás. Quizá la naturaleza niegue al padre una relación física con los hijos con el fin de reforzar la segunda. ¿Sería posible

que la naturaleza no haya dado al hombre forma alguna de demostrar la paternidad de sus hijos con la esperanza de que se haga cargo espiritualmente de todos los niños?

Disculpa esta digresión intelectual por territorios que nunca me atreví a explorar en el pasado. Pero ahora que este viaje físico ya casi ha terminado, los únicos viajes que preveo en el futuro inmediato serán los que haga con la imaginación, y en esa especialidad soy una viajera intrépida. Sin embargo, confío en que, como a cualquier viajero, volver a casa me resulte mucho más gratificante por la distancia que he recorrido para llegar al punto de partida.

À bientôt,

Bess

Dallas, a 20 de septiembre de 1928

Querida Lydia:

Desde que he vuelto, se ha declarado en mi casa una tregua armada. Sam me recibió diciéndome que había puesto un detective tras mis pasos desde que salí de París. En las cartas que le escribía, siempre procuré no hablar de mi amigo Richard Prince, pero no se me pasó por la cabeza censurar las cartas que escribían los chicos a casa, en las que, al parecer, le contaban nuestra amistad con todo detalle, lo suficiente para despertar sospechas a Sam, que ya es bastante suspicaz de por sí.

Apenas bajamos del tren, Sam, en actitud triunfal, me enseñó la prueba de las habitaciones contiguas en Villa d'Este. Su falta de confianza me enfureció tanto que me fui a la habitación sin decir una palabra en mi defensa y allí me quedé cinco días, en los que solo permití la entrada a los chicos y a la bandeja de la comida. El sexto día recibí carta de Richard Prince desde Fiesole.

Sam se acercó con ella a mi puerta y me amenazó con abrirla y leerla en voz alta si no salía inmediatamente. Con toda la dignidad que pude, abrí la puerta y le pedí la carta. Por fin, Sam consintió en dármela con la condición de que, a partir de entonces, supervisaría toda la correspondencia que tuviera con él. La acepté, pero yo también le puse una: no respondería a la carta si dejaba de

acusarme. Le pareció bien y creo que le alivió haber resuelto el asunto de una vez, y esa noche, por primera vez desde que volvimos, adorné la mesa de la cena con mi presencia, ya que no con mi apetito.

Los chicos han empezado las clases y yo me he puesto a estudiar italiano por mi cuenta. Supongo que no tardaré en saber lo suficiente para llevar una correspondencia particular con alguna persona que comprenda, a pesar de mi pésimo dominio de la gramática, lo que dice este corazón tan díscolo que tengo.

Ciao,

Bess

Dallas, a 14 de octubre de 1930

Queridísimo Andrew:

Me alegro mucho de que te lo pases tan bien en Yale. Las cartas que mandas a casa demuestran mejor que el diploma la excelente preparación que te dieron en Choate para la universidad. Sobre todo me llegó al corazón la nota de gratitud que me dedicas por todo lo que he hecho para que te sientas uno más en la clase, por muy impresionante que sea la familia de los demás. A partir de ahora, te juzgarán por tus logros, y ese es el único rasero por el que tienes que medir a los demás.

Tengo una noticia muy triste que darte. Ayer falleció Arthur Fineman de un ataque cardiaco. Solo tenía cuarenta y cinco años. Aunque en el último año ha estado delicado de salud, su muerte ha sido un golpe tremendo para todos... Pero se puede considerar que ha sido tan víctima de la crisis económica como los que se han suicidado. Al final, lo ha matado el sentido de la responsabilidad que tenía para con su familia, que jamás le habría permitido quitarse la vida. Además de tener que soportar la pérdida de todos sus ahorros, veía con poca esperanza la posibilidad de hacer nuevos ingresos en su profesión.

Hace unos años que dejé de intentar comprender el funcionamiento de la bolsa y empecé a invertir en terrenos, pero él seguía pinchándome e insistía en que los movimientos de compra venta que le daban de comer tenían su lógica. Cuando se produjo el

crac, le parecía que no solo se había engañado a sí mismo, sino que también había engañado a muchas personas que confiaban en él.

Cuando tu padre murió, eras muy pequeño para darte cuenta del gran provecho que saqué de los consejos de Arthur. Adoptó el papel de marido en un momento en el que me encontraba muy sola en el mundo, e incluso después de que cada uno contrajera matrimonio con otra persona, su sabia y culta presencia siguió siendo muy importante en mi vida. Sin él, la vida en Dallas será una desolación.

Voy a comprar una butaca en su nombre en el nuevo auditorio municipal, para que, al menos en espíritu, siga participando en los espectáculos que tanto significaban para él. A cambio tendré esa butaca reservada para mí durante la temporada de ópera. No soporto la idea de ir sola, pero tampoco puedo imaginarme a nadie más sentado a mi lado, visiblemente emocionado al oír una pieza musical. Si de verdad hay un coro de ángeles en el cielo, seguro que Arthur está aplaudiendo en este momento.

Creo que sería buena idea que escribieras a Totsie ahora, pero no una carta de pésame —¡qué palabra tan triste!—, sino solo para decirle que Arthur influyó en tu vida como nadie lo ha hecho. Procura contarle alguna anécdota que lo haga revivir aunque solo sea un momento. La única defensa que tenemos contra la muerte es la vida. Lo sé.

Con todo cariño,

Mami

Dallas, a 16 de abril de 1931

Querida Lydia:

Fue delicioso pasar la Semana Santa contigo en Denton. Andrew está en Yale y Eleanor se prepara ya para ir a Vassar, así que tengo la sensación de que la vida familiar toca a su fin... o, al menos, va a cambiar de forma. Cuánto me alegro de que Manning y tú vayáis a dar clases en el centro en el que estudia Marian... viviréis juntos el proceso continuo de dar y recibir y evitaréis ese extrañamiento tan frecuente cuando los jóvenes empiezan el bachillerato.

El 10 de mayo organizo un té por la tarde en el club de campo en honor de Eleanor, que se gradúa en Hockaday. Espero que puedas

asistir con Marian. Confío en que *The Dallas News* dé la oportuna cobertura al acontecimiento, ahora que Totsie Fineman es reportera de sociedad. Cuando enviudó, no quiso plantearse volver a trabajar porque le parecía que saldría perdiendo en las cláusulas que le dedicaba Arthur en el testamento. Sin embargo, insistí en que viniera una noche en que había invitado a cenar a los Perkins, y antes de terminar el suflé de limón ya tenía trabajo.

Espero verte en el té.

Con cariño,

Bess

Dallas, a 10 de septiembre de 1931

Señor Richard Prince
Greenhill Estate
Atlanta (Georgia)

Mi querido Richard:

Sé que le asombrará tener noticias mías después de tres años de silencio. La carta que me escribió desde Fiesole, una semana después de que nos separásemos, me ha hecho revivir más de una vez todos los atardeceres que pasamos juntos. Perdone que haya tardado tanto en contestar, pero no estaba preparada para darle la respuesta que esperaba y cualquier otra cosa habría sido como si le reprochara la tierna expresión de afecto que me dedicó espontáneamente y que yo guardé sin palabras en mi corazón.

Pienso a menudo en usted y en su hijo, tan guapo. Cuando nos conocimos, tenía la idea de ir a Princeton después de los dos cursos de bachillerato. Mi hija Eleanor se va a Vassar la próxima semana. Seguro que le encantaría ver a su hijo otra vez, y espero que a él le agrade saber que van a estar tan cerca.

Me gustaría mucho poder continuar nuestra relación a través de nuestros hijos. Pero, sea lo que sea lo que nos depare el futuro, el pasado sobrevive y los recuerdos que guardo del último viaje me amueblan la memoria mejor que los que traje para adornar mi casa.

Con eterno afecto,

Bess

DALLAS, A 8 DE NOVIEMBRE DE 1931

VASSAR COLLEGE

POUGHKEEPSIE (NUEVA YORK)

SI TENGO QUE MANDAR VESTIDO AZUL DE GASA PARA BAILE PRINCETON AVISA INMEDIATAMENTE POR FAVOR. BESOS. MADRE

DALLAS, A 15 DE NOVIEMBRE DE 1931

VASSAR COLLEGE

POUGHKEEPSIE (NUEVA YORK)

TERCIOPELO NEGRO NADA APROPIADO NI PARA PRINCETON. VESTIDO AZUL DE GASA EN CAMINO. BESOS. MADRE

Dallas, a 10 de junio de 1932

Señorita Eleanor Steed
S. S. *Statendam*
Muelle 24
Nueva York (Nueva York)

Querida mía:

¡Qué raro me parece decir «bon voyage» desde Texas! Lo cierto es que se me hace raro decirlo en general. Siempre suelo ser yo la destinataria de tan buenos deseos, la que se despide con valentía y escribe cálidas cartas para tranquilizar a los seres queridos que ha dejado en casa. Ahora que conozco el sentimiento de abandono que embarga al que se queda atrás, me asombra que mis dos maridos me dejaran viajar a Europa sin ellos.

Sin embargo, sé que disfrutarás del viaje por el continente con la comodidad que proporciona un automóvil particular, y estoy segura de que «Europa sobre ruedas» enriquecerá tu educación tanto como cualquier asignatura que estudiaras en la universidad.

Espero que el pasado fin de semana te divirtieras en Nueva York con Henry Prince tanto como esperabas. Sé la desilusión que te has llevado porque la enfermedad de su madre no le permita reunirse contigo en París, como habíais planeado, pero este verano hay muchos jóvenes de viaje por el extranjero y... ya verás lo agradable que es descubrir que, en el extranjero, enseguida se hacen amistades entre desconocidos de habla inglesa.

Me gustaría estar ahí para brindar contigo por última vez en la cubierta del barco y darte un abrazo de despedida, pero espero que las rosas que encargué para el camarote te recuerden constantemente el amor y el orgullo que siento porque te hagas mayor. Si no nos conociéramos y nos acabaran de presentar, serías una persona a la que desearía conocer mejor. No se puede esperar mayor cumplido de una madre, ¿verdad?

He comprado un álbum de recortes para guardar las cartas y fotografías que me mandes, así que, por favor, escríbeme a menudo. Esas cartas me darán fuerzas a mí ahora... y a ti, más adelante.

Au revoir,

Mami

Dallas, a 6 de julio de 1932

Señorita Eleanor Steed
c/d «Europa sobre ruedas»
München (Deutschland)

Querida mía:

Acabo de recibir tu primera misiva del extranjero y he ido sin dilación al escritorio a responderte antes de que cierre la oficina de correos.

Me alegro de que no te faltara compañía masculina en la travesía y me da la impresión de que tu joven amigo, el escultor, no te ha puesto cerco solo al corazón, sino también a la imaginación. No me extraña que los compañeros de la universidad te parecieran sosos, comparados con él. Pero no te lleves una desilusión si no vuelves a saber nada de él. El presente lo es todo para un estudiante de Bellas Artes recién llegado a París. Las caras del pasado, incluso una tan bonita y de confianza como la tuya, enseguida se borran de la memoria. Aunque los amantes parisinos son legendarios, los artistas no tardan nada en contagiarse de la pasión intelectual que impregna la ciudad y no tienen tiempo para los sentimientos personales. En Francia, lo que enciende a los hombres son las ideas, conque procura no dejar el corazón en París... porque a lo mejor no lo recuperas intacto.

Me ha parecido encantadora la descripción que haces de los enamorados que van en bicicleta por los canales de Ámsterdam, uno al lado del otro y él con la mano en el manillar de ella. Es una estampa para recordar cuando elijas al hombre que te acompañe en el viaje de la vida: dos personas que avanzan por su propio esfuerzo, sin empujarse ni estorbarse la una a la otra, solo salvando con la mano la pequeña distancia que los separa para asegurarse de la confortante presencia del otro.

Ahora te imagino viajando por Alemania, contemplando con mirada súbitamente adulta todo lo que vimos juntas hace cuatro años.

Espero que todavía podamos hacer muchos viajes juntas, pero de momento me deleito con tus descripciones.

Con todo cariño,

Mami

Dallas, a 20 de julio, a 1932

Señorita Eleanor Steed
c/d «Europa sobre ruedas»
Villa d'Este
Cernobbio (Italia)

Querida mía:

Tenía que escribirte una carta a esta dirección, que tan buenos recuerdos me trae.

Espero que el faetón Franklin de color verde te haya llevado por las Dolomitas sin ningún percance. Cruzar esas montañas en coche debe de ser una aventura muy emocionante.

Me alegro de que te lleves tan bien con tus compañeros de viaje. Ahora estoy firmemente convencida de que todo compromiso debería ir precedido de un viaje largo al extranjero. No me cabe la menor duda de que los viajes son una gran prueba para cualquier relación. Si se hiciera la luna de miel antes que la boda, seguro que bajaría mucho la tasa de divorcios.

En cuanto leí tu última carta me fui a la tienda de música a comprar un disco de Albert Schweitzer al órgano. Lo tengo puesto en estos momentos y la música de Bach resuena en toda la

habitación. Schweitzer toca como si Dios estuviera atento hasta al último acorde. ¡Qué gozoso debe de ser tener un talento tan inmenso! Me alegro muchísimo de que pudieras oírlo en directo.

Te envidio por la tarde que pasaste recorriendo el Deutsche Museum de Múnich. Debe de haber sido como viajar al futuro... viendo funcionar máquinas que la mayoría ni siquiera nos imaginamos. Me pregunto cuánto tendré que esperar para ver la televisión.

He leído crónicas de las actividades nazis en la prensa y me alegro de no haberlo sabido antes, cuando fuiste a la concentración. Entiendo que Hitler te despierte curiosidad, pero yo, desde luego, no daría ni un penique por oírle hablar. Me parece un personaje tan ridículo que no puedo creer que alguien se lo tome en serio, y me alarmaría ver a una muchedumbre vitoreándolo.

¡Qué satisfacción me da pensar que estás en Italia! Aprovecha hasta el último minuto. El tiempo se encargará de dar valor a cada una de las cosas nuevas que vivas ahora. La mejor dote que puede aportar al matrimonio una mujer es un acervo de recuerdos adquiridos por su cuenta.

Con mucho cariño,

Mami

Dallas, a 10 de agosto de 1932

Señorita Eleanor Steed
Cas' Alta
Firenze (Italia)

Querida:

Tu última carta ha sido como un relámpago que ha rasgado nuestro plácido horizonte inesperadamente y ya me he preparado para el trueno que venga a continuación.

Comprendo las emociones que te ha despertado Italia, pero esa decisión tan impulsiva de quedarte en Florencia todo el invierno nos ha tomado por sorpresa. La señora de compañía que llevabas me dijo en una carta que te habías quedado en Florencia hasta que se te pasara la irritación de garganta, pero estaba convencida de que te

reunirías con los demás en Roma para no perderte la última semana de visitas (pagada por adelantado, añado) antes de volver a casa.

Has demostrado mucho sentido de la responsabilidad al escribir a Vassar para comunicar que no volverías en otoño, aunque lamento que no lo consultaras conmigo antes de tomar la decisión. Estoy de acuerdo en que el fin de los estudios superiores es enseñaros a pensar por vosotros mismos, pero me parece que tú lo has aprendido antes de lo esperado.

Cualquier argumento que te diera para disuadirte entraría en contradicción con el camino que elegí yo hace veintitrés años: dejar los estudios y casarme con tu padre. Y reconozco con toda sinceridad que jamás he lamentado esa decisión. Solo espero que tú no tengas que lamentar la tuya. En general, los graduados consideran que su título demuestra que han terminado su educación. Yo siempre pienso en la inmensidad de cosas que todavía tengo que aprender.

Me ha impresionado cómo lo has arreglado todo para vivir y estudiar en Florencia este invierno, pero confío en que pidas el visto bueno a tu profesora de arte antes de que se vaya del continente. Aunque se quede sin gozar de tu compañía el resto del viaje, seguro que estará encantada de darte sus sabios consejos.

Tus dotes artísticas siempre han merecido mi más profundo respeto y me emociona la reacción que has tenido ante las grandes obras de arte que has visto este verano. Aunque a mí me falta talento para esas cosas, tengo que reconocer que, ante las esculturas de Miguel Ángel, incluso a mí me entraron ganas de armarme de un cincel y atacar el primer bloque de mármol que se me pusiera por delante. Y está claro que el origen de la decisión de dejar la universidad, aunque al principio me pareció muy errónea, podría estar en aquella tarde que pasaste contemplando las esculturas inacabadas de Miguel Ángel para las tumbas de los Médici. ¿Quién no se identificaría con esas figuras que luchan por liberarse de la piedra que les da cuerpo y al mismo tiempo les niega el ser? Para mí, esas figuras a punto de salir encierran la vida misma... porque, ¿qué es la vida, sino la breve afirmación de una identidad entre el seno materno y la tumba?

Perdóname, hija mía, por haberme enfadado tanto al principio de esta carta. Algunas veces, ser buena madre está reñido con ser buena persona. Te dejo ya y me pongo a preparar un baúl con tu ropa de invierno. No he estado nunca en Italia en invierno, pero tengo entendido que hace mucho frío. Por favor, no salgas sola de noche... pero sal.

Con todo cariño,

Mami

Dallas, a 12 de octubre de 1932

Señor Richard Prince
Greenhill Estate
Atlanta (Georgia)

Querido Richard:

Acabo de saber que su mujer murió el verano pasado y no quería que pensara que dejaría pasar semejante pérdida sin decirle algo. Aunque les separaba la diversidad de intereses que tenían, estoy segura de que el orgullo por el hijo de los dos ha sido un vínculo de unión entre ustedes hasta el final, y es una lástima que ella no pueda estar con usted en los momentos de felicidad que sin duda le dará su hijo en el futuro.

Supongo que Henry le habrá contado que Eleanor ha dejado los estudios universitarios para instruirse en Florencia por su cuenta. Me preocupa mucho, aunque vive con una familia muy bien recomendada. Sé que tiene usted muchos buenos amigos en Florencia y le agradecería que pidiera a alguno que la llamara, para saber si está bien de verdad. ¿Hay alguna posibilidad de que vaya usted a Europa este año?

Fue una pena que Henry tuviera que suspender el viaje al extranjero el verano pasado, pero seguro que tenerlo en casa fue un gran alivio para su madre. Es un joven con muchas cualidades, pero la que más me impresiona es el cariño que le tiene a su familia, y espero que Eleanor haya sabido aprovechar tan buen ejemplo. Me alegré mucho de que se hicieran buenos amigos el año pasado, y espero que la decisión de mi hija de estudiar en el extranjero no rompa su relación sin ninguna necesidad. No habla conmigo de su

correspondencia, pero sé que le encantaría recibir noticias de Henry, si es que él no le ha escrito ya. Acompaño su dirección y una fotografía de este verano en Villa d'Este. Como verá, ha cambiado un poco desde el verano en que nos conocimos. Me hago la ilusión de que yo no, y que a la edad de cuarenta y un años parezco al menos tan joven como cuando nos conocimos hace cuatro años.

Una vez más, acepte, por favor, mi condolencia por su pérdida... y mi permanente afecto.

Bess

Dallas, a 1 de marzo de 1933

Señorita Eleanor Steed
Cas' Alta
Firenze (Italia)

Querida:

Acabo de recibir la carta en la que anuncias planes para pasar las vacaciones de primavera en Sicilia con el conde d'Annunzio Fabrini y su familia. Seguro que él tiene tantas ganas de conocer a tu familia como tú de conocer a la suya, por eso voy a ir a Roma en Semana Santa y, desde allí, iremos juntas a Sicilia.

Me acompañará Exa Banks con su nuevo Lincoln verde y su chófer, y así estaremos todos a la altura de la nobleza de tus amigos italianos. Desde que falleció su marido, no tiene el menor interés en quedarse en casa, como es natural.

He reservado habitaciones en el Hassler, así que podemos encontrarnos el Domingo de Resurrección en la Escalinata Española, arriba del todo. Será maravilloso volver a abrazarte. Este año tendré motivos propios para cantar «¡Aleluya!».

Con todo cariño,

Mami

DALLAS (TEXAS), A 1 DE ABRIL DE 1933

SEÑORITA ELEANOR STEED

CAS' ALTA

FIRENZE (ITALIA)

IMPOSIBLE RETRASAR VIAJE HASTA VERANO. LLEGAMOS DOMINGO RESURRECCIÓN SEGÚN PREVISTO. NO VAYAS A SICILIA SIN MÍ. MADRE

Hotel Hassler, Roma (Italia), a 18 de abril de 1933

Queridísimo Sam:

Dudo que vuelva a encontrar en la vida un momento más histórico de ir a Roma que en este aniversario mil novecientos de la crucifixión de Jesucristo. Juraría que el Domingo de Resurrección toda Italia se había congregado en la plaza de San Pedro a esperar a que el Papa saliera al balcón y les diera sus bendiciones. Por suerte, teníamos habitaciones reservadas, porque, según dicen, hay turistas alojados hasta en los cuartos de baño y en los armarios de toda la ciudad.

El trayecto en coche desde Génova duró más de lo previsto. Nuestro Lincoln verde atrajo la atención de hordas de admiradores desde el momento en que lo depositaron en el muelle, y provocábamos un atasco en todas las localidades del camino hasta Roma, así es que llegamos agotadas del esfuerzo, pero nos reanimamos al momento, nada más ver a mi querida hija. Nos llevó un ramo de flores a la habitación del hotel, pero la flor que más agradecí fue su carita risueña. Parece mucho mayor y más segura que la jovencita a la que despedimos el verano pasado... y, sin embargo, mucho más efusiva en sus expresiones de cariño. No me extraña que haya conquistado el corazón de un conde italiano: yo también me he enamorado locamente de ella.

El conde Fabrini es un joven encantador y, por fortuna, mucho menos imponente que su título. No sé cómo habríamos podido recorrer la ciudad esta semana sin su útil ayuda.

El Domingo de Resurrección se las arregló, no sé cómo, para llevarnos entre la multitud que atestaba la plaza de San Pedro y encontrarnos un sitio enfrente de la *Pietà* de Miguel Ángel, donde estuvimos dos horas esperando a que llegara el papa para decir misa. Aunque el rito católico me resulta tan ajeno como la lengua en la que se celebra, no pude por menos de conmoverme ante el respeto y la devoción que la gente siente por *Il Papa*. Envidio la fe que permite a esa multitud someterse tan por completo a la

autoridad de un hombre, de un ser humano, al fin y al cabo, a pesar del puesto tan elevado que ocupa. La fe católica tiene un fondo infantil que me parece enternecedor. A todos nos gustaría contar con una figura paterna infalible, pero al final nos damos cuenta de que nuestros padres tienen tantos defectos como nosotros mismos.

De todos modos, y a pesar de las dudas, cuando llevaron al papa por el pasillo central de la catedral bajo palio, en su trono blanco y dorado, me embargó la misma emoción desbordante de respeto, temor y misterio que dominaba a la multitud. No sé si sería por la nobleza de las facciones que contemplaba o por la devoción esculpida de la Madonna de Miguel Ángel que tenía enfrente, pero el caso es que me inundó el amor de los padres por los hijos, que es lo más semejante al amor de Dios por el hombre que podemos conocer en esta tierra. Sentí la bendición de tener a mi hija a mi lado y, por primera vez desde que se marchó el verano pasado, me atreví a reconocer lo mucho que la he echado de menos.

Gracias por el telegrama de Pascua. La señora Perkins ha sido muy considerada al invitarte a comer con ellos el Domingo de Resurrección. Ha estado muy distante conmigo desde mi último viaje al extranjero. Estoy segura de que cree que te he abandonado otra vez. Espero que tú no tengas la misma opinión.

Exa no había salido al extranjero desde su luna de miel y, aunque es una viajera más timorata que yo, la vida en el continente le despierta cada vez más curiosidad. A finales de semana nos vamos a Sicilia con Eleanor y su conde italiano. Desde allí volveremos al continente y terminaremos en Inglaterra, a tiempo para asistir a las carreras de Ascot. Deseo fervientemente que Eleanor venga con nosotras, pero no me he atrevido a sacar el tema a colación. Estoy tan contenta de haberla recuperado que no quiero arriesgarme a perderla de nuevo. De momento, mantenemos la ilusión de que nos separaremos otra vez después del viaje a Sicilia. Pero, en el fondo, me he hecho la promesa secreta de no volver a casa sin ella.

Con cariño,

Bess

Sorrento (Italia), a 24 de abril de 1933

Queridos Lydia y Manning:

Después de ver la Gruta Azul, no hay postal que resulte satisfactoria. La que os mando no le hace justicia ni mucho menos (pero guardádmela de todos modos... Al menos servirá para demostrar que he estado allí).

Exa y yo vamos muy cómodas en el Lincoln verde, pero Eleanor prefiere viajar a mayores velocidades con su amigo, el conde Fabrini, en su descapotable deportivo. Todas las mañanas nos despedimos a la hora del desayuno y nos volvemos a encontrar para la cena en otro lugar. La echo de menos todo el día, pero al menos tengo el consuelo de saber dónde está todas las noches.

El conde Fabrini se encargó de enseñarnos la ciudad cuando estuvimos en Roma, e insistía en que compensáramos cada visita a unas ruinas antiguas con otra a algo moderno. Está convencido de que Italia superará pronto su antigua gloria con el gobierno de Mussolini.

Al parecer, este país requiere figuras de autoridad absoluta tanto a la cabeza de la Iglesia como a la del Estado. Entre *Il Papa* e *Il Duce*, a los italianos les queda muy poco que pensar por su cuenta. No obstante, no cabe duda de que Mussolini ha logrado grandes cosas en la economía del país y, por lo visto, no ha hecho más que empezar.

El conde Fabrini dice que hacer un viaje por Sicilia como el que planeábamos habría sido mucho más peligroso antes de Mussolini. Bajo su régimen, han detenido y condenado a los tres mil miembros de la infame Mano Negra, que ahora hacen trabajos forzados en la cárcel. Parece ser que ya los habían detenido otras veces, pero ningún juez se atrevía a condenarlos. En esta ocasión, Mussolini añadió todo su peso a la balanza de la justicia amenazando con la pérdida de su puesto a todo juez que no los condenara.

Con todo, a pesar del entusiasmo del conde por los grandes logros de Mussolini, a mí me parece mucho más interesante el pasado de Roma que el futuro. Podría quedarme aquí la vida entera descendiendo en la historia de capa en capa, imaginándome la arquitectura que rodeaba cada arco en el pasado y las crónicas que presenció cada columna.

Una noche se celebró en el hotel un baile de gala para recaudar fondos para los refugiados rusos. Después de un día de turismo agotador, Exa se negó a pensar siquiera en dar un paso de baile. En cambio, Eleanor y yo nos quedamos embelesadas viendo a tanta realeza reunida bajo un mismo techo y compramos entradas a veinte liras cada una (el dólar está ahora a diecisiete y no para de depreciarse). Cantó el coro de cosacos, y Rachmaninoff tocó el piano ante una multitud enjoyada, entre la que se encontraban el rey de Grecia y un rajá indio con su séquito.

Cuando empezó el baile, el director del hotel tuvo la gentileza de presentarnos a Eleanor y a mí a unos cuantos atractivos compañeros de baile. A mí me encantó sobre todo un profesor de historia italiano. Sin embargo, como tenía más gracia hablando que bailando, enseguida dejamos la pista de baile y nos fuimos fuera a dar un paseo tranquilo. Antes de que llegara la hora de despedirnos ya me había apuntado a una serie de conferencias que iba a dar, titulada «Paseos por la antigua Roma».

Y resultó ser un guía extraordinario que dotaba de vida cada sitio al que íbamos con sus expresivos comentarios. Además de las conferencias con paseo a las que me apunté, me llevó, en visita particular, a los jardines de Tívoli. Ningún sitio me había dado nunca una sensación tan intensa de placer físico. Tanto es así, que temblaba en medio de semejante abundancia de fuentes. Incluso tuve que sentarme a descansar en un banco de mármol que estaba escondido en un bosquecillo de cipreses para no caerme. El profesor Panetti, muy solícito, me explicó con toda amabilidad que esos sentimientos que experimentaba yo por primera vez eran normales entre las personas de temperamento latino. Por fin se me pasó el temblor de piernas y pude ponerme de pie y seguir con el paseo.

Cuando volvíamos a la ciudad, el profesor me contó que Villa Sciarra había sido propiedad de una mujer americana, que se la regaló a Mussolini, quien, a su vez, se la entregó al pueblo de Roma, pero que los pavos reales que ella compró todavía paseaban por los jardines. Es evidente que Italia le causó el mismo efecto que a mí. Vine aquí a rescatar a mi hija, pero parece que he sucumbido a su hechizo exactamente igual que ella.

Os quiero a todos,
Bess

Nápoles, a 2 de mayo de 1933

Andrew Steed
Calhoun College
Universidad de Yale
New Haven (Connecticut)

Queridísimo Andrew:

Es la primera vez que estoy en Europa sin ti y tu eterno cuaderno de apuntes. Echo de menos esa perversa costumbre tuya de dibujar a los turistas que contemplan los monumentos para no tener que contemplarlos tú. Todavía guardo con cariño el dibujo de aquellos gordos turistas alemanes que miraban la *Mona Lisa* con tan evidente falta de sensibilidad. La verdad, no sé por qué se molesta en viajar esa gente.

Ahora volvemos a Florencia, después del fin de semana en Sicilia con el conde Fabrini y su familia. Esta visita ha revelado a Eleanor lo que significa el matrimonio para los italianos mucho mejor que todo lo que hubiera podido decirle yo. Nos han tratado con gentileza y amabilidad, por descontado, pero ninguna mujer americana podría no ofenderse al ver el autoritarismo con que mandan en casa los hombres italianos. No me imagino qué mujer acostumbrada a que se escuchen sus opiniones con respeto sería capaz de someterse por voluntad propia a una autoridad tan arbitraria. Por suerte, tu hermana tampoco, y me dio una gran alegría cuando se despidió del conde Fabrini y lo dejó en Sicilia con su familia... ¡para siempre!, espero. Vuelve a Florencia con nosotras. De momento, no tiene intención de ir a ningún sitio más, pero cuando lleguemos espero poder convencerla de que haga las maletas y vuelva a casa.

La visita que has hecho a los Wainwright en estas vacaciones de primavera parece muy agradable. Deben de estar muy orgullosos de Roger. Me parece impresionante conocer en persona al nuevo editor de *Crimson* de Havard. Siempre he tenido la esperanza de que intentaras hacerte con un puesto en el periódico de Yale, pero, por lo visto, la expresión verbal carece de atractivo para mis dos hijos.

¿Has pensado alguna vez en mandarles algún dibujo tuyo? Los dibujantes de tiras cómicas sobre políticos también gozan de gran prestigio.

Sam se va a llevar una decepción cuando sepa que no aceptas el trabajo que te ofreció en la fábrica para el verano. Como él estudió en una escuela de formación profesional, considera que toda educación universitaria debe concluir con una temporada de trabajo físico arduo y que hay que equilibrar todo lo que se aprende en los libros con su aplicación directa en un puesto asalariado.

Sin embargo, comprendo que te apetezca disfrutar plenamente el último verano de ocio que te queda y te doy permiso para ir con los Wainwright al Cabo, pero con una condición: que vayas a recibirnos al puerto de Nueva York el día 29 de junio, que es cuando llegamos. Y digo más: ¿por qué no invitas a Roger a pasar el fin de semana en Manhattan desde el mismo día en que llegamos? Sería una forma elegante de devolverle el favor y, al mismo tiempo, sería un buen acompañante para Eleanor, si por suerte se da la circunstancia de que quiera ir a casa conmigo.

Mira a ver si puedes reservar entradas para la obra de teatro *Design for Living*. Dicen que es maravillosa y siempre me han fascinado las formas de vivir poco convencionales.

Tengo ganas de volver a casa. Una de las cosas que más me gustan de viajar por Europa desde Texas es volver por Nueva York.

Con cariño,

Mami

Cas'Alta, Florencia (Italia), a 6 de mayo de 1933

Querido Sam:

Cuanto más veo cómo es la vida familiar de los italianos, más me congratulo de tener un marido como tú esperándome en casa, un marido que trata a su mujer de igual a igual, no como algo accesorio. ¡Qué ganas tengo de sentarme otra vez frente a ti a la hora de cenar y oírte contar un nuevo plan de reparto de beneficios!

Los artículos de Walter Lippmann en *The New York Herald Tribune*, que leo a diario, me han animado mucho respecto a la marcha de nuestra economía. Hasta tú tendrás que reconocer que la

decisión de Roosevelt de sacar a los Estados Unidos del patrón oro ha sido un verdadero acierto. De todos modos, creo que harías bien en dar a esos aumentos de salarios que propones un «carácter eventual», hasta que estés muy seguro de que el aumento de la producción los justifica.

Aquí, el trayecto en coche por valles verdes ha sido precioso. Mussolini está empeñado en poner fin a la importación de trigo y lograr que Italia se autoabastezca, y, a juzgar por la extensión de las tierras de cultivo, seguro que lo consigue. Me preocupa el futuro de los países vendedores de trigo cuando Italia deje de comprárselo, pero parece que aquí nadie piensa en eso.

En Florencia llevo una vida de señora ociosa. Las continuas visitas turísticas de estos días me han dejado extenuada y ya no puedo seguir despreciando el recurrente dolor de espalda que es el inevitable peaje que se cobran las calles empedradas.

Me ha impresionado mucho la «madre» italiana que tuvo Eleanor el año pasado, la *signora* Manolo, y la forma que tiene de gobernar su casa. No me extraña que la niña se lo haya pasado tan bien aquí. Solo tienen una criada, pero es una maravilla. Se levanta antes del alba y limpia la casa, va al mercado, prepara almuerzos de tres platos y cenas de cuatro, y cambia la vajilla entre plato y plato.

¡Ojalá pudiera llevar conmigo a una doméstica italiana! Pregunté a la *signora* Manolo por el salario y me quedé asombrada cuando me dijo que a su criada le pagaba doscientas liras al mes. Al cambio antiguo de un dólar a veinte liras, que era el vigente cuando llegó Eleanor, serían solo diez dólares mensuales, pero incluso según el cambio de ahora, de un dólar a quince liras, sigue siendo una ganga, en comparación con los salarios que se pagan en nuestro país por el servicio doméstico.

A pesar de todo, por nada del mundo me quedaría a vivir aquí. Hasta en una residencia particular como la de la *signora* Manolo los huéspedes están obligados a enseñar el pasaporte a la policía. Parece ser que ha habido muchos atentados contra Mussolini (la prensa italiana no ha dado noticia de ninguno; por lo visto, solo le interesan los triángulos amorosos) y la policía siempre está a la busca y captura de disidentes políticos. El ciudadano está sometido a

leyes muy estrictas que rigen todos los aspectos de su conducta. Por ejemplo, se prohíbe a las mujeres de toda clase y condición recibir visitas masculinas en el dormitorio. La policía tiene derecho a irrumpir en cualquier casa a la menor sospecha de que se esté infringiendo cualquiera de esas leyes.

Eleanor ha comprendido por fin que es muy peligroso seguir viviendo en un país en el que el gobierno tiene derecho a irrumpir en la vida privada de los ciudadanos con tanta libertad, así es que volvemos a casa a finales de junio. Es emocionante lo mucho que ha crecido en cinco años, desde el último viaje que hicimos juntas, tanto como persona como en su criterio para juzgar lo que puede ofrecer Europa. En la iglesia de Santa Maria del Carmine, bajo la tenue iluminación, me desbordó el orgullo cuando Eleanor me señaló los primeros músculos del estómago del arte renacentista (en el *Adán* de Masaccio).

Habla muy en serio de continuar los estudios de Bellas Artes que ha empezado aquí y, en otoño, le gustaría alquilar un apartamento en Nueva York. No soporto la idea de volver a perderla tan pronto, pero, al menos, este verano estará con nosotros en Dallas. Será estupendo volver a ser una familia... aunque por poco tiempo y sin Andrew.

Con todo mi amor,

Bess

New Haven, a 15 de junio de 1934

Queridos Lydia y Manning:

Sam y yo hemos asistido con mucho orgullo a la entrega de diplomas de Andrew. ¡Cuánto me gustaría que lo hubiera visto su padre! Cuando pienso en lo mucho que consiguió en el mundo de los negocios con solo un diploma de Texas, me regocijo pensando en la cantidad de puertas que se le abrirán a su hijo con un título de Yale. Andrew todavía no sabe a qué dedicarse. Lo único que sabe con seguridad es que no volverá a poner los pies en un aula, así que no hará posgrados de ninguna clase.

Eleanor vino a buscarnos a la estación de Nueva York y pasamos unos días muy agradables con ella. Tiene un apartamento

pequeñito, pero sabe sacarle el máximo partido. Prefiere estar sola en un apartamento atestado que compartir uno más espacioso, y estoy de acuerdo con ella, sin duda. Dwight Davis, que ahora es un decorador famoso y está mucho más contento que cuando se dedicaba a la bolsa, ha tenido la generosidad de prestarle consejo y hacerle descuentos profesionales, y el apartamento ha quedado amueblado con un gusto exquisito.

Una noche, Eleanor se empeñó en hacernos la cena. Sus artes culinarias se reducen a un menú —filete con alcachofas—, pero ya es uno más de los que he aprendido a hacer yo en la vida, así que me quedé muy impresionada. Después de cenar nos enseñó su carpeta de diseños de vestidos: el resultado de los estudios de este año en el Instituto de Diseño. Me parece que tiene verdaderas dotes para esto y que está en condiciones de competir profesionalmente, aunque, por lo visto, no le interesa hacer carrera.

Vino a Yale con nosotros a la graduación de Andrew y después se fue sola a Princeton para asistir al inicio de las actividades de su amigo Henry Prince. Me habría encantado ir con ella —no he visto a Henry ni a su padre desde que nos despedimos en Italia, hace casi seis años—, pero a Sam le pareció que teníamos que estar aquí con Andrew.

Desde que se trasladó a Nueva York el otoño pasado, Eleanor ha pasado mucho tiempo con el hijo de los Prince, pero insiste en que solo son buenos amigos y dice que no espere nada más de su relación con él. Sé que lo dice para evitarme futuras decepciones, pero, sea como fuere, me llevaré un disgusto si no consiguen encontrar siempre la dicha el uno con el otro.

Ahora están preparando un viaje por Alemania este verano: a pie siempre que sea posible y, lo demás, en tren, sin itinerario fijo, dejándose llevar únicamente por el impulso. En cualquier otra circunstancia no permitiría que Eleanor hiciera un viaje así, pero Henry Prince merece mi mayor consideración y solo me cabe esperar que sea esta la primera de muchas aventuras que vivan juntos. Henry y su padre tienen la virtud de encontrarse como en casa en cualquier parte del mundo, y yo no podría desear nada mejor para mi hija.

Mi enhorabuena a Marian por los honores académicos. Debéis de estar orgullosísimos de ella.

Con cariño para todos,

Bess

DALLAS (TEXAS), A 9 DE SEPTIEMBRE DE 1934

SEÑORITA ELEANOR STEED

ROTHENBURG-OB-DER-TAUBER (DEUTSCHLAND)

EN RESPUESTA A TU TELEGRAMA NACISTE EL 25 DE AGOSTO DE 1913 A LAS 4.35 DE LA TARDE. ME MUERO DE PREOCUPACIÓN. SI SE HAN COMPLICADO LAS COSAS VETE CUANTO ANTES A LA EMBAJADA. POR FAVOR MANDA NOTICIAS DE TU SITUACIÓN INMEDIATAMENTE. CON CARIÑO. MADRE

Dallas, a 21 de septiembre de 1934

Señorita Eleanor Steed
Rotheenburg-ob-der-Tauber (Deutschland)

Querida:

¡Cuánto me alivió recibir tu carta y enterarme de que necesitabas la hora de nacimiento por una simple cuestión astrológica! De todos modos, me asombra que, según los astros, no hayas encontrado todavía al hombre con el que te vas a casar. Creía que estabas pasando un verano maravilloso con Henry. ¿Qué es lo que no funciona?

Puedo entender que ambicione ser poeta y, sin duda, se trata de una profesión que se puede permitir. Las muestras de su obra que me has mandado son impresionantes, la verdad, y seguro que en Londres encuentra el ambiente necesario para madurar y florecer. Pero ¿por qué va a Inglaterra él solo? ¿Y qué es lo que te retiene a ti en Alemania?

Esperaba que volvieras a casa a tiempo para la temporada social de otoño. El presidente del Club Idlewild me ha llamado varias veces para saber si te interesaría presentarte en sociedad. Me he tomado la libertad de decirle que sí —cualquier otra respuesta habría sido ofensiva—, aunque le advertí que tal vez no lo hicieras este año.

Has alcanzado una gran reputación *in absentia*, pero creo que ya es hora de que la corrobores con tu presencia. Hay que reconocer

que, al principio, a la gente le intrigan los ausentes, pero, a la larga, la distancia se convierte en una afrenta. De todos modos, quien elige volver a casa teniendo tantas otras posibilidades a mano se gana un recibimiento que jamás se les dispensó a los que nunca se fueron.

Ha sido maravilloso que Andrew viniera a vivir a casa otra vez. No ha tenido suerte, no ha encontrado un trabajo a la altura de la educación que ha adquirido, pero corren malos tiempos y la semana pasada se alegró mucho de que le dieran un puesto en la compañía de gas. Lo malo es que el horario no es muy compatible con su cargada agenda social, pero un trabajo que le permita dormir hasta el mediodía también requiere su presencia por la noche y, por supuesto, eso ni se lo plantea... al menos hasta después de las vacaciones.

Por favor, cuéntame tus planes con todo detalle. Me alegro mucho de que estés aprendiendo tanto alemán. Es un idioma que no he logrado dominar, a pesar de los esfuerzos y la paciencia que empleó Annie con nosotros. Me deslumbra que estés a punto de dominar cuatro lenguas. Es una riqueza muy superior a la que jamás podré dejarte yo en herencia. De todos modos, al final, lo que cuenta es lo que dices, no en qué lengua lo dices. Confieso que, en este momento, no te entiendo en ninguna lengua, pero te quiero en todas.

Madre

Dallas, a 23 de noviembre de 1934

Señor Richard Prince
Greenhill Estate
Atlanta (Georgia)

Queridísimo Richard:

Hoy es mi cumpleaños y tengo la sensación de que, a los cuarenta y cuatro, se me ha terminado la vida. El final ha llegado esta mañana, con la felicitación de mi hija, que está estudiando escultura en Múnich. Me dice que Henry y ella se hicieron una promesa en septiembre, cuando se separaron: renunciar a los limitados placeres terrenales y consagrar la vida al arte. En la misma carta me dice que

ha vuelto usted a casarse. Me han arrebatado el pasado y el futuro de un solo golpe y, sin ellos, el presente no tiene sentido para mí.

Hace tiempo que perdí la esperanza de que entre usted y yo se estableciera una relación que encajara en los límites de este país y con las responsabilidades que hemos contraído por nuestra vida anterior, pero, hasta esta mañana, cuando me la han arrebatado, no me había dado cuenta de cuánta ilusión me hacía que nuestros hijos continuaran lo que habíamos empezado nosotros. Sin esa ilusión me encuentro más sola que nunca.

Sé que ha prolongado el crucero que está haciendo con su nueva mujer por el Mediterráneo, pero, como la única dirección suya que tengo es la de Georgia, le mando allí esta carta con la esperanza de que se la hagan llegar al extranjero. No sé el itinerario que llevan, pero estoy segura de que irá a ver su hijo a Inglaterra. Por favor, recuérdele que los mejores poetas han alcanzado sus mejores logros inspirados por el amor de una mujer. ¿Dónde se habría quedado Dante sin el amor de Beatriz?

Aunque habría sido emocionante anunciar la boda de su hijo y mi hija, en este momento me conformaría con un acuerdo menos permanente. Entiendo que un poeta quiera resistirse a iniciar una relación que pueda desintegrarse en la rutina doméstica, pero Henry y Eleanor tienen en común tantas metas inasibles que es una lástima que no puedan perseguirlas juntos, ya que no unidos en matrimonio. Por otra parte, como bien sabemos ambos, la comunión espiritual a menudo se consigue más fácilmente fuera del matrimonio.

De todas maneras, confío en que no sea este su caso. Por favor, acepte mi enhorabuena. Procuraré consolarme pensando que una persona que tanto ha viajado sola en la vida ha encontrado por fin una compañera con la que recorrer el mundo. Supongo que, por haberme visto privada de esa suerte, se la deseo a mi hija con mayor desesperación.

¿Por qué me parece de pronto que soy tan vieja, a los cuarenta y cuatro años... y sabia solo por carencia? Sé que por la mañana me encontraré mejor, pero ¿cómo voy a pasar la noche? (Es solo una pregunta retórica. Cómo pase yo las noches no es asunto suyo, muy a mi pesar.)

Adieu,
Bess

Helsinki, a bordo del *North Star*, a 18 de abril de 1935

Andrew, querido:

Eleanor se alegró mucho al saber de tu compromiso y volverá a casa conmigo para la boda.

En este viaje, las dos nos hemos dado cuenta de lo poco que conocemos el mundo, en realidad. Eleanor subió a bordo de mi barco en Southampton y pasamos una semana en Londres antes de emprender el crucero del Cabo Norte. Tu hermana tenía muchas ganas de volver a ver a Henry Prince. Llevan todo el año escribiéndose con regularidad, animándose el uno al otro a seguir ciegamente con sus respectivas formas de arte, pero Eleanor, que estudia escultura con la solitaria entrega de una monja, se ha llevado una ingrata sorpresa al descubrir que Henry compone su poesía en compañía de un joven con el que comparte piso.

Se sintió tan traicionada como artista y como mujer que, cuando volvimos al hotel, estuvo a punto de destruir la *madonna* de terracota que me había hecho por mi cumpleaños. Por suerte, me interpuse a tiempo y ahora está sana y salva, bien guardada fuera del alcance de su ira. Ahora la conservaré con mayor motivo, porque sé que nunca volverá a trabajar en su arte con una motivación tan pura.

Salimos de Londres con el estado de ánimo más apropiado para apreciar la severa belleza de los países escandinavos y, cuanto más nos acercamos a nuestro destino —Leningrado—, más me fascina la idea de ponerme en contacto con una cultura tan diferente de la nuestra. Aunque me costó bastante convencer a Eleanor de que viniera conmigo a hacer este crucero, ahora se alegra mucho de haber cedido. Parece que la mejor manera de llevarla de vuelta a Texas es ir primero a un país en el que no haya estado nunca.

En cuanto lleguemos, me gustaría organizar una fiesta en el club de campo en honor a tu compromiso y al regreso de Eleanor. Elige tú la fecha y contrata a una orquesta, pero no mandes invitaciones hasta que dé yo el visto bueno a la lista de invitados.

Con cariño,
Madre

A BORDO DEL *QUEEN MARY, A 5* DE JUNIO DE 1935

SR ALBERT HENDERSON

PRESIDENTE

IDLEWILD CLUB

HOTEL ADOLPHUS

DALLAS (TEXAS)

ELEANOR HA DADO CONSENTIMIENTO VERBAL PARA PRESENTACIÓN EN SOCIEDAD EN OTOÑO. ESPERO ESTÉ LIBRE TODAVÍA PARA ACOMPAÑARLA. BESS STEED GARNER

Dallas, a 5 de octubre de 1935

Queridísimos Lydia y Manning:

Después de tantos años de tranquilidad, mientras los chicos estaban estudiando, la casa ha cobrado vida otra vez. Sam se queja del ruido constantemente, pero yo agradezco hasta el último sonido... incluso la música de gramófono que llega del tercer piso a las tres de la madrugada.

Ese piso ha sido de los chicos desde el principio. Hemos quitado todos los muebles que ocupaban la gran zona central de lo que era la habitación de juegos y ahora es una pista de baile. Eleanor se ha quedado con las dos habitaciones de la izquierda, una de dormitorio y la otra de estudio, y Andrew dice que las dos del otro lado son su suite.

El sábado pasado volvieron a casa de una fiesta con unos cuantos amigos de su pandilla y siguieron bailando hasta el amanecer. Cuando Sam y yo nos despertamos por la mañana, teníamos a veinte invitados inesperados a desayunar. Por suerte, mi criada se alegra tanto como yo de que estén mis hijos en casa, así que no se inmutó al ver a tanta gente. Ni siquiera le importó perderse el oficio dominical. Dijo que podía alabar a Dios igual de bien haciendo bollos que rezando en el banco de la iglesia.

Desde que volvimos del crucero por Cabo Norte, a Eleanor la tratan como al hijo pródigo. Hace unas semanas, se reunieron unas cuantas amigas suyas y le mandaron una citación de broma,

acusándola de monopolizar la atención de todos los jóvenes solteros de la ciudad. El «juicio» se celebró en el Manhole, que es una casa que comparten seis jóvenes abogados muy prometedores, uno de los cuales se encargó de la defensa. Se llama Walter Burton y parece ser que procede de alguna parte de Maryland, de una familia rural de origen desconocido. Sin embargo, en el año que lleva aquí ha sabido ganarse el respeto de algunos de los abogados más prominentes de la ciudad, y a Eleanor le encantó la elocuencia con que la defendió. En cuanto la declararon inocente de los cargos se sirvió cena para todos los asistentes. Entre todos los hombres que comparten esa casa pagan el salario a un cocinero y, según Eleanor, ser invitada a cenar en el Manhole es uno de los honores más preciados de la ciudad.

Espero que podáis asistir al baile que voy a dar en honor de mi hija un mes después del de Idlewild. Según la tradición, tendría que acompañarla a este baile el presidente del club, pero ella insiste en conceder ese honor a su defensor, Walter Burton. Es una falta de etiqueta flagrante a la que me opongo con todas mis fuerzas, aunque me gusta mucho el joven en cuestión. De todos modos, ella dice que prefiere renunciar a la fiesta antes que pasarla en compañía de una persona con la que se aburriría, conque supongo que no me queda más remedio que ceder y darle el consentimiento. A cambio, la he convencido de que no divulgue su decisión hasta después del baile de Idlewild. No quiero que nada ponga en peligro su presentación formal en sociedad del brazo del presidente del club.

Tengo muchas ganas de que conozcáis a Nell Cunningham, la joven con la que se va a casar Andrew. Es descendiente directa de una de las principales familias de Virginia y me halaga mucho que haya aceptado a mi hijo por marido. Solo espero que Andrew sepa apreciar la suerte que ha tenido.

Han fijado la fecha de la boda para el día 21 de febrero. Es un mes con poca actividad social y a Andrew le pareció que celebrar una gran boda sería una diversión apetecible para sus amigos. Nell y su familia preferirían una boda pequeña. Hace poco que han venido de Virginia y no conocen a mucha gente. Además, aunque son una familia impecable, sospecho que no tienen grandes recursos

económicos, como les sucede a tantos aristócratas. Por eso les he propuesto que celebremos el banquete en el club de campo, que corre de mi cuenta. Al fin y al cabo, la boda del único hijo de la familia representa, en cierto modo, una obligación social para una mujer de mi posición, y, por otra parte, creo que es justo que me haga cargo de las responsabilidades económicas de un acontecimiento del que van a disfrutar sobre todo amigos y familiares míos.

Nell, su padre y su madre no tienen familia aquí, son solo ellos tres. Su hermano Craig es diseñador de moda en Hollywood. Está diseñando el vestido de boda de su hermana como regalo de boda. Nell me enseñó el bosquejo que mandó desde Hollywood y el vestido es impresionante, ni más ni menos.

No me habéis contado casi nada del joven amigo de Marian, solo que le habéis tomado mucho cariño. Espero que Marian venga con él al baile de Eleanor y nos lo presente... A nosotros y ¡a Dallas!

Con cariño,

Bess

Dallas, a 10 de noviembre de 1935

Apreciado señor Cunningham:

Aunque no nos han presentado formalmente, he oído a su hermana hablar tanto de usted que ya me parece como de la familia. Y el bosquejo del traje de boda no podía ser mejor carta de presentación de su trabajo.

El motivo de la presente es, para ser exactos, el trabajo que hace usted. Mi hija Eleanor, que es una artista por derecho propio (ha estudiado pintura en Italia, escultura en Alemania y diseño de moda en Nueva York), se presenta en sociedad la semana que viene. A finales de mes celebro un baile en su honor y me complacería mucho que pudiera lucir un Craig Cunningham original para la ocasión. Según dicta la tradición, la joven que se presenta en sociedad lleva, en su fiesta particular, el mismo vestido que en Idlewild, pero mi hija ya se va a saltar un aspecto de la tradición con el acompañante que ha elegido, conque también puede saltársela con el vestido.

Aunque me consta que vive usted con desahogo diseñando para el cine, diría que le sería muy provechoso iniciar también un negocio particular. Sin duda, no es aconsejable que la única fuente de ingresos de un profesional dependa en exclusiva de una industria tan caprichosa como la del cine. Las mujeres que asistirán al baile de mi hija están acostumbradas a gastar mucho en vestuario y me alegraría que una persona que muy pronto será uno más de la familia pueda sacar provecho de sus extravagancias.

Algunas veces he comprado en Nueva York modelos de marca, y supongo que sus precios serán por el estilo. No obstante, puedo permitirme pagar tanto como cualquier estrella de cine, así es que haga todo lo que pueda por mi hija.

Dígame cuanto antes si le interesa esta proposición, para mandarle las medidas.

Atentamente,

Bess Steed Garner

Dallas, a 2 de febrero de 1936

Señor Harold D. Perkins
Editor
The Dallas Morning News
Dallas (Texas)

Querido Hal:

Lamento muchísimo que su mujer y usted no puedan asistir a la boda de mi hijo la semana que viene, pero, como es natural, comprendo que la conferencia del periódico es más importante.

A pesar de todo, el motivo de esta carta es la boda. No sé si lee usted *The New York Times* con detenimiento, pero sin duda se habrá percatado de que, cuando las dos familias son igual de importantes, la sección de sociedad suele publicar una fotografía del novio y la novia al salir de la iglesia, en vez del habitual retrato nupcial. Totsie Fineman, redactora de la sección de sociedad de su periódico y gran amiga mía, me dice que *The Dallas Morning News* no sigue ese criterio, pero acompaño unas fotografías de mi hijo y su futura esposa en la escalinata de la catedral de St. Matthew, por si se diera

el feliz caso de que se replanteara la mencionada norma antes de salir para la conferencia.

También podría indicar a su mujer que a esos enormes arbustos de lilas que ha plantado a modo de seto entre su casa y la nuestra les vendría muy bien un poco de poda. Se lo habría dicho yo en persona, pero parece que nunca coincido con ella.

Atentamente, como siempre,

Bess

Dallas, a 18 de julio de 1936

Señor Walter Burton
The Manhole
4123 Amherst
Dallas (Texas)

Querido Walter:

Sirva esta carta para pedirte disculpas formalmente por haberte puesto en un aprieto con la alcachofa en la cena de anoche. Nadie debería enfrentarse a una alcachofa por primera vez en público, y siento en el alma las molestias que te haya podido causar la experiencia. Sin embargo, admiro la naturalidad con que reconociste que no sabías qué hacer con ella. Según mi punto de vista, la educación es el reconocimiento continuo de lo poco que sabemos y, cuanto más mundo veo, mejor me doy cuenta de lo mucho que me queda por aprender.

Te agradezco muchísimo la felicidad que has proporcionado a mi hija a lo largo de este año, y espero que siga siendo así. Me ha dicho que habéis hablado de matrimonio, pero que tú opinas que tu posición económica no es todavía la deseable. La prudencia es una cualidad admirable en un hombre de tu posición, pero, por lo que he descubierto este año de tu carácter y habilidades, diría que tienes asegurado el porvenir en esta comunidad. Me alegraría mucho que entraras a formar parte de la familia, y solo con el uso que dé yo a tus servicios profesionales tendrás asegurados unos ingresos generosos. Nunca he contado con un abogado al que pudiera consultar con libertad y tengo ganas de trabar una relación profesional contigo, además de personal.

Espero que Eleanor y tú anunciéis pronto vuestro compromiso y fijéis la fecha de la boda. La verdad es que lo único que le impediría irse de casa sería fijar una fecha en el futuro inmediato. Ya ha escrito a una escuela de Viena interesándose por el programa de otoño. Le he escondido el pasaporte, pero amenaza con pedir un duplicado. Aunque la he traído a casa de Europa dos veces, tal vez no tenga tanta suerte a la tercera.

Como regalo de compromiso, me gustaría poner a vuestra disposición un terreno que tengo en Mockingbird Lane, que hace esquina, y el de boda será la casa que construyamos en él.

Con mucho cariño,

Bess

Dallas, a 20 de junio de 1937

Señora de Walter Burton
6824 Mockingbird Lane
Dallas (Texas)

Querida mía:

Bienvenida a casa. Quería que la primera carta que encontrases en el buzón al volver de la luna de miel fuera mía.

El día después de la boda lo pasé arreglando tu casa, guardando los regalos, haciendo la cama con tus sábanas bordadas nuevas y plantando flores alrededor de la puerta principal para que te recibieran cuando volvieras. Inspeccioné hasta el último rincón y me quedé muy satisfecha. El arquitecto que elegiste ha distribuido el espacio, que no es mucho, con gran imaginación. Tenías razón al insistir en él, aunque en su momento me pareció que tenía una tarifa muy elevada. Fue un acierto que Walter te convenciera de retrasar la boda hasta que la casa estuviera terminada. No habrías podido encontrar ningún apartamento con dos cuartos de baño, y disponer de un solo lavabo puede causar más fricción en un matrimonio que dormir en la misma cama.

Ahora me alegro de que te negaras a celebrar la gran boda en la que había pensado yo y que insistieras en que fuera más íntima y en casa. Cada vez que pase por el salón, siempre te veré delante de la chimenea con el exquisito vestido que diseñaste y los ángeles que

esculpiste y me regalaste por Navidad, arrodillados en la repisa, con azucenas en las manos. Me imagino que rezan por tu felicidad, y ahora, todas las noches, antes de ir arriba, me arrodillo ante ellos y añado mis plegarias a las suyas.

Cuando estábamos en la estación diciéndote adiós hasta que desapareció el tren en dirección a Nueva Orleans, Sam me abrazó de pronto y me anunció que al final de la semana nos íbamos de luna de miel particular. En nuestro matrimonio, las cosas no han seguido el orden natural, porque Sam primero fue padre y después marido. Ahora que mis dos hijos se han casado, somos marido y mujer al fin y ya hemos empezado a vernos el uno al otro con otros ojos.

Ha planeado un viaje maravilloso en tren por la costa noroeste del Pacífico, para seguir en barco hasta Alaska, y me ha sorprendido gratamente al insistir en correr él con todos los gastos. Hasta ahora, siempre hemos pagado los gastos de los viajes a medias, y los que he hecho sola los he pagado yo íntegramente, como es natural. No tengo la menor idea de cuánto dinero posee. Siempre me hace firmar la declaración de Hacienda conjunta antes de rellenarla. De todos modos, me da la impresión de que está a punto de convertirse en un hombre adinerado, y me apetece vivir la vejez con él.

Estaremos de viaje todo el verano, así que Walter y tú podréis empezar la vida de casados sin interferencias de suegros. Casi acusaría a Sam de planear este viaje con esa intención, pero, sea cual fuere el motivo, me alegro de viajar y en cuanto cierre esta carta me pongo a hacer las maletas. Así que, hola y adiós.

Con todo cariño,

Madre

CIUDAD MONTE (MÉXICO), A 3 DE SEPTIEMBRE DE 1938

SEÑORA DE WALTER BURTON

HOSPITAL FLORENCE NIGHTINGALE

DALLAS (TEXAS)

SI TUVIERA ALAS ESTARÍA AHÍ PERO EL CORAZÓN ECHÓ A VOLAR AL SABER QUE MI PRIMER NIETO HA NACIDO SANO Y SALVO. ESTAMOS BIEN PERO AISLADOS POR INUNDACIÓN. ME MUERO POR VER AL NIÑO. ABRAZOS. MADRE

CIUDAD MONTE (MÉXICO), A 3 DE SEPTIEMBRE DE 1938

SEÑOR WALTER BURTON

SANDERS AND HARRYS, ABOGADOS

210 MAIN STREET

DALLAS (TEXAS)

MALA CONEXIÓN. CONVERSACIÓN TELEFÓNICA IMPOSIBLE. TODAVÍA NO SÉ SI ES NIETO O NIETA. SEA LO QUE SEA, POR FAVOR ENMIENDA TESTAMENTO PARA QUE NIETO HEREDE IGUAL QUE MIS HIJOS. QUIZÁ NO SALGA VIVA DE MÉXICO. ABRAZOS. BESS

CIUDAD MONTE (MÉXICO), A 3 DE SEPTIEMBRE DE 1938

RECIÉN NACIDO BURTON

HOSPITAL FLORENCE NIGHTINGALE

DALLAS (TEXAS)

MI QUERIDO NIETO LAMENTO MUCHO NO HABER ESTADO EN DALLAS PARA VERTE LLEGAR PERO LO CONSIDERO UNA SEÑAL DE ESPÍRITU INDEPENDIENTE. TÚ NO ESPERAS A NADIE. LO MISMO SE PUEDE DECIR DE MÍ. VAMOS A SER MUY BUENOS AMIGOS. YA TE ADORO. ABUELA

Dallas (Texas), a 7 de septiembre de 1938

Queridos Lydia y Manning:

Acabo de ver por primera vez a mi primera nieta. Con solo un mes, parece que ya lo sabe todo. La verdad es que me miró fijamente, como si me preguntara por qué había tardado tanto en venir. Reconozco que tenía derecho a preguntar.

El lunes, 29 de agosto, dos semanas antes de que mi hija saliera de cuentas, estábamos en la autopista panamericana, de regreso a casa. Con total despreocupación, sin tener la menor idea de lo que nos esperaba, paramos a pasar la noche en Ciudad Monte. Llegamos en coche al mejor hotel pero nos lo encontramos rodeado de automóviles y de una multitud que andaba de acá para allá. Descubrimos con horror que, con las lluvias torrenciales, los ríos del norte de donde estábamos se habían desbordado. Todos los puentes habían sido derribados y no se podía llegar a Monterrey de ninguna manera.

Los hoteles de la ciudad estaban abarrotados y nos mandaron a los dormitorios de una de las mayores fábricas de azúcar de México,

en la que nos recibieron con mucha amabilidad los propietarios, que casualmente eran estadounidenses. Nos consideramos afortunados, porque los turistas que llegaron después tuvieron que dormir en los coches. Los puentes no se podían reparar hasta que bajaran las aguas, así que no podíamos hacer nada más que esperar a que los ríos que nos separaban de Monterrey bajaran de nivel y se pudieran vadear.

Nos quedamos aislados varios días, sin ningún medio de comunicación. El sábado, cuando por fin repararon las líneas telefónicas, me enteré de que hacía tres días que era abuela. Pude entender a Walter que Eleanor y la recién nacida estaban bien, pero, por lo visto, él no me oía a mí. Nunca había tenido una conversación tan fastidiosa.

La ansiedad me tenía ya fuera de mí cuando el gobernador del estado de Tampico vino a rescatarme. Apareció de repente en nuestro hotel, pero no a lomos de un corcel blanco, sino en una excavadora enorme que, según él, nos llevaría a algunos de nosotros hasta el otro lado del primer río. Fui la primera que se presentó voluntaria. Sam se quedó atrás con el coche, despidiéndome, con cara de no estar convencido al verme subir a una de las vigas laterales y quedarme allí acuclillada. En total, cuando nos fuimos, éramos veinte, sentados hasta en el último rincón posible de la máquina.

Vadeamos el primer río y después seguimos a pie por unas piedras enormes, hasta el lecho principal, donde la corriente era muy fuerte. Allí nos recogieron en balsas construidas a toda prisa y nos cruzaron hasta donde nos esperaban los coches, en los que pasamos dos ríos más, hasta que llegamos a Victoria, donde pernoctamos. Desde allí cogimos un autobús hasta el río siguiente, después tuvimos que cruzar por una pasarela, arrastrarnos por las piedras y, por fin, subir por una escalera de mano hasta la única parte del puente que no se había derrumbado. A continuación nos metieron a todos en un autobús mucho más pequeño y, después de vadear otro río, llegamos a Monterrey.

Con la prisa que tenía por volver a casa, se me olvidó la cartera en el coche, con la documentación de turista y casi todo el dinero.

Llevaba en un bolsillo un monedero pequeño con algo de calderilla, lo justo para un billete de tren en segunda clase a Dallas, y nada para comida y bebida. La semana anterior, cuando estábamos aislados en la fábrica de azúcar, lo único que teníamos para comer eran las provisiones de emergencia que habíamos tenido la prudencia de guardar en el maletero: galletas saladas y latas. Creía que jamás podría mirar siquiera otra lata de alubias, pero, cuando llegamos a Monterrey, tenía tanta hambre que me habría comido hasta la propia lata tan a gusto.

El tren iba lleno de gente, pero por fin encontré sitio al lado de una mujer mexicana que llevaba dos niños llorones. Hablando en español con mucha vacilación, le conté que iba a Texas a ver a mi primera nieta y me ofrecí a coger en brazos a uno de sus pequeños. Aceptó con agradecimiento y el chiquitín enseguida se quedó dormido y en paz, apoyado en mi hombro. Para devolverme el favor, la mujer me ofreció un plátano de un montón que llevaba. Me lo comí con tanta hambre que me dio otro al momento. Cuatro plátanos después ya éramos amigas. No creo que hubiera visto nunca a una turista americana muerta de hambre. No paró de hablar en todo el viaje, sin darse cuenta de que yo entendía muy poco de lo que decía. El hambre me había transformado en una igual, aunque hablara otro idioma.

Cuando llegamos a la frontera, como no tenía documentación de turista para enseñársela al oficial, me eché a llorar intentando explicarle lo que me había pasado. El oficial quería echarme del tren, pero la mujer empezó a defenderme con elocuencia. Lo único que entendí fue algo de un niño pequeño, pero, por lo visto, al hombre le pareció bien. Me dedicó una sonrisa paternal, dio unas palmaditas al pequeño que llevaba yo en brazos y me dejó seguir viaje.

Cuando llegué a Dallas, Eleanor y la recién nacida se iban ya del hospital. Me fui con ellos a casa en el coche y, por segunda vez en una semana, cogí a un chiquitín en mis brazos, aunque esta vez era mi propia nieta.

Estoy tan agotada como si fuera yo quien ha dado a luz... e igual de orgullosa.

Con cariño,

Bess

Dallas, a 1 de agosto de 1939

Querida madre Steed:

Es una verdadera lástima que nos hablemos tan poco desde hace veinte años. Sé que está muy orgullosa de la familia de Lydia y todos nos emocionamos cuando Marian dio a luz a su primer biznieto, hace ya dos años, pero permítame recordarle que, aquí, en Dallas, tiene también una biznieta a la que solo ha visto una vez desde que nació, hace ya casi un año.

Está pasando dos semanas aquí con nosotros, mientras sus padres se toman unas vacaciones en Nuevo México. Nos encantaría que viniera a vernos ahora, para disfrutar los tres de ella a nuestras anchas, sin los padres. Está a punto de dar los primeros pasos, hasta el punto de que podía haberlos dado incluso hoy, si tuviera un poco más de confianza en sí misma, pero sus padres no la han animado nada a lanzarse, porque dicen que empezará a andar en el momento en que esté preparada para ello, y no antes. De todos modos, hoy he comprado un pequeño e ingenioso arnés con un cinturón largo en la espalda. Yo me pongo detrás de ella, sujetando el cinturón, segura de que le doy todo el apoyo que necesita, y ella echa a andar enseguida hacia delante, hacia su abuelo, que la espera con los brazos abiertos.

Discúlpeme por conceder el título de abuelo a un hombre que solo lo merece por matrimonio, pero, como Sam no ha tenido hijos que le llamaran padre, agradece doblemente el papel de abuelo. Y, de la misma forma que mi primer matrimonio quedó cimentado con la llegada de los hijos, he tenido la grata sorpresa de que el segundo se haya visto reforzado con la llegada de la nieta.

Cuando Eleanor se casó, Sam y yo nos quedamos solos como marido y mujer por primera vez desde nuestra boda, hacía ya quince años. Demasiadas veces en el pasado no he valorado lo suficiente cuanto tenía al alcance de la mano y buscaba aventuras fuera. Sin embargo, en estos dos últimos años, explorando los misterios que encierran los límites familiares de nuestro continente, he visto pruebas de una era glacial en el Canadá, una civilización antigua en

México y un ardor desconocido hasta ahora en los ojos de mi marido.

Esta felicidad que acabamos de descubrir en compañía mutua ha quedado sellada por la presencia de una nieta en nuestra vida. Ahora comprendo lo que habría significado para Sam tener un hijo propio. Ha sido pródigo en cariño y preocupación con los dos míos, siempre los ha tratado como si fueran suyos, pero esta es la primera vez que participa en el milagro de un ser desde su nacimiento.

¡Qué orgulloso se puso hoy de los progresos que hace! Mañana, cuando le coloque el arnés, solo la sujetaré por el cinturón los primeros pasos, y después la dejaré suelta; estoy convencida de que andará sola. Cuando por fin se dé cuenta de que me quedo atrás, lejos de ella, estará tan emocionada de lo que ha conseguido que le dará igual. Me he hecho el firme propósito de que pueda ir andando a todas partes cuando vuelvan sus padres. Si me salgo con la mía, dejaremos de verla gateando.

Afortunadamente, tener una nieta me ha hecho olvidar un poco la ausencia de mi único hijo. Ahora comprendo lo que sentiría usted cuando el suyo se casó conmigo y se fue a vivir a otra ciudad. Cuando Andrew me dijo que se iban a Kansas City a abrir una agencia de publicidad, me sobrecogió un sentimiento de pérdida tan grande como no había tenido en mi vida. ¡Qué lejos está de donde yo quisiera que estuviera!

La habitación del oeste está preparada para usted. Conserva el organdí y la cretona que eligió Eleanor a los dieciséis años. No volvió a utilizarla desde que se fue a la universidad, prefirió el aislamiento del tercer piso. Hubo una temporada, después de la boda, en que la casa nos parecía demasiado grande para nosotros solos y pensé en venderla, pero ahora estoy deseando que se llene de nietos... y de bisabuelas que vienen de visita. Debe de ser emocionante ver que la vida continúa en otra generación. Estoy decidida a conocer ese sentimiento antes de morir.

Espero verla pronto.

Con mucho cariño, como siempre,

Bess

Dallas, a 9 de noviembre de 1942

Señora de Hans Hoffmeyer
240 N Cheyenne Street
Tulsa (Oklahoma)

Mi queridísima Annie:

Hoy siento una honda tristeza por ti. Anoche estaba leyendo el periódico con la sensación de que la guerra estaba más cerca todavía, cuando me llamó la atención el nombre de Franz Hoffmeyer. Estaba al pie de una fotografía de un capitán del ejército de los Estados Unidos cuyo rostro sonriente contradecía las palabras que la acompañaban: «muerto en acción».

Parece que fue ayer cuando escribía a otra madre que sufría porque su hijo Franz había muerto en la guerra. Sin embargo, fue en la primera guerra mundial y tu hermano luchaba en el otro bando. En aquella época, Hans y tú os debatíais, como es lógico, entre la lealtad al país de vuestro pasado y el compromiso con el que os prometía un porvenir. Pero en esta ocasión no cabe duda de cuál es tu ciudadanía; solo espero que los privilegios que te concede compensen el alto precio que acabas de pagar.

No sabía que Hans y tú os habíais trasladado a Tulsa hasta que vi tu dirección en el periódico. Espero que el negocio de automoción que ha montado prospere como es debido y que tú sigas ejerciendo la profesión que elegiste. Puedo garantizar tu pericia como sanadora tanto de corazones como de cuerpos heridos. Cuando murió Robin, no sé si habría sido capaz de reunir valor para seguir adelante, de no haber sido por tus solícitos cuidados. Conozco demasiado bien la desesperación que te embarga en estos momentos. Y la rabia por una vida segada. Franz acababa de cumplir veinticinco años... sin haberse casado ni haber tenido hijos. Pero, al menos, se le permitió llegar al umbral de la vida... regocijarse con todas las posibilidades que parecen abrirse a una persona cuando llega a la mayoría de edad. Después de ese momento, casi todo son compromisos, y cada elección recorta el número de otras posibilidades subsiguientes.

No es mi intención ofender el sufrimiento que padeces ahora por la muerte de tu hijo comparándolo con la decepción que siento yo

por mi propia vida, pero es que el tema de la pérdida me trae muchas variaciones a la cabeza. Y tal vez porque me vi obligada a pasar por la muerte de un marido y un hijo tan pronto, estoy en condiciones de comprender con mayor claridad la muerte que existe en la vida y lo contrario: la vida que sobrevive a la muerte. El amor que profesé a mi primer marido no ha cambiado porque ya no esté conmigo... Y tengo que reconocer que todavía hay momentos que prefiero compartir con él antes que con el hombre que me da los buenos días todas las mañanas a la hora del desayuno.

El poder de la memoria es que conserva las imágenes intactas, aunque el tiempo las deslustre un tanto. Para mí, Robin será siempre un niño alegre de once años, incluso en los momentos en que me pregunto en qué clase de hombre se habría convertido. Cuando murió, todavía tenía la ilusión de que una madre podía dar forma al destino de sus hijos, de que, a fuerza de desearlo, podía conseguir que desarrollaran todo su potencial como individuos. Pero, a medida que pasan los años, esperas menos de ellos, hasta que un día descubres que lo único que pides es su presencia física en momentos y lugares determinados, para hacerte la ilusión de que los tienes tan cerca en lo mental y espiritual como físicamente.

Una vez alcanzada la madurez física, el proceso natural no nos permite seguir creciendo. Solo el individuo puede crecer, cobrar relieve y enriquecerse con un esfuerzo de voluntad y de imaginación. Si no se le opone resistencia, la vida solo resta. He dejado de creer que un individuo pueda cambiar el destino de otros por mucho que los ame, pero no renunciaré a la responsabilidad de mi propia vida hasta el día en que me muera.

Queridísima Annie, las circunstancias se han confabulado para tenernos separadas desde el día en que me fui de la casa y de la vida que compartíamos a la mía propia, pero pienso a menudo en ti y, en estos momentos de pérdida, os añoro muchísimo a Hans y a ti. Por favor, no olvides que una amiga fiel comparte tu dolor... Y que no estarás sola mientas yo viva.

Bess

Dallas, a 8 de julio de 1943

Queridísima Eleanor:

Esta es la carta más difícil que voy a escribir en la vida, porque tiene que salvar la mayor distancia: el abismo cada día más profundo que separa a una madre de su hija casada. Cuando decidiste instalarte en la misma ciudad que yo, ni se me pasó por la imaginación que un día me encontraría más lejos de ti que cuando vivías en el extranjero y solo nos separaba el océano. Pero, ya ves, vivimos prácticamente a tiro de piedra y ni siquiera estoy segura de poder alcanzarte por carta.

Lo he pasado muy bien hoy, en tu almuerzo... aunque tuve que pedir que me incluyeran en la lista de invitados. Me temo que, hasta que tengas mi edad, no sabrás lo que significa que los de la generación siguiente te traten como a una de los suyos. Me divierto tanto con tus amigos que se me olvida que no soy tan joven como ellos... hasta que vuelvo a quedarme a solas contigo. ¿Por qué te empeñas en relegarme a la compañía de los de mi edad? Cuando eras pequeña, mis amigos eran amigos tuyos también, y me encantaba que te trataran de igual a igual. ¿Por qué eres tan reacia a devolverme ese favor ahora?

En las fiestas de los ambientes artísticos se encuentra uno con gente de todas las edades. Los dramaturgos viejos dan consejos a los actores jóvenes, los artistas prometedores preguntan a los genios reconocidos, los aspirantes a poeta adulan a los gigantes literarios. El único criterio para entrar es tener talento.

¿Cómo se atreve la buena sociedad a segregar a la gente en razón de la edad? Es una injusticia que me irrita más que la discriminación racial o sexual. Gozar de la compañía de los jóvenes (o de los que son más jóvenes) es la única forma que tenemos de defendernos de esa cruel opresora que es la edad. ¡Qué dolor ver a mi propia hija aliada con el enemigo, incitándolo a negarme el acceso a la siguiente generación!

¿Acaso no podemos ser amigas por ser madre e hija? El hecho de que te fuera impuesta mi compañía desde el día en que naciste no tendría por qué impedirte disfrutar de ella como si la hubieras elegido por ti misma. Confieso que siempre me animo y charlo y me pongo ingeniosa con cualquiera, menos contigo. Por otra parte,

cuando estamos juntas, siempre tengo la sensación de estar pasando una prueba para ver si puedo disfrutar del placer de tu compañía, y no paro de pedir disculpas por aburrirte con respuestas a preguntas que no has hecho.

Sé que, en principio, los hijos quedan fuera del alcance de la vara de los padres en cuanto se hacen mayores, pero no puedo quedarme callada si una hija mía hace daño a propósito a una persona que no lo merece... aunque esa persona sea yo misma. Cuando estoy contigo, tengo tanto miedo de perder lo poquito que todavía me queda de ti que no me atrevo a decirte con sinceridad lo mucho que me decepciona que me excluyas tan despiadadamente de la mayor parte de tu vida. Incluso empecé esta diatriba con intención de escribirte una nota de agradecimiento por haber permitido (a regañadientes) que me inmiscuyera en tu vida una vez más. Pero la pluma se niega a seguir con la farsa que representamos cuando estamos cara a cara, y ahora me doy cuenta de que me he ganado tu desdén al aceptar con tanto agradecimiento las pocas invitaciones que te has visto obligada a hacerme a tu pesar. Es una ilusión fingir que soy parte de tu vida solo porque a veces ocupamos la misma habitación. Te doy mi palabra de que es la última vez que me lo consiento. Te aseguro que no volveré a castigarte nunca imponiéndote mi presencia a la fuerza.

Me habría gustado tener el valor de decirte todo esto en voz alta, pero solo me he atrevido a expresar lo que siento abiertamente en esta carta. Al menos, mientras escribo, puedo creer que me estás escuchando. Cuando estoy contigo no me engaño.

Te quiere con desesperación, tu
Madre

Dallas, a 10 de julio de 1943, 3 de la madrugada

Totsie Fineman
10011 N. Torrey Pines Road
La Jolla (California)

Queridísima Totsie:

¿Cómo osas irte a vivir a California, con lo desesperada que estoy por hablar contigo esta noche? Ayer escribí una carta a mi hija que

tal vez me cueste su cariño para siempre, y abjuro de la palabra escrita... en cuanto deposite en el buzón este *mea culpa* que te mando.

Hasta ahora, escribir cartas me ha permitido conservar la cordura y la calma, porque puedo expresar civilizadamente todas las emociones que me quitan el sueño. Sin embargo, hoy, por primera vez en mi vida, la palabra escrita me ha traicionado.

Nunca había perdido los estribos por carta ni había dicho cosas que ahora daría la vida por retirar. Incluso fui a la oficina de correos esta mañana a rogar que me la devolvieran antes de entregarla, pero ni la lluvia, ni el granizo ni las lágrimas de una madre impiden a los carteros de los Estados Unidos llegar a su destino.[1]

La única esperanza que me quedaba era apostarme en la dirección del sobre e interceptarla en el momento de la entrega. Pero no pudo ser. Cuando llegué, Eleanor tenía el sobre abierto en la mano. Me miró fijamente, sin decir palabra, y de repente salió de la habitación. La seguí escaleras arriba rogándole que me devolviera la carta. Pero me informó con frialdad de que, según la ley, la carta es propiedad del destinatario desde el momento en que se echa al correo; entró en su dormitorio con la prueba incriminatoria y cerró la puerta.

Sé que te has ido a California para estar cerca de tu hijo, pero, por favor, no cometas el mismo error que yo, el de creer que la proximidad física te proporcionará intimidad mental y espiritual con él. Mi familia todavía no me ha recibido nunca como se recibe a la gente cuando va a verte. ¡Cuánto me gustaría que, por una vez en la vida, mis hijos me recibieran con el mismo entusiasmo que si viniera de muy lejos solo para estar con ellos! Tengo que afrontar la realidad de que me han tenido demasiado cerca demasiado tiempo, pero ¿adónde ir? ¡Si al menos terminara esta guerra horrible y pudiera escapar de mi propia vida...! Cuando reclutaron a Andrew y se lo llevaron lejos de mí, me entregué por completo a la única hija que me quedaba al alcance, y me temo que cuando se declare la paz para él, yo todavía estaré en guerra con ella.

¿Qué puedo hacer para que olvide —o al menos perdone— todas las cosas tremendas que escribí dejándome llevar por la ira? El

tiempo y el recuerdo borran las acusaciones que se hacen de viva voz, pero la ira reflejada en el papel nunca pierde la capacidad de hacer daño. A partir de esta noche no volveré a coger pluma y papel. Una página en blanco es para mí como una bebida para un alcohólico. No sé cuándo parar, y al día siguiente me desborda el arrepentimiento por todo lo que dije.

¡Cuántas ganas tengo de verte! A pesar de que somos hijas de padres diferentes, estamos unidas de corazón como gemelas siamesas. Aunque mi hija me haya dado la espalda, tú eres el pilar de mi familia en sentido amplio. Te querré toda la vida.

Buenas noches, entrañable hermana.

Bess

Dallas, a 1 de septiembre de 1945

Teniente Andrew Steed
Barracones C
Fuerte Sill
Lawton (Oklahoma)

Queridísimo Andrew:

Estamos deseando recibirte en casa, pero, en cuanto te hayamos recibido como te mereces, tengo intención de empezar a viajar. En tu ausencia, he tenido que afrontar la realidad de que mis hijos ya no necesitan ni desean que esté siempre presente en el perímetro de su vida diaria. Así pues, me propongo ver tanto mundo como pueda en los años que me queden de vida. Espero que los pies me sostengan por lo menos veinte más, y después, otros diez reclinada, para recordar el pasado e intentar encontrarle sentido.

¡Cuánto me alegro de que estés a salvo en Oklahoma hasta que te den permiso para volver a Texas! Sé que te contraría no haber visto acción en otros frentes, pero habrá suficientes batallas que librar en casa, cuando vuelvas.

No sé si las cartas de tu mujer te han preparado o no, pero la que te está esperando no es la compañera tímida y sumisa que dejaste. Al ser las dos voluntarias de la Cruz Roja, he tenido muchas ocasiones de observarla en el cumplimiento del deber y me ha sorprendido y encantado lo independiente que se ha hecho.

Se presentó voluntaria enseguida para conducir y ha aprendido a manejar camiones y autobuses enormes con una facilidad sorprendente, tratándose de una persona de aspecto tan frágil. Te recomendaría que volvieras a plantearte las estrictas restricciones respecto al uso del coche que tan arbitrariamente le impusiste los primeros años de matrimonio —así como todas las demás reglas no recíprocas, explícitas o implícitas, mediante las que pretendías gobernarla—, si tienes esperanzas de celebrar las bodas de plata.

Es una alegría para mí que decidieras volver a Dallas antes de incorporarte a filas. Aunque los motivos de tu regreso sean lamentables desde el punto de vista económico, te aseguro que te será muy provechoso estar cerca de mí en el futuro.

Acabo de pasar a ver a Eleanor y a la recién nacida. Las cosas les van bien y no parece que a Walter le decepcione nada tener una tercera hija. Espero que ahora den la familia por completa. Tres hijos son suficientes para cualquier pareja, sobre todo ahora, que es tan difícil encontrar ayuda doméstica. No entiendo cómo puede sobrevivir Eleanor con una sola criada, pero, cuando le ofrezco ayuda, nunca acepta, así que supongo que ha aprendido a arreglárselas. En mi época, nadie se habría atrevido a pedir ayuda al ama de llaves con los niños, pero la mujer moderna, sea ama de casa o criada, tiene que estar preparada para hacerlo todo. No sé si se puede considerar un progreso.

Lamento que madre Steed no viviera para conocer a su cuarto biznieto, pero al menos disfrutó mucho de los tres primeros. Los pequeños nos unieron otra vez, los últimos años de su vida, como ya había sucedido en los primeros de mi matrimonio. Venía a vernos a casa con cierta frecuencia hasta hace unos pocos meses, cuando la salud le impidió viajar.

Sé que el matrimonio te ha decepcionado por no poder tener hijos, pero no hay nada que te impida adoptar a un niño. En estos últimos años he hecho aportaciones cuantiosas a un albergue para niños sin hogar que está en Fort Worth, con lo cual atenderían enseguida tu solicitud, en caso de que quisieras adoptar. Confío en que reflexiones sobre esta posibilidad y no sometas tu matrimonio a las graves tensiones que suele causar la ausencia de niños.

Con todo mi amor,
Madre

Galveston (Texas), a 21 de julio de 1947

Querida Mavis:

¿Hay algo tan exasperante como un día lluvioso en la playa, sobre todo si se ha hecho un viaje largo expresamente?

Por fin convencí a mis hijos de que había llegado el momento de que los niños vieran el océano y, hace una semana, Nell y su pequeño y Eleanor con sus tres niñas me acompañaron a Galveston en el tren nocturno. Ninguno de mis nietos había ido nunca en tren ni había visto un coche cama, y les encantó que la cama y el lavabo desaparecieran como por arte de magia. Me habría gustado que nos hubieran acompañado los maridos, pero vendrán en coche dentro de un par de días.

Cuando llegamos hacía un tiempo precioso y nos pasamos toda la tarde en la playa. A los niños les fascinó el movimiento constante del mar, pero ayer les decepcionó mucho tener que permanecer en las habitaciones por culpa de la lluvia.

Me ofrecí a quedarme al cargo de los cuatro mientras las madres se refugiaban en el cine, y decidí emplear el tiempo en educarlos un poco. Con la intención de explicarles el movimiento de los planetas, me subí en una silla para mover una naranja alrededor de la lámpara e ilustrar así el movimiento de la tierra alrededor del sol. Me emocioné tanto con mi propia explicación que se me olvidó que estaba subida en una silla y, de repente, di un paso en el vacío y me caí al suelo.

Me temo que he vuelto a hacerme daño en las mismas vértebras que cuando tuve que saltar para salvarme del incendio de mi casa, hace ya mucho tiempo. Hoy me he quedado en la cama, mientras seguía lloviendo, y he limitado la instrucción al vocabulario francés, dando un penique a cada niño por cada palabra que aprendían.

Nuestros maridos llegan mañana y hay predicción de sol. Para recibirlos, he reservado mesa para cenar todos juntos, niños incluidos, en el Balinese Room del paseo marítimo. Eleanor y Nell preferían contratar los servicios de una niñera que se quedara con

los pequeños, pero creo que los niños se comportan según el trato que reciben. Si se los respeta igual que a los adultos, seguro que aprenden enseguida a comportarse como adultos. Por otra parte, ninguno ha visto nunca la comida servida en espadas llameantes, y ya es hora de que conozcan alguna de las maravillas que pueden encontrar en el mundo. ¿Por qué será que tengo la impresión de estar más cerca de mis nietos que de mis hijos? Tal vez porque son pequeños todavía y me consideran una igual... a diferencia de sus padres, desde hace muchos años.

Hablan a menudo de la semana que pasamos contigo en Honey Grove. Les gusta más viajar sin sus padres porque yo les dejo acostarse a la hora que quieran. ¿Te acuerdas de aquella noche en que nos quedamos hablando hasta el amanecer y Betsy, con ocho añitos, hizo todo lo que pudo por seguir despierta con nosotras? Hacía mucho rato que los demás se habían ido a dormir, cuando, de pronto, vio salir el sol y rompió a llorar, porque le entró miedo al darse cuenta de que se hacía de día otra vez tanto si dormía por la noche como si no. Pero mejor para ella si aprende cuanto antes que la naturaleza no necesita nuestro consentimiento para seguir su circuito inexorable.

Con cariño,

Bess

Quebec (Canadá), a 10 de junio de 1948

Queridos Eleanor y Walter:

Es delicioso oír francés sin tener que cruzar el Atlántico. No sé cuántas ciudades más llegaré a descubrir tan fascinantes como Quebec... Ni cuántas no veré nunca. Tenéis que procurar no pasar muchos veranos más en casa. Aunque estéis ahorrando dinero, el tiempo lo perdéis: es un desperdicio dejar pasar un verano sin ninguna novedad que lo justifique.

Espero que utilicéis mi aparato de televisión en mi ausencia, aunque os opusierais a que lo comprara. No discuto vuestro razonamiento de que la televisión está todavía en pañales, pero, a mi edad, no puedo permitirme esperar a que la técnica se refine. Sin duda, tenéis razón al decir que el precio de los aparatos bajará a

medida que aumente la producción, pero no negaré a mis nietos el milagro de la transmisión de imágenes por razones económicas. Además, considero que el privilegio de tener uno de los primeros televisores de la ciudad posee un valor proporcionado con el precio. Ha sido una de las muchas ocasiones de mi vida en que me he gastado en algo que quería más de lo que los demás consideraban apropiado, pero la verdad es que nunca me he sentido estafada.

Cuando llevéis a los niños a ver la televisión por la tarde a mi casa, no dudéis en poner en marcha el aire acondicionado que he instalado esta primavera en la ventana. Sé que os parece otra extravagancia de las mías, pero en cuanto sepáis el oasis que es una habitación fresca en una tórrida tarde texana, seguro que el dinero que me gasté os parece bien empleado. Y si insistís en quedaros en Texas todo el verano, lo menos que podéis hacer es refugiaros alguna vez en una habitación fresca en la que hay una ventana al mundo.

Desde aquí iremos a Tanglewood y, después, a Chautauqua.

Con cariño,

Bess

La Jolla (California), a 29 de agosto de 1949

Queridos Eleanor y Walter:

California es, sin lugar a dudas, la Tierra Prometida. Su clima y sus paisajes superan con creces cuanto he visto hasta ahora. Si no fuera porque mis nietos viven en Texas, me tentaría mucho pasar aquí lo que me quede de vida.

Cruzar el desierto en coche desde Texas, viajar de noche para evitar el sol, dormir mal por el día... ¡es como si fuéramos pioneros! Desde luego, el automóvil es mejor que el carromato cubierto, pero, de todos modos, el viaje ha sido agotador. Sin embargo, Grace y Frank Townsend son unos excelentes compañeros de viaje y, gracias a su buen humor, superamos una larga noche en que el motor se paró y nos quedamos aislados muchas horas con la única compañía de los coyotes y los cactus.

Totsie Fineman tiene aquí una casa preciosa y la he visto más feliz que nunca desde la muerte de Arthur. El año pasado, su hijo, su

nuera y los dos niños se trasladaron a Los Ángeles. Van a verla muchas veces al año, pero me sorprende que esté tan a gusto viviendo sola.

Dwight abrió una sucursal de decoración de interiores en San Francisco hace unos años, y el negocio marcha tan bien que ahora pasa allí casi todo el tiempo. Totsie se lo encontró por casualidad el invierno pasado, cuando fue a San Francisco. Era la primera vez que se veían desde la boda de su hijo, hace ocho años, y, al parecer, lo que pasó entre ellos los tomó muy por sorpresa. Totsie dice que fue como conocer a un extraño y descubrir de repente lo mucho que tienes en común con él.

Su hijo no sabe que vuelven a verse y prefieren no contárselo... al menos de momento. Parece que les gusta el matiz clandestino de su relación y siguen visitando por separado a su hijo y su familia, en vez de ir juntos y desempeñar el papel tradicional de abuelos.

Mañana vamos a Los Ángeles. Craig ha tenido el detalle de invitarnos a todos a almorzar en el estudio y ha prometido que, antes de que nos vayamos, nos presentará al menos a una estrella de cine. Siento no estar en Dallas para celebrar el cumpleaños de Betsy, pero esa noche brindaremos por ella en el Cocoanut Grove.

¡Cuánto me gustaría que estuvierais aquí con nosotros! El año que viene tenemos que hacer un viaje juntos. Ya va siendo hora de que los niños comprendan que Texas no es el único estado de la unión.

Con cariño,

Bess

Ocean City (Nueva Jersey), a 10 de julio de 1950

Queridos Lydia y Manning:

He reunido aquí a toda la familia para pasar dos semanas, con los gastos a mi cuenta, y estoy disfrutando del papel de matriarca. Las tres familias hemos venido por rutas distintas desde Texas hasta aquí, cada cual recordando momentos del pasado, y, por último, nos hemos reunido en un sitio nuevo para todos.

Eleanor y Walter vinieron por Maryland, donde los esperaban la hermana de él y su marido para conocer por fin a la cuñada y a las sobrinas que no conocían. Andrew, Nell y sus dos hijos fueron en

avión a Virginia, a ver a unos familiares que todavía viven en el condado que lleva el nombre de los antepasados maternos. Vieron el querido colegio de Nell en las montañas Blue Ridge, y después volaron a Boston para hacer una visita al compañero de habitación de Andrew, cuando estudiaban el bachillerato. Sam y yo pasamos primero por Filadelfia, donde nos dieron la lamentable noticia de que la primera mujer de Sam había fallecido hace cinco años de un ataque cardiaco. ¡Qué sensación tan rara que una gran parte del pasado de una persona pueda desaparecer sin dejar rastro!

Se me ocurrió pasar así este verano con la esperanza de que mis nietos empiecen a ver que su vida hunde las raíces profundamente en personas y lugares que no conocían hasta ahora. Tengo el convencimiento de que, cuanto mejor conozcan el pasado, mayor provecho extraerán del presente.

Al principio, Eleanor y Andrew no querían hacer este viaje con el pretexto de que saldría muy caro, pero prefiero que mis nietos se acuerden de mí por lo que vivimos juntos a que me recuerden por el dinero que les dejé para gastar por su cuenta. Espero que algún día recuerden este verano con la felicidad que siento yo en este momento.

Los niños despilfarran el presente porque creen que nunca se acabará. De los adultos depende dar a cada día la forma y el contenido que lo haga digno de ser recordado. Sin embargo, los padres están tan cargados de responsabilidades cotidianas con el cuidado de los pequeños, que no tienen tiempo de pensar en su porvenir, y aún menos de recordarles su pasado. Nos corresponde a los abuelos enriquecer la vida presente de los nietos con relatos del pasado y sueños para el futuro.

Me están llamando los niños para que vaya al mar a jugar con ellos. Los padres se han retirado a sus habitaciones y Sam está durmiendo la siesta, pero yo les prometí quedarme fuera con ellos hasta que se pusiera el sol.

Con cariño,

Bess

A bordo del S. S. *Caronia*, en el círculo polar ártico,

a 9 de julio de 1952

Querida Totsie:

No sé exactamente cuándo empecé a pensar en este viaje. Creo que fue poco después de cumplir los sesenta cuando me entró el deseo de ver la tierra del sol de medianoche.

En estos momentos son las doce menos cinco de la noche y el sol todavía está unos metros por encima del horizonte. Es el punto más bajo que alcanzará en el cielo, porque pronto empezará a ascender otra vez hacia el mediodía. Toda la gente que me rodea está haciendo fotografías del sol de medianoche, pero las cámaras no pueden captar la sensación de que el día no termine nunca. Este recuerdo iluminará todas las noches que me queden.

Me alegro de que Sam no viniera conmigo. Se volvería loco al ver que el universo se burla de la regla de día y noche según la cual ha ordenado él su vida.

Supongo que ahora tengo que irme abajo a dormir un poco, pero nunca he sido capaz de cerrar los ojos mientras brillaba el sol.

Da muchos recuerdos a Dwight de mi parte la próxima vez que lo veas.

Je t'embrasse,

Bess

A bordo del S. S. *Lurline*, rumbo a Hawái,
a 24 de marzo de 1953

Querida Mavis:

Cuando salimos del puerto de Los Ángeles rumbo al oeste, hacia un mundo nuevo, me pareció ser Magallanes. Lo único que lamento es que el destino sea Hawái, no el Oriente, pero Sam no ha querido ni oír hablar de alargar el itinerario más allá de los confines de la jurisdicción de los Estados Unidos.

La víspera de nuestra partida de Dallas, Eleanor y Walter celebraron una fiesta de despedida en nuestro honor, en la que había guirnaldas y música de ukelele. Después, cuando se fueron los invitados, mi hija me dio la noticia de que iba a ser abuela otra vez. Todavía estoy atónita.

Eleanor tendrá cuarenta años cuando nazca el nuevo ser. ¿Cómo puede arriesgarse tanto? Por no hablar de lo que me hace a mí. No me ha dedicado toda su atención desde 1936, y creo que, por mi edad, tengo derecho a reclamarla. Naturalmente, lo que me dice ella es que no se me nota la edad en nada, y tengo que darle la razón. Pero bien podrían caérseme todos los años encima de repente, con otro pequeño en la familia.

Creía que Walter estaba satisfecho con sus tres hijas, pero debe de tener algún resto primitivo en la psique que le reclama un varón a su imagen y semejanza. Es la única explicación que encuentro a una decisión tan imprudente e irresponsable. Los hombres siguen siendo unos salvajes por muy civilizados que parezcan por fuera. Pensando en el pasado, me maravilla haberme librado de las ataduras de la maternidad cuando volví a casarme. A veces se me olvida lo bueno que ha sido Sam conmigo.

Disfrutamos mucho de la compañía mutua en este crucero, aunque no nos limitamos a nosotros mismos, como en los viajes convencionales. Para los matrimonios que llevan muchos años juntos, los cruceros tienen, entre otras ventajas, la de rodearlos de gente. Te encontrarías bastante a gusto aquí, con nosotros. Un barco es, en muchos aspectos, como una pequeña ciudad flotante. Solo hay una película, pero muchos juegos de cartas. La única diferencia entre la vida que llevamos ahora cada una es que yo voy hacia un destino distinto de todo lo que he visto hasta ahora.

Con mucho cariño,

Bess

A bordo del vuelo Pan Am 81, de Nueva York a Lisboa,
a 10 de junio de 1954

Señor y señora Dwight Davis
Monte Verde, 6º
Carmel-by-the-Sea (California)

Queridísimos Dwight y Totsie:

Bienvenidos seáis de Oriente. ¡Qué maravilloso estar escribiendo una sola carta para los dos! Con solo poner la dirección en el sobre, revivo vuestra boda del otoño pasado. Me enorgullecí mucho de ser

testigo de una ceremonia de confirmación de una unión tan inevitable como única.

Sam y yo hemos pasado una semana en Nueva York antes de partir hacia Europa. Cuando vimos *Teahouse of the August Moon* nos acordamos mucho de vuestras aventuras en Oriente. Tengo muchas ganas de saber más cosas sobre vuestros nueve meses de luna de miel. Me muero de envidia al pensar en los sitios en los que habéis estado y que yo no conoceré jamás: Hong Kong, Singapur, Bangkok, Tokio, Pago Pago... En setenta años no me ha dado tiempo a estudiar el índice de contenido de este mundo. Ni siquiera he empezado a leer el libro.

Nos fuimos de Dallas con la tristeza de la repentina muerte del marido de Lydia, Manning, la semana anterior. Es muy valiente e insiste en quedarse sola en Denton, en la casa en la que vivieron juntos tantos años.

Es emocionante ir a Europa en avión, después de tantos viajes por mar. Espero que la comodidad con que se puede viajar ahora anime a la gente a moverse con mayor libertad. A veces me parece que el mundo no se divide principalmente entre hombres y mujeres, sino entre los que viajan y los que se quedan en casa.

Lamento muchísimo haber viajado tan poco con mis dos maridos. Sam y yo llevamos casi treinta años casados y esta es la primera vez que se aviene a acompañarme al extranjero, y con la condición de ir a Suiza: el único país del mundo que le parece seguro, aparte del nuestro.

Ha consentido a regañadientes en pasar unos días en Lisboa, ya que tenemos que hacer escala allí, pero después volaremos directamente a Ginebra. Intenté despertarle el interés por ir unos días también a África del norte, pero no quiso ni oír hablar de ello, así que me temo que, para mí, África siempre será el continente oscuro.

De todos modos, me alegro de estar otra vez en movimiento, cruzando la noche en dirección a la mañana que nos espera, sobrevolando el océano, cuyo tamaño se hace comprensible ahora que se puede cruzar en un día. Me voy a acostar para estar descansada cuando vea Lisboa por primera vez.

Je vous embrasse,
Bess

Montreux Palace Hotel, Montreux (Suiza),
a 5 de agosto de 1954

Queridos Grace y Frank:

Sam y yo hablamos a menudo del viaje tan agradable que hicimos todos juntos a California y por la noche nos encantaría encontraros en el comedor, esperándonos para cenar.

Estoy sentada en el balcón de la habitación del hotel, que da al lago y a las pistas de tenis, bordeadas de geranios, donde está jugando Sam. Nos hemos acostumbrado a levantarnos tarde y a que nos traigan el *petit déjeuner* aquí, al balcón. No puedo describirte lo bien que saben los croissants en Suiza, con mantequilla fresca y mermeladas de frutos silvestres de la montaña.

Por lo general me paso la mañana en bata, leyendo y escribiendo cartas en el balcón y viendo a Sam ganar partidos, uno tras otro, contra oponentes más jóvenes. ¡Quién diría que ha cumplido setenta años este verano! Es la imagen de una salud de hierro e incluso diría que el turista más atractivo de este hotel. El único inconveniente que tiene son los ojos. A veces, un inoportuno ataque de visión doble le hace perder un partido contra un oponente inferior y, cuando ocurre eso, no es buena compañía el resto del día. No acepta la vejez ni física ni mentalmente y a veces me dan miedo los años venideros.

Admiro en vosotros que os hayáis retirado por iniciativa propia de la profesión que elegisteis, para dedicaros el uno al otro y a otros intereses que habíais dejado de lado durante tanto tiempo. La vejez tendría que ser la recompensa de una vida de mucho trabajo, pero no será más que un castigo si insistimos en seguir haciendo lo mismo de siempre, midiendo los logros del presente por el baremo de los del pasado y quedándonos cortos sin remedio. Si al menos Sam se retirase y se dedicara a la música, que siempre ha sido para él un pasatiempo dominical... Podría tocar la flauta con los ojos cerrados y dejar de pensar en que está envejeciendo.

Veo que acaba de derrotar al joven inglés que le ha amargado la existencia desde que llegó al hotel, así que tendremos una tarde

muy agradable. Cuando está de buen humor, le propongo ir a comer al campo. El hotel nos presta una cesta grande, alquilamos unas bicicletas y nos vamos a dar una vuelta por el lago y el bosque.

Después de comer leo poemas en voz alta. (Prefiero a Byron, pero siempre llevo a Walt Whitman para Sam.) Por lo general, los dos nos quedamos dormidos con la poesía y, después de una agradable siestecilla *al fresco*, nos despertamos renovados y volvemos al hotel en bicicleta, nos damos un baño y nos vestimos para bajar a cenar. Después de la cena se sirven café y licores en el salón, acompañados de música de cámara. Es el viaje más descansado que he hecho en mi vida y a veces se me olvida que estoy en Europa. No sé dónde creo que estoy, pero al menos, en Dallas no.

Sam acaba de llegar de la cancha y dice que no lo olvidéis.

Con nuestro cariño,

Bess

Villa d'Este, Cernobbio (Italia), a 31 de agosto de 1954

Queridos Eleanor y Walter:

Después de tres semanas de tenis y música de cámara en el Montreux Palace, creía que me volvería loca si tenía que quedarme un día más. Por fin he convencido a Sam de que alquilemos un coche con chófer para nuestra última semana en Europa y ver un poco del campo de los alrededores, por lo menos.

Aunque era muy reacio a cruzar la frontera de Italia, yo no podía irme de Europa sin haber echado siquiera un vistazo al país del que mejores recuerdos guardo. Tengo una corazonada muy fuerte de que será la última vez que viaje al extranjero y me pareció idóneo pasar aquí la última noche.

Era una ingenuidad creer que nada habría cambiado en el cuarto de siglo que hacía que no venía, pero de todos modos esperaba encontrar alguna clase de conexión física con el pasado. El conserje era muy joven, sería un niño la última vez que estuve aquí, pero su cara me sonaba, sin duda. Empezamos a charlar y así me enteré de que había heredado el puesto de su padre.

Pregunté si el *signor* Prince todavía se alojaba allí de vez en cuando y el conserje me dijo con mucha pena que no había vuelto

desde el trágico día, hacía diez años, en que llegó de América a recoger el cadáver de su hijo. Sé que te disgustará tanto como a mí saber que Henry Prince se ahogó en el lago de Como. Sospecharon que había sido un suicidio, pero no pudieron demostrarlo. El conserje dice que, por lo que él sabe, Richard Prince no ha vuelto a salir de Georgia desde entonces.

Echo mucho de menos a toda mi familia. Hemos comprado relojes excelentes para todos, incluso para el chiquitín. Ahora el tiempo me parece fundamental y no soporto perder el hilo ni un segundo. Llegaremos a Love Field el domingo, 2 de septiembre, a las cinco de la tarde. Espero que vengáis todos a recibirnos y que seáis mis invitados a cenar en el restaurante del aeropuerto. La comida siempre es excelente y tengo muchas cosas que contaros. No puedo soportar que vengáis a recibirnos y nos despidamos inmediatamente. Después de cenar iremos todos a mi casa y os daremos los recuerdos, así que, por favor, no hagáis planes para el domingo por la noche.

Di a Betsy que esta noche brindaremos por sus dieciséis años en la cena. El presente sería insoportable sin una familia que me ayudara a tener la mirada fija en el futuro. Tengo muchas ganas de abrazaros a todos.

Con todo mi amor,

Bess

Lima (Perú), a 21 de mayo de 1955

Querido Sam:

Cuando llegué aquí, la semana pasada, encontré una carta tuya esperándome, pero hasta ahora no había tenido ocasión de contestarte.

La muerte de Hal Perkins me ha dejado perpleja. Supongo que «perpleja» es una palabra rara para referirse a la muerte de un hombre de ochenta años, pero la última vez que lo vi me pareció tan vigoroso...

Fue una mañana del pasado mes de marzo, muy temprano, antes incluso de que te despertaras tú. Había pasado una mala noche y, demasiado orgullosa y obstinada para cortejar al sueño cuando es

evidente que no tiene la menor intención de venir a mí, me vestí y bajé a quitar las malas hierbas de los rosales. Me llevé una sorpresa al ver al vecino volviendo de su paseo matutino, vestido con toda elegancia. Y otra aún mayor cuando se paró a hablar conmigo con una espontaneidad mucho mayor que cuando me lo encuentro a una hora más tardía.

Su comportamiento conmigo siempre ha sido intachable, por supuesto, aunque muy reservado, como si quisiera dejar bien claro que la proximidad de nuestras respectivas casas no implica en modo alguno el deseo de que entre nosotros exista ninguna clase de intimidad. Siempre le he profesado el máximo respeto por su cargo profesional de editor de prensa, un respeto subrayado por el pesar que me causaba el que nuestra relación personal nunca llegara a cuajar.

Sin embargo, esa mañana en particular me hizo toda clase de preguntas sobre el crucero por el Caribe, del que acababa de llegar. Me halagó tanto interés y hablamos largo y tendido sobre esa parte del mundo tan conflictiva. Me confió que lamentaba haber viajado tan poco en su vida. No culpaba a su mujer, pero reconoció que ella nunca se encontraba a gusto fuera de casa. Yo sabía que a ella nunca le pareció bien que viajara sin ti, y seguro que se habría quedado atónita si hubiera oído decir a su marido cuánto le habría gustado que tuviera ella un poco de mi entusiasmo por las otras formas de vivir. Tal vez empezaba a preocuparse por lo que haría ella cuando faltara él. ¡Qué carga para un hombre temer que su propia muerte deje a su mujer sin vida propia!

Hemos vuelto a Lima después de un viaje en avión, emocionante pero muy agotador, a Cuzco, la antigua capital de los incas. El DC-4 no estaba presurizado, así que tuvimos que respirar oxígeno por un tubo las dos horas y media que duró el vuelo sobre los Andes, sin movernos del sitio para evitar el soroche (mal de montaña). A pesar de las precauciones, unos cuantos viajeros jóvenes se pusieron malísimos y tuvieron que pasar el resto del viaje en la habitación del hotel.

A la mañana siguiente, los supervivientes que no se dejaron intimidar por la altitud (Cuzco se encuentra a 3.400 metros sobre el

nivel del mar) nos subimos a un curioso trenecito que nos llevó por una selva en la que crecían orquídeas silvestres en los árboles, hasta una estación en la que se había reunido un grupo curioso de indios ataviados con trajes tradicionales. Nos esperaban unos guías para llevarnos a pie a las montañas de «la ciudad perdida de los incas», descubierta en 1911 por un profesor de Yale (echa un vistazo al *National Geographic* que dejé abierto en tu mesilla de noche).

Había pensado quedarme allí y mirar a los excursionistas desde lejos, porque no me atrevía a someter a mis doloridas vértebras a los rigores de una escalada por la montaña, pero, cuando el guía empezó a hablar, no pude soportar ver partir al grupo sin mí. La excursión empezó con una cuesta empinada por los lados de un cañón de más de cincuenta metros, y los guías tuvieron que subirme en volandas casi todo el trayecto. Cuando se dieron cuenta de que llevaba el torso envuelto en un corsé de acero, no se lo podían creer. Estoy segura de que pensaron que estaba loca por intentar subir, y les di la razón hasta que llegamos a nuestro destino. Sin embargo, el sufrimiento físico se me pasó con la emoción de ver las ruinas de la ciudad antigua, desconocida en el mundo moderno hasta este mismo siglo. ¿Cuántas maravillas de la antigüedad seguirán perdidas para nosotros?

Mañana nos vamos a Buenos Aires; después, a Montevideo y Río de Janeiro.

Por favor, da el pésame a la señora Perkins de mi parte y, cuando vayas a verla otra vez, llévale unas rosas del jardín. Este año han florecido más profusamente que nunca.

Con mucho cariño,

Bess

RÍO DE JANEIRO, A 28 DE JUNIO DE 1955

SR. SAM GARNER

2364 DREXEL DRIVE

DALLAS (TEXAS)

POR FAVOR ESPÉRAME EN EL AEROPUERTO EL LUNES CON SILLA DE RUEDAS Y RESERVA CAMA EN HOSPITAL. CONTRAÍDO DISENTERÍA FUERTE PERO POR SUERTE SOLO PERDIDO UN DÍA DE EXCURSIÓN.

HASTA LA VISTA.[2] BESS

Dallas, a 4 de julio de 1956

Querida Mavis:

Estoy celebrando el Día de la Independencia con más ganas que nunca, después de ver a tantas mujeres de mi edad declararse dependientes de la sociedad este último año.

Ante la insistencia de su hija, Lydia ha vendido la espaciosa casa de Denton en la que fue tan feliz con Manning y se ha trasladado a San Antonio. Está buscando un apartamento, pero, de momento, vive con Marian y su familia, y sospecho que se quedará para siempre. Lo malo es que la pensión que le pagan de la universidad es tan escasa que difícilmente le servirá para llevar una vida independiente, y la familia le ha aconsejado que invierta el dinero que ha sacado de la venta en algo que pueda ser rentable a la larga.

Mi vecina, la señora Perkins, también ha vendido la suya y, en vez de cargar a sus hijos con las complicaciones de buscarle un sitio para vivir sola, ha preferido irse a una casa de reposo, donde tomarán todas las decisiones por ella.

Son dos soluciones que me parecen aborrecibles, y estoy decidida a terminar mis días bajo mi propio techo. Aunque no tiene por qué ser este. Como ahora los nietos van cada uno por su lado y las reuniones familiares se han convertido en un suplicio para todos, menos para mí, ya no necesito una casa tan grande.

De todos modos, Sam se pone como una furia a la menor insinuación de venderla y jura que jamás pondrá un pie en un apartamento por muy cómodo y práctico que sea para mí. Cualquiera diría que la casa es suya, en vez de haber estado pagando el alojamiento todos estos años. Lo peor es que, según la ley de Texas, no puedo vender sin su firma, conque de momento nos quedamos como estamos.

Se me hace raro pasar el verano en Texas. Por lo general, a estas alturas del año estoy en otra parte, pero es que la espalda me ha dado mucho la lata desde que volví de Sudamérica; me temo que tengo contados los días de viajera.

Betsy se va a estudiar fuera de casa en septiembre, y, sabiendo que mi tocaya anda por el mundo, a lo mejor me conformo con este encierro casero. Ha elegido el Hollins College de Virginia, en primer lugar, por el programa que ofrecen de un año en el extranjero, que será a partir del segundo trimestre del segundo curso. Es el único de esas características en el que se puede matricular gente que no haya estudiado francés, y me avergüenza reconocer que mi primera nieta entra en esa categoría. En contra de mi consejo, sus padres la instaron a estudiar español en la enseñanza secundaria, pensando que era lo más práctico, por estar tan cerca de México. Me alegro mucho de que por fin se haya dado cuenta de que, en espíritu, estamos más cerca de Francia que de cualquier otro país del mundo... Y se muere de ganas de ir a París.

Ahora me paso la mayor parte del tiempo apoltronada con toda comodidad en la cama de hospital que compré el verano pasado. A un lado tengo el teléfono, y al otro, un aparato de televisión nuevo con control remoto. La televisión me distrae más la vista que la mente, por eso también tengo la radio y el tocadiscos a mano.

Todos los sábados por la tarde me entretengo por partida doble viendo un encuentro deportivo en la televisión y oyendo la ópera en la radio. En caso de que no haya retransmisión de ópera, cargo el tocadiscos de sinfonías. Hace poco se me ocurrió que, si me compraba dos discos de cada álbum, podía oír cada pieza completa sin tener que interrumpirla para dar la vuelta al disco. Al principio, el vendedor no entendía lo que le pedía, pero cuando por fin conseguí explicárselo, me dijo que se lo aconsejaría a todos los clientes.

Cada vez me irritan más los amigos que lloran por el pasado y menosprecian el presente. A mí me emociona cada nuevo adelanto tecnológico del que puedo disfrutar.

Lo único que desearía es que Sam sacara provecho de la vida y la salud que todavía conserva, en vez de lamentarse por lo que ha perdido. Ahora tiene la vista muy mal, pero seguiría conduciendo si mis hijos no le hubieran vendido el coche. Aquel día amenazó con suicidarse, pero le dije que quien le permitiera conducir sería cómplice de asesinato... Al menos, si se suicidaba, solo se llevaría una vida por delante.

Para animarlo un poco, llamé al Faro de los Ciegos y solicité un voluntario que pudiera venir a casa dos días a la semana a leerle en voz alta. Les recordé que había contribuido a su causa con generosidad durante años y que me había ganado el derecho a beneficiarme personalmente de mi filantropía.

Me mandaron a un joven muy bien parecido que escuchó con comprensión la retahíla de quejas de Sam. Yo le había preparado un montón de lectura, pero al final de la tarde ni siquiera lo habían tocado. De todos modos, creo que Sam necesita alguien que le escuche, más que un lector. La segunda vez que vino, Sam llegó a un acuerdo económico aparte con él, para que lo llevara a la calle en el coche, y ahora se pasan las tardes juntos, dando vueltas por la ciudad.

La primera parada de la ruta suele ser la compañía de aceros, pero ayer me llamó el presidente y me pidió con toda la delicadeza posible que procurase que Sam no se acercara a la oficina. Por supuesto, como presidente del consejo de administración tiene derecho a ver los archivos de la compañía que desee, pero es un trastorno que aparezca sin avisar y pida cuentas de las ventas recientes.

Desde que se retiró, la empresa ha prosperado, pero él insiste en que las apariencias engañan y que, en realidad, se está viniendo abajo sin él. A pesar del generoso salario que recibe todavía, se queja a todo el que quiera prestarle atención de que va a terminar sus días en el asilo de los pobres. Los cheques que mandó a mis hijos la Navidad pasada iban acompañados de una lista de agravios económicos tan exagerada que Eleanor amenazó con devolvérselo. Por suerte, conseguimos convencerla entre todos de que lo aceptara con la elegancia que le había faltado a él para mandarlo.

Es muy triste ver a lo que queda reducido un hombre que ha dedicado toda la vida a ganar dinero cuando se le retira ese motivo. Sigue poniendo el despertador a las siete todas las mañanas, se ducha, se afeita y lee el periódico matutino mientras devora un copioso desayuno. Es feliz esa hora, pero a las ocho de la mañana se le termina el día y a la hora de comer no tiene apetito. No me extraña que las mujeres vivan más que los hombres. Nosotras

hemos tenido que responsabilizarnos de dar forma a la vida desde el principio. Hasta las mujeres con empleo hacen frente a una gran carga de trabajo doméstico todos los días. Saben que ganarse la vida no es más que el primer paso. Sin embargo, para muchos hombres, lo es todo.

Ahora tengo que dejarte y vestirme para la fiesta que han preparado los niños para Sam y para mí. Hoy hace treinta y cuatro años que nos casamos. De todos modos, francamente, la longevidad por sí misma nunca me ha parecido suficiente motivo de celebración.

Pienso a menudo en ti, en tu casa de Honey Grove, viviendo tal como lo has hecho siempre. Aunque te casaras con mi padre, cada vez me pareces más una hermana... Y muchas veces creo estar más cerca de ti, aunque vivas lejos, que de los amigos y la familia que veo todos los días.

Con cariño,

Bess

Dallas*, le 10 mai* 1958

Mlle. Betsy Burton
aux bons soins de Madame la Comtesse d'Orville
25 rue Coquillière
Paris 1er (France)

Ma chère petite fille :

J'étais vraiment éblouie par ta lettre du 7 avril. Quand je pense que tu es arrivée en France avec le vocabulaire d'un enfant naissant —c'est-à-dire pas un seul mot— alors, je sais comment tu as étudié pendant les mois passés.

C'est bon de lire Le Monde *tous les jours (je ne connais pas* Le Canard Enchaîné*... peut-être tu m'enverras une copie) mais n'oublie pas de jeter un coup d'œuil de temps en temps au Paris édition du* New York Herald Tribune *que j'ai commandé pour toi. Malgré ta nouvelle affection pour la France, tu es après tout américaine et tu y resteras toute ta vie. Il ne faut pas perdre de vue ton propre pays cette année.*

La situation politique en France à ce moment me paraît assez grave, mais, si j'ai permis à ma fille de voyager dans l'Allemagne d'Hitler, je n'ai aucun lieu de me tourmenter pour toi dans la France du Général de Gaulle. Nous avons eu des années bien agréables sous nôtre propre général. Je souhaite le même pour nôtre voisin à l'autre côté de l'Atlantique.

Amuse-toi bien... et surtout fais attention à tout ce qui se passe. Tu as de la chance d'être témoin à une page très intéressante dans la longue histoire de France.

Je t'embrasse de tout mon cœur,

Abuelita

Dallas, a 11 de abril de 1960

Ma petite Betsy:

Aunque volviste al colegio la semana pasada, miro la foto del periódico dominical en la que me sonríes y me imagino que todavía estás aquí, frente a mí, planeando tu porvenir.

Me he pasado la mañana recibiendo felicitaciones de amigos que acaban de leer el anuncio de tu compromiso. He estado en comunicación constante con tu padre desde que anunciaste tus planes a la familia, pensando en el regalo de boda más adecuado... y he decidido que lo mejor es ingresarte una buena cantidad de dinero, y estoy intentando convencer a tu abuelo de que la iguale.

Me desalienta que cada año sea más reacio a reconocer la responsabilidad que tiene para con los únicos hijos y nietos que le va a dar la vida, y para conseguir que aporte dinero a alguna causa hay que sudar tinta. Aun así, ha consentido, más o menos, en poner a tu nombre cien participaciones de una compañía petrolera australiana que, según me dice, dentro de diez años valdrán por lo menos el doble que el regalo de bodas que te hago yo. Así lo espero. Sin embargo, como entre tanto valen un poquito menos, estoy intentando convencerlo de que te ingrese un cheque por el valor de la diferencia, para que, al menos al principio, nuestros regalos sean iguales.

Como voy a cumplir setenta años dentro de poco, tu padre me aconseja que reparta mi patrimonio para evitar los impuestos sobre

la sucesión. He quedado con él mañana en su despacho, para firmar los documentos necesarios para convertir mi patrimonio en un «fideicomiso activo».

Ha dado el mismo consejo a Sam, pero huelga decir que ha caído en saco roto, porque ha tomado la determinación de ser económicamente independiente hasta el fin de sus días, intención muy loable que hago mía también... Lo malo es que tiene una idea muy distorsionada de la cantidad que va a necesitar en relación con lo que estoy segura de que posee. En los próximos años me iré desprendiendo del máximo que consiente la ley antes del fallecimiento, y estoy convencida de que Sam podría permitirse hacer otro tanto. Sin embargo, no hay forma de convencerlo de que no va a morir en la miseria.

Confío en que mis herederos sigan cumpliendo la ley no escrita que ha guiado siempre la actividad económica en nuestra familia: el capital se invierte, solo se gasta el rédito. Desde luego, la primera inversión que hice al recibir una herencia considerable de mi madre fue en el porvenir de mi marido, y los beneficios de esa inversión fueron la base de la seguridad económica de la que todavía disfruto.

Tu futuro marido ha elegido un trabajo en el que los riesgos son tan elevados como los beneficios potenciales. Prepárate para prestarle la ayuda necesaria para conseguir lo que se propone; solo entonces tendrás derecho a participar en sus éxitos.

Comprendo que prefieras una boda discreta, pero espero que me permitas organizar una cena a modo de ensayo aquí, en mi casa. Aunque hace unos años que tengo ganas de deshacerme de todas estas habitaciones, ahora me alegro de poder disponer de ellas todavía. Tu boda será una gran excusa para hacer una fiesta más. Supongo que será la última que organice en la vida.

Por favor, dime qué clase de comida prefiere tu prometido, para pensar en un menú adaptado a sus gustos. La semana pasada, cuando os llevé a cenar a L'Auberge, me di cuenta de que dejaba algunas cosas en el plato sin probarlas siquiera. Espero que no creyera que lo excluíamos cuando tú y yo nos pusimos a charlar animadamente con el camarero en francés. No había visto a un hombre tan indefenso desde el día en que tu padre se encontró con

una alcachofa por primera vez... en mi mesa. En cambio ahora las come con frecuencia, así que confío en que, con el tiempo, tu marido llegue a apreciar e incluso compartir tu gusto por todo lo francés: tanto la comida como el idioma.

Para que un matrimonio sea un éxito, cada uno de los esposos debe sentir entusiasmo por lo que hace el otro y no creerse amenazado por los intereses que no sean comunes. No empieces el tuyo negando lo que eres, porque si no, nunca llegarás a ser todo lo que puedes ser. No hay nada mejor en el mundo que la tierna presencia de una persona que cree lo mejor de ti, y confío en que esta boda os lleve a los dos a conseguir grandes logros. Me complace decir que encontré a mi pareja ideal —una vez— y espero que tú hayas encontrado a la tuya.

Con cariño,

Abuelita

Dallas, a 2 de junio de 1960

Queridísimos Totsie y Dwight:

¡Qué ocasión de gala, celebrar las bodas de oro cuando no habéis pasado juntos, unidos en matrimonio, ni la mitad de los últimos cincuenta años! Pero tal vez sea ese el secreto de la longevidad matrimonial. Me habría gustado mucho estar allí con vosotros para celebrarlo, pero tenía mucho que hacer aquí con otra boda. Betsy se casó en Dallas y en otoño se traslada a New Haven, donde su marido continuará con sus estudios de licenciatura en la Universidad de Yale. Me va a dar mucha pena que se vayan, pero a veces la verdadera intimidad prospera con la distancia, como lo demuestra nuestra amistad y, sin duda, tu matrimonio.

He tomado la decisión de no repetir con mis nietos los mismos errores que cometí con mis hijos: emplear todos los recursos a mi alcance, tanto emocionales como económicos, para retenerlos cerca de mí. Desde que Andrew volvió de la guerra, he tenido a mis dos hijos siempre a mi disposición. Procuro conformarme con la visita que me hacen una vez a la semana, pero en el fondo no tengo nada. Algunos desconocidos amables han ocupado el lugar de los dos preciosos aliados que esperaba tener a mi lado para siempre. No hay

madre que tema más que yo que la abandonen en la vejez... Ni madre que haya hecho tanto para que así fuera haciendo tanto por evitarlo.

Pero al menos, como consolación por la pérdida de mis hijos, tengo la gran suerte de ser la mejor amiga de mis nietos. Cuando llegue septiembre, estoy decidida a despedir a mi tocaya sin derramar una sola lágrima cuando parta hacia su aventura matrimonial, que la llevará a cualquier sitio, menos a vivir otra vez en Texas. No sé dónde estaría hoy su madre si no le hubiera rogado yo una y otra vez que volviera a casa.

Una vida no es suficiente para todas las lecciones que hay que aprender. ¡Gracias a Dios por los nietos! Me gustaría que en mi epitafio pusiera: «Continuará».

Je vous embrasse,

Bess

Dallas, a 1 de marzo de 1963

Querida Marian:

¡Qué disgusto me he llevado al saber que Lydia ha sufrido una caída y ha perdido el conocimiento! Rezo por que se recupere, pero, en caso de que muera, creo que lo más práctico sería enterrarla allí y evitar los gastos de traer el cadáver aquí, al panteón familiar de Honey Grove. Seguro que desea seguir tan cerca de ti en la muerte como en la vida... y darte las menores molestias posibles. Si necesitas ayuda para cualquier cosa, no tienes más que decírmelo.

Tu tía, que te quiere,

Bess

Dallas, a 15 de marzo de 1963

Queridísima Lydia:

No sabes cuantísimo me alegro de que te hayas recuperado tan bien... Te pido disculpas si te he ofendido por el consejo que le di a tu hija tan a destiempo. Pero me pareció que era responsabilidad mía hacerle unas indicaciones en caso de que murieras, porque tú no le habías dado a conocer tus deseos al respecto. Por favor, te

aseguro que nadie se alegra más que yo de que mi intervención fuera prematura.

Con todo, te aconsejaría que pusieras por escrito sin tardanza las disposiciones que consideres necesarias respecto a ti y a tus bienes. Yo ya lo hice hace tiempo: poco después de volver de Sudamérica, cuando tuve que afrontar la cruda realidad de que no iba a vivir para siempre. Ten en cuenta además que esa clase de documentos se puede enmendar si cambian las circunstancias, claro está. Yo voy a ver a Walter al menos una vez al año para revisar el testamento.

Conozco a mucha gente de nuestra edad que se niega a hablar, a pensar siquiera, en la posibilidad de la muerte. Pero dejar la carga de nuestro fallecimiento a quienes nos sobreviven me parece un acto de irresponsabilidad total. No sé qué remordimientos me llevaré a la tumba, pero desde luego, no será el de haberme callado algo.

El pasado mes de diciembre hice algunos arreglos en el panteón, que ha sido mi segundo hogar desde que traje a Rob y a Robin a Dallas. Decidí comprar una sepultura familiar que tiene seis criptas, además de las dos que tenía yo con anterioridad. En lugar de regalar a Eleanor y Walter y a Andrew y Nell el clásico cheque navideño, les he regalado una cripta. Se quedaron de piedra, pero les aseguré que después me lo agradecerían. Sam y yo ocuparemos las otras dos, claro está, y tengo opción de compra a otra que está al lado, por si algún nieto prefiere no casarse. Por muy independiente que sea una persona, nadie tendría que estar solo en la muerte.

He ido a ver a los directores de pompas fúnebres más importantes para comparar precios y servicios, ya he elegido lo que quiero y he pagado un adelanto considerable. Seguro que mis hijos estarán tan afectados el día en que me muera, que no sabrán reparar en gastos, así que lo he hecho yo en su lugar.

También he hablado con el deán O'Brien de la catedral sobre el oficio que me gustaría en mi entierro. Por otra parte, guardo una carta abierta con mi testamento en la que reitero mis deseos, por si se diera el caso de que él muriera antes que yo y tuviera que celebrar mi ceremonia un desconocido. Mis hijos no quieren oírme cuando hablo de las disposiciones del entierro, les parece un tema muy lúgubre, conque, si no lo pongo por escrito, me temo que nadie

se acuerde de que mi himno favorito es *The Battle Hymn of the Republic*.

Perdona que me extienda tanto con un tema que tal vez te resulte detestable, como parece que les sucede a todos mis conocidos. Sam monta en cólera cada vez que intento preguntarle por sus últimos deseos, y me regaña por creer que voy a vivir más que él. A veces me cuesta recordar lo amable y dulce que era cuando me casé con él. El doctor insiste en que este cambio de personalidad no tiene nada que ver conmigo, sino con el endurecimiento de las arterias que suele acompañar la vejez. Me aferro con desesperación a esa idea consoladora mientras me esfuerzo por no ahogarme en el océano de sus malos tratos.

Y sin embargo, a pesar de toda la amargura que siente por haber perdido la vista y la salud, nunca he visto a nadie menos dispuesto a morirse. Ese empecinamiento que tiene en seguir viviendo a diario exactamente como lo ha hecho toda la vida, pero negándose a disfrutarlo ni un minuto, me causa más dolor que mis propios y considerables achaques. Cuando estoy con él, estoy dispuesta a morir, tanto si él también como si no. Puede que parezca una herejía, pero no te imaginas lo afortunada que has sido al perder a tu marido cuando todavía lo amabas. La vida puede ser un ladrón tan cruel como la muerte, al robar a las personas todas las cualidades que antaño inspiraban amor y dejarlas con una mera coraza que incita al aborrecimiento.

Me alegro muchísimo de que estés recuperando las fuerzas y sigas tan despierta como siempre, de cabeza y de ánimo. Aunque ya no nos veamos, saber que estás ahí me da fuerzas.

Con afecto,

Bess

Dallas, a 15 de mayo de 1963

Queridos Dwight y Totsie:

Tengo la sensación de ser muy vieja desde el mes pasado, cuando murió mi madrastra, que en realidad era más joven que yo. Aun así, el recorte de *The New York Times* que acompaño me da la alegría de seguir viva. Es la primera vez que tan augusto periódico se ocupa

de alguien de mi familia, aunque llevo más de cuarenta años fielmente suscrita a él. Y de pronto, no solo un artículo... ¡sino también una fotografía! Fue un día alegre para mí, con lo mucho que me gusta el teatro, el de la boda de la mayor de mis nietas con un aspirante a dramaturgo, pero me ha emocionado que los críticos de teatro confirmen la buena opinión que tengo de su talento reconociendo su excelencia con un premio... aunque haya sido para lo que llaman una producción *Off-Broadway*.

Cuando los llamé para felicitarlos, me dieron más buenas noticias, aunque no dignas de la atención del *Times*: mi primer biznieto nacerá el año que viene. De repente, setenta y dos años no me parecen tantos. Incluso me dan ganas de sacar las maletas. Ahora que tengo familia en Nueva York otra vez, me muero de ganas de ir a hacer otra ronda por los teatros.

Y después, puede que me presente en la puerta de tu casa. Sería muy divertido pasar unos días con la única pareja de mi edad que es tan joven como yo.

À bientôt... j'espère,

Bess

Dallas, a 16 de mayo de 1963

Ma petite Betsy:

Por más que me guste ser la primera en saberlo todo, esta mañana habría renunciado con gusto a tal honor. La primicia que me diste ha infligido un dolor inmenso a tu madre.

Ayer, cuando me anunciaste que iba a ser bisabuela, supuse que ya habías contado la buena nueva a tus padres. Inmediatamente pedí hora con tu padre para revisar mi testamento. Estábamos hablando de los impuestos sobre la sucesión en su despacho, cuando pasó por allí tu madre para ver si podían ir a almorzar juntos. Se quedó atónita al enterarse por mí, y no por ti, de la noticia de tu inminente maternidad. Y tu padre también, porque había supuesto que estábamos hablando de biznietos en general y no se había dado cuenta de que el motivo de la visita se debía a la llegada de un biznieto en particular. Como muchos abogados, me temo que los árboles le impiden ver el bosque.

En circunstancias normales, tu madre no se habría permitido expresar decepción delante de mí —ninguna clase de decepción—, pero esta ocasión era una auténtica novedad para ella, y me permitió abrazarla para consolarla por primera vez desde 1936, cuando descubrió que su amor, el poeta, vivía con un hombre. ¡Qué ironía que hiciera falta un desliz de su hija para que la mía volviera a mis brazos... aunque solo fuera un momento!

Tu padre, pensando sin duda que tanta emoción estaba fuera de lugar en el despacho de un famoso abogado, máxime por ser su familia más próxima la que estaba deshecha en lágrimas, sintió un gran alivio cuando invité a tu madre a comer conmigo. Nos acompañó hasta el ascensor y después se fue rápidamente a un almuerzo del Fondo de Beneficencia, al que ya llegaba varios minutos tarde por nuestra causa.

Me halagó mucho que tu madre anulase su clase de escultura de la tarde en el Museo de Arte para quedarse conmigo el resto del día. Fuimos de compras a Neiman-Marcus (aunque ya no hay dependientes que se acuerden de mí... y me da la sensación de que el género ya no es lo que era), pero sobre todo hablamos y nos dijimos cosas que no nos habíamos dicho en veinticinco años. No te imaginas la pena que me dio cuando, al final, tuvo que marcharse para atender a su propia familia.

Nunca te he contado nada del distanciamiento que ha habido entre tu madre y yo desde que se fue de mi casa para instalarse en la suya. A cambio, me concentré en ti, en silencio, procurando tapar la decepción que sufría con mi hija adorando a la suya. Pero, a pesar del silencio, sin duda soy la causante del desliz que has tenido al comunicarme la noticia a mí antes que a ella. En cuyo caso, te pido disculpas por haberte dejado ver el estado de negligencia en el que vivo, que te ha impulsado a guardarme a mí el respeto que debes a tu madre. Te pido, no como abuela, sino como madre de tu madre —mi hija, a la que adoro—, que la llames a casa esta noche y des la buena nueva a quien te quiere aún más que yo.

Pero también te ruego que no creas que esta reprimenda afecte para nada al júbilo que me da saber que, antes de morir, voy a ver nacer a otra generación. Aunque ahora no puedo hablar de las

condiciones de mi testamento, ten por seguro que estoy haciendo todo lo posible para que mi patrimonio cubra las necesidades de tus hijos y, con suerte, también las de los hijos de tus hijos. Confío en que mis herederos inmediatos no se ofendan si decido retrasar el reparto de mi legado en vida, con la consiguiente distribución del capital, el tiempo máximo que permita la ley. Tu padre, uno de los herederos inmediatos, naturalmente, no ha hecho el menor intento de quitarme esa idea de la cabeza. Es posible que a estas alturas le parezca inútil convencerme de algo, pero prefiero creer que está de acuerdo conmigo en que habré hecho todo lo posible por mis hijos y nietos mientras vivía. Que no esperen sacar mayor provecho de mi muerte quienes ya lo han sacado de mi vida. Por otra parte, tus hijos y tus nietos solo me conocerán por el nombre que figure en el cheque que les llegará cada trimestre, pero espero que con el tiempo lleguen a entender que ese nombre era de una persona que los quería sin haberlos visto nunca.

Me muero de impaciencia por verte y no puedo esperar hasta Navidad, así que he pensado ir a Nueva York en avión y hacerte una visita breve. He reservado habitación en el Algonquin para poder ir sola al teatro cada noche. (A mi edad, es mejor no confiar en la bondad de los taxistas.) He reservado la habitación contigua para ti (y para tu marido, si le apetece), y así podremos pasar juntas el máximo tiempo posible durante mi estancia.

Llego a Idlewild a las 5:30 de la tarde, en el vuelo Braniff 76. Espero que vayas a recibirme. Por favor, reserva mesa para cenar en el Rainbow Room. No me digas que ya no es *chic* —ya lo he oído por ahí—, pero es la mejor vista de todo Nueva York. ¡Y cuánto me gusta cenar viendo una ciudad desde arriba!

À bientôt,

Abuelita

Dallas, a 21 de junio de 1963

Queridos Totsie y Dwight:

He hecho un viaje maravilloso a Nueva York. Betsy y su marido alquilaron una limusina para ir a buscarme al aeropuerto, un detalle espléndido, habida cuenta de sus escasos recursos. Les devolví el

generoso recibimiento invitándolos al teatro todas las noches, y después a cenar. No quisieron quedarse en la habitación del Algonquin que reservé para ellos al lado de la mía, pues preferían la intimidad de su apartamento de Greenwich Village. Nunca se acuestan antes de las cuatro de la mañana y por eso no pude contar con su compañía ningún día hasta después de comer.

Así pues, tuve todas las mañanas libres para recorrer los lugares que mayor significado han tenido en mi vida. En el Metropolitan, me zambullí hasta tal punto en los recuerdos de mi última visita allí con Eleanor, que llamé a una desconocida por su nombre. Cuando se volvió, asombrada, y vi que no la conocía de nada, me acometió una debilidad repentina, una confusión. Estaba tan mareada que casi no podía andar; la mujer me llevó amablemente hasta la puerta principal, me ayudó a bajar la interminable escalinata y me metió en un taxi.

No conté el incidente a mis nietos, que me esperaban en el hotel. Aunque suelen tratarme como a una igual, a diferencia de mis hijos, no quería que su solicitud nos estropeara la diversión. Esa noche, ante su insistencia, fuimos a ver la obra que ha causado tanto revuelo: *¿Quién teme a Virginia Woolf?* No puse interés en el mensaje de la obra, pero disfruté muchísimo con el lenguaje. Después del teatro fuimos a cenar un filete en Hickory House, acompañado por música jazz de piano.

De todas formas, ahora que estoy sana y salva en casa, no tengo intención de moverme más... Al menos en una temporada. Aparte de la ligera desorientación en el tiempo y el espacio que sufría cuando contemplaba *Vista de Toledo*, de El Greco, estuve muy bien de salud, pero al llegar aquí, me encontré a Sam dando vueltas por la casa en un estado de gran confusión. No paraba de preguntarme adónde me había ido. Se lo decía y se quedaba tranquilo un rato, pero después volvía a preguntarme lo mismo. Según el médico, tuvo una leve trombosis cerebral en mi ausencia y no puedo arriesgarme a irme otra vez.

Conque ya veis, me temo que, al final, no voy a poder ir a veros... al menos este verano, tal vez nunca más. Aunque quizá sea mejor no vernos más, solo recordarnos tal como éramos antes. Por favor,

escribidme tan a menudo como podáis... Así no os echaré tanto de menos.

Je vous embrasse,

Bess

Dallas, a 23 de noviembre de 1963

Apreciada señora Kennedy:

Espero que el matasellos de esta carta no le impida leerla. Aunque comprendo que soy solo una más de los millones de personas que la acompañan en el sentimiento, esta noche no puedo evitar una afinidad particular que me une a usted.

Verá: igual que usted, perdí a mi marido de joven, con hijos a mi cargo, por eso sé lo sola y abandonada que se encontrará en estos momentos. Pero, a diferencia de usted, yo no podía dirigir la ira a un asesino... ni a la ciudad que le dio cobijo.

Vine a vivir a Dallas cuando me casé, poco después del cambio de siglo, y vi con orgullo que acogía a gentes de todas partes del mundo, de todos los credos y filiaciones políticas. Sin embargo, hasta ayer no me había dado cuenta de que también nos habíamos convertido en una metrópolis suficientemente grande para albergar a un loco.

Hoy cumplo setenta y tres años. Hasta ahora, siempre he considerado un triunfo personal cada año más que se me ha concedido sobre los estipulados setenta. Sin embargo, esta noche, velando con la radio y la televisión y reviviendo el horror de las últimas doce horas, por primera vez tengo la impresión de que he vivido demasiado.

Estoy tan cerca de usted esta noche que no puedo llamarla señora Kennedy... y ante todo es para mí una persona, muy por encima de lo que implica el título. Hoy, la nación solo la ve como la viuda de nuestro presidente caído, pero en las próximas semanas y meses todos se darán cuenta de que es usted una persona notable por derecho propio.

Courage, ma chère Jacqueline. *Je vous embrasse de tout mon cœur*.

Elizabeth Steed Garner

Dallas, Nochebuena de 1963

Queridísima Lydia:

Esta es la última Navidad que voy a pasar en esta casa y he insistido en reunir aquí a la familia todo el día para celebrarlo. Otros años, pasaba la mañana con Eleanor y Walter en su casa, y la noche, con Andrew y Nell en la suya. Pero esta vez quiero estar rodeada de la familia en mi propia casa.

Los últimos años apenas me he ocupado de la decoración navideña y he dejado en manos de mis hijos la tarea de transformar sus casas con árboles, guirnaldas y velas. Pero hoy he comprado el abeto más alto que he encontrado y lo he adornado con los festones que tenía guardados en el desván desde hacía veinte años.

Sam sigue en la casa de convalecencia en la que está desde que tuvo la segunda trombosis, el día de Acción de Gracias. Voy a verlo a diario y, aunque siempre sonríe al verme, dice incoherencias. Me da la sensación de que me pregunta cuándo volveremos a casa, y yo le digo que tenemos que esperar a que se ponga bien. De todas maneras, el médico no concibe muchas esperanzas sobre su mejoría y considera que debe estar bajo constante supervisión médica.

En estas circunstancias, nada me impide vender la casa, porque, debido al estado mental en que se encuentra Sam, no es necesaria su firma. Además, deseo supervisar personalmente la distribución de todas mis posesiones terrenales. En el apartamento al que pienso trasladarme voy a necesitar muy pocas cosas, y me gustaría ver todo lo demás adecuadamente distribuido entre mis herederos.

Llevo un mes dedicando todo el tiempo que no dedico a Sam a la confección de un inventario pormenorizado de todos mis bienes personales y de su valor aproximado en el mercado, para hacer un reparto equitativo. Mis nietos mayores han expresado interés por determinadas cosas y hago lo que puedo por complacerlos a todos... incluso a costa de mi apartamento nuevo. Prefiero mil veces verlos contentos que conservar los objetos que han elegido y seguir usándolos yo. Los más jóvenes, que todavía van a la escuela, no parece que se hayan encaprichado por nada, pero estoy apartando una selección representativa para cada uno, y así después no tendrán motivos para echarme en cara ningún olvido.

La casa sale a la venta después de estas fiestas y el agente inmobiliario me ha asegurado que se venderá en menos de un mes. Voy a dejar el árbol de Navidad en el vestíbulo para que mis hijos y nietos le quiten los adornos y se queden con los que les gusten. Toda la pena que me pueda causar el traslado quedará compensada enseguida por la esperadísima llegada de mi primer biznieto.

Joyeux Noël,

Bess

CIUDADANA PRINCIPAL MUERE EN PAZ

Elizabeth Steed Garner, notable residente de Dallas desde 1909, ha fallecido hoy en su casa, un lujoso apartamento con vistas a Turtle Creek.

Nació en 1890, en la pequeña población de Honey Grove, ciento cincuenta kilómetros al norte de Dallas, de la que su padre, Andrew Alcott, fue uno de los fundadores. Estudió en Mary Baldwin College (Virginia), pero no se graduó porque contrajo matrimonio con el hombre del que estaba enamorada desde la época escolar, el señor Robert Randolph Steed, hijo de un eminente profesor de Texas.

La joven pareja de recién casados fue a Dallas a pasar la luna de miel. Con la ayuda de su mujer, el señor Steed se convirtió en uno de los principales promotores del próspero negocio inmobiliario que fue testigo de la expansión de Dallas, que pasó de 90.000 a 150.000 habitantes en los nueve años que los Steed vivieron allí.

La joven pareja se trasladó con sus hijos a San Luis, donde el señor Steed desempeñó una labor cada vez más intensa en el ámbito de los seguros y en 1918 fue nombrado presidente de la Midwestern Life Insurance Company. Sin embargo, agotado por los generosos esfuerzos que dedicó a la campaña de bonos de guerra durante la última fase de la primera guerra mundial, cayó víctima de la epidemia de gripe que se declaró después de la contienda y falleció en 1919.

Su viuda volvió a Dallas, aunque no dejó de viajar por gran parte del mundo hasta que tuvo que confinarse en casa por motivos de salud. En 1922 se casó en segundas nupcias con un joven ingeniero, el señor Samson Arlington Garner, llegado a Dallas procedente de

Pensilvania. Presenció con orgullo el ascenso de este hombre hasta llegar a la presidencia de la compañía de aceros Daltex, y en 1960, cuando fue nombrado presidente del consejo de administración, ella era socia mayoritaria de la empresa.

Como socia del Club Shakespeare de Dallas y suscriptora de la programación musical del municipio y de la Orquesta Sinfónica de Dallas, la señora Garner dedicó sus esfuerzos a la vida cultural de la ciudad. En su testamento, lega todas sus obras de arte al Museo de Bellas Artes de Dallas.

Se ruega a sus amigos que, en vez de mandar flores, hagan una contribución a la fundación instituida en su honor por el Club Shakespeare para la promoción de dramaturgos contemporáneos.

La señora Garner era feligresa de la catedral episcopal de St. Matthew, donde se celebrará el funeral. El entierro tendrá lugar en el panteón de Hillcrest.

Deja una hija, Eleanor Elizabeth Burton, y un hijo, Andrew Alcott Steed, nacidos en Dallas; seis nietos y un biznieto.

Dallas, a 15 de junio de 1966

Redactor de noticias locales
The Dallas Morning News
Dallas (Texas)

Muy señor mío:

Acompaño a la presente una nota necrológica que he redactado en previsión de mi fallecimiento, para que la guarde en los archivos de obituarios. Si he omitido algún detalle esencial —aparte del momento y la causa de la muerte— o si quiere preguntarme algo, no dude en llamarme. El día en que me muera, mis familiares estarán muy tristes y prefiero protegerlos de intrusiones, además de que no conocen muy bien muchos aspectos de mi vida.

Acompaño asimismo un retrato fotográfico, pero me gustaría que sacara usted una copia para su archivo y me lo devolviera lo antes posible. No es la fotografía más reciente que tengo, pero me encuentro favorecida en ella, así que espero que me permita este último gesto de vanidad y la publique en el periódico junto con mi

nota necrológica. Creo que tengo derecho a elegir cómo quiero ser recordada.

Sé que *The New York Times* redacta por adelantado las notas necrológicas de las personas importantes y que, por lo general, llama al interesado para hacerle una entrevista personal. Deduzco que *The Dallas News* no se rige por esta norma, porque tengo setenta y cinco años y no me ha llamado nadie. Si le cabe alguna duda sobre la prominencia del papel que he desempeñado en esta comunidad, junto a mis dos maridos, solo tiene que preguntar al editor, cuyo padre era vecino mío e incluso llegamos a trabar amistad.

Comprendo que, como es lógico, la nota no será publicada exactamente como la he compuesto yo, pero me interesaría mucho ver cómo quedaría. Quizá pueda usted hacerme el favor de remitirme una prueba cuando me devuelva la fotografía.

Atentamente,

Bess Steed Garner

P.D. También he redactado un borrador de la necrología de mi marido, que acompaño asimismo a la presente. Debido a su delicado estado de salud, le aconsejo que la guarde más a mano que la mía.

Dallas, a 10 de agosto de 1967

Queridos Dwight y Totsie:

Hubo una época en que quería irme a vivir a Nueva York por encima de todo. Pero mis hijos eran jóvenes y Sam me propuso matrimonio, así que hasta ahora, más de cuarenta años después, no he podido conocer la emoción de llevar una vida independiente en un lujoso apartamento propio. Como es lógico, da al Turtle Creek, no a Central Park, pero por la noche, lo único que veo son las luces y es como si estuviera en cualquier gran ciudad del mundo.

Muchos amigos míos hablan de volver al pueblecito en el que nacieron a pasar el ocaso de la vida, pero para mí no hay nada comparable a la puesta de sol en la ciudad. Me consuela pensar en los desconocidos que viven encima o debajo de mí en este edificio... en todas las vidas que hay a mi alrededor y que no he tocado yo. Me regocija el tamaño de esta ciudad y la velocidad a la que sigue

creciendo. Y, viviendo en el centro, ya no tengo la sensación de que me hayan privado de algo. Siento que Lydia muriera sin haber tenido su propio apartamento. Pasó de manos de sus padres a las de su marido y después a las de su hija sin haber sido nunca independiente de verdad.

Mi fiel criada, que ha vivido conmigo más que cualquiera de mis maridos, está tan encantada como yo con nuestro nuevo estilo de vida. Por suerte, tiene diez años menos que yo y todavía puede conducir un coche impunemente. Cuando vendí la casa compré un Oldsmobile Cutlass y lo registré a su nombre, aunque la responsabilidad del mantenimiento es mía hasta que me muera. Salimos a pasear en coche todas las tardes hasta la puesta de sol y después vamos a ver a Sam.

Por fin ha dejado de preguntar cuándo nos vamos a casa y ayer entendí por qué. Al llegar a mi visita diaria, me lo encontré en el porche tomando el sol al lado de mi antigua vecina, la señora Perkins, satisfechos ambos de estar en la silenciosa compañía de otra persona que tampoco tiene nada que decir desde hace mucho. Después vi, con gran asombro, que se daban la mano. Me saludaron con amabilidad, pero sin reconocer el papel que desempeñaba yo antes en sus respectivas vidas.

Por conversaciones anteriores, suponía que mi vecina todavía reconocía algo la realidad. Cuando vendí la casa, me preguntó muchas cosas y me pareció que le preocupaba que, según su punto de vista, yo abandonara definitivamente a mi marido. Siempre lo compadecía cuando me iba de la ciudad a hacer un viaje largo y, durante mis ausencias, a menudo lo invitaba a su casa a cenar. Ayer casi llegué a sospechar que su aparente indiferencia ante mi persona no se debía a la merma de su capacidad mental, sino sobre todo a sus atenciones con Sam.

Cuando por fin Sam abrió la boca, me preguntó si veía a la familia de cardenales que tenía el nido en la parte de fuera de la ventana. No me hizo falta mirar para saber que se refería a una ventana que hacía casi cuatro años que no veía. Entonces me di cuenta de que había vuelto a la habitación en la que desayunábamos cuando vivíamos en Drexel Drive, y que creía que la mano que sujetaba era

la mía. En cualquier caso, agradecí mucho a mi antigua vecina que le diera la ilusión a Sam de que yo estaba siempre allí haciéndole compañía, y, con ello, me permitiera la libertad de llevar una vida independiente.

Betsy y su marido han estado todo el verano aquí con la chiquitina. Es un milagro ver cómo va tomando conciencia otra generación. Por mí, pasaría todas las tardes con ellos, pero procuro limitar las visitas a dos a la semana. Me los llevo a los tres a cenar siempre que puedo, para compensar la alegría que me ha dado esta biznieta.

Habla sin parar y no sabría decirte la emoción que me da oír esa vocecita nueva diciendo: «Abuelita». Todas las noches la llamo antes de la hora de acostarse y hablo con ella hasta que su madre le quita el teléfono. No es que diga gran cosa, pero, según su madre, me presta toda la atención, y me encanta decirle lo mucho que significa para mí, tanto si entiende lo que digo como si no. Siempre me ha gustado el teléfono, pero, al parecer, mi familia no tiene tiempo para las conversaciones con las que tanto disfruto. Supongo que mi biznieta tampoco tardará mucho en estar tan ocupada que no pueda hacerme caso, pero agradezco que a los tres años todavía escuche con fascinación todo lo que tengo que contarle.

Solo hay otra persona dispuesta a oírme hasta que me canse de hablar: Sam. Todos los días después de cenar me retiro a la cama y lo llamo desde allí para darle las buenas noches. Un día, había ido al teatro con mis amigos los Townsend y se me olvidó llamarlo, y al día siguiente, la enfermera me dijo que no le había dejado apagar la luz de la mesita en toda la noche. Le explicó que quería ver el teléfono cuando sonara, para poder contestar. Ella le dijo que la centralita estaba cerrada, pero él movía la cabeza y chillaba si se acercaba a la luz. Por fin se durmió con la luz dándole en la cara.

Desde entonces, esté donde esté, nunca se me ha vuelto a olvidar llamarlo para darle las buenas noches. No me dice mucho más que mi biznieta desde el otro extremo de la línea y, mientras el vocabulario de ella aumenta todos los días, el de él disminuye. Pero sé que me oye y, si le hago una pregunta suficientes veces, al final me responde con algún sonido. No le entiendo nada, desde luego,

pero es que solo le hago preguntas cuya respuesta conozco de antemano.

Betsy está empeñada en que coja el avión a Los Ángeles este otoño para asistir al estreno de la última obra de su marido en el nuevo complejo teatral que acaban de inaugurar, y me tienta mucho acceder a su deseo. ¿Por qué no quedamos los tres allí y así conocéis lo que produce mi familia, tanto en obras como en progenie? Ambos niveles de producción me llenan de orgullo y me encanta que cuenten conmigo. Me preocupa dejar a Sam, aunque, por descontado, le pondría una conferencia todas las noches. No sé si echaría de menos la visita que le hago por la tarde. Es una lástima que no haya forma de saberlo.

No puedo quitarme de la cabeza la idea del viaje. Hemos mantenido la amistad por carta demasiado tiempo. Y ahora que tantos amigos y familiares queridísimos están fuera de mi alcance para siempre, lo único que quiero es abrazaros a vosotros.

Me acuerdo de que en la clase de francés del primer curso aprendimos la expresión *J'ai le coeur gros*, y no veré satisfecho mi deseo hasta que os abrace a los dos otra vez.

Je vous embrasse,

Bess

Dallas, a 23 de noviembre de 1967

Queridísimos Totsie y Dwight:

Había preparado la maleta para el vuelo de la mañana a Los Ángeles cuando me llegó una llamada. Sam ha muerto en paz mientras dormía. Había ido a verlo por la tarde y le había dado las buenas noches por teléfono; me alegré mucho de no haber cogido el avión todavía. Anulé todas las reservas y dudo mucho que vuelva a moverme de Dallas nunca más.

Miro alrededor y veo los pocos amigos que me quedan. Somos como supervivientes de una gran tormenta. La calidad de vida ya no nos concierne. De momento, tenemos suficiente con existir. Y tenemos que hacernos cargo de enterrar a nuestros muertos y procurar no pensar en nada más que las tareas sencillas que nos presenta cada día.

Cuando llamé a Betsy para decirle lo de Sam, me dio una noticia que me reservaba para cuando llegara a California: vamos a tener otro biznieto. Así es que ¿cómo me voy a desesperar si al anuncio de una muerte me responden con la promesa de una nueva vida? Es peligrosísimo viajar en avión los primeros meses de embarazo, así que insistí en que se quedara tranquilamente en Los Ángeles y no se planteara venir al entierro.

Estoy muy cansada. Miro las maletas vacías, al lado del armario, y no entiendo cómo pude pensar que haría un viaje tan largo.

Ya es tarde. Me voy a cenar, y luego, que no se me olvide llamar a Sam...

24 de noviembre de 1967

La señora Garner tuvo anoche un derrame cerebral masivo. El médico dice que habría sido mortal para cualquiera de su edad, pero, al parecer, ella tiene la constitución de una persona mucho más joven. Cuando estaba haciendo la maleta para llevarla al hospital, encontré esta carta al lado de la cama. Sé que no le gusta nada no responder a las cartas, por eso se la mando a usted, aunque creo que está sin terminar.

Atentamente,
Marthareen Jenkins,
criada de la señora Garner

Dallas, a 19 de junio de 1968

Querida Betsy:

Me cuesta decirlo, pero quiero que lo sepas. La chiquitina es preciosa. Como hija del hada de las nubes. Quiero cogerla en brazos. No solo fotos. ¿Cuándo la vamos a ver? Puedes irte y dejarla aquí. La cogeré fuerte de la mano cuando venga coche. Confía en mí. Enseguida andará creyendo que estoy detrás. No tener miedo. Lo único que tienes que enseñar.

Pronto vendrán invitados. Eleanor también. Y todavía no hay flores en la mesa. Tengo que ir al jardín. Aquí no crece nada y ¿dónde están los cardenales? Quiero irme lejos. Otro país. Tantos sitios que no he visto.

Qué tierra tan extraña. El sol luce siempre. Estoy muy cansada. Quiero dormir pero veo luz. Tengo que llamar a Sam, que venga a la cama. Después puedo navegar. Cenamos con el capitán esta noche. Escríbeme. Quiero encontrar cartas al llegar.

A Dieu,

Abuelita

1 Referencia a una famosa frase inscrita en la oficina de correos de James Farley (Nueva York), que sirve de lema a dichos servicios. *(N. de la T.)*

2 En español en el original. *(N. de la T.)*

«La vida se agota cuando hay cosas que no podemos compartir.»
VIRGINIA WOOLF

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Una mujer de recursos*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector o comparta sus opiniones con nosotros y otros lectores en nuestra web (www.librosdelasteroide.com)

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección que creemos que le gustarán si ha disfrutado con la presente lectura.

Queremos animarle también a que nos siga en Twitter (http://twitter.com/LibrosAsteroide) y en Facebook (www.facebook.com/librosdelasteroide), y nos visite en nuestra web donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y donde podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Elizabeth Forsythe Hailey nació en Dallas, Texas, en 1938. Estudió en La Sorbona y en el Hollins College. Su primera novela, publicada cuando tenía cuarenta años, *Una mujer de recursos* (1978), inspirada en la vida de su abuela, se convirtió en un auténtico superventas y se adaptó con gran éxito al teatro y la televisión. A lo largo de su vida, publicó también otras tres novelas: *Life Sentences* (1982), *Johanna's Husband and David's Wife* (1986) y *Home Free* (1991).

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Una mujer de recursos*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Diario de un ama de casa desesperada, Sue Kaufman

Diario de una dama de provincias, E.M. Delafield

Nobles y rebeldes, Jessica Mitford

Cuatro hermanas, Jetta Carleton

Table of Content

Una mujer de recursos
  Prólogo
  Una mujer de recursos
Colofón
Nota biográfica
Recomendaciones Asteroide